

TOMÁS BÁRBULO VÍRGENES Y VERDUGOS



 black
salamandra

D.J.57

VÍRGENES Y VERDUGOS

TOMÁS BÁRBULO

TOMÁS BÁRBULO

VÍRGENES Y VERDUGOS



Virgenes y verdugos
Tomás Bárbulo

ISB N edición en papel: 978-84-16237-33-3

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-53-1

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Ilustración de la cubierta: iStock

Copyright © Tomás Bárbulo, 2019

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Para Nur, que alumbra mi camino.

Vuestras mujeres son campo labrado para vosotros. ¡Venid, pues, a vuestro campo
como queráis!...

Corán, sura 2, aleya 223

I

JUNIO

1

La puerta verde se abrió. Un hombre barbudo asomó la cabeza, miró a derecha e izquierda y desapareció en el interior de la casa. Inmediatamente después salió una mujer cubierta con un hiyab azul. La puerta se cerró a sus espaldas. Avanzó a paso vivo por el callejón desierto; sólo se oía el ruido que producían sus sandalias al golpear las plantas de los pies, teñidas de henna. Del hombro llevaba colgado un bolso barato de color marrón.

La mujer era joven. Al caminar, sus caderas hacían oscilar el caftán gris perla que la cubría desde el cuello hasta los finos tobillos y permitía adivinar una figura esbelta. Sus ojos pardos observaban con atención.

Ascendió con seguridad por el laberinto de callejas de apenas un metro de ancho que se retorcían y bifurcaban o terminaban bruscamente en una pared. Sólo se encontró con una vieja que, doblada por la cintura, baldeaba la entrada de su casa con zotal. Alzó la cabeza: nubes grises pasaban rápidamente por la estrecha franja de cielo que las casas dejaban ver, anunciando lluvia sobre Ceuta.

A medida que avanzaba, las calles se iban haciendo más rectas y más anchas, y permitían a la débil luz de la tarde abrirse paso por ellas. El barrio del Príncipe estaba extrañamente solitario y silencioso.

Cuando alcanzó la calle principal, una multitud le impidió seguir.

Más de un millar de personas bajaban en silencio por la calle de San Daniel. Mujeres de negro tocadas con peinetas, calzadas con tacones y con báculos de plata en las manos abrían la marcha. Las seguían una decena de encapuchados con los pies descalzos y encadenados, inclinados bajo el peso de las cruces que cargaban a cuestas. Hombres vestidos con trajes oscuros portaban en andas el Cristo de Medinaceli. La imagen parecía flotar sobre la marcha: la triste cabeza inclinada y coronada de espinas, el cuerpo embutido en una túnica morada, las manos atadas. Pocos metros más atrás se mecía la Virgen de los Dolores, cubierta con un lujoso manto negro. Policías en uniforme de faena caminaban, vigilantes, junto a las imágenes.

Desde los balcones y las azoteas, madres y niños musulmanes contemplaban la solemne comitiva. Entre los curiosos apostados en las aceras había varios hombres con chilabas. Sus rostros serios y afilados asomaban bajo las capuchas puntiagudas.

La mujer apretó el bolso marrón contra su pecho, chasqueó la lengua con fastidio y se dispuso a esperar para cruzar la calle. Entonces la oyó:

—Hijos de puta.

La muchacha no tendría más de catorce años. Como ella, iba tocada con un hiyab y

vestida con un caftán.

—Hijos de puta —repitió la chica mirándola de reojo—. Sólo vienen al Príncipe para esto.

No había gritado, pero lo había dicho para que la oyeran quienes la rodeaban. La mujer la examinó con interés: apoyaba los libros de texto en la cadera y sus gruesos labios estaban contraídos por la rabia, pero más impresionante era la furia que contenían sus grandes ojos verdes.

Nadie le respondió. Ella tampoco; se limitó a esperar a que pasara la procesión. Luego cruzó la calle, se acercó a una casa amarilla de dos pisos que parecía encastrada entre las viviendas vecinas, sacó la llave y entró.

—¿Malika, eres tú? —gritó una voz desde el patio trasero.

—Sí, mamá.

—¡Hay que retirar la ropa, parece que va a llover!

No hizo caso. Subió directamente a su habitación, bloqueó la puerta con el pestillo y dejó el bolso sobre la cama. Sacó de él un folio doblado y lo desplegó: era un billete electrónico de Turkish Airlines para volar de Málaga a Estambul dos días más tarde. Abrió el armario y lo escondió en el bolsillo de un abrigo viejo.

Marcó un número en el móvil, pero no obtuvo respuesta. Se sentó en la cama con el portátil en el regazo y abrió el correo electrónico. Escribió: «Domingo a las 12.15. En el hotel de Málaga la noche del sábado», y lo envió.

Cerró el correo y abrió un documento PDF. En la pantalla se desplegó un organigrama del Estado Islámico. En la parte superior, el rostro ceñudo y barbado de Abu Bakr al-Baghdadi, el califa. Debajo, encerradas en círculos, las caras de sus lugartenientes. Se detuvo en dos de ellas: Abu Mohamed al-Shistani, el checheno pelirrojo que dirigía el ejército, y Abu Mohamed al-Urdani, el jordano que decidía sobre la seguridad. El Checheno sería fácil de reconocer, con su larga barba roja y lacia. El rostro del segundo, adornado por una barba negra y rizada, era más corriente.

El móvil comenzó a sonar; lo descolgó antes del segundo timbrado.

—Hola —saludó—. Todo ha ido bien. Acabo de enviaros un email. Será el domingo a las doce y cuarto... No, no necesito un arma. Si me descubren no me va a salvar una pistola... Sí, el sábado. ¿Vas a venir tú?... Sí, sí. Tengo suficiente.

Apagó el teléfono y se quedó mirando la pantalla, ensimismada.

—¡Malika, la ropa!

Cerró el portátil y lo dejó sobre la mesa. Se asomó por el ventanuco: una lluvia fina comenzaba a puntear de negro la calle sin aceras. Abrió la puerta y bajó la escalera.

2

—Coches que puedan arreglarse —dijo el Saharaui, y dejó el vaso de té sobre la bandeja dorada.

Era un hombre joven y esbelto. Una hilera de perfectos dientes blancos asomaba entre su barba negra cuando sonreía. En la cabeza llevaba un gorro afgano que dejaba ver su cabello recogido detrás de las orejas.

Con el Saharaui, sentados en círculo sobre alfombras de seda y recostados en duros cojines, había cinco hombres. Todos vestían túnicas blancas y pañuelos de algodón ajustados a la cabeza con cordones. Por la puerta abierta de la jaima entraba el aire seco del desierto, pero tres potentes aparatos portátiles de aire acondicionado lo devolvían enseguida al exterior. Un brasero esparcía aroma de sándalo.

—Cualquier coche puede arreglarse —dijo, encogiéndose de hombros, un joven de rasgos finos y barba cuidadosamente recortada.

—Por supuesto, alteza. Pero un BMW o un Mercedes tienen sistemas electrónicos que sólo pueden ser reparados en talleres especializados y, por desgracia, no los hay en nuestro territorio. Cuando a uno de esos magníficos coches se le funde un faro, se queda tuerto; cuando se le estropea el sistema de arranque, se queda parado; no hay nada que hacer: conseguir un repuesto es imposible. ¿De qué sirve un lujoso yate en un estanque? Necesitamos coches que cualquier mecánico pueda arreglar.

Un hombre de barba blanca dejó oír su voz grave:

—Te entiendo. Es mejor un asno que te lleve y no un caballo que te tire.

El Saharaui inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—No sé a qué tipo de coches te refieres —replicó el joven con insolencia—. Hoy todos tienen sistemas electrónicos. ¿Acaso pretendes que vayamos a comprar chatarra a los taxistas de El Cairo?

Un individuo con gafas ahumadas, bigote y perilla habló casi en un susurro:

—Toyota. Lo que pide son Toyota.

El joven soltó un bufido. Los otros cuatro lo miraron con disgusto.

El Saharaui asintió, mesándose la barba.

—Los Land Cruiser y los Hilux, por ejemplo, son más baratos y más fáciles de reparar que los BMW y los Mercedes que nos enviasteis y por los que os estamos tan agradecidos. En la caja del Hilux es posible montar una ametralladora... —Se volvió hacia el joven—. Debéis perdonarnos, alteza. Todavía estamos muy lejos de alcanzar vuestro desarrollo y vuestra competencia. No somos más que beduinos que riegan el desierto con sangre en el nombre de Alá.

El hombre de la barba blanca alzó los ojos al cielo.

—«Todo suelo que pisen, para irritación de los infieles» —recitó—, «y toda ventaja que obtengan sobre el enemigo serán inscritos como obra buena...».

—«Alá no deja de recompensar a quienes hacen el bien» —corearon los otros.

—¿Cuántos coches necesitas? —preguntó el de las gafas ahumadas.

El Saharaui suspiró.

—Los que vuestras posibilidades y vuestra generosidad os permitan darnos.

—¿Veinte? —preguntó el joven enarcando las cejas y abriendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. ¿Treinta?

—Veinte serían mejor que diez y treinta mejor que veinte.

—Pues que sean treinta —dijo el muchacho zanjando el asunto con un gesto displicente.

El Saharaui tosió ligeramente.

—Perdonadme si os hago otro ruego. Nuestro movimiento no es como uno de esos remolinos de polvo que surgen en un momento y desaparecen tan pronto como surgieron: ha llegado para quedarse. Sin embargo, la mayoría de nuestros hombres visten andrajos y calzan lo que encuentran. Eso no ayuda a sembrar entre ellos la moral y la disciplina que debe tener un ejército. Necesitamos uniformes y botas.

El joven dejó escapar una risa irónica.

—Imagino que no querréis botas de cuero, sino de tela. Así serán más fáciles de reparar.

—¿Cuántos uniformes? —preguntó el de las gafas ahumadas, ignorándolo.

—Treinta mil.

El hombre pensó un rato mientras daba vueltas al rosario musulmán que llevaba en la mano.

—Ahora sólo puedo proporcionarte veinte mil —dijo al fin—. Son buenos uniformes del ejército de Estados Unidos. Sin estrenar. —Miró a un individuo grueso que había permanecido callado hasta ese momento—. Abdulá, ¿cómo podríamos hacérselos llegar?

El otro dio un respingo.

—¿En uno de mis barcos? Bueno... Pero no podría hacerse directamente —titubeó—. Me parece que hay uno, un carguero que saldrá de Yeda dentro de un mes. Irá a España a recoger varios contenedores... Podríamos camuflarlos como ropa usada... Luego los desembarcaría en Turquía. Allí tendrían que recogerlos ellos, claro —añadió apresuradamente y luego repitió mirando al Saharaui—: Recogerlos es cosa vuestra.

Al Saharaui le brillaron los ojos.

—¿A qué lugar de España irá el barco?

—No me acuerdo... —El gordo se puso unas gafas de lectura, sacó su teléfono móvil y manipuló la pantalla mientras los demás se mantenían en silencio—. A Valencia —dijo al fin—. Zarpará el día treinta hacia Valencia y luego navegará hacia Mersin. Allí os podréis hacer cargo del contenedor.

El de la barba blanca miró al Saharaui.

—¿Podemos ayudarte en alguna otra cosa?

El Saharaui se llevó la mano diestra al corazón.

—He obtenido más de lo que merezco. Vuestros sacrificios fertilizan la semilla del

futuro. Esperamos poder devolveros pronto vuestra generosidad multiplicada por cien.

Un murmullo de protestas corteses acogió sus palabras. En cuanto se apagó, el Saharaui dirigió una luminosa sonrisa al joven de la barba recortada.

—¿Y cuándo podremos recoger los coches, alteza?

3

La cocina de la casa amarilla del Príncipe era amplia pero oscura. La única luz del exterior entraba a través de una ventana que daba al patio, cubierto ahora de nubes y golpeado con furia por la lluvia. Una lámpara de color rosa pendía sobre la mesa de formica marrón. Adosados a una pared había varios armarios a juego con la mesa. Bajo ellos, un fregadero, un escurrer platos, una cocina de butano y una cajonera azul. En un rincón, un electrodoméstico estaba envuelto en plástico transparente.

Sentada a la mesa, Malika pelaba zanahorias y patatas. Otra mujer estaba de pie fregando los cacharros de la cocina. Si alguna vez había sido guapa, la grasa se había encargado de cubrir las huellas de su belleza. No obstante, sus labios, oscuros y de comisuras ligeramente curvadas hacia arriba, eran iguales que los de Malika. El estruendo de los truenos que hacían titilar la luz de la lámpara no alteraba su monólogo:

—... casarte con un nazareno, te lo advertí. Malika, hay cientos de musulmanes que darían su mano derecha por casarse contigo. ¿Dónde iban a encontrar ellos a una mujer guapa que además tenga el título de enfermera y sepa hablar el inglés y el fusha como un jefe de Estado? Pero tú te empeñaste en casarte con ese médico cristiano. Mira: desde que lo vi, supe que terminaría por darte la papela...

Malika habló con voz cansada:

—Mamá, te he dicho mil veces que fui yo quien se divorció de él, no él de mí.

—¡Más a mi favor! Qué necesidad tenías de casarte con ese hombre. Para él no eras más que una mora, no una mujer a la que cuidar y con la que tener hijos. ¡Alguien que no es musulmán no puede ser bueno! —Mientras hablaba, la mujer manipulaba con estrépito los cacharros—. ¡Lo dice el Corán!

—Basta ya. Mario es un buen hombre. Un hombre tradicional —dijo Malika y murmuró para sí—: Demasiado tradicional.

—Eso no habría sido un problema si te hubieras casado con un buen musulmán, también tradicional. Te habría hecho hijos que te mantendrían atareada desde la salida del sol hasta el ocaso. No tendrías tiempo para aburrirte, como no lo tuve yo contigo y con tu hermano. Os di de comer, os cuidé cuando estuvisteis enfermos, os acompañé al colegio... ¡Pero de eso nadie se acuerda! De no haber sido por mí, vuestro padre os habría llevado a Beni Melal. Si no lo hizo fue porque yo le dije que ni hablar. Ahora andaríais por los riscos cuidando cabras o habríais muerto en una patera. Y tal vez habría sido mejor, porque tú te fuiste con el nazareno y tu hermano... Tu hermano... — La mujer sollozó y se apoyó en el borde del fregadero de aluminio—. Mira, vivo con el corazón encogido, cada vez que llaman a la puerta pienso que es para anunciarme que

lo han matado. ¡Oh, Alá! ¡Una, divorciada de un nazareno, y el otro, traficando con la hierba! —Señaló con su grueso índice el electrodoméstico envuelto en plástico—: Ahí está el lavaplatos que me regaló tu hermano, sin estrenar. No voy a usarlo nunca porque fue comprado con dinero sucio. Si lo usara y un día lo mataran, me volvería más loca de lo que estoy.

—No es lo mismo estar divorciada de un nazareno que dedicarse al tráfico de drogas.

—¡Ambas cosas ofenden a Alá! ¿Qué vas a hacer ahora? Ya tienes veintinueve años, eres demasiado mayor. Aún eres guapa, y más con el hiyab, no como ibas antes, con el cabello pintado de colores y a la vista, como las ramerás. Pero la luz del amanecer ya no ilumina tu cara, hijita. No estás en edad de elegir. Tendremos que conformarnos con el primer hombre que llame a esa puerta, sea joven o viejo, rico o pobre.

—No pienso volver a casarme. Sólo quiero trabajar.

—¡Trabajar en dónde! No hay plazas en el hospital, no hay plazas en las clínicas, ¡no hay trabajo!

—Mañana tengo que ir a Málaga para una entrevista en una clínica.

—¿Mañana? Mañana es sábado, está todo cerrado.

—La mujer que debe entrevistarme no puede otro día. Tomaré el barco de las once a Algeciras y luego el tren hasta Málaga. Me ha reservado una habitación en un hotel.

—¡Un hotel! ¡Una mujer sola en un hotel!

4

El Saharaui y el hombre de la barba blanca alzaron la mano para despedir al último todoterreno. El sol poniente teñía el cielo de color violeta. El viento había cambiado de dirección y soplaba ahora desde la costa, levantando nubecillas de arena en las crestas de las dunas. Una placentera sensación de frescor se había instalado en el ambiente. Mientras contemplaban cómo se alejaban las luces rojas del automóvil, el de la barba blanca comentó con su voz grave:

—Sabes que honras mi tienda con tu presencia, pero yo en tu lugar procuraría no perder el avión.

El Saharaui no respondió de inmediato. Tampoco cambió de postura. Cuando el coche se perdió de vista, preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto crees que tardarán en venir a por mí?

El otro se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Era más bajo que su huésped, así que tuvo que alzar la cara para hacerlo.

—No lo sé, pero es posible que alguien esté ahora mismo hablando desde uno de esos coches para azuzar a los perros que deben apresarte.

—Todo ha sido una farsa entonces...

—No. El príncipe es un estúpido, pero creo que ha dicho la verdad; te dará los vehículos que ha prometido e incluso alguno más. A falta de inteligencia, le gusta presumir de dinero. El peligro viene de Feisal. Conozco a ese chacal desde que éramos niños y puedo decirte lo que está tramando en cada momento aunque oculte sus ojos detrás de unos cristales ahumados.

Seguían ante la puerta de la tienda. El hombre de la barba blanca despidió con una seña a dos sirvientes que esperaban. Cuando se retiraron, tomó del brazo a su invitado y echó a andar por la arena.

—Lo invité porque preferí tenerlo dentro que fuera —dijo—. De ese modo evitamos que se presentara con sus hombres de la Seguridad Estatal. Y no me arrepiento. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que te iba a traicionar? —Continuó sin esperar respuesta—: Cuando implicó a Abdulá en el transporte de los uniformes. Si Feisal quiere hacerte llegar veinte mil uniformes, no tiene más que llenar dos camiones con ellos. No necesita a Abdulá. Probablemente lo ha metido en la operación para poder presionarlo cualquier día con la información de que uno de sus barcos lleva uniformes para vosotros. No debéis ir a recogerlos a Turquía. Os estarán esperando.

El Saharaui asintió. Sus ojos entrecerrados revelaban una intensa concentración.

—Voy a por mi bolsa. Sólo tardaré cinco minutos. ¿Podrías hacer que me acercaran al aeropuerto?

—Mi chófer te llevará.

Entró en la jaima, cambió su tocado afgano por otro árabe, metió sus escasas pertenencias en una bolsa de cuero y volvió a salir.

Al verlo aparecer, el otro sonrió y señaló su cabeza.

—Mejor con la kufiya. Y con la barba ya no te pareces a Obama.

Lo tomó del brazo y lo acompañó hasta el Mercedes G que ronroneaba a unos metros. El Saharaui se inclinó para amagar un beso en cada mejilla.

—La paz sea contigo.

—Que Alá te acompañe.

Subió al vehículo y el conductor arrancó suavemente.

Ya había anochecido cuando entraron en Doha. Nubes rojizas coronaban los gigantescos edificios que se alzaban como menhires al borde del mar. El chófer guardaba silencio mientras se deslizaban lentamente por el río de coches. A un lado de la calzada, una grúa recogía un Maserati averiado.

El pasajero parecía ensimismado, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Se sobresaltó cuando el conductor le preguntó si debía dirigirse a la puerta de salidas o a la de llegadas.

—Salidas —dijo.

El vehículo se detuvo ante la terminal. El Saharaui dio las gracias, recogió su bolsa, se bajó y se mezcló con los demás viajeros. Varios turistas fotografiaban con sus teléfonos la descomunal escultura de un peluche amarillo. Pasó junto a ellos y se detuvo bajo las pantallas de información colgadas del techo. Aún faltaban tres horas para la salida de su vuelo. Se dirigió al spa, compró un bañador y nadó durante media hora en la solitaria piscina acristalada. Estaba poniéndose el albornoz cuando un hombre asomó la cabeza, lo miró, dio media vuelta y desapareció.

Comprobó que el teléfono móvil estaba en su bolsillo y estiró su cuerpo largo y plano sobre una tumbona. Un tipo grande e hipermusculado entró y lo saludó en inglés con acento americano. Llevaba el pelo rubio muy corto. El Saharaui observó cómo se agachaba y metía la mano en el agua para comprobar la temperatura.

—So nice! —le dijo el rubio con una gran sonrisa.

Luego soltó un grito, se tiró en bomba y se alejó haciendo mucha espuma.

El Saharaui se levantó y fue al vestuario. Abrió la taquilla, sacó la bolsa y observó atentamente el interior. Deslizó sus largos dedos por los bordes, palpó la ropa y buscó en los zapatos, pero no encontró nada.

Se vistió y se dirigió al control de seguridad. En una mano llevaba la bolsa; en la otra, un pasaporte saudí falso y un billete de avión de Turkish Airlines. Destino: Estambul.

5

Malika estaba haciendo la maleta cuando llamaron a la puerta con los nudillos.

—Pasa, Rachid —dijo.

Un joven alto, con el pelo muy corto y las gafas de sol sobre la frente, entró en la habitación. Vestía una camiseta negra de la selección alemana de fútbol, vaqueros y deportivas.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Por el mal olor —respondió ella con sarcasmo.

El chico hizo como si no hubiera oído y miró la maleta.

—¿Te vas de viaje, hermanita?

—¿Tú qué crees?

Rachid se dejó caer en la cama y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—¿Adónde vas?

—¿Desde cuándo te importa dónde voy?

El muchacho habló con un tono exageradamente calmado:

—Llevo una hora esperando a que mamá salga de casa para poder verte. He tenido que saltar el muro del patio. Podrías ser un poco más amable.

Malika metió el neceser en un lateral de la maleta y se volvió con los brazos en jarra.

—¿Qué quieres?

—¡Nada! —exclamó él incorporándose y levantando las manos en son de paz—. Sólo te pregunto adónde vas.

Ella volvió a afanarse en su maleta.

—A Málaga.

—Puedo llevarte.

—No, gracias.

El chico suspiró.

—¿Me dejarás al menos acercarte al puerto?

—Rachid, no sé qué estás buscando, pero desde ahora mismo te digo que no.

Sacó del armario una túnica negra, la dobló y la metió en la maleta.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—¿A ti qué te importa?

—Parece un niqab.

La mujer señaló la puerta con el dedo.

—¡Fuera!

—Vale, vale. —El muchacho volvió a levantar las manos, ahora en señal de rendición—. ¿A qué hora sale tu barco?

—Dentro de una hora y media —dijo ella y cerró la maleta.

—Déjame que te ayude —Rachid levantó la maleta con la misma facilidad que si estuviera vacía y comenzó a bajar las escaleras.

—¡Te he dicho que voy por mi cuenta!

—Te espero en el coche —replicó él sin volverse.

Había aparcado su BMW rojo en la calle lateral. Dejó la maleta en el asiento trasero y encendió el motor y la radio. Buscó en el dial hasta que comenzó a sonar rap marroquí, subió el volumen y sonrió al sentir la vibración que el estruendo producía en el salpicadero.

Malika apareció al poco rato, remetiéndose el hiyab por el cuello del caftán.

—¿Te gusta? —Rachid señaló la radio con un gesto mientras movía el tronco al ritmo de la música.

Ella alargó una mano y apagó el aparato.

—Si me vas a llevar, déjate de tonterías. Si no, llamo un taxi.

El chico suspiró, se puso las gafas y arrancó.

—¿Y a qué vas a Málaga? —preguntó al rato.

—A una entrevista de trabajo.

—Vaya. ¿Un sábado?

Mientras hablaba, echó el coche a un lado e hizo sonar la bocina un par de veces.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Malika, exasperada.

—Es un momento, sólo voy a darle un recado a un amigo.

Enseguida se abrió la puerta de una casa y salió un muchacho muy delgado con una barbita de chivo. Rachid le dio la mano a través de la ventanilla.

—¿Cómo vas?

—Bien.

—¿Le diste eso a Ali?

—Sí.

Señaló a Malika.

—Mira, te presento a mi hermana. Malika, éste es Hussein. —El otro se agachó y asomó dentro del coche su cara de chivo sonriente—. No está así de flaco porque le falte dinero para comer: tiene una fortuna bajo el colchón. Lo que le pasa es que está enamorado. ¿A que sí, Hussein?

El muchacho se puso colorado. Malika miró a su hermano.

—O me llevas ya o me bajo ahora mismo.

Rachid se encogió de hombros.

—Bueno, amigo, tenemos que irnos. Hussein, Malika; Malika, Hussein —repitió señalándolos alternativamente—. ¡Adiós, amigo! —Pisó el acelerador y se alejaron calle abajo. Tras un silencio, añadió—: Está enamorado de ti. «Preséntame a tu hermana», me dijo. Con las mejores intenciones, ¿eh? —Ella no respondió—. Tiene pasta: se saca cinco mil al mes, y está soltero. Pasa droga, pero no la prueba. Es un buen partido.

—Déjame aquí.

—¿No quieres que te acompañe hasta el barco?

Malika no respondió. Sacó su maleta del asiento trasero, cerró de un portazo y se alejó hacia la entrada del edificio de la aduana. Dos hombres descendieron de otro coche y echaron a andar tras ella. No llevaban equipaje, sólo unas anticuadas riñoneras.

6

—Acompáñanos un momento.

El rubio hipermusculado de la piscina le había puesto una mano en el hombro. Otro hombre se colocó del lado contrario y se abrió un momento la cazadora para mostrarle la pistola que llevaba metida en la cintura del pantalón; era el mismo individuo que se había asomado a la piscina antes de que apareciera el rubio.

—Si queréis hacerme algo tendrá que ser aquí —respondió el Saharaui mirando fijamente al rubio—. Yo no me muevo.

El otro sonrió con los labios, pero sus ojos azules permanecieron fríos.

—Sólo queremos hablar. —Señaló un McDonald's—. ¿Te parece bien ahí?

El Saharaui ojeó alrededor. A unos veinte metros, una pareja de policías observaba a los viajeros. Pero los agentes no miraban hacia donde estaban ellos.

—Si queréis hablar, hablad aquí.

—No vas a subir al avión sin contestar unas cuantas preguntas. —El rubio seguía sonriendo.

El Saharaui miró sobre el hombro del tipo: dos individuos con trajes oscuros se habían acercado a los policías y les mostraban rápidamente sus carteras. Enseguida los cuatro echaron a andar hacia ellos.

—¡Bob! —alertó el de la pistola cerrándose la cazadora. Señaló con los ojos a la espalda de su compañero.

Cuando el rubio se volvió, los cuatro estaban ya encima de él.

—Su documentación, por favor —ordenó uno de los agentes trajeados.

El otro se había desabrochado la americana dejando entrever la culata de un arma bajo el brazo izquierdo. Los dos policías uniformados mantenían sus ametralladoras apuntando hacia el suelo.

—¡Eh, sólo estamos hablando! —exclamó el rubio con voz jovial, al tiempo que alzaba las manos con las palmas hacia fuera en son de paz.

Su compañero les tendió un pasaporte negro con el escudo del águila calva y la palabra DIPLOMATIC grabada en la parte superior. Bob extrajo el suyo, exactamente igual, del bolsillo superior de la camisa. El Saharaui ya tenía en la mano su documento saudí falso. Sus dedos temblaban levemente.

Uno de los agentes de paisano revisó el pasaporte del Saharaui y se lo devolvió.

—Puede irse —dijo señalando con un gesto hacia los controles de seguridad.

El rubio se revolvió.

—¿Sabéis lo que estáis haciendo? —gritó acercando su cara roja de ira a la del

policía.

El otro agente de paisano sacó su pistola y apuntó al otro americano.

—Extraiga el arma lentamente —dijo con serenidad—. Utilice sólo el índice y el pulgar de la mano izquierda.

Los dos agentes de uniforme también apuntaron a los americanos. Algunos viajeros se alejaron de prisa, mirando de reojo.

—¡No me lo puedo creer! —El rubio se llevó las manos a la cabeza—. ¿Sabéis lo que estáis haciendo?

Su compañero extrajo el arma como le habían ordenado y se la entregó al que le estaba apuntando.

—Por favor —dijo éste—, acompáñennos a la comisaría. Espero que no haga falta esposarlos.

—Hijos de puta, hijos de la gran puta. —El rubio apretó las mandíbulas y echó a andar delante de los policías.

Para entonces, el Saharaui ya había logrado franquear el control de seguridad sin problemas.

Su móvil vibró. Era un teléfono local: lo había comprado al llegar a Qatar y se desharía de él en cuanto aterrizara en Estambul. Miró la pantalla, el SMS decía: «Este chacal no es tan malo como dicen algunos. Tu amigo el proveedor de uniformes.»

El Saharaui levantó la vista y sonrió a las cámaras: alguien escondido tras aquellas semiesferas azules lo protegía.

7

Dos mujeres jóvenes vestidas con vaqueros ajustados y camisetas ceñidas llamaron a Malika, pero ella hizo como si no las oyera. Cruzaron la sala del buque y se acercaron a donde estaba sentada.

—¡Malika! —repitió una de ellas.

Malika levantó la cabeza. La joven que la había llamado tenía una larga melena negra e iba muy maquillada. Su amiga llevaba el pelo teñido de rubio y unas gafas de sol que le tapaban la mitad de la cara. Ambas lucían collares y pulseras dorados y olían a perfume caro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Malika y se levantó con una sonrisa—. ¡Amina!

—¡Malikita! —dijo la morena mientras la besaba y abrazaba—. Te he visto antes, en la fila del barco, y le he dicho a Zeinab: «Yo creo que aquella es Malika», pero entre el tiempo que ha pasado y que llevas el hiyab y el caftán, no estaba segura. ¡Qué alegría! —Volvió a abrazarla—. ¿Cuánto hace que volviste?

—Tres meses.

—Por eso no nos hemos visto hasta ahora. Me contaron que habías regresado, pero no me lo creía. ¿Cómo está tu madre? A tu hermano lo veo de vez en cuando por ahí, con ese coche tan molón que tiene. ¡Ay, pero vamos a sentarnos! —dijo al tiempo que ocupaba uno de los sillones—. ¿Estás viviendo en casa de tu madre?

—Sí...

—¿Y qué tal? Cuenta, ¿a qué vas a Algeciras?

—Voy a Málaga, a una entrevista de trabajo.

—¿Un sábado? —preguntó Amina, sorprendida, y enseguida le guiñó un ojo—. ¿No será a otra cosa, eh? Huy, perdona, se me olvidaba que llevas el hiyab. Te has convertido en una buena musulmana, mientras que nosotras seguimos siendo unas perdidas. ¿Te acuerdas de cómo nos regañaba tu madre cuando nos veía vestidas como nazarenas? ¡Y tú eras la peor! —Se volvió hacia la rubia, que se limitaba a sonreír educadamente—. Fue la primera que se pintó los labios ¡y llevaba unos escotes...! No sabes la cantidad de chicos que tenía detrás.

—Eso ya no... —interrumpió Malika.

—Era la más guapa, la que sacaba mejores notas, la mejor en deportes. —La señaló con el índice ensortijado—. ¡Fue campeona de atletismo! La llevaban a correr por Andalucía, tenía su habitación llena de copas y medallas. Pero también era la más gamberra, ¿a que sí? Un día metió una alarma debajo de la mesa del profesor. El Garbancito, ¿te acuerdas? ¡Casi le dio un infarto!

Malika movía la mano delante de la cara en un gesto que intentaba quitar

importancia a todo aquello y al mismo tiempo detener el torrente de palabras de su antigua amiga.

—Fue hace mucho tiempo —dijo dulcemente, pero la otra no pareció oírla.

—¡Ay Malika, Malika! —La morena se dirigió a la rubia—: Se fue a Sevilla y volvió convertida en enfermera y casada con un médico. —Volvió la cabeza hacia Malika—. ¿Qué era? Urólogo, ¿no?

—Oftalmólogo.

—Eso es. Yo es que pienso en nombres de médicos y sólo me vienen a la cabeza los urólogos y los ginecólogos. —Bajó repentinamente la voz—: Oye, dirás que soy una cotilla, pero ¿qué ha sido de él?

—Digo que eres una cotilla —sonrió Malika.

—Tienes razón, tienes razón —se rió Amina—. No puedo evitarlo. —Se volvió de nuevo hacia la rubia—: Es que no puedes imaginarte lo que ligaba Malika, la cantidad de chicos que tenía en reserva. Todos estaban por ella.

Malika enarcó las cejas y una sonrisa burlona bailó en sus labios.

—¿Y tú, no te has casado?

Amina se encogió de hombros cómicamente y se tapó la boca con una mano, como si pretendiera evitar que la oyeran:

—Dos veces. El primero fue un militar. Me duró un año. El segundo fue un policía. Me duró algo más: catorce meses. Ahora voy a ver si me ligo a un guardia civil: colecciono uniformes. —Soltó una carcajada.

La mirada de Malika se cruzó con la de uno de los hombres de las riñoneras.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó a la rubia.

La chica se puso colorada.

—Relaciones públicas...

—Sirve copas en un bar —abrevió Amina—. Mira, Ceuta es lo que es, y nosotras haremos lo que tengamos que hacer para no fregar las casas de los nazarenos como nuestras madres.

8

El Saharaui devolvió la sonrisa al azafato y salió del avión. En ese momento los vio: eran dos y estaban en el finger, junto a la puerta del aparato. No había duda de que se trataba de policías: llevaban las placas de identificación colgadas de los bolsillos superiores de sus americanas.

Lo echaron a un lado, le quitaron la bolsa y lo cachearon a conciencia: miraron incluso debajo de la kufiya. Lo esposaron y cada uno de ellos lo agarró de un brazo. Él se dejó llevar. Tenía la cara desencajada.

El policía más alto iba embutido en un traje azul marino lleno de bultos, de forma que resultaba aventurado decir dónde escondía la pistola, dónde las esposas y dónde el walkie-talkie. El otro vestía un traje marrón dos tallas más grande que la suya, por lo que tampoco era fácil localizar su arma. Ambos lucían espesos bigotes negros.

Durante diez minutos atravesaron el aeropuerto internacional de Estambul por largos pasillos y salas vacías sin cruzar palabra. El del traje marrón tenía una tarjeta electrónica con la que iba abriendo las puertas que aparecían ante ellos. De vez en cuando se cruzaban con algún empleado que se apartaba rápidamente o con algún agente uniformado que saludaba a sus compañeros con un movimiento de cabeza y miraba al Saharaui con curiosidad.

El policía situado tras el mostrador de recepción de la comisaría intentó detenerlos, pero el del traje azul le respondió en tono firme, sin pararse. Cruzaron una pequeña sala y enfilaron un corredor con puertas a ambos lados. En cada una de ellas, una pequeña placa blanca anunciaba el nombre y el cargo del ocupante del despacho.

El alto le puso al Saharaui una mano en el pecho para que se detuviera. Se dirigió a una puerta cuyo cartel había sido retirado, tocó con los nudillos y metió la cabeza. Al cabo de un momento se volvió y le hizo una seña para que se acercara. El del traje marrón lo apremió con un empujoncito.

Sentado en el borde del escritorio estaba un hombre. No debía de pesar más de sesenta kilos, pero su mirada era tan intimidatoria como la de un campeón de los pesos pesados. No invitó al Saharaui a sentarse. Lo observó a través del humo de su cigarrillo, guiñando un ojo. En una mano sostenía varios folios sujetos por un clip. Les echó una ojeada y dijo:

—Haibala Gali Sidahamed, alias *el Saharaui*, recaudador internacional del Estado Islámico. La DGED marroquí lo busca por reventar las cajas de seguridad de un banco de Marrakech y robar las claves de decenas de millones en bitcoins y ciertos documentos comprometedores para la casa real. Ofrece cien mil dólares por su cabeza. —Echó otro vistazo a los papeles que tenía en la mano—. También lo buscan

la CIA, la DGSE francesa, el MI6 británico, el CNI español... —Arrojó los documentos sobre la mesa y miró al Saharai, que permanecía inmutable. Dio una larga calada al cigarrillo antes de proseguir—: Los americanos lo estaban esperando —dijo—. Luego llegaron los rusos y dijeron que ellos también lo querían. No podemos entregarlo a unos sin enemistarnos con los otros. Por eso voy a ayudarle. ¿Está usted dispuesto a ayudarme a mí?

El Saharai asintió. Su expresión era de atención y desconcierto.

—¿Le espera alguien en el aeropuerto? —El Saharai volvió a asentir. Detrás del escritorio había un retrato enmarcado del presidente Erdogan y una bandera turca—. No contacte con esa persona: es seguro que estará bajo vigilancia. Lo sacaremos de aquí en un coche y lo llevaremos hasta la estación de autobuses de Esenler. Es un buen sitio para perderse. —Apagó el cigarrillo en un cenicero donde reposaban varias colillas iguales, miró el tocado del Saharai y señaló con la barbilla la bolsa que sostenía el policía del traje marrón—. ¿Lleva ahí otra ropa? Bien, póngase algo menos llamativo. —Se volvió hacia los agentes y les habló en turco. Ambos asintieron enérgicamente. El del traje marrón se acercó y le quitó las esposas—. Lo acompañarán al vestuario para que se cambie. —Encendió otro cigarrillo y aspiró el humo con avidez—. Usted nunca ha estado aquí.

El vestuario de la comisaría era una sala llena de bancos corridos. Las paredes estaban forradas con taquillas de metal. Varios hombres se cambiaban el uniforme por la ropa de civil o a la inversa, pero no les prestaron atención.

Los dos policías observaron al Saharai mientras se quitaba el atuendo árabe y se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa azul de algodón cuyos puños abotonó cuidadosamente. Metió su indumentaria árabe en la bolsa, que cerró y se echó al hombro.

—Listo.

El policía del traje azul se frotó la barbilla y le comentó algo a su compañero.

—La barba —dijo el otro en inglés—. Cortar —se acercó la mano a la mandíbula y movió el índice y el corazón simulando una tijera.

El Saharai negó con la cabeza.

—Está bien así. *Böyle iyi.*

El agente se encogió de hombros y extendió la mano, invitándolo a caminar delante. Los tres descendieron a un ruidoso y concurrido garaje. El del traje azul se acercó a una cabina de cristal desde la cual un viejo policía de uniforme parecía dirigir el caos de coches patrulla, furgones y vehículos camuflados. Discutió un rato con él antes de firmar en un folio enganchado a una tablilla que el otro le tendió. El viejo descolgó entonces unas llaves de un clavo y las arrojó sobre el mostrador. El del traje azul las recogió y apuntó el mando a distancia de la llave hacia una hilera de coches aparcados. Los intermitentes de un Skoda blanco le respondieron con un parpadeo. Abrió la puerta trasera, se volvió hacia el Saharai y le indicó que entrara. El Saharai obedeció y se sentó, pero el individuo no quedó satisfecho.

—*Hayir!* —gritó. Metió el corpachón dentro del coche y lo empujó para que se tumbara—. *Sleep!* —dijo.

—*Lie down!* —su compañero le ayudó con el inglés—. *Head down!*

Cuando el del traje azul quedó satisfecho con la postura del Saharai, cerró de un portazo y se acomodó ante el volante. Su compañero se sentó en el lugar del copiloto.

El coche arrancó con un chirrido de neumáticos, subió una cuesta pronunciada y salió a la oscura carretera. Desde su incómoda posición, el Saharaui sólo podía ver la enorme luna como una moneda de plata clavada en el cielo negro y las farolas que iluminaban a intervalos el interior del vehículo. También el perfil del policía de traje marrón, que se volvía con frecuencia para mirar por el cristal trasero.

Tres cuartos de hora más tarde se detuvieron frente al descomunal edificio de la estación de autobuses. Incluso de madrugada, el tráfico era intenso. Sin volverse, el del traje azul le ordenó en inglés:

—Go! Go!

Su compañero también le indicó con la mano que abandonara el vehículo.

—Adiós —le dijo.

El Saharaui descendió, cruzó la calle y entró en la estación. Ya en la puerta, se volvió para comprobar cómo se alejaba el coche. Metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Lo abrió, extrajo la tarjeta SIM y la masticó hasta destrozarla, luego la tiró y volvió a guardar el móvil.

Abrió su cartera y sacó un billete de diez dólares y un papel arrugado con varios números de teléfono. Entró en una tienda de periódicos y al poco rato salió con un ejemplar de *Hürriyet* bajo el brazo y un puñado de liras turcas tintineando en el bolsillo. Fue a un teléfono público y marcó el primero de los números que aparecían en el papel, pero nadie contestó. Probó con otro; descolgaron al tercer timbrado.

—Soy yo. Necesito que me lleves a casa... Estoy donde llegó Omar... Sí, ahora mismo.

9

Malika entró en la habitación, cerró la puerta y se asomó a la ventana. Lo observó a través de los visillos: tendría unos cuarenta años, vestía un chándal de Adidas seguramente falso y caminaba de un lado a otro sin decidirse a entrar en el hotel.

Sacó el móvil de su bolso y pulsó un número.

—¿Lo tenéis?... Sobre todo que no suba.

Colgó y arrojó el móvil sobre la cama. Se quitó el hiyab y acercó la cara al espejo. Sacudió la cabeza y los cabellos castaños se desparramaron por sus hombros. Sostuvo su propia mirada durante unos segundos. Cerró los ojos y se apartó del espejo.

Miró alrededor: una cama doble, dos mesillas, una mesa, una silla y un armario empotrado. Fue al baño y encendió la luz. La ducha estaba separada por una mampara de cristal. Se inclinó, abrió los grifos y los reguló hasta que el agua salió templada. Entonces se desnudó y metió su cuerpo atlético bajo el chorro. Llevaba el sexo depilado.

Cuando terminó de ducharse oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta. Al mismo tiempo, su móvil comenzó a sonar en la habitación.

—¡Un momento! —gritó hacia la puerta, pero se dirigió desnuda a la habitación y descolgó el teléfono—: Dime... ¿Quién?... Ah, debe de ser él quien está llamando. — Colgó y volvió a hablar hacia la puerta—: ¿Quién es?

Respondió una voz masculina:

—El Pato Donald.

Malika fue al baño, se puso el albornoz y abrió. Entró un hombre moreno y enteco. Vestía como un antiguo cura o un militar de incógnito. Su camisa de manga corta y sus pantalones perfectamente planchados eran baratos y estaban pasados de moda. Se paró en el centro de la habitación y le mostró la bolsa de plástico que llevaba en la mano.

—Alcohol y cigarrillos, para que te despidas de ellos.

—Hace ya tiempo que me despedí de los dos. —Con un gesto, lo invitó a sentarse en la cama mientras se ajustaba el albornoz y se acomodaba en la silla.

El hombre dejó la bolsa sobre la colcha. Apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los dedos de las manos.

—¿Cómo estás?

Malika se encogió de hombros.

—Tensa como la cuerda de un violín.

Él enarcó las cejas.

—Tranquilo —añadió ella—, todo está bajo control.

—Bien. Así que sales mañana a las doce y cuarto. —La miraba fijamente a los ojos, como si intentara descubrir algo en ellos.

Ella asintió.

—Vamos a estar guardándote las espaldas todo el tiempo hasta el aeropuerto de Estambul. A partir de allí tendrás que seguir sola. Si nos detectaran...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió ella.

—Nosotros éramos partidarios de mantener la vigilancia hasta la frontera siria, pero los americanos...

—Me basta con que el plan de evacuación funcione, es lo único que necesito.

—Dalo por hecho: te sacaremos en el momento que tú digas.

Malika miró hacia la ventana y en la habitación se hizo un silencio incómodo.

—No tengo ni idea de cómo voy a hacer para que se fije en mí con el niqab.

—Encontrarás la forma. —Ella alzó una ceja y él cambió de tema—. Las comunicaciones... —dijo—. Ya tenemos intervenido el teléfono de tu madre. Para cualquier cosa, la llamas a ella. Recuerda, los mensajes deben empezar cuando carraspees o tosas y terminar cuando vuelvas a hacerlo.

—Qué rudimentario.

—Sí, pero eficaz. Ten en cuenta que acaban de prohibir los móviles y que sólo podrás llamar desde locutorios. Habrá gente cerca de ti, escuchándote. Nosotros tendremos siempre a alguien pendiente, aunque tú no lo veas. Lleva algo rojo encima. Cuando necesites que te saquemos, muéstralo. Recuerda: algo rojo.

—Ese alguien que estará pendiente de mí...

—Es un contacto de los americanos en el teatro de operaciones. No sabemos quién es, ni siquiera si es hombre o mujer.

—¿Y si falla? ¿Y si es un agente doble?

—Los americanos lo garantizan al cien por cien.

Malika se levantó y fue hacia la ventana. El del chándal estaba en cuclillas, con la espalda apoyada en la pared del edificio de enfrente. De repente sonó una melodía árabe. La mujer volvió la cabeza, alerta.

—Son ellos —dijo, y corrió hacia su bolso.

10

Rachid cerró el coche y bajó con paso elástico por el oscuro laberinto de callejuelas del Príncipe. Se había puesto una camiseta de los Lakers y unas bermudas. En la cabeza llevaba una gorra blanca y en los pies unas deportivas inmaculadas, todo con el logotipo de Nike bien visible.

Se detuvo ante una puerta verde idéntica a las demás salvo por un detalle: tenía videoportero. Cuando oyó que descolgaban el interfono se iluminó la cara con la linterna del móvil y comenzó a hacer muecas ante la cámara.

—Idiota —dijo una voz femenina por el aparato.

Enseguida se oyó un zumbido, empujó la puerta y entró.

Recorrió un largo pasillo sin ventanas que discurría entre el muro y la vivienda hasta que llegó a una nueva puerta, ésta de hierro. Pulsó el timbre y la puerta se abrió. En ella apareció enmarcada una chica vestida con unos shorts vaqueros y un escueto top blanco. Calzaba sandalias plateadas de altísimos tacones y llevaba el pelo rizado y moreno sujeto con horquillas en lo alto de la cabeza. No debía de tener más de quince años.

Rachid la enlazó por la cintura y la atrajo hacia él.

—Titi —le dijo en voz baja—, si alguna vez te cansas de tu novio, avísame: Rachid te dará lo que necesitas.

Ella soltó una carcajada algo histérica. Él le guiñó un ojo y se dirigió bailando hacia el salón.

—¡Hola, hola, hola! —exclamó alegremente al entrar en la estancia.

Había cuatro jóvenes repantingados en sofás blancos de diseño. Tres de ellos escuchaban atentamente algo que estaba contando el cuarto. La llegada de Rachid lo interrumpió.

—¡Musta, has vuelto! —lo saludó alborozado Rachid.

Se inclinó y lo abrazó pasando la cara sobre un hombro y luego sobre el otro mientras ambos se deseaban la paz murmurando una fórmula de cortesía.

—¡Qué bueno, tío! —finalizó.

—Nos estaba contando una historia...

—¿Una historia? ¡Me encantan las historias! Cuenta, tío, cuenta.

Mustafá sonrió, resignado a volver a empezar. Era grueso y llevaba gafas de miope que empequeñecían sus ojos.

—Un esclavo estaba en el desierto cuidando los camellos cuando vio pasar un avión...

Rachid se sentó en el brazo de un sofá.

—¿En qué parte del desierto estaba?

—¿En qué parte va a ser? —dijo irritado un joven fuerte y bajito que tenía un ojo medio cerrado—. ¿No viene de Mauritania?

—El desierto de Mauritania es enorme: no es lo mismo Nuadibú que Rosso...

El del ojo se incorporó a medias.

—¿Te callas o te callo?

Rachid levantó las manos en son de paz.

—Me callo.

—Bueno, no era un avión, era una avioneta. Pasó bajito, bajito —prosiguió Mustafá imitando con la mano el vuelo del aparato—, luego subió, dio la vuelta y empezó a bajar, a bajar... hasta que aterrizó. El esclavo pensó: «Han tenido una avería, voy a ayudarlos.» Cogió una guerba de agua, montó en un camello y lo puso al galope.

—¿No se bajó nadie de la avioneta? —preguntó el muchacho de la barba de chivo que Rachid le había presentado a Malika esa mañana.

—Se bajaron dos hombres. Dos europeos. Miran con unos prismáticos hacia aquí y hacia allá hasta que uno de ellos señala a lo lejos, donde se veía una nube de polvo, y entonces el otro le toca en el hombro y apunta con el dedo al esclavo, que llegaba por el otro lado galopando en el camello. *Ualá!* —Mustafá dio una fuerte palmada—. Los europeos suben corriendo al avión, ponen el motor en marcha y el avión echa a rodar, a rodar y se eleva, se eleva hasta que se convierte en un puntito y desaparece. —Hizo una pausa para dar un trago de Coca-Cola—. El esclavo se queda allí parado, en medio del desierto, subido en el camello y con la guerba en la mano, mirando a la parte del cielo por la que ha desaparecido el avión. Mientras tanto, la nube de polvo que había visto el europeo por el otro lado se va haciendo cada vez más grande, más grande, hasta que se convierte en un coche, dos coches. Dos cuatro por cuatro. Se bajan cinco mauritanos y le preguntan al pastor: «¿Qué ha pasado con el avión?» Él se encoge de hombros y responde: «No sé, pensé que se había estropeado y vine a traerles agua.» «¿Hablaste con ellos?», le preguntan. «No, cuando me vieron se montaron y se fueron», responde él. Entonces el jefe de los mauritanos avanza cojeando, saca una pistola de debajo de la derráa y se la pone al pastor en la cara. —Mustafá apuntó a los otros con el índice—. Si cuentas una palabra de lo que ha pasado, vuelvo y te mato.

Rachid se rió.

—*Chuf!* Al día siguiente —prosiguió Mustafá subiéndose las gafas con el dedo corazón— toda Mauritania sabía lo ocurrido, y al cabo de una semana ya lo sabían en Argelia, Mali, Senegal... No es que el pastor fuera un valiente, es que era un chismoso. Desde entonces las avionetas se niegan a aterrizar: lanzan la droga desde el aire. Por eso hay que pagarla por adelantado, por si se pierden los paquetes. Tú pagas y el Cojo se encarga de todo: hace el encargo y recoge el paquete en el desierto. Pero puede que el paquete se pierda, y entonces te quedas sin la cocaína y sin el dinero.

—¿Se pierden muchos paquetes? —preguntó el del párpado caído.

—Pocos, porque les dan las coordenadas del sitio en el que tienen que soltarlos. Pero alguno se ha perdido.

El que había hablado antes se dirigió a los demás:

—¿Qué decís?

—Es arriesgado —contestó el de la barba de chivo.

—Y luego está el problema de meterla aquí, que es chungo —dijo Rachid—: Marruecos traga con el chocolate, pero no con el polvo.

Mustafá alzó la mano.

—Una cosa —dijo gravemente—. Sabéis que no soy un cobarde, pero el Cojo... Sólo hablé media hora con él y salí cagado de miedo.

11

—*Uyan! Uyan!*

El Saharaui abrió los ojos y el resplandor del amanecer lo cegó. El pasador dijo:

—¡Control!

Durante unos segundos el Saharaui pareció desconcertado, pero enseguida se enderezó en el asiento y se limpió la boca con el dorso de la mano.

El vehículo se detuvo al final de un pequeño embotellamiento. Unos cien metros más adelante brillaban las luces azules de los coches de policía.

—¿Dónde estamos? —preguntó en inglés.

—Ankara ahí delante.

El Saharaui observó al conductor. Era muy joven y movía los ojos como un caballo asustado. Cuando alargó la mano para sacar un cigarrillo de la cajetilla de Marlboro que llevaba en el salpicadero sus dedos temblaron.

El coche avanzó unos metros y el Saharaui pudo ver sobre el asfalto los conos blancos y naranjas que estrechaban la carretera y la señal de alto. Un poco más allá montaba guardia el primer agente, con el arma preparada.

—Parece que va a hacer buen día —dijo intentando distraer a su compañero, pero el muchacho no contestó—. Sol hoy, ¿eh? —insistió señalando al cielo.

El automóvil volvió a avanzar. Los policías estaban a contraluz: sólo podía ver sus siluetas al borde de la carretera, con las armas largas cruzadas ante el tronco, apuntando al suelo. Otros agentes escudriñaban el interior de los vehículos. De vez en cuando ordenaban a alguno que se echara a un lado. Procuró no mirarlos a los ojos.

El coche pasó lentamente ante sus rostros severos. Uno de los policías les indicó con la mano que siguieran adelante. El conductor suspiró aliviado. Poco a poco fue aumentando la velocidad.

—¿De dónde eres? —le preguntó el Saharaui.

—De Estambul.

—¿Haces esto muy a menudo?

—¿Qué? ¿Pasar gente?

—Sí.

—Dos o tres veces al mes.

El Saharaui asintió.

—Si a los otros les cobras lo mismo que a mí, debes de ser un hombre rico.

—Es muy arriesgado —dijo el muchacho encendiendo otro cigarrillo—. Hace unas horas, cuando hemos salido de Estambul, el Gobierno estaba más o menos bien con el

Estado Islámico, pero por el camino puede haber cambiado de opinión. La política... — añadió—... la política cambia de dirección muy rápido en Turquía. Es peligrosa. — Aspiró el humo y lo expulsó mientras hablaba—. Luego está la frontera. Todos están peleados en Siria. Los americanos están contra El Asad y contra el Estado Islámico y apoyan a los kurdos y a los grupos rebeldes. Los rusos también están contra el Estado Islámico, pero odian a los rebeldes y apoyan a El Asad. Los iraníes están de acuerdo con los rusos, salvo porque no pueden ver a los suníes. Los saudíes están contra El Asad, pero apoyan a los suníes. Y Erdogan apoya a los americanos, pero su primer enemigo son los kurdos, que son los principales aliados de los americanos. ¡Es para volverse loco! En cualquier momento pueden bombardear la frontera los rusos, los americanos, los hijos de puta de los kurdos... Muy arriesgado. No es caro el precio.

—Si nos paran, ¿qué les dirás?

—¿A la policía? Que soy un taxista ilegal. —Sonrió y lo miró rápidamente—. Es la verdad, ¿no?

El Saharaui bajó la ventanilla y asomó la cabeza. El viento le hizo lagrimear. Olía a gasolina y a heno. Volvió a subir el cristal.

—¿Cuánto tiempo queda?

—Diez horas. Duerme, duerme.

El Saharaui bostezó.

—Ya he dormido bastante.

—Antes tenías un mal sueño —dijo el muchacho—. Hablabas mientras dormías.

El semblante del Saharaui se nubló.

—¿Y qué decía?

—No sé, algo como: «*Vsegda v'period! Vsegda v'period!*» —Se rió—. Es ruso, ¿no?

El Saharaui no contestó. Estaba muy serio.

12

Malika estaba viendo las noticias de la BBC cuando el despertador de su móvil le anunció que eran las siete de la mañana. Quitó el sonido al televisor y se frotó los ojos enrojecidos. Bostezó con nerviosismo. Se levantó en bragas y camiseta y espió tras las cortinas de la ventana. La luz azul del alba perfilaba la calle. En la acera de enfrente, el individuo del chándal había sido relevado por un joven con el cráneo rasurado y barba larga. Podría haber sido confundido con un hípster de no ser por el entrecejo permanentemente fruncido, que le hacía parecer un profeta colérico.

La mujer buscó con la mirada hasta que localizó a una pareja dentro de un coche blanco aparcado unos metros más abajo del hotel. Cogió el teléfono y pulsó el mismo número que el día anterior.

—No me habéis dicho qué debo hacer con este terminal —dijo—. No puedo llevarlo conmigo.

—Ahora le digo al compañero que suba a por él.

—No, aún no. Os aviso más tarde. ¿Habéis visto al calvo?

—Lo tenemos fichado.

Colgó y apartó la silla para dejar un espacio libre a los pies de la cama. Se cogió una coleta sin mirarse en el espejo, respiró hondo, se colocó de cara a la ventana y alzó los brazos como si quisiera alcanzar el techo con los dedos. Luego se inclinó hasta tocar el suelo con las palmas de las manos al tiempo que expulsaba el aire lentamente... El televisor situado a su espalda mostraba imágenes de la guerra en Siria mientras ella estiraba los músculos.

A las nueve bajó a desayunar. Sólo tomó una tostada untada con mermelada y un par de sorbos de café con leche. Cuando volvió a la habitación, fue al baño y lo vomitó todo.

Tan pronto se hubo repuesto preparó la maleta, se puso el caftán y el hiyab, se acercó a la ventana y sacó el teléfono.

—Ya podéis venir.

Un hombre bajó del coche blanco. Era un tipo calvo y fibroso. En vez de riñonera llevaba una pequeña mochila al hombro. Echó a andar hacia el hotel simulando que hablaba por el móvil. Un minuto más tarde llamó a la puerta de la habitación.

Malika abrió y le entregó su teléfono, él lo guardó en la mochila y por un momento ella pudo ver el brillo de un arma. El hombre se marchó sin decir una palabra.

Al cabo de cinco minutos, Malika bajó a la recepción. Pagó en metálico y pidió que llamaran un taxi. Antes de salir a la calle se puso unas gafas de sol. A través de ellas vio cómo el barbudo se apresuraba a utilizar el móvil y la pareja hacía lo mismo en el

interior del coche blanco.

—Al aeropuerto —ordenó al taxista—. Salidas internacionales.

Durante el trayecto no se volvió para intentar ver si la seguían. Tampoco en la terminal, cuando pagó la carrera y caminó con su maleta de ruedas hasta el mostrador de Turkish Airlines. En la cola había varias mujeres vestidas con hiyab y dos con chador, pero ni la miraron ni las miró.

El joven del mostrador echó un vistazo a la maleta.

—Es pequeña —dijo—. ¿No quiere llevarla en cabina?

Ella asintió, confusa. Recogió su tarjeta de embarque y echó a andar hacia la sala que le habían indicado. Se sentó, alzó la vista y se sobresaltó al ver su reflejo en el cristal de la máquina expendedora de refrescos que tenía enfrente. Sacó un móvil más antiguo que el que había devuelto y buscó una web de noticias.

La sala se fue llenando poco a poco. Frente a ella se instaló una pareja con dos niños. La mujer iba cubierta con un chador. Uno de los pequeños se quedó mirando a Malika, pero ella lo ignoró. Era un niño gordo, de unos seis años, con cara de viejo. Se acercó y le sacó la lengua.

—¡Fea! —le gritó.

Los padres no se inmutaron.

Al cabo de un rato llamaron para embarcar. Malika se acercó al mostrador con el pasaporte y la tarjeta de embarque en la mano. Antes de entregarlos se volvió y recorrió la sala con la mirada, pero no pudo identificar a nadie. Cuando cruzó el pasillo que llevaba al finger estaba muy pálida.

13

El Saharaui se despidió del conductor, bajó del coche y cruzó a pie la tierra de nadie entre Turquía y Siria. Cuando salió del puesto fronterizo sirio, un hombre descendió de un Jeep Cherokee y corrió hacia él con un Kaláshnikov colgado al hombro. Al llegar a su lado se inclinó para cogerle la bolsa, pero él la apartó para evitarlo. Entonces el individuo corrió a la puerta del copiloto y la mantuvo abierta mientras él se acomodaba. Luego rodeó el todoterreno y se sentó ante el volante. Después de colocar su arma entre los dos asientos, junto al cambio de marchas, se volvió hacia la parte de atrás y cogió una pistola metida en su cartuchera y otro Kaláshnikov, éste con culata de metal, que le ofreció al Saharaui.

—Gracias —dijo él. Tenía los ojos enrojecidos y grandes ojeras. Extrajo la pistola Glock, sacó el cargador y volvió a colocarlo; pasó los brazos por las correas de la cartuchera y encajó el arma bajo la axila izquierda. Sacó el cuerno de chivo del Kaláshnikov, comprobó que estaba lleno y lo volvió a meter con un chasquido; plegó la culata y dejó el arma en su regazo, apuntando hacia la puerta.

La puesta de sol incendiaba el cielo por el oeste. Sobre el puesto fronterizo ondeaba la bandera del Estado Islámico. Los cristales rotos de las ventanas habían sido sustituidos por plásticos y las paredes habían sido repintadas para tapar las huellas del régimen de Damasco. Una estaba adornada con un mural: una montaña de calaveras en la que se clavaba un mástil con la enseña blanca y negra.

El hombre hizo un gesto con la mano para despedirse de los milicianos que custodiaban la aduana y arrancó bruscamente, levantando una nube de polvo. Era un tipo corpulento de barba lacia y entrecana y mirada huidiza.

—¿Qué tal va todo por la casa? —preguntó en árabe el Saharaui.

El hombre sonrió y asintió mientras aceleraba.

—Todo bien —respondió en dialecto marroquí.

—¿La niña está bien?

—Bien, bien. —Sonrió enseñando los dientes amarillos al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Hay algo que deba saber de la última semana? ¿Ha caído alguien que yo conozca?

La nuez del conductor subió y bajó.

—Creo que no. Ha habido varias batallas al sur, en Ramadi, y también al este, cerca de Mosul. Los americanos les han dado drones para bombardear. La gente que va al mercado tiene que estar atenta al cielo porque no hacen ruido. De repente se ponen encima y ¡bum! Son cobardes —añadió—, no pelean cara a cara.

—¿Ha llegado alguno de esos drones a Raqa?

—No, *alhamdu-lilá*, en Raqa todo está tranquilo.

Los últimos rayos de sol alcanzaban al Jeep desde atrás y su sombra era cada vez más alargada. El guardaespaldas puso el aire acondicionado, pero el Saharaui lo apagó.

—Mejor abrimos un poco la ventanilla —dijo—. Ahora hace fresco.

—Como quieras. —El otro encendió las luces.

El aire húmedo del Éufrates inundó la cabina. Olía a río y a vega, pero también a hortalizas podridas. Un coche que venía de frente tocó el claxon a modo de saludo, pero el guardaespaldas no le respondió.

Tras ellos el sol se iba convirtiendo en una brasa que se apagaba contra el horizonte. Al frente, los faros iluminaban la deteriorada carretera. Esqueletos calcinados de vehículos surgían de vez en cuando al borde del asfalto. El Saharaui sintió que se le cerraban los ojos. Abrió su cartera y sacó la tarjeta de embarque de su vuelo a Estambul. Hizo con ella una bola y se la metió en la boca. Sólo entonces, imposibilitado para hablar mientras dormía, se dejó abrazar por el sueño.

14

Malika se secó las manos, abrió la puerta del lavabo y salió al pasillo del avión. Levantó la vista y el corazón le dio un vuelco. La vio sólo un instante, pero supo que la conocía. Estaba segura de que ella también la había visto porque había ocultado su rostro tras el respaldo de delante.

Se detuvo junto a su hilera de butacas y esperó a que dos pasajeros le hicieran sitio para poder llegar a su asiento. Antes de sentarse se volvió bruscamente y sus miradas se cruzaron: los ojos pardos de Malika y los ojos verdes de la muchacha. Entonces su memoria recuperó la escena: la amenaza de lluvia en el cielo de Ceuta, la procesión de los cristianos, el rostro desafiante enmarcado en el hiyab y el «hijos de puta».

En el monitor incrustado en el respaldo del asiento de delante se desarrollaba un drama familiar chino. La hija de la pareja protagonista puso un gesto de enfado que le recordó al de la chica que se ocultaba varias filas más atrás. No se parecían físicamente, pero tenían la misma expresión testaruda y adolescente.

—¿Quiere cenar? —preguntó la azafata.

Malika no la oyó. Su vecino de asiento le tuvo que repetir la pregunta antes de que ella reaccionara. Alzó la vista y vio a la joven uniformada esperando con una bandeja en la mano.

—¡Sí, sí! —dijo mientras bajaba la mesita apresuradamente.

El hombre recibió la bandeja de la azafata y la posó ante ella.

—Gracias —dijo Malika.

Su vecino le sonrió.

—No te he hablado antes porque no sabía que eras española. —Le ofreció una mano fuerte con las uñas mordidas—. Me llamo Miguel. —Ella le estrechó la mano, pero no le reveló su nombre. A pesar de ello, él volvió a sonreírle. Debía de tener su edad, era muy moreno y tenía la cara picada—. Vamos, que si llego a saber que eras española iba yo a estarme tres horas callado —dijo—. Yo es que no puedo parar de hablar —añadió—. Iba para submarinista, pero me echaron porque me ponía a hablar debajo del agua y me ahogaba. Señaló la bandeja—. Ten cuidado con esa carne: por la pinta que tiene, yo diría que es del toro que mató a Manolete. Tú sabes quién fue Manolete, ¿no?

Ella asintió.

—Yo soy de Málaga. ¿De dónde eres tú?

—De Ceuta.

—¡Anda! Mi padre hizo la mili en Ceuta. Mucho lío ahora con los inmigrantes y los islamistas, ¿no?

Malika se encogió de hombros.

—¿A qué vas a Estambul?

—A ver a una amiga.

—Yo voy a un congreso, pero espero hacer algo de turismo. ¿Conoces la ciudad?

—Malika negó con la cabeza—. Un amigo que estuvo hace dos años me ha dicho que es muy bonita, pero que atosigan mucho al turista, y a mí eso me pone enfermo. El verano pasado estuve en Marruecos y no te dejaban en paz: «Amigo, compra esto; amigo, compra lo otro.» Me agobiaba tanto que decidí quedarme en la residencia. Teníamos piscina y restaurante. Estaba muy bien. El problema era que no había mujeres. —Se rió—. Era una residencia sólo para hombres, para funcionarios.

Malika frunció levemente el entrecejo.

—¿Eres funcionario?

El hombre asintió.

—¿De algún ministerio...?

—Interior —dijo el malagueño y sonrió ampliamente—. Trabajo en control de fronteras. Mucho lío, pero ahora estoy fuera de servicio, ¿eh? —Se rió de nuevo—. Trabajamos mucho con los países fronterizos con la Unión Europea; donde les dan caña a los inmigrantes para que no se acerquen, vamos. Las ONG se quejan, pero es que no hay otra. ¿Tú a qué te dedicas?

—Soy enfermera. —Malika se removió en su asiento e hizo un gesto de cansancio—. No he dormido en toda la noche; si no te importa, voy a ponerme el antifaz...

—Nada, tranquila. Yo le digo a la azafata que te retire la bandeja cuando pase. ¿Quieres que te apague la luz del techo?

15

Rachid abrió un ojo y lo enfocó en la pantalla del móvil. Decía MAMÁ. Se sentó de golpe en el colchón, se aclaró la garganta y contestó con voz dulce:

—¿Sí?

—Rachid, ¿dónde está tu hermana? —la voz imperiosa de su madre no transmitía ningún pesar por haberlo despertado a las cinco de la mañana.

—¿Malika? En Málaga.

—Tenía que haber vuelto ayer y no lo ha hecho. Tú la llevaste al puerto. Me lo dijo la del ultramarinos: os vio a los dos en ese coche que tienes.

—La dejé en la entrada del puerto —se defendió Rachid—. Ni siquiera quiso que la acompañara a sacar el billete. Me dijo que iba a una entrevista de trabajo.

—La entrevista esa era anteayer —dijo secamente la madre—. Se iba a quedar a dormir en Málaga y volvía ayer. Llevo llamando a su teléfono desde que llegó el último barco y me da apagado o fuera de cobertura.

—Pues no sé. ¿Has llamado a sus amigas, a ver si ellas...?

—¿A qué amigas? Desde que volvió no ha visto a sus antiguas amigas, y de las que tuviera cuando estaba casada con el nazareno yo no sé nada.

—¿No te dijo en qué hotel se iba a alojar?

—Si me lo hubiera dicho ya habría llamado, que tonta del todo no soy.

—Bueno, tiene veintinueve años, ya sabe lo que hace.

—¿Tu hermana desaparece y tú te vas a quedar mano sobre mano? ¿Es eso lo que me estás diciendo, Rachid?

—¿Qué quieres que haga?

—Que llames a los hoteles de Málaga y la localices.

—Pero ¿tú sabes cuántos hoteles hay en Málaga? —Se presionó el puente de la nariz—. Mira en su ordenador, seguro que ahí aparece la reserva.

—¡Que mire en su ordenador! ¿Qué hago, lo miro por fuera? ¿Tú te crees que yo sé cómo funciona un trasto de esos?

—Si quieres me acerco por la mañana y...

—¿Cómo por la mañana? ¡Por la mañana tu hermana puede haber sido violada, torturada y asesinada! ¿Es que no tienes sentimientos?

—Vale, vale. Me visto y voy para allá.

Rachid aparcó delante de la casa de su madre. No hizo falta que pulsara el timbre: la mujer le abrió en cuanto se acercó. Estaba completamente vestida y tenía el teléfono móvil en la mano. Él se inclinó para besarla, pero ella apartó la cara y le señaló la

escalera.

—El ordenador está arriba.

Fue a la habitación, cogió el portátil y se sentó en la cama. Levantó la tapa y lo encendió. Mientras la máquina arrancaba se frotó el rostro abotargado a causa del sueño. Su madre, de pie en la puerta, llamaba una y otra vez a su hermana por el teléfono móvil.

—Tiene una contraseña. —Rachid abrió los brazos en señal de impotencia, pero al ver la mirada severa de su madre agachó la cabeza y comenzó a teclear. Diez minutos más tarde se volvió hacia ella—. Podríamos estar días intentando averiguar la contraseña y no nos serviría de nada. Si quieres, tengo un amigo que sabe de estas cosas...

La mujer hizo una última llamada al móvil de su hija.

—Vamos a la policía —dijo con determinación.

Rachid se puso en pie de un salto.

—¿A la policía? ¿A esta hora? Oye, ¿por qué no esperamos hasta mañana...?

La madre extendió la mano reclamando el portátil.

—Dame eso. Voy a pedir un taxi.

El joven soltó un bufido.

—¿Cómo vas a llamar a un taxi a esta hora? Venga, te llevo yo. Pero te advierto que no voy a entrar en la comisaría, ¿eh? Eso sí que no.

16

El Saharaui se despertó cuando el coche se detuvo. Alguien había prendido fuego a tres bidones y los había colocado en medio de la carretera. Las llamas iluminaban una camioneta desde la cual un joven con la cabeza envuelta en un turbante les apuntaba con una ametralladora pesada.

Intentó hablar, pero el papel que se había metido en la boca se lo impidió. Lo sacó con dos dedos y lo dejó caer en su regazo. Mientras tanto, un individuo vestido de negro con un Kaláshnikov en bandolera y el tronco rodeado de cargadores se acercó a la ventanilla del conductor empuñando una linterna. En la oscuridad se adivinaban más hombres armados. El conductor bajó el cristal y le explicó que venía de recoger a su jefe en la frontera turca y lo llevaba a Raqa.

—Soy su guardaespaldas —dijo.

—¿Quién es? —le preguntó el individuo enfocando con la linterna al Saharaui. En ningún momento se dirigió a él.

—Es un hombre muy importante —dijo el conductor—. Es amigo del Mauritano. El otro lo miró con más atención.

—Es muy joven.

—El poder se alcanza en la juventud.

—Se parece a alguien...

—Sí, siempre se lo dicen.

El miliciano asintió.

—¿Tiene papeles?

El conductor se inclinó para abrir la guantera, pero el Saharaui se lo impidió con un manotazo.

—¡No hay papeles! —exclamó irritado—. Coge el satélite, llama a tu jefe y dile que estás reteniendo en la carretera a Haibala *el Saharaui*. ¡Y quítame esa luz de los ojos!

El otro dudó un momento. Durante unos segundos retó al Saharaui con la mirada. Se alejó y dijo algo a sus hombres. Finalmente volvió junto al coche e hizo una seña al conductor para que rodeara los bidones.

—Lo has asustado —dijo el chófer riendo al tiempo que enfilaba la oscura carretera.

—A nadie le gusta que lo despierten con una luz en la cara.

—Aún nos queda media hora. Puedes seguir durmiendo.

—Quien duerme mucho echa a perder su vida —sentenció el Saharaui ahogando un bostezo. Se volvió, cogió una botella de agua del asiento de atrás y dio un largo trago.

El conductor señaló la tarjeta de embarque hecha una bola húmeda que

descansaba en el regazo de su jefe.

—¿Por qué te metes ese papel en la boca cuando duermes?

—Porque así no ronco.

—*Ualá!* ¡Tengo que probarlo!

Permanecieron un rato en silencio. El aire fresco que entraba por la ventanilla les llevaba el canto de los grillos. Circulaban con las luces largas. No había peligro de molestar a otros conductores porque la carretera estaba desierta.

—Ese hombre del control, el que nos ha parado, era iraquí —dijo el chófer.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma de hablar. —Imitó al miliciano—: «¿Quién es? Es muy joven.» Los iraquíes son muy especiales —dijo—, la guerra sólo les interesa para recuperar su país, para matar a los chiíes, ¿sabes? Antes también les interesaba el dinero, pero como ahora pagan menos...

—¿Pagan menos?

—Nos dan la mitad que hace una semana. Dicen que hay problemas para vender el petróleo... seguro que es verdad. —Hizo una pausa—. Creo que voy a pedir que me envíen otra vez a primera línea, así cuando vuelva a lo mejor me dan una mujer. — Señaló al frente: una luz se movía arriba y abajo en el centro de la carretera—. Mira, otro control: ya estamos en Raqa.

17

El avión acababa de aterrizar en Estambul y el policía malagueño se apresuró a bajar la maleta de Malika del compartimento de equipajes.

—¿Viene a recogerte tu amiga? —le preguntó—. Porque si no podemos coger un taxi a medias hasta la ciudad. Bueno, y si viene también podríamos ir juntos.

—No sé, hace mucho que no nos vemos... —Con el rabillo del ojo, Malika observaba a la muchacha de los ojos verdes. Su equipaje se reducía a una mochila escolar azul celeste que no podía contener mucho más que una muda.

El policía seguía hablándole:

—... la maleta que he facturado...

Malika lo miró con interés.

—¿Tienes que recoger ahora una maleta?

—Sí. Tú también, ¿no?

—No. Buscaré a mi amiga mientras tú recoges tu equipaje.

Él pareció dudar.

—Bueno, ¿y cómo te localizo luego?

—No te preocupes. Te esperamos delante de la puerta de salida.

El rostro cetrino del hombre se relajó.

—Estupendo, pero antes tenemos que pasar por el control de pasaportes. ¿Sabes que yo estuve un tiempo en inmigración en el aeropuerto de Barajas? No te puedes hacer ni idea de las cosas que vi. Era una época en que venían a España muchas brasileñas...

Salieron del avión y caminaron entre los demás pasajeros. Malika procuraba no perder de vista a la chica de los ojos verdes mientras atendía distraídamente al relato del policía.

—... gramos de cocaína en la vagina...

Había tres cabinas de control de pasaportes abiertas. Malika y su compañero se pusieron en la fila de la izquierda. La muchacha se situó en la del centro. En un par de ocasiones se sorprendieron mirándose a hurtadillas.

—... una puñalada en el abdomen...

Malika se volvió hacia el policía.

—¿Una menor de edad necesita algún tipo de permiso especial para salir de España?

El otro interrumpió su discurso.

—¿Qué?

—Que si una menor de edad necesita algún tipo de permiso especial para salir de España.

—Claro, ¿por?

—Estaba pensando en esa chica que está en la fila de al lado.

Él la observó.

—Tiene que llevar una autorización de sus padres y una lista de documentos que prueben que quienes dicen serlo lo son efectivamente. Ese papeleo hay que hacerlo en un puesto de la Guardia Civil...

La muchacha intentaba entender al policía turco en el momento en que a Malika le llegó el turno de mostrar su pasaporte, y aún seguía allí cuando ella terminó. Se volvió y se despidió del malagueño:

—¡Quedamos en la puerta!

Bajó una escalera mecánica, pasó rápidamente junto a las cintas de equipajes y salió de la sala entre decenas de viajeros que saludaban a los familiares que los esperaban. Torció a la izquierda y, tirando de su maleta, comenzó a buscar un cuarto de baño. Pronto lo localizó; fue hacia él y abrió la puerta.

Dos mujeres estaban ante el espejo: una, vestida a la occidental, se retocaba el maquillaje; la otra, ataviada con chador, le lavaba las manos a una niña pequeña, probablemente su hija.

Durante unos instantes, Malika pareció desconcertada. Luego tumbó la maleta, la abrió con decisión y sacó una tela de unos dos metros de ancho por dos de largo. La dobló por la mitad, la puso delante de su cuerpo y se la ató fuertemente en la nuca con dos nudos. Tomó un lado y lo pasó por detrás de su cabeza, al tiempo que se envolvía con ella. Tiró hacia abajo del otro lado, de forma que sus ojos pardos quedaron al descubierto por una pequeña abertura cuyos límites eran la parte inferior de sus cejas y el comienzo de la nariz. Extrajo de la maleta unos guantes negros de algodón que se calzó rápidamente. No había tardado más de cinco minutos en ponerse el niqab. Si a las mujeres que estaban en el baño la escena les había llamado la atención, no lo demostraron. Cerró la maleta y salió del servicio.

A unos cuarenta metros divisó al policía malagueño. Estaba en medio de un grupo de gente que se abrazaba y se besaba. Parecía un niño que hubiera perdido a su madre.

Echó a andar en sentido contrario hasta que consideró que se había alejado lo suficiente. Rebuscó en su bolso, sacó el teléfono móvil y pulsó un número. Descolgaron al tercer timbrado.

—Ya estoy aquí —dijo en árabe—... ¿Qué kiosko?... Bien, voy hacia allí.

Guardó el teléfono y se acercó a un puesto de prensa. Las portadas de todos los periódicos llevaban fotos del presidente Erdogan. Fingió leer los titulares hasta que un hombre se paró a su lado.

—No me mires —dijo—, mantén la vista en los periódicos. Cuando me vaya, sígueme a diez pasos.

El individuo se dio la vuelta y echó a andar. Malika contó hasta tres y fue tras él. Sólo veía su espalda: era delgado y tenía más o menos su misma estatura; el pelo blanco raleaba en su coronilla. Vestía una camisa a rayas de manga corta, un pantalón marrón y unas viejas sandalias del mismo color.

El hombre salió a la calle, recorrió la fila de taxis en sentido inverso y cruzó a la

acera de enfrente. Se detuvo junto a un Hyundai azul aparcado bajo una señal que advertía de que allí actuaba la grúa y abrió el maletero. Cuando Malika llegó a su altura, se volvió, cogió el equipaje y lo dejó caer en el interior junto a una caja de herramientas oxidada y una lata de aceite de motor. Cerró el maletero y abrió la puerta de atrás.

—Pasa —ordenó.

Se acomodó ante el volante y arrancó.

El hombre conducía con cuidado. Al detenerse en el primer semáforo, le pidió el teléfono móvil. Malika se lo pasó por encima del hombro. En un instante desmontó el aparato y guardó las piezas en una bolsa del *duty free* del aeropuerto.

—¡Eh, lo necesito! —protestó Malika—. ¡Ahí están los números de mi familia!

—Más tarde —respondió el individuo poniéndose de nuevo en marcha—. Dame el pasaporte.

Malika se lo dio y él lo metió en la misma bolsa que el teléfono.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A donde querías ir.

18

El Jeep se detuvo en una calle estrecha flanqueada por edificios de tres y cuatro alturas rodeados por altos muros. Las filigranas de las rejas y los amplios e historiados balcones revelaban que aquél había sido un barrio de gente acomodada.

El Saharaui bajó del vehículo y abrió la cancela. Su guardaespaldas fue tras él cargando la bolsa. En el portal, privados de la luz de la luna, tuvieron que encender una linterna. La puerta del ascensor había sido tapada con unos cartones en los que alguien había escrito: «Peligro. No usar.» Al subir por la escalera se cruzaron con un hombre armado que bajaba apuntando con su luz hacia el suelo. Iba vestido con ropas afganas. Los tres murmuraron un saludo.

—¿Hay vecinos nuevos? —preguntó el Saharaui en voz baja al guardaespaldas.

—Éste y un francés. Apenas sabe hablar árabe, pero debe de ser más importante que tú.

—¿Por qué?

—Porque tiene una mujer y una esclava, y tú sólo tienes una esclava. Hace falta mucho dinero para mantener a dos mujeres.

El Saharaui rebuscó en sus bolsillos y sacó un llavín. El guardaespaldas enfocó la cerradura con la linterna.

—Un día se te va a escapar —murmuró.

En cuanto entraron en la casa se oyó un portazo al fondo del pasillo.

—¡Muna! —llamó el Saharaui. Atravesó el oscuro salón y echó a andar con la linterna en la dirección del ruido. El piso olía a cerrado.

—Espera un momento, por favor —dijo el guardaespaldas. Su silueta se perfilaba contra la claridad que entraba por el balcón—. ¿Entonces no te importa que pida el traslado al frente?

El Saharaui se volvió.

—Eres libre. Debes estar donde creas que sirves mejor a la causa de Alá. Hasta mañana, *inshalá*.

Dio la vuelta para irse, pero el otro lo retuvo.

—¿Puedo pedirlo mañana?

—Desde luego. Pero no te vayas hasta que te encuentren un sustituto.

El Saharaui desapareció en el pasillo e hizo repiquetear los nudillos en una puerta.

—¿Muna?

Intentó abrirla, pero estaba atrancada por dentro.

—Muna, ¿qué te pasa? ¡Abre ahora mismo!

Enseguida oyó cómo alguien arrastraba una silla y la puerta se abrió. Apareció una niña. Aparentaba ocho o nueve años, vestía un pijama amarillo demasiado pequeño para ella e iba descalza. A la luz de la linterna sus ojos reflejaban un miedo cerval.

Asomó la cabeza y miró a ambos lados del pasillo. El Saharaui le acarició el pelo rizado y desordenado y barrió el corredor con el haz de luz.

—¿Ves? No hay nadie.

Un plato chocó contra otro en la cocina y la niña se encogió.

—Es Muisa, el gordo que nos protege —dijo el Saharaui con voz suave—. Está comiendo algo antes de irse a la cama.

La niña estaba temblando. Él la cogió en brazos.

—¿Has tenido una pesadilla? ¿Quieres dormir en mi habitación, eh?

La llevó a su cuarto, la acomodó en la cama deshecha y la arropó hasta la barbilla. Luego guardó las armas en lo alto del armario y recorrió el dormitorio con la luz de la linterna: las cortinas burdeos, las recargadas lámparas en las mesillas de noche, los dos pufs de cuero, el ficus de plástico en su maceta de tierra. Se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y, con un gemido, se echó en la alfombra. Alzó una mano y acarició el rostro de Muna levemente.

—No tengas miedo —le dijo—. Si aparece un monstruo, yo te defiendo.

Se quedó dormido enseguida, mucho antes que la pequeña.

19

El sol había caído rápidamente desde que cruzaron el puente del Bósforo y enfilaron la autovía que cruzaba el país hacia el este. Anocheceía cuando entraron en una gasolinera. Pasaron de largo los surtidores y se dirigieron a un lateral del edificio. El hombre del pelo blanco echó el freno de mano y apagó el motor. No había dicho una palabra en todo el camino. En ese momento habló:

—Ahí tienes el baño. —Le señaló a Malika una puerta de madera con las letras WC pintadas a mano. Se bajó, abrió el maletero y sacó dos alfombras de oración. Dejó una sobre el capó y se llevó la otra.

La mujer cruzó la explanada, entró en el habitáculo y encendió la luz. El hedor, aun a través del filtro que formaba la tela del niqab humedecida por su aliento, le provocó una arcada. Lo que vio fue un retrete atascado y un lavabo sucio. No había papel higiénico ni jabón. En torno a la bombilla que pendía del techo zumbaban varias moscas.

Se remangó el niqab y el caftán, se bajó las bragas y se agachó sobre el retrete procurando no rozarlo. Orinó encima de las heces acumuladas. Eso avivó la peste y pareció animar a las moscas, que comenzaron a rondar sus ojos. Las apartó a manotazos mientras abría el grifo. Retiró el velo, se quitó un guante y con el cuenco de la mano se echó agua en la cara pálida y en el cuello. La sacudió otra arcada. Jadeaba mientras las moscas se cebaban con su rostro. Tuvo otra arcada más y luego otra y otra más, pero sólo expulsó un poco de bilis. Espantó las moscas y se cubrió con el niqab. Cuando salió de allí, respiró hondo.

Caminó hacia el coche con pasos inseguros. En vez de tomar asiento en la parte de atrás, se quedó fuera, con la espalda apoyada en la carrocería. Al rato volvió el conductor con su alfombra en la mano.

—¿Has rezado? —preguntó.

—Sí —mintió ella.

El hombre la miró con suspicacia.

—Métete en el coche —le ordenó.

—Quiero una botella de agua y algo dulce.

Él guardó las dos alfombras y cerró el maletero de un golpe.

—Siéntate detrás. Dentro de un rato te compraré agua y comida.

Malika no se movió.

—O compras lo que te he dicho o lo hago yo.

El conductor la miró sorprendido.

—¡Siéntate ahí detrás y cállate! —le gritó con rabia.

Ella dio media vuelta y echó a andar hacia la luz del establecimiento. A su espalda oyó un juramento y los pasos apresurados del hombre haciendo crujir la tierra.

—Tú vas a tener muchos problemas —le advirtió cuando llegó a su altura. Se apresuró para entrar primero en la tienda.

Malika eligió dos botellas de agua de litro y medio y un puñado de chocolatinas. Las depositó en el mostrador y buscó el monedero entre los pliegues del niqab, pero el hombre se adelantó mostrando un billete de veinte liras. Su cara estaba contraída por la ira y su boca se había convertido en una apretada raya curvada hacia el suelo.

El dependiente, un muchacho imberbe, contó las chocolatinas a medida que las iba metiendo en una bolsa de plástico blanca. Cuando terminó, señaló el billete verde.

—Son veintidós.

El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas. Apartó dos y las dejó sobre el mostrador. Cuando se volvió, Malika ya caminaba hacia el coche. Esta vez no intentó adelantarla: se sentó al volante al mismo tiempo que ella se acomodaba detrás. Luego se volvió e hizo crujir el asiento.

—Dame veintidós liras.

—No tengo liras.

—Pues dólares. O euros. —Se impacientó—. Dame veinte euros.

Malika hurgó en su monedero y le tendió un billete de cinco euros.

—Falta —dijo él con la mano tendida—. Dame más.

—Veintidós liras turcas son cinco euros con diez céntimos. No tengo monedas, así que te debo diez céntimos.

Las luces de un vehículo iluminaron la cabina e interrumpieron la discusión. Avanzó hasta situarse justo detrás de ellos y apagó los faros. Malika se volvió y vio que era un Ford blanco. Un hombre obeso descendió y se acercó unos pasos. Caminaba con las piernas abiertas, como si su voluminosa tripa le obligara a mantenerlas así para guardar el equilibrio; la barba negra le crecía desde debajo de los ojos y le daba un aspecto amenazador.

El conductor de Malika se guardó el billete de cinco euros en el bolsillo de la camisa y salió del coche. Ambos hombres se dieron la mano y comenzaron a hablar en turco. Se dirigieron a la parte de atrás del vehículo, sacaron la maleta de Malika y el gordo la llevó a su coche. El del pelo cano fue tras él y le entregó la bolsa del *duty free* en la que había guardado el teléfono y el pasaporte. Luego volvió y le abrió la portezuela.

—Baja —ordenó—. Cambio de coche.

Malika salió con las dos botellas de agua y la bolsa con chocolatinas. El hombre gordo le indicó con la mano que entrara en su vehículo. Antes de obedecerle, ella se inclinó para ver el interior. Desde el asiento del copiloto, un individuo extremadamente delgado le hizo señas para que pasara. En el asiento trasero había una mujer. Se tapaba pudorosamente la parte inferior de la cara con una esquina del chador, pero sus grandes ojos verdes eran inconfundibles.

20

—Señora, su hija es mayor de edad. No han pasado ni siquiera veinticuatro horas desde que, según usted, tendría que haber vuelto a casa. Lo más probable es que esté con algún amigo...

La mujer negó vehementemente con la cabeza. Estaba sentada ante un policía muy joven y con cara de sueño, y tenía el ordenador de su hija en el regazo.

—Malika es muy responsable. Es verdad que se casó con un nazareno, pero eso ya está olvidado. Es una buena musulmana y si no ha venido a casa ni me ha llamado es porque le ha pasado algo.

—No dudo que sea muy responsable, señora, pero puede haberle surgido un contratiempo y haberse quedado sin batería en el móvil, y luego habrá pensado que era muy tarde para llamarla a usted... Hágame caso y váyase a dormir. Le prometo que por la mañana hablaremos con la jefatura de Málaga y averiguaremos en qué hotel se aloja su hija...

—Y me llaman y me lo dicen.

—Bueno, eso no es tan fácil. Primero tenemos que hablar con ella para preguntarle si quiere que usted sepa dónde está.

—¡Pues claro que quiere! ¡Soy su madre!

—Sí, pero a veces los hijos tienen secretos...

La mujer frunció el ceño.

—Tú te crees que yo soy más tonta que la que cose el agua. Entérate: mi hija no tiene secretos. Fue a una entrevista de trabajo y no ha vuelto.

—Estoy seguro de que la llamará...

Ella puso el ordenador sobre la mesa.

—¿Por qué no quieres mirar en el ordenador?

—Porque no puedo, señora. Porque ese ordenador es de su hija y si lo abriera podría estar cometiendo un delito.

—Pero lo abres aquí, delante de mí. Te lo he dicho yo. Si quieres, te firmo un papel. ¡Ya no hay delito!

El policía alzó las cejas, tomó aire y lo expulsó de golpe mientras recorría el escritorio con la vista.

—Le juro, señora, que lo primero que haré cuando lleguen los del turno de mañana será localizar el hotel de su hija. Y le juro que en cuanto sepa algo la llamaré a usted por teléfono. Ahora váyase a casa, por favor. Hay otras personas esperando.

—¿A qué hora llegan los del turno de mañana?

—A las ocho.

La mujer miró su reloj de pulsera.

—Son las seis y media. Te esperaré en la puerta.

Salió de la comisaría con el ordenador bajo el brazo. Con la otra mano iba llamando al número de Malika, pero la operadora repetía una y otra vez: «Apagado o fuera de cobertura.» Llegó junto al BMW y se agachó para mirar por la ventanilla. Rachid había echado hacia atrás el respaldo de su asiento. Tenía la boca abierta y la cabeza caída sobre el hombro derecho. Su ancho pecho subía y bajaba suavemente.

La mujer fue a sentarse en un murete junto a la comisaría, pero el policía de guardia se acercó, enfundado en su chaleco blindado y con el índice junto al gatillo de su metralleta.

—Señora, aquí no se puede estar.

—Es que estoy esperando a...

—Retírese, aquí no se puede estar.

Se levantó y se alejó hasta la acera de enfrente. Se llevó una mano a los riñones y se agachó lentamente hasta que su grueso trasero tocó el bordillo. Con las piernas dobladas y los pies junto a una alcantarilla, siguió marcando el número de su hija. Cuando vio que la reserva de la batería estaba casi agotada y comenzaba a clarear, dejó de intentarlo. Miró hacia el este, al punto donde debía salir el sol, y rompió a llorar en silencio.

21

Lo despertó un estruendo, como si alguien hubiera dado un portazo junto a su oído. La niña se sentó en la cama de un salto.

—Ésa ha caído cerca —dijo muy seria. Escuchó un momento y añadió—: No ha explotado. Era un cohete, pero no ha explotado.

El Saharaui se levantó.

—Venga, a dormir un poco más, que es muy temprano.

Le dio un beso en la cabeza y volvió a arroparla. Bostezó, alzó los brazos y se estiró. Los músculos se dibujaron en su cuerpo fuerte y delgado como en una lámina de anatomía. Fue al baño y abrió el grifo del lavabo. Durante un buen rato no pasó nada, luego se oyeron borborignos en las cañerías y el grifo comenzó a escupir agua turbia. Hizo la ablución y se asomó al balcón. Desde la calle llegaba la llamada de los almuédanos a la oración del alba.

El guardaespaldas salió de su habitación dando tumbos, gruñó algo y se encerró en el baño. Reapareció enseguida, secándose las orejas con una toalla. Sin cruzar una palabra, ambos se arrodillaron en la alfombra del salón. Mientras rezaban, el resplandor del cielo iba descubriendo los muebles de la amplia estancia: cuatro butacones forrados con terciopelo dorado, una mesa de madera labrada, una recargada araña de cristal a la cual le faltaban muchas lágrimas, una estantería con libros de medicina, una jaula en la que revoloteaba un canario... Todo ello había sido abandonado por los anteriores inquilinos en su precipitada huida de la ciudad. La bandera de guerra del Profeta sujeta con chinchetas a la pared presidía el conjunto.

Cuando terminaron, el Saharaui fue a la cocina. Platos y vasos estaban ordenados en el escurridor, sobre la reluciente encimera. Las cuatro sillas rodeaban la mesa en perfecta formación. Encendió la linterna que llevaba en la mano y fue abriendo los armarios y alumbrando su interior. Sacó un bote de leche condensada y un tetrabrik de zumo de uva. Leyó las fechas impresas en los costados: el zumo había caducado hacía una semana; no obstante, se sirvió un vaso y lo bebió con avidez. Con un abridor, hizo dos agujeros en el bote de leche y lo inclinó sobre el mismo vaso: el líquido espeso fue cayendo en el fondo. En ese momento se encendió la luz del techo y la nevera comenzó a ronronear.

—¡Muisa! —llamó—. ¡Ven a poner la lavadora!

El guardaespaldas apareció frotándose los ojos. Era evidente que había vuelto a dormirse. De debajo del fregadero sacó un paquete de detergente, abrió un cajetín del electrodoméstico y vertió una generosa cantidad. Mientras manipulaba los mandos, murmuró:

—Esto debería hacerlo la esclava.

El Saharaui no dio muestras de haberlo oído, pero él insistió, esta vez en voz alta:

—Los que tienen esclavas no se ocupan de estas cosas. Son tareas de mujeres.

—Apenas ha dormido en toda la noche —repuso el Saharaui—. Todavía es muy pequeña.

El guardaespaldas puso en marcha la lavadora.

—Muy pequeña, no —dijo—. El Profeta, que la misericordia y las bendiciones de Alá sean con él, desfloró a Aisha cuando ella tenía nueve años.

La voz del Saharaui no transmitió tensión alguna cuando respondió:

—Muisa, no te metas en lo que no te importa. Mi esclava es cosa mía.

El otro se dio la vuelta y rodeó a su jefe sin mirarlo a los ojos.

—Otros que tienen esclavas las comparten generosamente con sus guardaespaldas —dijo mientras desaparecía por el pasillo. Al poco se oyó cómo cerraba la puerta de su cuarto.

El Saharaui frunció el ceño y permaneció pensativo mientras con un cazo cogía agua de una tinaja y la ponía al fuego en una cocinilla de camping. Apoyó un hombro contra el frigorífico y mantuvo la vista fija en la superficie del líquido, dándose pequeños tirones de la barba, hasta que rompió a hervir. Con aire ausente, introdujo una cucharilla en el vaso, vertió el agua sobre la leche y removió la mezcla. Continuó en la misma actitud mientras bebía; cuando terminó, dejó el vaso en el fregadero y se encerró en el cuarto de baño.

Salió a los quince minutos con el pelo mojado, el bigote rasurado, la barba arreglada y una toalla envuelta en la cintura y entró de puntillas en su habitación. La niña dormía con el ceño fruncido. De vez en cuando, su cuerpo se estremecía bajo la manta.

Se vistió mientras los primeros rayos de sol atravesaban las cortinas de gasa. Luego se acercó al pequeño bulto de la cama y lo movió suavemente.

—Muna...

La niña se incorporó como empujada por un resorte.

—Tranquila, no pasa nada —le dijo él—. Hay una lavadora puesta. Cuando termine, tiende la ropa y pon otra con lo que hay en la cesta. A ver si da tiempo a que se hagan las dos antes de que se vaya la luz. También tienes que bajar a por más agua, queda muy poca.

—¿Te vas?

Él asintió.

—He estado mirando en la despensa: todavía tenemos algunas cosas para que puedas hacerte la comida. Traeré más.

—¿Muisa se va contigo?

—Sí.

La niña asintió y volvió a tumbarse.

—Cuando oiga que cierras la puerta, me levantaré.

22

—La paz de Alá, su misericordia y su bendición sean con vosotros —saludó Malika en árabe clásico.

—Y contigo sean la paz, su misericordia y su bendición —respondió el hombre delgado.

La chica de los ojos verdes sólo dijo:

—Y contigo sea la paz.

El interior del coche olía a cebollas. Malika se acomodó junto a la muchacha, que seguía cubriéndose parte del rostro con una punta del chador. Cuando el gordo barbudo se instaló en el asiento del conductor, los amortiguadores gimieron.

—*Bismilá* —murmuró. Encendió el motor y maniobró con el vehículo para salir a la carretera.

—¿A qué hora llegaremos a la frontera? —le preguntó Malika.

—A la que Alá quiera —respondió él.

Malika miró de soslayo a la chica. Iba encogida en el asiento y sus dedos enguantados de negro jugaban con algo que parecía un pájaro de papel. Le tendió la bolsa de las chokolatinas.

—¿Quieres? —le preguntó en español.

La muchacha dio un respingo y la miró a los ojos intentando averiguar quién era. Negó con la cabeza. Malika cogió una chokolatina, la abrió y alzó el velo con cuidado para llevársela a la boca. Luego dejó la bolsa entre ambas. Los faros de los otros coches iluminaban a ráfagas el interior del vehículo.

Señaló la figura de papel con el dedo.

—Es un pájaro muy bonito. ¿Lo has hecho tú?

La chica habló por primera vez:

—No es un pájaro, es una libélula.

El gordo barbudo interrumpió la conversación:

—¡Silencio! ¡Si queréis hablar, hacedlo en árabe!

Malika le respondió con frialdad, como si se estuviera dirigiendo a un criado:

—¿Acaso te interesan las conversaciones de mujeres?

El hombre delgado miró de reojo a su compañero. Un silencio tenso se instaló en el coche. Finalmente, el gordo sentenció con desdén:

—«La inteligencia se esconde bajo la lengua.»

Encendió la radio, sintonizó un noticiario turco y subió el volumen.

Malika se volvió otra vez hacia la muchacha. En la penumbra, sus ojos sonreían.

—Una libélula, es verdad —dijo en español—. Disculpa, en esta oscuridad no se ve bien. —Alargó la mano enguantada—. ¿Puedo tocarla?

La muchacha depositó el insecto en su mano con delicadeza.

—¿Qué te ha dicho el conductor? —preguntó en voz baja, al tiempo que volvía a escrutar sus ojos pardos—. No entiendo bien el árabe.

—Quería saber de qué hablábamos.

—¿Y qué le has dicho?

—Que hablábamos de cosas de mujeres. —Malika se rió quedamente y alzó el insecto de papel a la altura de sus ojos—. Parece de verdad —dijo—. ¿La has hecho tú?

La chica negó con la cabeza.

—Mi prometido, que Alá esté complacido con él. Me está esperando en Siria.

—Pues es un artista.

—¿A ti te espera tu marido? —preguntó la muchacha con cautela.

—No —respondió Malika—. Yo voy a trabajar de enfermera, si Alá quiere. Me llamo Malika, ¿y tú?

—Alia.

—¿Tu prometido también es español?

La chica dudó antes de responder.

—No, es de Mauritania. —Calló unos segundos antes de añadir—: Pero vivía en Ceuta.

—¿Es joven, como tú?

—Es mayor: tiene diecinueve años. Ha ido al Estado Islámico a luchar contra los infieles y los apóstatas, gracias a Alá. Ahora vive en una alegría indescriptible —dijo la muchacha con convicción—. Yo voy con él para casarnos y tener hijos, y hacer que el Estado Islámico prevalezca contra la voluntad de los hipócritas.

—Alá es grande —asintió Malika con voz seria—. El Estado Islámico se amasa con la sangre de los fieles.

—Antes de ir a la yihad —prosiguió la chica—, mi prometido trabajaba en un polígono que hay junto a la frontera con Marruecos. Además, estudiaba Derecho en la universidad a distancia.

—¿Trabajaba en el polígono del Tarajal?

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿Tú también eres de Ceuta?

—Sí.

—¿Eres la que iba en el avión?

—¡Me has descubierto!

Alia se rió.

—Te he visto alguna vez en el Príncipe.

—Yo a ti también —ahora la voz de Malika era alegre—. Conozco a mucha gente en el polígono. ¿Cómo se llama tu novio?

—Yusef.

—¿Yusef? Conozco a varios Yusef. ¿Yusef qué más?

—Yusef Abdeluahid. Tienes que conocerlo. Es capaz de encajar cinco neumáticos, uno dentro de otro, y luego montarlos en una llanta. Hacía que un solo coche pudiera

pasar veinte neumáticos a Marruecos, cinco en cada rueda, sin que los aduaneros se dieran cuenta.

El hombre delgado le pidió a su compañero que bajara el volumen de la radio y echó el respaldo de su asiento hacia atrás.

—Basta de charla —dijo—. Hay que dormir.

23

El resplandor del sol despertó a Rachid, que guiñó los ojos, desorientado. Debió de recordar dónde estaba porque dio un bote en el asiento. Miró a un lado y a otro hasta que localizó a su madre sentada en el bordillo de la acera. Bajó del BMW y se acercó a ella.

—¿Qué haces ahí?

La mujer contestó sin apartar la vista de la puerta de la comisaría:

—El policía dijo que los del turno de mañana llegarían a las ocho. ¿Qué hora es?

Rachid miró su aparatoso reloj de pulsera.

—Las ocho y cuarto.

—Pues si él no sale, entro yo —dijo la mujer al tiempo que intentaba ponerse en pie. Su hijo la asió por los brazos para ayudarla a levantarse—. Si él no sale, entro yo — repitió y se dirigió hacia la comisaría con el ordenador de Malika bajo el brazo. Caminaba bamboleándose como un marinero en alta mar.

—Te espero en el coche, ¿eh? —la despidió Rachid.

Cuando traspasaba la puerta de cristal, un agente la detuvo.

—¡Eh, señora! ¿Adónde va?

Ella se volvió y miró al musculoso policía. Estaba sentado detrás de un mostrador que le llegaba a la altura de los hombros. Algo debió de ver el hombre en el rostro de la mujer que lo hizo levantarse rápidamente y salir a su encuentro.

—Dígame, señora.

Ella se apoyó con una mano en el mostrador mientras con la otra sujetaba el ordenador con fuerza.

—Mi hija ha desaparecido. Estuve hablando anoche con un compañero tuyo muy joven. Me dijo que a las ocho llegaban los del turno de la mañana y que entonces me avisaría. Le dije que lo estaría esperando en la puerta, pero no ha salido. Y, además, el hombre ese de la metralleta no me deja estar ahí fuera. Mi hija se fue a Málaga por un trabajo y tenía que haber vuelto ayer, pero no lo hizo. No contesta al teléfono... —La barbilla de la mujer comenzó a temblar.

El policía la acompañó hasta una silla.

—No se preocupe. Siéntese aquí mientras averiguo quién la atendió.

Desapareció tras una puerta y cinco minutos más tarde volvió a salir en compañía del joven agente con el que ella había hablado unas horas antes.

—¿Me acompaña, señora?

La mujer se levantó con esfuerzo, se recolocó el hiyab y echó a andar junto al

policía hasta su escritorio. Se sentó en la misma silla que la vez anterior. Él la dejó sola un momento y enseguida volvió con un hombre de paisano.

—Es el inspector jefe Burón —lo presentó—. Cuéntele, por favor, lo que me dijo a mí.

La mujer miró a los ojos al recién llegado, como si lo evaluara. Mediaba la cuarentena, llevaba el pelo largo y vestía con desaliño: una camisa blanca con varias pequeñas quemaduras y unos vaqueros medio rotos. Olía como un cenicero.

—Mi hija se fue a Málaga por un trabajo y tenía que haber vuelto ayer... —comenzó.

Quince minutos más tarde, cuando hubo terminado su relato, el hombre asintió.

—¿Su hija es muy religiosa?

La mujer frunció el ceño.

—Ni mucho ni poco. Estuvo casada con un cristiano, pero se divorciaron. Lo dejó ella —puntualizó—. Es enfermera y habla inglés y árabe clásico perfectamente, como un jefe de...

—¿Lleva hiyab?

En los ojos de la mujer comenzó a asomar una señal de alarma.

—Sí, *alhamdu-lilá*. Desde que se divorció viste como una buena musulmana. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

El policía joven se acercó a la mesa con un folio en la mano.

—Acabamos de recibirlo —dijo sosteniéndolo ante el otro de forma que ella no pudiera verlo.

El inspector jefe extrajo del bolsillo de su camisa unas gafas de lectura, se las puso en la punta de la nariz y leyó atentamente. Luego suspiró, dejó el folio bocabajo sobre la mesa, se quitó las gafas y volvió a guardarlas. Cuando miró de nuevo a la mujer su expresión había cambiado. Encendió su móvil, lo manipuló unos segundos y le mostró la pantalla.

—¿Conoce a esta muchacha?

Ella arrugó los ojos para ver mejor a la adolescente de ojos verdes que miraba muy seria a la cámara. Negó con la cabeza.

—No la he visto en mi vida.

El policía apagó el móvil y suspiró.

—Se ha fugado de su casa. Ha dejado a sus padres una carta en la que les dice que se ha ido con el Estado Islámico.

La mujer cerró los ojos.

—Que Alá derrame su misericordia sobre ella —musitó.

—Tomó ayer un avión desde Málaga hacia Turquía.

Ella se encogió de hombros.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con mi hija?

—Hemos hablado con la jefatura de Málaga. Su hija pasó la noche de ayer en el hotel Las Olas y lo abandonó por la mañana, tras pagar la cuenta. Dos horas más tarde tomó un avión rumbo a Estambul. —Hizo una pausa—. El mismo avión en el que viajaba esa niña. ¿Señora, se encuentra bien?

24

El guardaespaldas condujo el todoterreno a través de la ciudad. La mañana era luminosa y un enjambre de coches desportillados llenaba el aire de pitidos. En algunas esquinas, grupos de hombres armados inspeccionaban los vehículos y pedían la documentación a los peatones. Las tiendas acababan de abrir y sus propietarios ya habían encendido los altavoces: de las puertas de los locales escapaba un coro de voces masculinas que ensalzaban el martirio. En una calle, mujeres ataviadas de negro hacían cola con cubos y garrafas ante un camión cisterna para aprovisionarse de agua potable. En la plaza Na'em, el cuerpo de un hombre estaba atado con bridas de plástico a una tosca cruz: la bala que le habían disparado en la nuca le había salido por el ojo izquierdo, que ahora era un agujero cubierto de moscas; un cartón colgado del cuello lo acusaba de espía. Más adelante, el todoterreno cruzó ante un edificio tan dañado que parecía una calavera de hormigón.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el Saharaui.

El guardaespaldas no se molestó en mirar las ruinas.

—Los rusos —dijo secamente—. Un misil.

Detuvo el Jeep cerca de un chalé de dos plantas pintado de negro; en la fachada había unos versículos del Corán escritos con grandes letras blancas. Encima de la puerta, sujeta con dos barras paralelas como una pancarta, estaba desplegada una gran bandera del Profeta.

En la acera se hallaban apostados varios hombres cubiertos con pasamontañas negros y fuertemente armados.

—¿Debo esperarte? —preguntó el chófer.

—¿Tienes que ir a alguna parte?

—A apuntarme para ir al frente. Te lo dije ayer.

El disgusto asomó a los ojos del Saharaui, pero no afectó a su voz.

—Recuerda lo que te dije yo: no te vayas antes de que me asignen un sustituto. —Agarró el Kaláshnikov y abrió la portezuela—. Haz las compras y espérame en el aparcamiento del mercado dentro de dos horas.

Echó a andar hacia la puerta de hierro. Los hombres que estaban ante el edificio se volvieron a mirarlo. Iba vestido con una larga camisa blanca abotonada en los puños y unos amplios pantalones de algodón. Un poco más adelante había tres todoterrenos cubiertos de polvo.

Dos de los individuos se apartaron del grupo y le cortaron el paso.

—Soy Haibala *el Saharaui* —les dijo—. Abu Lamín *el Mauritano* me está esperando. —Sacó un documento del bolsillo y se lo tendió.

Un miliciano muy alto y algo encorvado tomó el papel y lo inspeccionó a conciencia, como si le costara trabajo leer lo que ponía. El otro mantuvo el índice junto al gatillo de su arma mientras lo miraba a los ojos, desafiante. Los demás lo observaban a un par de metros de distancia. El Saharaui desvió la vista hacia el extremo de la calle.

—Espera aquí —dijo con fuerte acento francés el gigante a través de su capucha, y desapareció por la puerta. Reapareció cinco minutos más tarde—. ¡Eh, tú! —lo llamó—. Ven conmigo.

Los otros no se apartaron para dejarlo pasar: tuvo que sortearlos. Tras la puerta del chalé había un minúsculo jardín con algunas plantas polvorientas y unas escaleras que llevaban al vestíbulo. Un hombre manco plantado ante la mesa que hacía las veces de recepción le hizo un gesto de reconocimiento y le devolvió su documentación.

—Hoy vas a tener que esperar un poco —dijo al tiempo que señalaba un tresillo de cuero marrón—. Abu Lamín tiene visita.

El Saharaui asintió y se acomodó en el sillón situado frente a la escalera que conducía al piso superior. Cruzó su arma en el regazo y se dispuso a aguardar.

Cuarenta minutos más tarde oyó abrirse una puerta arriba, las voces de dos hombres e, inmediatamente, el chirrido de las suelas de varias botas en el suelo embaldosado. Un enmascarado comenzó a descender la escalera en actitud de alerta. Tras él bajaba un hombre con el rostro descubierto. El Saharaui reconoció al instante el cuerpo ancho y fuerte de luchador, la barba rizada, el gesto despiadado. Lo siguió con la vista mientras el otro se calaba un gorro afgano y salía a la calle. Enseguida oyó rugir los motores de la comitiva.

Estuvo un rato con el ceño fruncido, mirando sin ver los rombos de la alfombra y pellizcándose los rizos de la barba, hasta que el manco le tocó el hombro.

—Abu Lamín te espera.

El Saharaui subió la escalera y enfiló un pasillo. Las habitaciones que lo flanqueaban habían sido convertidas en oficinas. En ellas, una veintena de hombres escribían a mano en silencio entre montañas de folios. Los ordenadores eran escasos.

Al fondo había una puerta de doble hoja. Ante ella, en una pequeña mesa, un hombre ordenaba unos documentos. El individuo le hizo un gesto para que pasara. El Saharaui llamó a la puerta con los nudillos y, cuando oyó «adelante», la abrió, entró y cerró tras él.

El Mauritano estaba de espaldas, mirando la calle a través de los visillos. Se volvió con lentitud y sus ojos se estrecharon, sonrientes.

—*Assalamu alaikum.*

—*Wa alaikum assalam.*

Señaló el tresillo de escay junto al que zumbaba un ventilador de pie. Era un hombre muy delgado, de estatura media y gestos elegantes. Tenía la barba entrecana y llevaba el cuerpo cubierto con una derráa que colgaba de sus hombros como de una percha de alambre. Aparentaba unos cincuenta años.

Mientras el Saharaui se acomodaba en un sillón, el Mauritano acercó un infiernillo y comenzó a preparar té.

—Vas muy armado —comentó en hassanía sin mirar el Kaláshnikov y la pistola que llevaba el Saharaui. Tenía una voz grave y melodiosa.

—No es lo que parece. —El Saharaui también habló en el dialecto del oeste del Sáhara—. Evito dejar las armas en casa. Tengo una esclava de nueve años y me da

miedo lo que pueda hacer con ellas.

—¿Sólo tienes una esclava?

—Sí.

El otro mantuvo la vista fija en la tetera mientras esperaba a que el agua rompiera a hervir.

—¿Lo has visto? —preguntó de repente.

—Sí, cuando bajaba la escalera.

—Es como un fantasma. Nunca sabes dónde está.

—¿Por qué van embozados sus escoltas?

El Mauritano lo miró como si sopesara qué respuesta darle.

—Para que nadie sepa quiénes son. Un simple localizador en el bolsillo de uno de ellos... —Retiró la tetera del fuego y comenzó a llenar los vasos—. Podrían presionarlos o seguirlos y llegar hasta él.

—Washington ofrece cinco millones de dólares por su cabeza —asintió el Saharaui—. Eso es una tentación. ¿Qué quería?

—Armas. Municiones. Vehículos. Más dinero. Es mejor oír hablar del Jordano que verlo. Le dije: «Mira esas cajas fuertes.» —Señaló tres cofres de hotel apilados junto a su mesa—. «En ellas están todas las riquezas del califato: ríos de petróleo, lingotes de oro, remesas de armas. Yo soy su más celoso guardián. Con la ayuda de Alá, yo decido cuánto dinero debe ir al ejército, cuánto a la intendencia, cuánto a la seguridad.» Entonces él asintió y me dijo: «Que Alá te ilumine.» —Alzó la vista sobre el borde del vaso—. «Vamos a tener que hablar con nuestro amigo el Cojo.»

El Saharaui abrió los ojos con sorpresa.

—¿Quieres que vaya a Mauritania?

—No, tú no. Eres demasiado conocido allí.

—¿A quién vas a enviar?

—Tengo que pensarlo con calma. Me han dicho que en Ceuta hay unos muchachos muy emprendedores... —Abu Lamín tomó los vasos vacíos y volvió a llenarlos. Se recostó en el sofá—. Cuéntame cómo ha ido tu viaje.

—Se han comprometido a enviar treinta Toyota. —Dudó un momento—. También veinte mil uniformes y botas. Habrá que ir a Turquía para recogerlos. En julio o agosto estarán en el puerto de Mersin.

El Mauritano asintió.

—Es más de lo que esperábamos. Te felicito.

—Gracias.

El hombre alzó la muñeca izquierda y echó una ojeada a su reloj de acero.

—¿Tienes previsto hacer algo esta mañana?

—Nada que no pueda esperar.

—Bien. Son las diez. Dispones de dos horas para redactar tu informe. Luego iremos a la mezquita y me acompañarás a hacer un recado.

25

Alia reposaba la cabeza en el hombro de Malika y respiraba suavemente, abrazada a su mochila azul celeste, cuando el hombre delgado que dormía en el asiento del copiloto se despertó.

—No hay más Dios que Alá —murmuró confusamente, se restregó los ojos y miró el reloj del salpicadero, que marcaba la una menos veinte—. ¿Dónde estamos? —preguntó a su compañero.

—Acabamos de pasar Ankara —respondió el gordo.

—Necesito ir al baño.

—Sí, voy a parar. Yo también necesito estirar las piernas y despejarme. Además, hay que echar gasolina.

El Ford blanco tomó el primer desvío señalado con un surtidor de gasolina, pero desembocó en una carretera estrecha y llena de baches que se internaba en la noche negra. Un par de kilómetros más adelante distinguieron una luz muy débil. Procedía de una bombilla colgada en un chamizo situado al borde del camino. Bajo el techo de ramas, dos hombres fumaban y miraban un partido de fútbol en un televisor conectado a una batería de coche. Al bajar a hablar con ellos, el gordo cerró la puerta de golpe. El ruido despertó a Alia, que se incorporó asustada.

—¿Qué pasa?

—Están buscando un sitio donde ir al baño y echar gasolina —la tranquilizó Malika con voz dulce—. Sigue durmiendo, yo te aviso cuando lleguemos.

La chica abrazó la mochila con más fuerza. Estaba temblando.

—¿Qué te pasa?

—He tenido una pesadilla.

Malika le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí.

—La mejor manera de espantar las pesadillas es contarlas —le dijo suavemente.

—No quiero contarla.

—Entonces cuéntame otra cosa, así dejarás de pensar en ella.

—¿Qué quieres que te cuente? —La voz de Alia sonó atemorizada.

—Algo agradable. Por ejemplo, háblame de Yusef. ¿Cómo os conocisteis?

El gordo abrió la portezuela y se sentó, haciendo que el coche se inclinara hacia la izquierda.

—La gasolinera está más atrás —le dijo a su compañero—. No la hemos visto porque está cerrada desde las diez. Hay que volver a la autovía; a veinte kilómetros hay un surtidor abierto.

El hombre delgado señaló hacia la oscuridad.

—¿Y si me bajo un momento y...?

El gordo hizo un gesto con la cabeza hacia el asiento de atrás.

—Aguanta un poco, estaremos en la gasolinera en diez minutos.

Alia le habló al oído a Malika:

—¿Qué dicen ahora?

—Que la gasolinera está más atrás. —Malika le acarició la cabeza e incluso a través del guante notó que la tela negra que la cubría estaba empapada en sudor—. Ibas a contarme cómo os conocisteis Yusef y tú.

Alia bostezó y se acurrucó contra ella.

—¿Conoces a uno bajito con un ojo medio cerrado al que llaman el Camaleón? —preguntó en un susurro—. ¿No? Bueno, es el hermano de una amiga mía. Yo siempre hacía los deberes en su casa... y un día el Camaleón llegó con Yusef, *alhamdu-lilá*.

—¿Cómo es?

—¿Yusef? Es fuerte, aunque ahora está más delgado. Tiene una cara muy seria, algo triste. Se parece a Taylor Lautner —de repente hablaba como la niña que era: su voz sonaba distinta.

—¿A quién?

—¿No sabes quién es Taylor Lautner?

—Ni idea.

—¿Has visto las películas de *Crepúsculo*?

—¡Ah, el vampiro!

La voz de Alia sonó paciente, como la de una profesora que hablara con una alumna torpe.

—No, el vampiro es Robert Pattinson. Yo te digo el moreno, el que hace de hombre lobo.

—¡Qué guapo!

—Sí, es muy guapo. Bueno, pues Yusef es igual que él.

—¿Y os mirasteis y os enamorasteis? —Malika imprimió a su voz un tono de ternura.

—No. Bueno, sí. No sé. —Alia rió quedamente—. Cuando se sentaba a nuestro lado para ayudarnos con las mates me ponía supernerviosa: yo quería al mismo tiempo que estuviera allí y que no estuviera. Era todo muy raro.

—Te entiendo perfectamente.

—Pero a mi amiga también le gustaba.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo decía ella! Además, Yusef es mayor que nosotras: ya te he dicho que tiene diecinueve años.

—¿Tienes alguna foto de él? —Malika continuaba acariciándole la cabeza.

—Sí, en el móvil, pero esos dos —hizo un vago gesto hacia delante— me lo han quitado.

—¿Hablabais de la yihad?

—Al principio no, luego él empezó a contarme... ¡Habla muy bien!

—¿Qué te contaba?

La voz de la chica se endureció:

—Me enseñó vídeos y me los tradujo para que supiera que lo que me decía era cierto. Me acuerdo de uno de israelíes asesinando a tiros a niños pequeños porque lanzaban piedras, ¡sólo porque eran musulmanes! También me puso el de Rachid Hasein...

—El taxista.

—Sí, yo lo conocía de vista: aparcaba el taxi junto a mi casa. Cuando se inmoló con un camión dentro de un cuartel en Siria no me lo podía creer. ¡Mató a miles de soldados!

—De Alá somos y a Alá hemos de volver...

—Yusef tiene muchos vídeos de éstos —prosiguió Alia con entusiasmo—, y cuando habla de la yihad se le ponen los ojos como si tuviera fiebre. Dice: «Vamos a invadirlos como ellos nos han invadido, dejaremos huérfanos a sus hijos como hicieron ellos con los nuestros, capturaremos a sus mujeres como ellos capturaron a las nuestras...»
Ualá!

—*Alau akbar* —Malika hizo una pausa antes de proseguir—: ¿Y siempre os veáis con tu amiga y su hermano? ¿Nunca estabais a solas?

—Sí. A veces iba a esperarme a la puerta del colegio, me acompañaba a casa y charlábamos por el camino. Un día me dijo que le gustaría que me cubriera el cabello. Al día siguiente fui al colegio con hiyab...

—¡Aquí está! —exclamó el gordo.

La estación de servicio había aparecido ante ellos, iluminada como un árbol de Navidad.

—Glorificado sea Alá —dijo el flaco—. Para ahora mismo y déjame bajar.

26

Dos policías salieron de la comisaría y se acercaron al joven que tecleaba en su teléfono móvil con la espalda apoyada en el BMW rojo. No los vio hasta que estuvieron a su lado.

—¿Rachid? Acompáñanos un momento.

Lo llevaron a un pequeño despacho de la primera planta y le hicieron tomar asiento frente a una mesa vacía. El inspector jefe Burón llegó enseguida, rodeó la mesa y se acomodó en un sillón giratorio.

—¿Dónde está tu hermana?

Rachid alzó las manos en señal de impotencia.

—¡Y yo qué sé! Estará en Málaga. Mi hermana tiene veintinueve años. ¿Dónde está mi madre?

Burón hizo como si no lo hubiera oído. Abrió un cajón, sacó una fotografía y la puso ante él.

—¿La conoces?

El joven miró a la adolescente de ojos verdes y sonrió con picardía.

—No, pero me gustaría.

El policía dejó la foto sobre la mesa y se echó hacia atrás en el sillón.

—Se ha ido a Siria.

—Vaya —Rachid meneó la cabeza con fingido pesar.

—Se ha ido a Siria en el mismo avión que tu hermana.

El rostro del joven se contrajo como si hubiera probado algo agrio. Observó al inspector en busca de una señal que revelara que le estaba tomando el pelo, pero el otro le devolvió una mirada impasible. Rachid negó con la cabeza.

—No me lo creo.

—Tú la llevaste al barco.

El joven volvió a levantar las manos, esta vez en señal de paz.

—¡Eh, eh! ¡Iba a Málaga para una cita de trabajo!

—No hubo ninguna cita de trabajo. Se fue a Estambul en un avión de Turkish Airlines.

—¡Venga ya! Iba a una cita de trabajo. ¿Cómo sabes que subió a ese avión?

—Porque entregó su pasaporte en el control de seguridad de Málaga primero y en el de Estambul después, y porque tenemos las grabaciones de seguridad de ambos aeropuertos.

Rachid se incorporó bruscamente.

—¿Dónde está mi madre? —repitió.

—Está en el botiquín. Hemos llamado a un médico porque se encontraba un poco sofocada. Haz el favor de sentarte.

—¿Qué le habéis dicho?

—Tranquilo, está bien. Es sólo un ataque de nervios.

—Voy a verla.

—Siéntate.

Rachid se dejó caer en la silla.

—¿De qué hablaste con tu hermana mientras la llevabas al puerto?

—De nada. Primero se enfadó porque la música estaba muy alta y luego porque paré a saludar a un amigo. Tenía tal cabreo que ni siquiera quiso que la acompañara hasta el barco. Tiene muy... —El joven se calló bruscamente.

El inspector jefe entornó los ojos con recelo.

—¿De qué te has acordado?

—De nada.

—Más vale que me lo cuentes. Tu hermana está en peligro y cualquier dato puede ayudarnos a localizarla.

Rachid apretó las mandíbulas antes de hablar:

—Cuando estaba haciendo la maleta en su habitación, vi que metía en ella un paño negro. Le pregunté si era un niqab.

—¿Qué te contestó?

—Me echó del cuarto.

El teléfono de Rachid comenzó a sonar. Tuvo que ponerse de pie para sacarlo del estrecho bolsillo del vaquero. Miró la pantalla y apagó el terminal.

—¿Quién es? —preguntó el inspector jefe—. ¿Tu hermana?

Él se apresuró a negar con la cabeza.

—Sigue contándome de tu hermana —dijo el policía—. ¿Qué pasó después de que te echara de su cuarto?

—Agarré la maleta y bajé al coche.

—Teníais una relación estrecha, ¿no?

El joven levantó la cara y miró al policía con perplejidad.

—¿Estrecha? La he visto dos veces desde que se divorció. La primera vez me dijo que era un...

—¿Un qué?

—¡Bah! No le gustaba mi forma de vida. No le gustaban mis amigos...

El policía enarcó una ceja.

—Tus amigos: Mustafá, Ali, ese que tiene el ojo fundido al que llamáis Camaleón... Háblame de ellos.

27

El Mauritano tomó los folios manuscritos que le tendía el Saharaui y los leyó. Varias veces se detuvo para subrayar algún nombre. Cuando terminó, se volvió hacia las tres pequeñas cajas fuertes con cerraduras electrónicas que estaban apiladas a la izquierda de su mesa. Probablemente habían sido requisadas en las habitaciones de algún hotel de Mosul o de Aleppo.

Se situó de espaldas al Saharaui, de modo que con su cuerpo tapó las cerraduras. Enseguida se oyeron seis pitidos, uno por cada número de la clave de apertura. Cuando se volvió, la caja que se encontraba más abajo estaba abierta y él tenía en la mano un cuaderno escolar de color verde en cuya cubierta había escrito con un rotulador grueso: DONANTES (4). Lo abrió y comenzó a copiar en él los nombres que antes había subrayado. Al lado de cada uno anotó la correspondiente contribución al Estado Islámico.

Cerró el cuaderno y posó un índice en el centro de su tapa.

—Tengo tres más como éste —dijo—: setecientos cincuenta y dos nombres de cuarenta y cuatro países. La mitad de los que figuran en ellos no son más que un hatajo de perros impíos. Piensan que con su dinero corrompido compran la amistad del califato. Algún día, *inshalá*, probarán el filo de la espada del verdugo.

—*Inshalá* —repitió el Saharaui.

—Como dice el refrán, el hombre que no sabe sonreír no debe abrir una tienda. Nosotros de momento somos una especie de comerciantes, ¿verdad?

El Saharaui asintió.

El Mauritano cogió el cuaderno, lo devolvió a su caja fuerte y la cerró.

—¿Has visto mi nuevo pisapapeles? —preguntó al tiempo que señalaba un trozo de hierro algo mayor que una pelota de tenis que estaba colocado sobre una montaña de folios.

El Saharaui siguió su mirada.

—¿Es un proyectil?

—Cógelo.

El Saharaui lo sostuvo en una mano.

—Pesa —comentó.

—Es de una granada de 82 milímetros de fabricación rusa, hecha por Putin para su amigo El Asad. Ese trozo de hierro convirtió en mártir a mi chófer hace un mes, cuando volvíamos de Deir ez Zoufr. De Alá somos y a Él hemos de volver.

El Saharaui asintió.

—Reventó junto a su puerta y ese fragmento atravesó la carrocería y le arrancó un brazo. Se desangró enseguida.

—¿Y a ti no te alcanzó la metralla?

El Mauritano negó con la cabeza.

—Mis dos guardaespaldas y yo logramos salir del coche y arrastrarnos hasta unos matorrales. Allí estuvimos hasta que cayó la noche. Ellos me dijeron: «Huyamos ahora, que apenas hay luna», pero yo repuse: «No. Eso es lo que ellos pensarán que hemos hecho. Dentro de un par de horas se acercarán al coche para ver si han logrado matarme, entonces los acribillaremos.» —Alzó el índice y lo movió de atrás adelante mientras continuaba su relato—: *Ualá!* Justo a las dos horas escuchamos sus pisadas y sus cuchicheos. Pronto los tuvimos tan cerca que pudimos oler su apestoso aliento. Los abatimos con una sola ráfaga. Al amanecer, cuando llegaron nuestros muyahidines, mis guardaespaldas les dijeron: «Queríamos irnos, pero Abu Lamín fue más astuto que nosotros y que ellos.» Antes de que se llevaran el cuerpo del conductor, recogí este fragmento de la granada. —Tendió la mano y el Saharai le entregó el pesado trozo de hierro—. Cada vez que lo miro le doy gracias a Alá por su clemencia y su misericordia.

—Alá es sabio.

El Mauritano volvió a mirar su reloj de acero.

—Tenemos el tiempo justo para ir a la mezquita antes de hacer el recado.

—¿Qué recado?

—El que te mencioné antes.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

El Mauritano se levantó y se aseguró de que las tres cajas fuertes estaban cerradas. Luego ambos abandonaron el despacho.

28

—Aquel día me dio la primera pajarita —dijo Alia.

—¿Qué?

—El día que me puse el hiyab. Yusef, Alá lo proteja, me pidió una hoja del cuaderno y me hizo una pajarita. —La chica y Malika estaban dentro del coche, esperando a que los hombres volvieran de la tienda de la estación de servicio. Decenas de insectos giraban furiosamente en torno a las luces del establecimiento. El color del cielo por el este hacía presentir el nuevo día—. Luego me hizo muchas más. La libélula, por ejemplo. Me la he traído porque es la que más me gusta. Las otras las he dejado en casa de mis padres.

Malika echó un vistazo rápido por la ventanilla hacia la gasolinera; la dureza de su mirada contrastó con el tono amable de su voz cuando preguntó:

—¿Tu familia no se enteró de que os estabais viendo?

Alia se descubrió la cara, que estaba brillante de sudor.

—¿Tú no tienes calor? —le preguntó a Malika—. Puedes quitarte el velo un momento, que yo no se lo voy a decir a nadie.

Malika negó con la cabeza. Repitió:

—¿Tu familia no se enteró?

La muchacha bufó.

—¿Tú sabes de una persona que haya podido guardar un secreto en el Príncipe? Alguien se lo dijo a mi madre y ella, a mi padre. —Puso los ojos en blanco—. Cuando llegué a casa, me estaba esperando con la correa en la mano. Según entré, me cruzó la cabeza con un cintarazo. Me gritaba: «¡Putá! ¡Eres una puta!» Yo me encogí, pero él me golpeaba la espalda y los brazos. Han pasado tres meses y todavía me quedan marcas... mira. —Hizo ademán de ir a remangarse el chador, pero antes miró por la ventanilla y decidió—: Mejor no.

—¿Tu madre no hizo nada?

—No conoces a mi madre. —La chica tendió las manos hacia Malika y negó con la cabeza—. ¡Está loca! Mientras él me pegaba, ella gritaba desde la cocina: «¡Alá me ha castigado con una hija prostituta! ¿Por qué a mí? ¡Prefiero que esté muerta antes de que acabe como tantas otras!» Mi madre no es una buena musulmana. —Hizo el gesto de apartar algo malo a un lado—. Era cristiana antes de casarse con mi padre. —Y añadió en voz más baja—: Yo creo que lo sigue siendo.

—¿Se lo dijiste a Yusef? —Malika echó otra rápida ojeada hacia la gasolinera.

—Claro. Me compró un móvil y me dijo que si volvía a ocurrir, lo llamara.

—¿Y volvió a ocurrir?

—No. Esa misma noche mi padre volvió a casa manso como un corderito —esbozó una sonrisa sarcástica—. Después de cenar dijo que en la mezquita de Sidi Embarek le habían dicho que Yusef era un chico serio y religioso y que trabajaba en el polígono mientras estudiaba para ser abogado...

—Buena gente, la de Sidi Embarek —dijo Malika, y se apresuró a preguntar—: ¿Tenía Yusef mucha relación con ella?

—Yusef tiene relación con todo el mundo.

—¿Con todo el mundo?

—Por ejemplo, tenía relación con el Camaleón, que está metido en el hachís.

—¿El Camaleón?

—Sí, el hermano de mi amiga. Todo el mundo sabe que él y sus amigos pasan chocolate desde Marruecos. Alá tenga misericordia de ellos.

—¿Y Yusef era amigo suyo?

—A ver —dijo Alia en tono desenvuelto—, amigo amigo, no sé. El Camaleón lo trataba con respeto. Cuando Yusef se fue a Siria, el Camaleón se quedó encargado de protegerme. Hacía como que iba a recoger a su hermana en coche y de camino me dejaban en casa. Me llamaba por el móvil para preguntarme si todo iba bien, si necesitaba algo... ¡pero lo que yo quería era ir con Yusef!

—¿La policía no te interrogó cuando él se marchó?

—Es que fue todo muy rápido. Él me había enseñado que el Estado Islámico es la auténtica sociedad musulmana y que se extenderá por todo el mundo arrollando a los corruptos y a los impíos...

—El Estado Islámico no ha hecho nada malo ni lo hará, si Alá lo quiere —convino Malika piadosamente.

—Yo sentía que él quería ir a Siria, pero no me dijo que iba a hacerlo hasta la víspera. Me dijo... —Entornó los ojos antes de proseguir—: «Quiero unirme al Estado Islámico y matar con ellos porque luchan contra los infieles y los apóstatas. Dentro de un mes alguien se pondrá en contacto contigo. Esa persona te ayudará a venir junto a mí.»

—¿Y cuándo...?

La puerta del copiloto se abrió y Alia se tapó rápidamente la cara con la punta del chador. En el coche entraron al tiempo una vaharada de combustible y el canto incansable de los grillos. El gordo gimió y se dejó caer en el asiento. Se volvió trabajosamente con dos paquetes grasientos en las manos.

—Tomad. Es carne *halal*.

—Nosotras también tenemos que ir al baño —dijo Malika en tono exigente.

—Bueno, comed primero y luego vais al baño.

Enseguida se abrió la puerta del conductor y el flaco se sentó ante el volante.

—Agua —dijo mientras les ofrecía dos grandes botellas de plástico.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó Malika.

—Unas ocho horas —dijo el gordo y señaló al flaco—. Ahora conducirá él.

—¿Ocho horas para llegar adónde? —se apresuró a preguntar Malika.

—A Gaziantep —dijo el flaco.

Su compañero le echó una mirada asesina.

29

—¿Qué tal está?

—Alta —la enfermera retiró el tensiómetro del brazo de la mujer.

—¿Cuánto? No me engañes, que mi hija es enfermera.

—Veintiuno-diez, señora. No la engañó.

La mujer suspiró. Por la ventana del ambulatorio se veían los destellos que el sol arrancaba a la superficie del mar.

—¿Ya puedo irme?

—No. Hasta que le baje la tensión no puede moverse de la camilla. El doctor pasará a verla enseguida —añadió la enfermera antes de desaparecer por la puerta.

La mujer volvió a suspirar.

—Sólo Alá sabe cuánto tiempo me tendrán aquí. —Alzó un instante los ojos oscuros hacia su hijo, pero enseguida retiró la mirada—. Tendrás que ir tú con los policías a abrirles la puerta.

Rachid se puso en pie, inquieto.

—¿Dónde están las llaves?

—Acércame el bolso —dijo ella apoyándose en un codo e incorporándose a medias—. Escúchame bien —añadió en tono imperativo mientras sacaba el monedero—: no los dejes solos ni un momento, que no desordenen la casa...

—Van a registrarla, ¿cómo no van a desordenar?

—Una cosa es registrar y otra desordenar. —Le tendió las llaves—. Y no les digas nada a los vecinos.

—Me van a preguntar. Cuando vean llegar a la policía...

—Que pregunten. Tú no les contestes.

Rachid resopló con disgusto y tomó las llaves. Comenzaba a alejarse cuando su madre lo retuvo.

—En el armario de la cocina hay una caja metálica de galletas. Dentro hay dos mil doscientos euros. Cógelos antes de que los vean. Los necesitamos para ir a por tu hermana.

—¿Qué? —Rachid la miró atónito—. ¿Quieres ir a Siria a por Malika?

Ella negó con la cabeza:

—Estoy demasiado vieja para eso. Irás tú.

El joven se inclinó hacia delante como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

—¡Que vaya a Siria! ¿Quieres que me corten el cuello?

La mujer agitó una mano como si apartara una mosca.

—Todos somos musulmanes. Si vuelves al Islam y te portas bien, no te tocarán un pelo.

—¿Que no me tocarán un pelo? —exclamó Rachid—. ¿Te has vuelto loca?

—No grites.

El joven se quedó mirándola boquiabierto, luego negó con la cabeza.

—Olvídalo. No pienso ir a Siria. —Su madre comenzó a llorar quedamente—. Ya puedes llorar todo el Mediterráneo, que no pienso ir —dijo él, furioso.

Dio media vuelta y abandonó la sala a grandes zancadas. Salió del centro de salud y bajó por la calle Recinto Sur. Caminaba concentrado, con la cabeza inclinada. Varias gaviotas planeaban sobre la bahía. Los potentes altavoces del club de natación Caballa emitían música disco.

Cuando llegó a la comisaría, preguntó por el inspector jefe Burón.

Enseguida lo hicieron pasar a una sala de reuniones. Junto a Burón había una pareja: el hombre tenía el pelo rapado al cero y el cuerpo fibroso; la mujer era morena y tenía un aire bovino. Ante ellos estaba el ordenador de Malika. Aunque los tres se hallaban sentados en torno a una mesa alargada, no lo invitaron a tomar asiento.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó el inspector jefe mirándolo desde debajo de sus cejas enmarañadas.

—Tiene la tensión alta. Me ha pedido que os acompañe a la casa.

Burón asintió y señaló a sus acompañantes.

—Estas dos personas se encargarán de registrarla. Recuerda que sólo tratan de ayudar, así que debes facilitarles el trabajo. Cualquier cosa que creas que puede servirles como pista... —Rachid asintió. El inspector jefe se puso en pie y la pareja lo imitó. Se volvió hacia ella y dijo—: ¿Queréis que os acompañe?

—No hace falta —repuso el calvo—, pero nos vendrían bien dos coches patrulla. Los agentes pueden quedarse fuera asegurando el perímetro.

—Como queráis. ¡Chino! —llamó—. ¡Necesito dos coches para el Príncipe!

Mientras se alejaba para hablar con el policía al que acababa de llamar, Rachid observó a la pareja. Ella llevaba colgado del hombro un amplio bolso en el que había metido el ordenador de Malika. Él portaba una riñonera y una mochila a la espalda.

—No parecéis maderos.

Ambos lo miraron con expresión burlona.

—¿Maderos? Nosotros somos de acero.

30

El Mauritano y el Saharaui salieron de la mezquita y se abrieron paso entre una multitud de fieles que buscaban su calzado en una montaña de zapatos. En varias ocasiones tuvieron que detenerse para que Abu Lamín correspondiera a las zalemas de algún conocido. El aire olía al almizcle con el que muchos hombres se habían perfumado las manos.

—Démonos prisa.

El Mauritano apretó el paso hacia su todoterreno. Los dos guardaespaldas se habían adelantado y uno de ellos ya los esperaba con la puerta del vehículo abierta.

El conductor arrancó y se incorporó al tráfico, que volvía a ponerse en marcha tras la oración del mediodía.

—Antes de que se me olvide —dijo el Mauritano chascando los dedos—: tienes que ayudarme a vender unas piezas del museo de arqueología. El hombre que se encargaba de ese comercio no entendió su trabajo. Odiaba lo que representaban las esculturas, lo cual está muy bien, pero no le entraba en la cabeza que pudieran ser muy valiosas para otros, lo cual no es muy inteligente. Vendía a cuatro cuando podía obtener cuarenta. Las piezas de las que te hablo son para infieles con mucho dinero. Los chinos ricos, por ejemplo, están muy interesados en ellas. He dicho que te preparen un despacho en el Departamento. Estoy seguro de que tú sabrás sacarles el máximo partido.

—¿Vamos a verlas ahora?

—No, ahora vamos a hacer otra cosa.

El todoterreno se detuvo ante un edificio con aspecto de antiguo hotel, cuya fachada mostraba numerosos impactos de bala. Varias decenas de hombres se apiñaban en la puerta, pugnando por entrar. Abu Lamín ordenó a los guardaespaldas que esperaran y guió al Saharaui hasta la parte trasera, se detuvo ante una puerta de metal y llamó con el puño. Al cabo de un rato se oyó un ruido de pestillos y enseguida apareció un hombre con una larga barba castaña que los urgió a entrar mientras miraba con desconfianza a ambos lados del callejón desierto. Luego volvió a cerrar los pasadores y los candados.

Lo siguieron a través de la cocina y el comedor vacíos hasta lo que debió de haber sido un salón de actos. Unos cuarenta o cincuenta individuos charlaban allí animadamente. Se habían sentado mirando en dirección a una tarima polvorienta y mantenían sus fusiles en el regazo o en el suelo, a su lado. Al fondo de la tarima estaban arrumbados una pantalla de vídeo, un equipo de sonido, varias muletas y una silla de ruedas. Los cristales de las ventanas habían sido cubiertos con papel de

estraza para evitar miradas del exterior. Varios tubos fluorescentes situados en el techo alumbraban la reunión.

Sobre una mesa había un taco de folios con el sello del Estado Islámico. El Mauritano se acercó y cogió uno: era una lista escrita en árabe. Se caló las gafas y la leyó con el ceño fruncido.

—Están baratas —comentó. Dobló el papel en dos y se volvió hacia el Saharaui—. Considerando que ya tienes una de nueve años, tal vez te convenga otra algo mayor, una que, además de satisfacerte, te haga la casa.

El Saharaui bajó la vista y se llevó la mano derecha al corazón.

—Me gustaría mucho, Abu Lamín, pero yo no...

El otro agitó el folio en el aire, dando por zanjada la discusión.

—¡Tonterías! No vas a rechazar un regalo mío.

Lo cogió del brazo y lo condujo hasta un par de sillas libres.

—¡Abu Lamín! —llamó un individuo vestido de negro situado tres filas más adelante—. ¡Ven aquí! ¡Aquí tenéis sitio!

Al oír su nombre, varios hombres se apartaron para dejarlos pasar. El individuo lo saludó efusivamente y el Mauritano se lo presentó al Saharaui:

—Abu Hasenna trabaja para mí en el Departamento de Recursos Preciosos. Es la persona que más sabe de petróleo en el califato.

El hombre de negro se rió y negó con la cabeza modestamente. Mientras se acomodaban, desplegó una lista igual a la que había cogido el Mauritano.

—¿Has visto los precios de salida? Las menores de nueve años han bajado tres dólares: ahora están a ciento veinticinco. Las que tienen entre diez y veinte han subido: cien dólares.

—Cómo se nota que eres rico —bromeó el Mauritano—. ¡Hablas en dólares!

El otro volvió a reír.

—Es la costumbre. En mi negocio todo es en dólares.

Las voces comenzaron a apagarse. Un hombre había salido a la tarima por una puerta lateral empujando a cuatro niñas y dos niños vestidos pobremente. Los hizo formar en fila y se colocó detrás de la que estaba a la izquierda, una pequeña de pelo rizado que tenía los ojos enrojecidos a causa del llanto. Apoyó las enormes manos en sus frágiles hombros.

—¡Ocho años! —dijo—. ¡Capturada por nuestros gloriosos muyahidines en Irak! ¡Acaba de pasar el control de virginidad! ¿Cuánto ofrecéis?

Un rugido brotó de las gargantas de los reunidos. Aquí y allá se alzaron manos reclamando la atención del subastador. Varios hombres se pusieron de pie, lo que obligó a otros a hacer lo mismo. Algunas sillas volcaron.

En el escenario, los niños se echaron a llorar, aterrorizados. Un charco de orina comenzó a formarse a los pies de la pequeña del pelo rizado.

—Tengo que ir al baño —dijo el Saharaui.

—No tardes —le respondió el Mauritano.

—Vuelvo enseguida.

Recogió su arma y se abrió paso entre la multitud hasta que logró salir del salón. Enseguida encontró los servicios. En la puerta, tropezó con un anciano que salía apresuradamente.

—¿Han empezado ya con las mayores de diez años? —preguntó el hombre.

—No. Aún están con los más pequeños.

—No quiero niños —el viejo negó con la cabeza—. Sólo dan problemas. Un hombre de mi condición necesita alguien que lo atienda en la cocina y en la cama.

—¿A qué te dedicas? —preguntó el Saharaui.

—Velo por el cumplimiento de la Sharía. ¿Y tú?

—Recaudo fondos para el califato.

—Alá nos ha encomendado una misión a cada uno. Todas son importantes.

El griterío de la subasta llegó hasta ellos. El viejo miró en dirección al salón, murmuró unas palabras de despedida y corrió hacia allí.

El Saharaui apoyó el Kaláshnikov en una esquina y orinó en uno de los cubículos. Luego se quitó el gorro de oración y lo puso en la punta del cañón. Abrió el grifo y se enjuagó los ojos y la frente. Se secó con el faldón de su camisa blanca.

Cuando volvió al salón, el hombre de la tarima estaba subastando a una yazidí de diecisiete años. La muchacha estaba rígida y tenía los puños apretados y pegados al cuerpo. Sus ojos azules miraban con terror a los hombres que discutían a voces.

La multitud formaba un bloque compacto que impedía al Saharaui llegar a su sitio, por lo que decidió rodearla. Fue al pasar junto a la tarima cuando la muchacha se arrojó sobre él.

—¡Cómprame tú! —le pidió en un torpe árabe—. ¡Cómprame tú!

Los hombres gritaron. Un coloso de dos metros y ciento cincuenta kilos, con una barba negra que le llegaba al pecho y una melena que le acariciaba los omóplatos, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella, lo que casi hizo caer al Saharaui.

—¡Cómprame tú! —rogó la chica, aferrada al Saharaui—. ¡Te serviré bien, te lo juro!

Se había formado un corro en torno al trío: el gigante, la muchacha y el Saharaui. El Mauritano se abrió paso a codazos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con autoridad.

El coloso señaló a la joven.

—Yo he ganado la subasta —tenía una poderosa voz de bajo—. Quiero que ella venga conmigo.

La yazidí seguía aferrada al Saharaui. Temblaba violentamente.

—¡Llévame contigo! —repetía fuera de sí.

El Mauritano miró al Saharaui.

—¿Te gusta la muchacha?

El Saharaui se encogió de hombros.

—Es muy guapa —respondió—, pero es suya.

—Es verdad —convino el Mauritano y se volvió hacia el coloso—. Soy Abu Lamín *e/ Mauritano* —le informó—. ¿Por cuánto me la vendes?

El gigante miró hacia ambos lados y la melena le barrió la espalda descomunal. Parecía buscar en los rostros de los demás la aprobación a sus palabras.

—Ha parido —dijo—. Tiene leche. —Apretó un pecho de la chica, que lanzó un grito de dolor—. Es muy cara.

Lamín señaló una esquina de la sala.

—Apartémonos un poco para que pueda seguir la subasta.

El gigante volvió a consultar a la multitud con la mirada, pero lo único que vio fue

una colección de rostros curiosos. Aceptó seguir al Mauritano. El Saharaui fue tras ellos con los dedos de la chica clavados en el brazo.

—Puedes preguntarle a cualquiera —dijo el Mauritano al coloso, haciendo un gesto amplio hacia la multitud—. Todos te dirán: «Abu Lamín es un hombre generoso.» —Tentó una manga de la camisa de camuflaje del gigante—. Esta ropa y ese Kaláshnikov que llevas te los he dado yo. He sido yo quien, con permiso de Alá, ha puesto en tu mesa los alimentos que has desayunado esta mañana. Así es Abu Lamín: un proveedor de riquezas para los muyahidines. Por eso te voy a hacer una oferta magnífica. Te pago ahora mismo lo que has ofrecido por la muchacha y me comprometo a que mi amigo te la devuelva dentro de seis meses, gratis.

El gigante guiñó los ojos.

—¿No tendré que pagar nada cuando me la devuelva?

—Nada.

Se rascó la cabeza mientras pensaba. Finalmente tendió la mano.

—Dame el dinero —dijo.

El Mauritano hizo un gesto al Saharaui para que se llevara de allí a la muchacha, que seguía temblando como una hoja.

31

En cuanto Malika se despertó, su corazón comenzó a agitarse y todos los músculos de su cuerpo se contrajeron. El sol le hirió los ojos, que comenzaron a lagrimear.

Se colocó una mano a modo de visera y miró por la ventanilla: estaban al borde de la carretera, en lo que parecía un área de descanso. Había otros coches aparcados cerca. Varios hombres hacían sus abluciones en una fuente de piedra. De un minarete lejano llegaba, muy débil, la llamada del almuédano.

La sobresaltaron dos golpes en el techo del vehículo. Enseguida, el gordo asomó su cara barbuda por la ventanilla.

—Os dejo las esterillas en el capó —dijo.

Se volvió y echó a andar hacia la fuente con su compañero. Además de sus alfombras, llevaban sendos cubos de playa azules.

Malika inspiró y espiró lentamente varias veces. A su lado, Alia dormía con la frente perlada de sudor. Le dio unos golpecitos en el brazo.

—Despierta, es la oración del mediodía.

—¿Ya estamos en Siria? —preguntó la muchacha con voz somnolienta.

—Todavía no. Vamos, sal del coche.

La muchacha bajó la vista.

—No puedo rezar —susurró—. Tengo la regla.

—¿Tienes tampones?

Alia negó con la cabeza.

—Llevo compresas.

Malika descendió del vehículo y se aproximó a un grupo de mujeres reunidas en torno a otra fuente, alejada de la de los hombres. Apartó el velo y se lavó la cara, las manos, los brazos y los pies. Luego extendió su esterilla junto a las de las demás, detrás de las de los varones. Enseguida un individuo comenzó a salmodiar:

—*Alau akbar! Alau akbar! Ash-hadu an la ilaha il la Alá!* —Entre los matojos cercanos, las chicharras cantaban con desesperación. El sol recalentaba las piedras y convertía el niqab de Malika en una carga asfixiante. La voz melodiosa del hombre que dirigía la oración invitaba a la modorra—. ¡Atestiguo que nadie tiene derecho a ser adorado salvo Alá! —recitaba—. ¡Atestiguo que Mahoma es el mensajero de Alá! ¡Venid de prisa hacia el *salât!* ¡Venid de prisa hacia el éxito, la felicidad!...

Cuando terminaron de rezar, Malika estaba empapada en sudor. Recogió su esterilla, la dejó sobre el capó y se metió rápidamente en el coche.

—¿Estás bien? —le preguntó a Alia.

La chica asintió.

—Estoy deseando llegar.

Enseguida volvieron los dos hombres. Con sus cubos de plástico, sus esterillas y sus rostros sudorosos, parecían llegar de la playa. El gordo barbudo arrancó el habitual quejido a los amortiguadores cuando se dejó caer en el asiento del copiloto. Su compañero guardó los enseres en el maletero y se instaló al volante.

—¿Por qué ella no ha rezado? —preguntó mientras se ponía unas gafas de sol.

—Porque se encuentra mal.

—¿Va a vomitar en el coche?

—No, no va a vomitar.

—Sólo faltan dos horas —las animó—. Dentro de dos horas estaréis en una casa fresca con baño y cama.

Arrancó y se incorporó a la carretera. El Ford blanco ya no olía a cebollas: después de trece horas de viaje, apestaba a aliento rancio y a sudor. Malika bajó un poco su ventanilla para ventilarlo, pero el gordo le ordenó que volviera a cerrarla.

—El aire acondicionado se escapa —la reprendió.

El flaco encendió la radio, pero la señal se perdía continuamente y, al cabo de varios intentos, optó por apagarla. Le dijo algo en turco a su compañero; el otro protestó, pero el flaco insistió con vehemencia. El gordo acabó dándose por vencido: rebuscó en su pantalón hasta que logró encontrar el teléfono. Marcó un número y dijo en árabe:

—Estamos llegando... En una hora, más o menos... Sí, sin problemas... Escucha, Bilal, ¿a qué casa las llevamos?... ¿La que está encima de la joyería?... Allí hay demasiados ojos. ¿No tienes otra?... La de la mujer manca, sí. Ésa está bien. ¿Hay comida allí?... Hermano, llevamos mil quinientos kilómetros encima, no nos obligues a ir a la tienda... Gracias, amigo.

Colgó y se quedó en silencio.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el flaco.

—Que comprará leche y galletas. Si queremos algo más, tendremos que ir a la tienda.

32

Dos coches patrulla los estaban esperando cuando llegaron a la casa amarilla, en el Príncipe. A juzgar por el nutrido grupo de personas concentrado frente a ella, los policías debían de haber organizado un buen escándalo con sus sirenas y sus luces azules.

—¡Eh, Rachid! —gritó uno de los ociosos—. ¿Qué ha pasado?

El joven no contestó. Abrió la puerta y entró delante de la pareja; luego volvió a cerrarla. A pesar de que la mañana era radiante, el interior estaba en penumbra: la ventana de la amplia cocina que daba al patio y el hueco de la escalera eran los únicos puntos de luz en la planta baja.

—Aquí no hay más que cacharros de cocina —explicó Rachid—. Ahí detrás está el cuarto de baño. La habitación de mi hermana está arriba.

El hombre y la mujer cruzaron una mirada.

—Empecemos por arriba —decidió él.

Por una veintena de escalones altos y dispares llegaron al piso superior. En el rellano había tres puertas; la de la habitación de Malika estaba abierta.

—¿Adónde dan esas otras dos puertas? —preguntó la mujer.

—A la habitación de mi madre y a mi cuarto... al que era mi cuarto cuando vivía aquí.

—Ábrelas.

Rachid abrió su cuarto y encendió la luz. Era una habitación estrecha pintada de verde claro. Tenía una cama, una mesa y una silla. En la pared había un gran póster de Will Smith con un arma en la mano. La mujer señaló un ventanuco cerrado que había al fondo, casi a la altura del techo.

—¿Adónde da?

—A la azotea de los vecinos.

La mujer dejó su gran bolso sobre la cama y arrastró la mesa hasta debajo del ventanuco, se encaramó en ella y lo abrió. Un cañón de luz atravesó la habitación. Asomó la cabeza: en la azotea vecina no había más que una antena parabólica hecha con planchas de impresión de *El Faro de Ceuta*.

—¿Hace mucho que no vives aquí? —preguntó mientras descendía de la mesa.

—Dos años.

—¿Dónde vives ahora?

—Tengo un piso cerca. A cinco minutos.

—¿Vives solo?

—Sí.

—¿En qué trabajas?

—Comercio con Marruecos.

La mujer se volvió hacia su compañero.

—¿Lo han interrogado ya en comisaría?

El otro asintió.

—Mañana nos dan la transcripción.

Salieron al rellano y Rachid abrió la habitación de su madre. Las paredes estaban pintadas de azul eléctrico. Había una cama de matrimonio, dos mesillas de noche, una coqueta y un armario, todo de formica y comprado en el mismo lote treinta años atrás. En una de las mesillas reposaba un marco barato con versos coránicos. El hombre se acercó a la ventana y se pasó la mano por el cráneo afeitado.

—Ésta da a un patio —comentó.

—Es el que hay junto a la cocina —dijo Rachid—. Si quieres, te lo enseño.

—Luego. Ahora vamos a ver la habitación de tu hermana.

Era el cuarto más luminoso de la casa, y por la ventana se podían ver a lo lejos los montes de Marruecos. Pequeños desconchones en las paredes de color rosa permitían adivinar los lugares de donde habían sido retirados cuadros y adornos. La cama, cubierta con una colcha blanca, estaba perfectamente hecha. Bajo la ventana había una mesa de estudio y una silla de oficina. En dos baldas se alineaban varios trofeos deportivos. El armario tenía un espejo de cuerpo entero.

El hombre se descolgó la mochila de la espalda y puso los brazos en jarra.

—¿Empezamos por el armario?

La mujer asintió.

En ese momento se oyó la voz de Saad Lamjarred cantando *Salina, Salina*. Rachid sacó su móvil del bolsillo, miró la pantalla y luego a la pareja.

—¿Puedo cogerlo...?

El calvo se encogió de hombros.

El joven salió al descansillo y bajó los escalones antes de descolgar.

—Dime... No, no. Es por mi hermana. Se ha ido a Siria, tío... La poli dice que hace dos días... Claro que me han interrogado, pero no les he dicho nada... No tengo ni idea... Mi madre quiere que vaya a buscarla. Ya le he dicho que ni de coña... No, tío... Ahora tengo que estar aquí mientras registran la casa. Luego tengo que recoger a mi madre en el ambulatorio... No, una subida de tensión. En cuanto la deje en su casa voy para allí. *Chuf*. Hussein tiene llave de mi piso. Dile que tire lo que hay en la caja del té... Bueno, pues que te lo lleve... *Uaja*. Iré en cuanto pueda.

Colgó y abrió el armario de la cocina. Enseguida localizó la caja de galletas, la abrió, sacó el fajo de billetes y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Subió las escaleras de dos en dos y entró en el cuarto de Malika. El calvo iba sacando la ropa del armario y arrojándola en el centro de la habitación, donde la mujer descosía las costuras de las prendas con un cúter.

33

El todoterreno se detuvo en el aparcamiento del mercado y de él descendieron el Saharaui y su nueva esclava. El sol de primera hora de la tarde había recalentado el asfalto, que se adhería a las suelas de sus sandalias.

La cara sonriente del Mauritano asomó por la ventanilla.

—Cuando te canses de ella, avísame. —Lanzó una mirada a la chica—. Tal vez esté interesado en cambiártela por otra.

El Saharaui se llevó la mano derecha al corazón.

—Es tuya cuando quieras: no merezco un regalo tan generoso.

—Sí lo mereces —replicó su jefe—. Y respecto a aquel muchacho grande como una montaña que la quería para él... es poco probable que tengas que devolvérsela dentro de seis meses.

—¿Por qué?

—Pronto volverá al frente. La muerte está en manos de Alá y sólo llega si es su voluntad, pero... —Se encogió de hombros—. La gente tan corpulenta suele ser un blanco fácil para el enemigo —dijo, y enseguida añadió piadosamente—: *Astagfirualá*, ¡que Alá me perdone por lo que acabo de decir!

—De Alá somos y a Él hemos de volver —murmuró azorado el Saharaui.

—Espero que mañana el cansancio no te haga llegar tarde a mi despacho —se rió el Mauritano con picardía. Aún riendo, se volvió hacia el conductor y le ordenó que se pusiera en marcha.

El Saharaui se ajustó la correa del Kaláshnikov en el hombro y echó a andar de prisa en busca de su coche. Llevaba el ceño fruncido y apretaba las mandíbulas con fuerza. La yazidí lo seguía a un par de metros de distancia, cubierta con un niqab, la cabeza inclinada y la espalda encorvada, en un intento de pasar inadvertida. Cuando los vio acercarse, el guardaespaldas saltó del asiento.

—¡Llevo dos horas esperándote! —exclamó—. ¡Pensé que ya no vendrías! —Miró con interés por encima de su hombro—. ¿Quién es ésa?

—Un regalo de Abu Lamín para mí —respondió el Saharaui con brusquedad. En su voz había un tono de disgusto.

—*Ualá!* —El hombre alzó los brazos al cielo con alegría—. ¡Ahora que tienes dos esclavas, puedes compartir una de ellas!

—¿No te has apuntado para ir al frente?

Muisa agitó una mano en el aire para dar a entender que su alistamiento carecía de importancia.

—No hay problema: puedo volver y borrarme.

—Ya has elegido, y has elegido bien.

—Me estás castigando —protestó el guardaespaldas mientras abría la puerta para que el Saharaui entrara en el vehículo—. ¿Por qué no la compartes conmigo y haces feliz a un hombre?

El Saharaui no le respondió. La muchacha dudó un momento, hasta que él le hizo un gesto para que subiera al asiento trasero del todoterreno.

El guardaespaldas se instaló al volante y arrancó.

—Te dije que me iba al frente para conseguir una mujer —insistió, mirando a la chica por el espejo retrovisor—, pero si tengo una mujer aquí ya no necesito ir a combatir. Te he servido bien.

—No gimotees. Tu excusa es peor que tu culpa.

—Cualquier caballo puede tropezar...

—¡Basta!

El vehículo se detuvo ante el edificio de recargadas rejas donde vivía el Saharaui. Muisa se apresuró a abrirle la puerta del coche.

—No te preocupes por la comida —dijo, meloso—. Yo la subiré.

—No, ella puede subirla.

El guardaespaldas abrió el portón trasero. En el maletero había varios paquetes envueltos en papel y un par de bolsas viejas de plástico llenas.

La muchacha se inclinó y cogió todos los paquetes que pudo abarcar con sus brazos. Muisa agarró las bolsas de plástico y las depositó en el suelo mientras cerraba el coche.

El Saharaui cruzó la cancela y, seguido por la esclava, entró en el portal. El ascensor continuaba tapado con cartones. A la luz del día podía verse la capa de polvo acumulada en el embaldosado. Cuando subían la escalera, se cruzaron con dos niños que iban al colegio.

El Saharaui abrió la puerta del piso y entró en el salón.

—¡Muna! —llamó—. ¡Muna!

Asustado, el canario revoloteó en su jaula. Los rayos de sol entraban con violencia por el ventanal y destellaban en las lágrimas de la lámpara del techo.

La niña asomó media cara por la puerta de la cocina. Parecía un animalito asustado.

—Ven, Muna. —La voz del Saharaui había cambiado: ahora era dulce—. Te he traído a una amiga para que juegue contigo.

La pequeña volvió a esconderse. Enseguida oyeron sus pies descalzos correr por el pasillo y, a continuación, un portazo. El Saharaui se volvió hacia el guardaespaldas y señaló a la muchacha.

—Muéstrale dónde debe guardar las cosas.

Se dirigió a su habitación, escondió el Kaláshnikov y la pistola encima del armario y volvió al cuarto de Muna. Abrió la puerta sin llamar.

La niña estaba sentada en la alfombra con la espalda apoyada en la cama y los brazos rodeando sus piernas flexionadas. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, pero no emitía sonido alguno.

Él se sentó a su lado.

—¿Por qué lloras?

Muna no respondió.

—Si no me dices por qué lloras, voy a pensar que no quieres que vuelva a casa.

La pequeña se sorbió los mocos y señaló la puerta.

—Esa chica... ¿Me vas a vender?

—¡No! Viene para jugar contigo y para ayudarte a cocinar y limpiar. —Y añadió con sorpresa, casi para sí mismo—: ¡Ni siquiera sé cómo se llama!

34

A Bilal, el casero del Estado Islámico en Gaziantep, le faltaba la parte izquierda de la cara. Una granada de Bachar el Asad se la había arrancado y había dejado una enorme cicatriz en su lugar. Para enfocar con su único ojo, el derecho, movía lo que le quedaba de cabeza a uno y otro lado con rapidez, como un pájaro.

—Dormiréis aquí —dijo.

La habitación era pequeña. Las paredes tenían desconchones y el suelo era de cemento. Del techo pendía una bombilla punteada de cagadas de mosca. Casi todo el espacio lo ocupaban dos somieres con sendos colchones de espuma, sobre los que alguien había dejado unas sábanas arrugadas, un par de mantas grises y otras tantas almohadas con manchas de sudor. Al fondo había una ventana, pero la habían tapado con una manta idéntica a las que estaban sobre las camas. Entre la manta y la pared se filtraba la luz de la tarde.

—Prohibido asomarse a la ventana. No deben veros —advirtió Bilal—. Debéis tener mucho cuidado.

Malika señaló la puerta.

—Falta el pestillo —dijo. Al ver que el hombre no la entendía, tocó la madera e hizo el gesto de echar el pasador—. Cerrojo —añadió.

—Ah, no hay. —El casero se encogió de hombros—. Venid, venid. —Les hizo gestos para que lo acompañaran al fondo del pasillo y abrió una puerta—: el baño.

Era un cuarto minúsculo en el que había un retrete sin tapa, un lavabo, una manguera verde enrollada y un agujero en el suelo. El agujero estaba tapado con un azulejo sobre el que había una botella de Coca-Cola llena de agua.

El hombre desenrolló la manguera, la conectó al grifo del lavabo y lo abrió: un débil chorro de agua comenzó a salir por el otro extremo.

—Importante —dijo—. Cuando os duchéis, quitad la botella y el azulejo. Luego lo volvéis a poner. Y la botella encima, ¿eh? Acordaos siempre.

—¿Para qué son? —preguntó Malika.

—Para que no entren las ratas. Si suben por la tubería y mueven el azulejo, cae la botella. Así sabemos que han entrado y las buscamos para matarlas.

Malika no le tradujo esa parte a Alia.

—Ahora os quedáis solas. Dentro de una hora vendrá la manca —dijo el hombre—. Ella traerá comida. Si necesitáis algo, se lo pedís y ella lo compra.

—¿Estamos muy lejos de Siria?

—Muy cerca. Desde aquí a Yarábulus sólo hay sesenta y tres kilómetros en línea

recta. Por carretera más, unos ciento setenta kilómetros.

—¿Cuándo vamos a ir allí, *inshalá*?

El hombre ya se hallaba junto a la puerta de la calle. Se detuvo un momento con la mano en la cerradura y se rascó la cabeza.

—No se sabe. Depende de lo que pase en la frontera. Debéis estar siempre preparadas.

—¿Los hombres que nos trajeron también van a dormir aquí? —se interesó Malika.

—No, no, ellos ya se marcharon —dijo el casero—. Que Alá los proteja. —Salió y cerró la puerta desde fuera. Oyeron cómo echaba la llave.

—Nos acaba de encerrar —dijo Alia.

—Sí.

—No me importa que no vuelva —comentó la chica—. ¡Es tan feo que da miedo!

—Ha dicho que fue herido en la yihad, que Alá lo recompense.

La otra se ruborizó.

—No lo sabía. Que Alá me perdone.

Hacía calor. Malika se quitó el niqab y los guantes, lo arrojó todo sobre una cama y respiró hondo. Alzó los brazos y cerró los ojos mientras se estiraba.

Alia la observó con curiosidad. Era la primera vez que le veía la cara. Malika estaba pálida y unos cercos oscuros le enmarcaban los ojos; su cabello aplastado parecía una masa compacta.

—Seguro que no vendrá nadie, ¿verdad? —preguntó la chica mientras empezaba a despojarse del chador.

—Sólo la mujer manca, eso ha dicho nuestro amigo. —La miró y sonrió—. Tienes la misma cara que el día que te vi maldiciendo la procesión de los nazarenos en el Príncipe.

Alia alzó las cejas, sorprendida.

—¿Estabas allí?

—A tu lado.

La muchacha se rió.

Malika le sugirió que entrara primero en la ducha. Tuvo que darle su champú, su gel de baño, su peine y su toalla, porque en la pequeña mochila azul celeste Alia sólo llevaba una muda de ropa y un paquete de compresas.

Mientras Alia se duchaba, Malika se acercó a la ventana y apartó la manta unos centímetros. Abajo vio azoteas irregulares sobrevoladas por una maraña de cables. En la estrecha calle había varios talleres de coches; un joven vestido con una cazadora vaquera acarreaba sobre un hombro lo que parecía el parachoques de un automóvil y un hombre circulaba en un ciclomotor demasiado pequeño para él.

Dejó caer la manta e inspeccionó la casa. Su mirada parecía registrarlo todo, como la de un ave de presa. Había otra habitación como la suya, con la diferencia de que ésta tenía armario. Era un viejo armatoste de madera oscura al cual le habían arrancado el espejo. Intentó abrirlo, pero estaba cerrado con llave. Fue a su cuarto, rebuscó en su maleta y sacó una horquilla. Volvió a la habitación y observó la cerradura. Dobló la horquilla y hurgó con ella unos tres minutos, hasta que se oyó un chasquido. Tras la puerta sólo había sábanas y mantas. Volvió a cerrarla.

La cocina era diminuta: sobre la encimera de cemento había un hornillo conectado a una bombona de gas. Como el grifo del fregadero estaba demasiado alto, le habían

acoplado un trozo de manguera para que no salpicara. Al lado había un escurrer platos con una cacerola, una sartén, tres platos de loza, cuatro vasos desparejados y algunos cubiertos. Bajo el fregadero había un cubo. En el único estante, el casero había dejado la leche y las galletas que había prometido a los guías y que éstos, finalmente, no habían probado. Malika abrió el paquete y se comió una de chocolate. Llenó un vaso de leche y se lo bebió mientras se comía otras tres.

Alia apareció con el pelo mojado, pero completamente vestida.

—Hay leche y galletas en la cocina —le dijo Malika antes de meterse en el baño.

Se desvistió y se duchó rápido, sin apartar los ojos del agujero que hacía las veces de desagüe. En cuanto terminó, colocó el azulejo y, sobre él, la botella de Coca-Cola. Se estaba secando con la toalla húmeda que había usado la chica, cuando un portazo la alertó. Oyó voces fuera. Aplicó la oreja a la puerta.

—No entiendo tu idioma —dijo una voz de hombre en árabe clásico.

—Ella está duchándose —respondió Alia en un remedo del dialecto marroquí—. ¡Duchándose!

De repente, golpearon la puerta del baño con autoridad.

—¡Sal! —dijo otra voz de hombre—. ¡Deprisa! ¡Hay que pasar la frontera ahora!

Malika se envolvió en la toalla.

—¡Váyanse a la habitación y cierren la puerta para que pueda salir! —y añadió—: ¡Alia, avísame cuando pueda salir!

Se inclinó sobre el váter y vomitó.

35

Rachid, vestido con un chándal rojo de Adidas y con unas zapatillas del mismo color, descendió con paso cansado por las calles oscuras del Príncipe. Se detuvo ante la puerta verde con videoportero, pulsó el botón y apoyó la espalda en la pared. Una voz femenina le contestó alegremente:

—¿Contraseña?

—Titi, hoy no estoy para bromas —dijo—. Ábreme, anda.

Recorrió el largo pasillo que discurría entre el muro y la vivienda y tocó el timbre de la puerta de hierro que había al final. La adolescente morena que apareció en el umbral fingió un puchero.

—¿Ya no me quieres? —preguntó con voz mimosa.

Rachid le dio un beso en la mejilla.

—Siempre, Titi —dijo mientras seguía su camino.

Cuando entró en el salón, el Camaleón estaba enfrascado en un videojuego: en el televisor, un camión atropellaba a una multitud en un paseo marítimo.

—*Yahla, yahla!* —gritaba Hussein. A su lado, Mustafá fumaba un porro tan grueso como su índice.

Rachid se dejó caer en un sillón.

—¿Qué es eso? —preguntó con desgana, señalando con la barbilla el enorme televisor.

—GTA —dijo lánguidamente Mustafá.

En la pantalla, un grupo de policías consiguió hacer que el coche que dirigía el Camaleón se estrellara. Los altavoces vibraban con el sonido de los disparos.

—Estás jodido —le advirtió Mustafá.

Diez segundos más tarde, el cuerpo del jugador estaba tirado en la acera, acribillado a tiros.

El Camaleón dejó la pantalla congelada y arrojó el mando sobre un cojín. Sacó un cigarrillo de la cajetilla de Marlboro que estaba sobre la mesa baja, lo encendió y dio una larga calada.

—Ahhh —dijo exhalando el humo—, qué relajado me quedo después de una buena matanza. —Con su ojo semicerrado observó a Rachid—. ¿Sabes algo nuevo?

Rachid negó con la cabeza.

—¿Cómo está tu madre?

—Mejor. Ya ha vuelto a su casa.

—¿Se le ha quitado de la cabeza lo de que vayas a buscar a tu hermana?

—No. Sólo le falta amenazarme con dejar de respirar si no voy.

Hussein meneó con pesar su cabeza de chivo.

—Es muy peligroso, muy peligroso.

Rachid le lanzó una sonrisa despectiva.

—¿No querías casarte con ella? Pues venga, ve a buscar a tu novia.

El Camaleón aplastó su cigarrillo en el cenicero lleno de colillas.

—Hussein —dijo sin mirar al aludido—, ¿por qué no vas a la nevera y traes unas cervezas bien frías?

El de la barbita se levantó y desapareció sin hacer ruido.

—¿Cómo fue el registro?

Rachid suspiró.

—Le dieron la vuelta a todo. Miraron hasta en las costuras de los vestidos.

—¿Y encontraron algo?

Rachid se encogió de hombros.

—No, que yo sepa.

—¿Han ido a tu casa?

—No.

Los tres se quedaron en silencio hasta que entró Hussein con una bandeja de cervezas que depositó en la mesa.

—Rachid —dijo de pronto el Camaleón, muy serio—, ¿tú quieres ir a buscar a tu hermana?

—¡Pero cómo voy a ir a buscarla, si no sé dónde está la gilipollas! ¡Siria no es como Ceuta, joder! ¡Es un país enorme! ¡Eso es lo que mi madre no entiende!

El Camaleón y Mustafá cruzaron una mirada de inteligencia mientras Rachid daba un trago a su cerveza.

—¿Y si supieras en dónde está? —Mustafá se subió las gafas con el dedo corazón y clavó en él sus ojos empequeñecidos por las lentes—. ¿Iráis?

Rachid los miró alternativamente.

—¿Sabéis algo?

Mustafá se inclinó y apagó la colilla del porro en el cenicero.

—Es posible que el Cojo pueda ayudarte.

—¿El Cojo? ¿El mauritano?

Mustafá asintió lentamente.

—¿No dijiste que ese tío era peligroso?

—Dije que me daba miedo.

—¿Y qué coño sabe del Estado Islámico un camello como él?

—Se lleva bien con ellos.

—Pero si los del Estado Islámico te cortan el cuello por fumarte un Marlboro, ¿cómo van a llevarse bien con un tío que vende polvo?

—Que yo sepa, el Cojo no se droga.

El Camaleón dio una palmada y se puso en pie.

—Bueno, ya vale —zanjó—. Si no te interesa, punto.

Rachid también se puso en pie y alzó las manos en son de paz.

—¡Un momento, un momento! ¿Ese tío podría decirme en dónde está mi hermana?

Mustafá se encogió de hombros. Sus ojos parecían vistos por unos prismáticos al revés.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero puedes preguntárselo.

—*Chuf* —el Camaleón lo agarró de un brazo; apenas le llegaba al hombro, pero su mano era como una tenaza—, he decidido probar a hacer negocios con él. Mustafá va a bajar a Mauritania dentro de unos días. Puedes acompañarlo y aprovechar para sondearlo...

36

La yazidí temblaba cuando el Saharaui la condujo a su dormitorio, cerró la puerta y la hizo sentar en la cama. Acercó un puf y se acomodó frente a ella, sin tocarla. Estaba muy serio.

—Mi nombre es Haibala —dijo con voz amable—. ¿Tú cómo te llamas?

—Arzán —respondió la esclava con un hilo de voz.

A través de los visillos se filtraba una luz blanca. El Saharaui asintió, se presionó las sienes, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Bien, Arzán. Te voy a explicar las reglas que tienes que cumplir mientras estés aquí —hablaba muy despacio—. ¿Me entiendes? Si no me entiendes, dímelo... Bien. Tu tarea consiste en hacer la comida, mantener la casa limpia y cuidar de Muna. Hay agua y luz cuatro horas al día. Debes estar atenta para aprovecharlas. ¿Entendido?

La muchacha asintió sin levantar los ojos del suelo. Tenía las manos rojas e hinchadas y las retorció continuamente.

—Segunda regla: ningún hombre, salvo yo, tiene derecho a tocarte.

La muchacha habló sin alzar la mirada:

—¿El guardaespaldas tampoco?

—Tampoco. Si lo intenta, debes decírmelo inmediatamente.

Ella asintió.

—En la casa llevarás hiyab y una túnica que no toque el suelo. Te compraré un par de ellas. Debes aprender a rezar: Muna puede ayudarte, yo le he enseñado. ¿No te enseñaron a rezar en la casa que estabas?

La muchacha negó con la cabeza.

—¿Cómo se llamaba tu dueño?

—Abu Mohamed *el Jordano* —dijo la chica con voz entrecortada.

El Saharaui se irguió en la silla como si hubiese sentido un calambre.

—¿El Jordano? ¿El jefe de seguridad? —En su voz había sincera sorpresa.

Ella asintió.

—¿Era suyo el niño? —Señaló el vientre de la chica.

—No, de mi marido —respondió y empezó a gemir—. Cuando me capturaron estaba embarazada.

—¿El niño ha muerto? —El Saharaui tenía una expresión de alerta.

La muchacha gimió más fuerte. No gemía como si fuera a llorar, sino como si le costara respirar. De repente, se arrojó al suelo y comenzó a arañarse la cara y a mesarse los cabellos. El sonido que emitía no parecía humano. El Saharaui se levantó

rápidamente y la alzó en vilo. Estaba rígida y movía la cabeza violentamente de un lado a otro, como si quisiera desprenderla del tronco, mientras seguía emitiendo aquel sonido animal. Él alzó la mano y le cruzó la cara dos veces.

El cuerpo de la chica se relajó entonces; comenzó a llorar quedamente. El Saharaui la depositó sobre la cama.

—Tranquila —le dijo al tiempo que le acariciaba el pelo claro—. Aquí estás segura.

Cuando salió de la habitación, tenía el rostro tenso y la mirada ensimismada. Fue a la cocina, donde Muna se las había arreglado para preparar un cuscús. Estaba sentada en una esquina de la mesa, comiendo con los dedos. Lo miró con ojos de ratón asustado, pero él no se dio cuenta. Enseguida apareció el guardaespaldas, y la niña pareció encogerse y dejó de comer.

Muisa se acercó al Saharaui y le susurró al oído:

—Los gritos se han oído en todo el barrio.

Él asintió distraídamente y se sentó a la mesa. Hizo una bola de cuscús y se la llevó a la boca. Masticó con lentitud.

Muna lo miraba a hurtadillas, muy pálida.

—¿Le has pegado a la nueva? —preguntó en voz muy baja.

Muisa lanzó una estruendosa carcajada.

—¿Eh? —El Saharaui pareció despertar. Parpadeó varias veces, mirando a la niña y al guardaespaldas como si acabara de descubrir que estaban allí.

—Pregunta si le has pegado —dijo riendo el guardaespaldas.

—¡No, no le he pegado! Se encontraba mal y no podía respirar.

—¡Por lo que tenía metido en la boca! —Se burló Muisa.

—¿Qué tenía metido en la boca? —preguntó Muna con curiosidad.

El Saharaui lanzó al hombre una mirada colérica.

—O te comportas o te vas a comer a tu habitación —le advirtió. Luego se volvió hacia la niña—: Tengo que salir. Despiértala para la oración de la tarde y le enseñas a rezar, ¿de acuerdo?

Muna asintió, muy seria. El Saharaui se levantó.

—¿No vamos a terminar de comer? —protestó Muisa.

—Termina tú, esta vez voy solo —respondió—. Dame las llaves del coche. Volveré para la oración de la noche.

La pequeña fue la primera en salir de la cocina y se alejó corriendo hacia su dormitorio.

El Saharaui entró sigilosamente en la habitación donde estaba la yazidí. Arzán balbuceó algo incoherente y se dio la vuelta en la cama cuando él sacó las armas de su escondite en lo alto del armario. Se ajustó la funda de la pistola, se echó el Kaláshnikov al hombro y salió de la casa.

Condujo hasta el río y aparcó en la orilla, metiendo las ruedas delanteras del cuatro por cuatro en el agua. El calor había empujado hasta allí a decenas de hombres con sus hijos. La mayoría se bañaban completamente vestidos, con el agua hasta los muslos; algunos incluso llevaban sus armas encima. No había mujeres ni niñas.

Dejó las sandalias en el vehículo y caminó por la ribera sintiendo cómo el agua fresca lamía sus pies. Iba con la cabeza inclinada y las manos a la espalda, ajeno a las risas de los niños y a la luz dorada que rielaba en la corriente. Sólo cuando oyó el canto del almuédano pareció salir de su ensimismamiento. Fue a por sus sandalias, hizo las

abluciones y se alejó de la orilla. Rezó junto a una multitud de fieles en una calle alfombrada.

Cuando volvía al coche vio a un grupo de hombres sentados en la arena, merendando en platos de plástico. Pidió permiso para acompañarlos y ellos le hicieron sitio inmediatamente. Nadie le preguntó quién era. Mientras comían con los dedos, hicieron comentarios intrascendentes sobre el calor y el caudal del río. Él respondió con cortesía y alabó la comida.

Se despidió de los comensales y caminó hacia el coche. Ahora había menos bañistas en el agua. Se lavó las manos y se enjuagó la boca, subió al vehículo y lo alejó de la orilla. Durante las tres horas siguientes estuvo dando vueltas por la ciudad. El calor había disminuido y los comerciantes habían sacado sus sillas a las puertas de las tiendas. Las calles estaban llenas de vendedores de regaliz, de altramuces, de pescado... Un microbús con sistema de megafonía lanzaba al aire versículos del Corán.

En una avenida, una multitud le cortó el paso. En la azotea de un edificio se recortaban las siluetas de dos milicianos flanqueando a un hombre con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Lo empujaron y se estrelló contra el pavimento, cinco pisos más abajo. Un muchacho encolerizado gritó junto a su ventanilla algo de lo que él sólo alcanzó a entender la palabra «sodomita». Seguía vociferando cuando, desde todos los minaretes, llamaron a la oración del ocaso.

Volvió a su casa a las ocho de la tarde. Muisa estaba repantingado en uno de los sillones dorados del salón, mirando las ilustraciones de un libro de botánica a la luz de una vela.

—¿Dónde están las mujeres? —le preguntó el Saharai.

Sin apenas levantar la vista, el guardaespaldas hizo un gesto vago hacia el interior de la vivienda.

—¿Algún problema?

—No.

De camino a su habitación, vio luz bajo la puerta del cuarto de Muna. Abrió y asomó la cabeza.

Arzán, la nueva esclava, estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en un cojín. Tenía a la niña entre sus brazos y sostenía su cabeza contra el pecho desnudo. Al verlo, la soltó y se apresuró a cubrirse.

—¿Qué estáis haciendo? —el Saharai se plantó ante ellas.

—Nada —dijo Arzán con la vista baja.

—¡Muna! ¿Qué hacíais? —insistió él.

La niña se había metido el pulgar en la boca y lo chupaba con fuerza.

—Muna, contéstame.

La yazidí intervino sin alzar los ojos.

—Tengo el pecho lleno de leche y me duele.

La niña se sacó el dedo de la boca.

—Está buena —dijo.

—Arzán, ven conmigo —ordenó el Saharai.

La muchacha se levantó lentamente y lo siguió hasta su habitación. En cuanto ella entró, él cerró la puerta y encendió una vela. La luz comenzó a jugar con sus sombras en las paredes y en el techo. Le señaló la cama para que se sentara.

—Tu hijo no ha muerto, ¿verdad?

Arzán gimió como la vez anterior mientras negaba con la cabeza. Él le puso las manos en los hombros y notó cómo se estremecía.

—Se lo quedó él, el Jordano, ¿verdad? —La muchacha asintió—. ¿Sabes dónde vive? ¿El Jordano vive aquí, en Raqa?

La chica lo miró con los ojos azules muy abiertos, como si no comprendiera.

37

Al atardecer cayó un chaparrón fuerte y breve que convirtió el polvo en lodo, refrescó el ambiente y llenó la carretera de charcos. El conductor de la furgoneta era un tipo taciturno que apenas chapurreaba unas palabras en árabe. Su compañero sí lo hablaba, aunque con un fuerte acento turco.

Malika y Alia viajaban en la parte trasera del vehículo, sentadas en una colchoneta, recostadas contra la chapa. Habían vuelto a cubrirse con sus prendas negras. De vez en cuando, el copiloto les decía que se tumbaran. Ellas obedecían y se quedaban en esa posición hasta que él les indicaba que podían volver a sentarse.

Tras dos horas de camino, el vehículo redujo la marcha, atravesó un par de baches y se detuvo. Malika se inclinó para espiar por el sucio cristal trasero.

—¿Qué ves? —le preguntó Alia.

—Está todo oscuro, pero me parece que es una gasolinera.

Hasta ellas llegó la voz del copiloto, que hablaba por teléfono:

—¡Hola, Mohamed! ¿Estás ya de guardia?... Estamos en la gasolinera, pero no podemos quedarnos aquí mucho más tiempo... Sí, la paciencia es la llave del paraíso, pero el dueño de la gasolinera a lo mejor no lo sabe y le da por acercarse a preguntarnos qué hacemos aquí parados... En quince minutos podemos estar ahí... Una furgoneta blanca con un letrero que dice: «Reparaciones Pamuk»... Vale, pero estate atento, que no queremos problemas.

Colgó y se dirigió en turco a su compañero, que puso el coche en marcha. Luego golpeó la pared de metal que separaba la caja del vehículo y habló a gritos a las dos mujeres.

—Dentro de poco cruzaremos la frontera. Tumbaos en el suelo y cubríos con esas mantas, que no se os vea nada. A lo mejor abren la puerta para mirar. No debéis moveros, ¿entendido?

—¡Entendido! —respondió Malika y le tradujo a Alia lo que el hombre había dicho. Ambas se tendieron en la colchoneta en posición fetal, una frente a la otra. Malika tiró de las mantas y las cubrió a las dos. Pasó un brazo sobre la chica y le dijo—: Tranquila, Alá es omnipotente.

Alia se estremeció.

Veinte minutos más tarde, la furgoneta se detuvo. Se oyeron voces en turco. Alguien intentó abrir la puerta trasera, pero estaba cerrada. Las voces se acercaron. Un llavín fue introducido en la cerradura y la puerta chirrió al abrirse. A través de las mantas vieron el haz de luz de una linterna pasar rápido sobre ellas. La puerta volvió a cerrarse con un golpe. Un hombre gritó algo, y el vehículo arrancó y echó a rodar, pero

se detuvo de nuevo un poco más adelante.

—La paz sea contigo —oyeron decir al copiloto—. Traemos un encargo para el emir. Lo está esperando.

Otro hombre respondió en árabe algo que no llegó a entenderse. Unos minutos después, la furgoneta arrancó, recorrió un centenar de metros por un camino accidentado y se detuvo. Notaron que los dos hombres se habían bajado porque la parte delantera del vehículo se elevó unos centímetros. Enseguida se abrió el portón trasero y una voz masculina les ordenó:

—¡Bajad, rápido! —Se quitaron las mantas de encima y la luz de una linterna las cegó—. ¡Rápido, rápido! —urgió la misma voz. —La luz se reflejó brevemente en las armas, destelló en los ojos impasibles de varios hombres y luego iluminó el suelo embarrado. Olía a humedad y a estiércol—. ¡Rápido, rápido!

Cruzaron un charco y entraron en una casa encalada. Desde detrás de una mesa, un hombre con turbante y barba rizada las miró con severidad. La temblorosa luz de un candil iluminaba la bandera negra con letras blancas que colgaba a su espalda y el Corán que descansaba sobre el tablero, junto a su Kaláshnikov. Los otros hombres cerraron la puerta de la calle.

El hombre abrió un cajón y extrajo dos pasaportes color rojo sangre. Abrió el primero y lo examinó con calma.

—¿Quién es Alia? —preguntó con voz ronca.

Malika tuvo que darle un codazo a la muchacha para que reaccionara.

—Yo —dijo con voz casi inaudible.

—¿A qué vienes a Siria?

Malika tradujo la pregunta al español.

—A casarme con mi prometido —respondió Alia con la vista baja—. Se llama Yusef y es muyahidín.

Malika tradujo lo que acababa de decir.

—Esto está lleno de muyahidines que se llaman Yusef —dijo el hombre con ironía—. Alguno habrá para ti.

Los dos milicianos que estaban detrás de ellas se rieron. El hombre los miró con severidad y abrió el otro pasaporte.

—Malika... ¿eres tú?

—Sí.

—¿A qué has venido?

—Soy enfermera. —Su voz temblaba ligeramente—. Vengo a ayudar.

—¿Estás casada?

—No.

—Aquí no te faltará un marido. «Casad a aquellos de vosotros que no estén casados» —recitó—. ¡Necesitamos niños, muchos niños! —Hizo un gesto y uno de los milicianos se aproximó a la mesa. Él alargó la mano y le entregó los pasaportes—. Llevadlas a Raqa —ordenó.

38

Arzán mantuvo los ojos fuertemente cerrados y el cuerpo rígido mientras se desnudaba. La luz de la vela iluminaba su piel blanca salpicada de moratones y heridas. En la parte interior de los muslos tenía una costra rugosa del diámetro de una naranja.

—¿Qué es eso? —le preguntó el Saharaui.

La esclava respondió con la voz entrecortada.

—Me echaron... agua hirviendo... para que abriera las piernas.

Él la tumbó suavemente sobre la cama.

—Yo no voy a hacerte daño —le susurró mientras se colocaba sobre ella.

La muchacha lloraba sin hacer ruido cuando, un cuarto de hora más tarde, el Saharaui salió de la habitación.

Sentado a oscuras en el salón, se pellizcó la barba pensativamente. La luna, blanca y redonda, iluminaba las azoteas de los edificios de enfrente. A lo lejos se oyeron varios tiros.

Media hora después, se levantó y volvió a su habitación. El leve chirrido que emitió la puerta al abrirse alertó a la yazidí, que se incorporó con un grito.

—Tranquila —le susurró.

La muchacha se subió la sábana hasta la barbilla. Él rodeó la cama y se sentó a su lado. Sin tocarla, podía sentir la rigidez de su cuerpo.

—Los guardaespaldas del Jordano se quitarían las capuchas en la casa —dijo el Saharaui—. Tuviste que verles las caras.

—Sí.

—¿Recuerdas a uno muy alto, que caminaba algo encorvado? —Ella guardó silencio—. ¿Lo recuerdas? —insistió él.

—Abu Hasán —musitó la muchacha.

—¿Es el jefe?

—Sí.

—¿Qué recuerdas de la casa?

—Tenía unos muros muy altos —dijo.

—¿Qué más?

—Los muros tenían cristales arriba.

Hablaba muy despacio.

—¿Y qué más? —insistió el Saharaui.

—Y una puerta azul de hierro.

—¿Qué había fuera de los muros?

—No se veía nada. —La muchacha empezó a temblar—. Eran muy altos.

El Saharaui adelantó una mano para tocarle un hombro, pero ella se retiró con un respingo.

—Tranquila —intentó calmarla—. Necesito que me ayudes.

—¿Por qué?

Él dudó un momento.

—Porque soy tu dueño. ¿Te parece suficiente? —La miró con dureza—. ¿Dónde dormía el Jordano?

La chica estuvo un rato en silencio. Luego dijo:

—Cuando venía, hacía vida en el sótano.

—¿En el sótano? ¿Estás segura?

—Nosotros estábamos en la casa de arriba y él en la de abajo. Cuando quería algo, tiraba de un cordel y arriba sonaba una campanilla. Uno de los guardaespaldas bajaba para tomar el recado.

—¿Viste la casa de abajo? —Arzán no respondió. Comenzó a respirar de forma entrecortada—. ¿Era grande? ¿Vivía allí con más gente? —la apremió el Saharaui.

—Había que bajar dos pisos... Había un salón... con cojines y varios ordenadores... en una mesa... —Se cubrió la cara con las manos—. Y el dormitorio... con una alfombra verde... y un colchón en el suelo...

—Piensa. ¿Hay algo más que recuerdes?

Arzán dejó caer las manos, pero no lo miró.

—Había una mezquita... Cuando el almuédano iba a llamar a la oración, siempre se oía un pitido.

El Saharaui entornó los ojos.

—¿Qué clase de pitido?

—Ese que se oye a veces cuando la gente habla por un altavoz.

En la calle, no muy lejos, sonó una ráfaga de ametralladora. El Saharaui permaneció un rato en silencio tironeándose suavemente la barba. Luego dijo:

—Vete a dormir con Muna.

La muchacha se levantó rápidamente, cubriéndose los pechos pálidos con una mano y el pubis con la otra. Recogió su vestido del suelo y pasó junto a él evitando rozarlo.

II

JULIO

1

El fuerte viento aullaba al rozar los cables del precario tendido eléctrico de Nuadibú, levantaba la arena del suelo y la lanzaba contra las paredes de la casa. El cristal del único ventanuco de la estancia vibraba a ratos contra su marco.

Ahmed uld Abderrahamán, alias *el Cojo*, estaba sentado sobre su pierna derecha en el duro canapé, salpicado de cojines aún más duros, que bordeaba tres de las cuatro paredes de la habitación. Su pierna izquierda colgaba inerte. En la alfombra, un negro silencioso preparaba el té. A pesar de que aún no debía de haber cumplido los treinta y cinco años, el Cojo tenía cara de viejo.

—Empiece el día que empieza, el *irifi* acaba siempre en miércoles —afirmó—, así que hasta pasado mañana no hay nada que hacer.

Como para darle la razón, una ráfaga estrelló un puñado de arena contra el cristal.

En la puerta de la sala apareció un hombre envuelto en una túnica azul y con el rostro cubierto por un turbante. Se descalzó, entró y saludó uno por uno a los presentes, luego se aflojó el turbante y fue a sentarse en una esquina del canapé. El negro puso un vaso más en la bandeja.

—¿Cuánto hace que se fue tu hermana? —preguntó el Cojo.

—Tres semanas —respondió Rachid. Mustafá, que estaba a su lado, asintió gravemente con la cabeza. Sus ojos parecían más pequeños que nunca.

—¿Y cómo sabes que está en Siria?

—Es lo que dice la policía.

Mustafá volvió a asentir. Rachid carraspeó.

—Sólo quiero verla y hablar con ella. Si después de hablar conmigo quiere quedarse...

Dio una palmada y se encogió de hombros. La ventana volvió a vibrar.

—¿Por qué no la dejas en paz? —dijo bruscamente el recién llegado.

Rachid lo miró con sorpresa.

—Es mi hermana —replicó.

—Es una mujer del Estado Islámico —puntualizó el otro.

El Cojo intervino:

—Sidati —señaló al que había hablado— acaba de volver de Siria. Él sabe lo que puede hacerse y lo que no.

La nuez de Rachid subió y bajó por su cuello.

—¿Puedes conseguir que vea a mi hermana?

El hombre tomó un vaso de té de la bandeja y sorbió de él ruidosamente. Luego

dijo:

—Podrás ir a Siria si te ganas la confianza de los creyentes que hacen la yijad allí. Entonces es posible que la veas, *inshalá*.

—¿Qué tengo que hacer para ganarme esa confianza?

—Lo sabrás en su momento.

Durante un rato sólo se oyó el aullido del viento en el exterior.

—¿Eres uno de ellos? —preguntó Rachid.

Mustafá le dio un discreto codazo a su amigo. El hombre lo miró por encima del vaso y volvió a sorber ruidosamente.

—Ella llamará —dijo—. Todas llaman.

El Cojo se levantó y salió renqueando de la habitación. Los tres hombres se quedaron en silencio mientras el negro seguía enfrascado con el té. Un niño de unos tres años vestido con un pijama de Bob Esponja se asomó a la puerta, apuntó a Rachid con el dedo e hizo el gesto de dispararle; luego desapareció.

El Cojo volvió a la habitación, tomó un mando a distancia plastificado y encendió el televisor, pero le resultó imposible sintonizar una cadena. Volvió a apagarlo y arrojó el mando a un lado.

—¿Cuánto polvo queréis? —preguntó con desgana.

Mustafá se inclinó hacia delante y sus ojillos brillaron, zalameros, detrás de las gafas.

—Habíamos pensado en tres kilos.

El Cojo hizo un gesto de disgusto. Del bolsillo de su túnica sacó un palito y comenzó a hurgarse los dientes con él.

—Cuarenta y cinco mil euros —dijo, y escupió una astilla.

Mustafá se ruborizó:

—Pensábamos que serían treinta y cinco mil. La última vez que estuve aquí...

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que estuviste aquí —lo interrumpió el Cojo—. Ése es el precio ahora.

Mustafá miró alrededor, confuso.

—¿Habría...? Quiero decir, tenemos treinta y cinco mil... ¿hay alguna forma de que lleguemos a un acuerdo? Sabes que somos gente seria y...

—Yo soy gente seria. —El Cojo subrayó la palabra «yo».

El hombre del turbante intervino desde su esquina del sofá:

—Si vosotros me ayudáis a vender una cosa, yo os fío el dinero que os falta.

—¿Qué cosa? —preguntó Rachid con desconfianza.

El hombre sacó un móvil del bolsillo de su túnica y lo manipuló con sus fuertes dedos. Cuando halló lo que buscaba, les hizo señas para que se acercaran. Ambos le obedecieron.

—Mirad qué preciosidad —dijo mostrándoles la pantalla.

En el teléfono aparecía una piedra cuadrada y plana, de bordes redondeados, en la que alguien había hecho unos dibujos muy elementales.

—Muy bonita —dijo Mustafá con cortesía—. ¿La has grabado tú?

El individuo soltó una risotada.

—¿Yo? —Alzó el móvil—. ¡Estos dibujos fueron hechos hace cinco mil años!

Rachid y Mustafá parecieron desconcertados.

—Lo que quiero es que la pongáis a la venta en las redes sociales que yo os diga.

—Podemos hacerlo, claro que podemos hacerlo —dijo Rachid. Y volviéndose hacia Mustafá, añadió—: Hussein sabe de esto, compró en eBay las gafas de realidad virtual.

El hombre se dirigió a él:

—Dame tu número de teléfono para enviarte la foto.

El joven obedeció y un momento después oyó el aviso de que había recibido un mensaje.

—Te envío también lo que debes poner al lado y la cantidad que debes pedir.

El móvil de Rachid emitió un nuevo aviso. Lo desbloqueó y consultó su WhatsApp.

—«Sello de piedra con inscripciones cuneiformes» —leyó—. «Mesopotamia, tres mil antes de Cristo. Precio: veinte mil dólares.» —Alzó la cabeza—. ¿Quieres pedir veinte mil dólares?

El hombre se guardó el teléfono.

—¿Te parece mal? —preguntó con ironía—. No es mucho ni poco, porque en realidad no tiene precio. A los que os llamen para preguntar por ella debéis decirles que el dueño es un turco conocido vuestro, que os dejen sus teléfonos y él se pondrá en contacto con ellos. Entonces —añadió señalando al Cojo— avisáis a Ahmed.

Rachid miraba fijamente la pantalla de su móvil.

—¿Esto servirá para ganarme la confianza del Estado Islámico?

El otro dio un sorbo al té:

—No te digo ni que sí ni que no.

2

El Saharaui sopesó el sello en la palma de su mano: era gris y un poco más pequeño que una pastilla de jabón.

—Es ligero —comentó.

El hombre que estaba sentado frente a él no apartaba los ojos de la pieza.

—Los dibujos se grababan en la arcilla —le informó— y luego se secaban al sol o en un horno.

El Saharaui depositó la pieza en un trozo de fieltro rojo que el otro había extendido sobre la mesa. Cogió un toro alado, se lo acercó a la cara y guiñó los ojos para examinarlo.

El individuo le tendió una lupa.

—Con esto podrás observarlo mejor.

A través de la lente eran visibles los pequeños detalles de las estrías de las alas, el delicado trabajo de los ojos, la precisión de las pezuñas.

—¿En cuánto podemos tasarlo? —preguntó el Saharaui.

El hombre se encogió de hombros.

—Su valor es incalculable.

—Tú eres arqueólogo. Si por el sello hemos pedido veinte mil dólares, ¿cuánto podemos pedir por esto?

El hombre alzó los brazos con desesperación:

—Cien mil, doscientos mil, un millón... lo que quieras. El problema es encontrar a alguien que pague lo que pidas.

La puerta se abrió y Abu Lamín *el Mauritano*, entró en el despacho. El Saharaui y su interlocutor se levantaron en señal de respeto.

El recién llegado recorrió con la vista los objetos alineados sobre la tela roja: había lamparillas de terracota, estatuillas, monedas...

—Parece la mercancía de un artesano del zoco —comentó.

El arqueólogo rió de forma destemplada.

—Llévatelo todo —le ordenó el Saharaui.

El hombre comenzó a envolver apresuradamente los objetos, uno por uno, en trapos de distintos colores y a guardarlos en una caja de cartón.

El Mauritano rodeó la mesa e inspeccionó la silla del Saharaui. Era una butaca de tela azul marino con brazos de plástico y ruedas.

—La silla de mi despacho me está destrozando la espalda. ¿Qué tal te va ésta?

—Bien. Por favor, llévatela.

El Mauritano negó con la cabeza.

—He encargado que me hagan una nueva. —Hizo un gesto de dolor al acomodarse en el sofá—. Creo que el problema de la que tengo es que es demasiado blanda.

El Saharaui se sentó frente a él y comenzó a disponer en el suelo los utensilios para preparar el té, pero su jefe lo detuvo.

—No, gracias. Últimamente estoy abusando del té. En realidad, he venido a verte para perder un rato de vista mi dichoso sillón.

El arqueólogo cargó la caja de cartón y se despidió con una inclinación de cabeza. Cuando hubo salido del despacho, el Mauritano hizo un gesto en su dirección.

—¿Qué tal con éste?

—Es arqueólogo: desprenderse de un objeto le duele más que si le arrancaran una muela.

—Si no te gusta, lo enviamos al frente y traemos a otro.

—No es necesario.

—¿Cómo van las ventas?

—He echado anzuelos en eBay y en foros especializados de Internet; incluso he puesto en marcha, a través del Cojo, a los chicos de Ceuta que me recomendaste. También he hecho correr la voz en Turquía, Líbano y Jordania, pero hasta ahora no ha habido resultados.

—Es demasiado pronto.

—Sí.

—Y dime... —El Mauritano se inclinó hacia delante en actitud conspirativa—. ¿Qué tal te va con la nueva esclava?

El Saharaui forzó una sonrisa.

—Muy bien. Sabes que cuando lo deseas...

Su jefe negó con la mano, como si quisiera borrar sus palabras, y volvió a recostarse en el sofá.

—¿Te acuerdas del aquel gigante que nos la vendió, el que...?

—Perfectamente.

—Ha muerto.

—De Alá somos y a Él hemos de volver —murmuró el Saharaui.

—En el norte, luchando contra los kurdos. Recuerda que Abu Lamín te lo profetizó.

—Es cierto.

—Ahora somos hombres de negocios, y en aquel negocio la guerra era un factor de riesgo que jugaba a nuestro favor. —El Mauritano se levantó—. Vuelvo a mi potro de tortura. —Echó una ojeada a su reloj—. Aún falta una hora para que llamen a la oración del ocaso.

El Saharaui se adelantó para abrirle la puerta.

—Cuídate. —Su jefe se despidió con una sonrisa afectuosa—. No dejes que esa esclava acabe contigo. Te necesitamos.

El Saharaui cerró la puerta, se acercó a la ventana y durante varios minutos contempló la calle atiborrada de coches y ciclomotores. Tras los edificios, el sol era ya sólo un resplandor rojizo.

Se puso la pistolera, cogió el Kaláshnikov y salió del despacho. En la calle, subió al coche y condujo hacia el sector oeste de la ciudad observando con atención todos los

minarettes. Se detuvo junto a un anciano que estaba sentado a la puerta de su tenducho.

—Hermano, ¿sabes si hay por aquí una mezquita que tiene el altavoz estropeado?

—El anciano lo miró con extrañeza—. ¿Suena un pitido cuando el almuédano va a empezar a hablar?

—No, que yo sepa.

Le dio las gracias y arrancó. Un centenar de metros más adelante se detuvo junto a un hombre que empujaba una carretilla y repitió la pregunta.

3

Malika observó a Alia con disimulo. Ambas se hallaban sentadas con otras cuarenta mujeres en el suelo alfombrado de un patio interior cubierto. Aunque iban vestidas de negro, todas llevaban los rostros desnudos y permanecían atentas a un televisor. En la pantalla aparecían tres hombres arrodillados que vestían camisas y pantalones de color naranja y tenían las manos atadas a la espalda. Tras ellos estaban de pie tres enmascarados, cada uno con un cuchillo en la diestra. Como si obedecieran a una orden, los tres avanzaron un paso y clavaron una rodilla en la espalda de cada prisionero. Al mismo tiempo que con su peso los obligaban a inclinarse hacia delante, les sujetaron las barbillas con la mano izquierda y, con el cuchillo que llevaban en la otra, comenzaron a cortarles el cuello con un movimiento de sierra. Alia fue de las primeras en romper a aplaudir con entusiasmo, otras se colocaron una mano entre la nariz y la boca y lanzaron yuyús de alegría. Malika se sumó a las que gritaban:

—*Aláú akbar! Aláú akbar!*

Una mujer de ojos azules situada en primera fila se levantó de la alfombra, apagó el televisor y dio unas palmadas. La algarabía bajó de volumen, pero no se extinguió por completo.

—Ya habéis visto cómo se hace —dijo en árabe con acento inglés. Las reunidas volvieron a aplaudir y a ulular con entusiasmo. La mujer siguió hablando, pero el alboroto ahogó la mayor parte de sus palabras—: ... pueden viajar a Raqa para ver a sus familias sin tener que... sus cuerpos, que son protegidos de los ojos... las ropas reveladoras y han sido prohibidas las fotos escandalosas en los muros... purificados con permiso de Alá. —Otra salva de aplausos, mezclada con los estridentes yuyús, atronó en la sala. La mujer movió las manos con las palmas hacia abajo para moderar el griterío. Cuando lo hubo logrado, añadió con autoridad—: Ahora, Fatima os dirá los turnos de mañana.

Escrutó la multitud, como si intentara localizar a alguien. Se inclinó hacia una muchacha que estaba a su lado y le susurró algo al oído. La chica se abrió paso rápidamente hasta donde se encontraba Alia.

—La directora te llama —le dijo.

Alia asintió y se apresuró a reunirse con la mujer, que esperaba con el ceño fruncido.

—Acompáñame a mi despacho —le ordenó. Luego hizo señas a alguien más—. ¡Malika —llamó—, ven a traducir!

Las dos fueron tras ella. La directora atravesó un pasillo haciendo chirriar sus zapatillas deportivas negras en el suelo embaldosado y entró en una habitación. La luz

de una ventana situada a dos metros del suelo iluminaba la bandera negra que cubría la pared del fondo. Se acomodó tras la mesa y con un gesto las invitó a hacer lo mismo en sendas sillas situadas enfrente. Alia se sentó en el borde de la suya; Malika se instaló en actitud humilde, aunque mantuvo la mirada alerta.

La mujer rebuscó en los cajones en silencio y finalmente sacó un folio. Malika vio a contraluz que apenas tenía quince líneas escritas.

—Al fin hemos dado con Yusef —dijo la directora.

Una sonrisa iluminó el rostro de la muchacha al oír el nombre de su prometido. Se incorporó, alborozada. Malika comenzó a traducir del árabe clásico al español.

—Murió como un mártir hace diez días en un bombardeo americano —añadió la mujer sin alterar su expresión severa. Malika se calló y la miró sorprendida. La otra alzó las cejas—. ¿Por qué te callas? —le preguntó secamente—. Venga, traduce. —Malika posó una mano en el brazo de la muchacha y tradujo en voz muy baja. El labio inferior de Alia comenzó a temblar y enseguida todo su rostro se desmoronó. Se dejó caer en la silla, se tapó la cara con las manos y un largo sollozo brotó de su garganta—. Deberías estar alegre —la reprendió la directora—. Tu prometido ha accedido al Paraíso por la primera de sus ocho puertas de oro con incrustaciones de perlas.

Malika repitió lo que había dicho, pero la muchacha no pareció oírla. El llanto convulsionaba su espalda encorvada. Le pasó un brazo por el hombro y la estrechó contra ella.

—Tranquila, tranquila —repitió en español—. «El breve deleite de la vida de aquí es mezquino. La otra vida es mejor para quien teme a Alá» —recitó.

La directora hizo un gesto de disgusto y comenzó a revisar unos documentos. De vez en cuando miraba su reloj y seguía trabajando. Al cabo de diez minutos, dijo:

—Cuando termines de llorar, avísame.

Malika repitió sus palabras y Alia se secó la cara con un extremo de su hiyab.

—Ya he terminado —dijo entre hipidos.

—Bien. —La mujer soltó el bolígrafo que tenía en la mano—. Ahora vamos a hablar de tu futuro. —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante—. No tiene sentido que sigas pelando patatas en esta casa de invitados. Ahora que sabemos que tu prometido está en el Paraíso, debemos buscarte otro marido. Hay muchos muyahidines que merecen una esposa, y el Estado Islámico necesita niños...

Alia no había movido la mirada de un punto fijo de la mesa.

—Me refugio en Alá —dijo con resignación—. Deposito mi fe en Alá y en sus Mensajeros.

La directora aprobó con la cabeza.

—Mañana mismo comenzaré a buscarte marido. Con tu edad puedes conseguir un buen partido. Ahora vete.

Malika sujetó a Alia por un brazo y la ayudó a incorporarse, pero la mujer la detuvo.

—Tú quédate.

Alia salió de la habitación como una sonámbula. La directora aún esperó unos segundos antes de hablar:

—El emir me ha ordenado que te autorice a trabajar en el hospital tres días a la semana. Atenderás sólo a mujeres y a niñas.

Malika continuó con la cabeza baja. No manifestó reacción alguna.

—Gracias.

—También quiere que te instruyas con la brigada Jansa. Todas debemos arrimar el hombro para preservar la moralidad de las mujeres. El resto de los días harás los turnos de la casa, como las demás.

—Por supuesto.

—Mañana podrás llamar a tu familia. Una de las compañeras te acompañará al locutorio.

Malika asintió. La directora se echó hacia atrás en su butaca. Sus ojos parecían dos trozos de hielo.

—No sé quiénes son tus valedores —añadió en voz baja—, pero estos privilegios no te van a durar mucho tiempo.

Malika llevaba el ceño fruncido cuando salió del despacho. Al final del pasillo divisó a Alia: estaba sentada en un escalón y tenía la cara enterrada entre las manos. Fue hacia ella.

4

Los faros del BMW rojo horadaban la noche e iluminaban la parte trasera del camión. Era un vehículo grande: doce metros de longitud y cuatrocientos noventa caballos de potencia. En ese momento encendió el intermitente derecho.

—¡Bien! —Rachid apartó una mano del volante y chocó su palma contra la de Mustafá.

—¡Qué cabrón! —Mustafá se quitó las gafas para limpiarlas; sin ellas, sus ojos parecían desmesurados—. Quiere llenar el depósito con combustible barato antes de entrar en España.

Estaban llegando a la ciudad marroquí de Castillejos, a solo nueve kilómetros de Ceuta. En la oscuridad apareció el cartel luminoso de la gasolinera: AFRIQUIA. El camión aminoró la marcha y tomó la salida de la carretera. Redujo un poco más, resopló y se aproximó a los surtidores.

—Ahora, tío, invéntate lo que quieras —dijo Rachid—, pero necesito diez minutos a solas con ese cacharro.

—Esta gasolinera tiene más luces que un estadio de fútbol —rezongó Mustafá. Se había vuelto a poner las gafas y sus ojos habían recobrado el tamaño habitual.

El camión se detuvo con un gemido. Rachid se paró detrás de él, junto a otro surtidor.

—Pásame la mochila —urgió—, *yahla, yahla!*

Su amigo echó un brazo hacia atrás y cogió una mochila negra.

—La luz... —comenzó a decir.

Del camión bajó un hombre panzudo de unos cuarenta años vestido con una camiseta de tirantes, un bañador de flores y unas chancletas; el poco pelo que le quedaba era rubio. Apoyó las manos en los riñones y echó el tronco hacia atrás con gesto de dolor. Rodeó su vehículo y empuñó una manguera.

Rachid comprobó apresuradamente el interior de la mochila. Los tres kilos de cocaína estaban metidos en sendas bolsas estancas que habían sido introducidas en otros tantos botes de pegamento industrial. El olor era muy fuerte. También había cuatro ventosas de escalada. Sacó dos y volvió a cerrar la mochila.

Movió el cuello hasta hacerlo crujir, resopló y tragó saliva.

—Ahora es cuando el héroe se la juega —dijo para sí.

Mustafá bajó del coche y se dirigió a la tienda del establecimiento. Rachid esperó en el BMW, mientras el camionero llenaba el depósito. El hombre tenía la parte posterior de la camiseta empapada de sudor.

—Venga, tío, vete a la tienda y lávate bien, que estás hecho un guarro —murmuró—. Y haz pis y caca, y límpiarte bien el culo; tómate tu tiempo...

El rubio panzudo colgó la manguera y cerró el depósito. En cuanto echó a andar hacia la tienda, Rachid salió del coche. Se echó la mochila a la espalda y se situó del lado del camión que no era visible desde el establecimiento. Apoyó un pie encima de una rueda, se estiró y fijó la primera ventosa en la pared de la caja con la mano derecha. Se impulsó y fijó la segunda con la mano izquierda un poco más arriba. Liberó la primera y la colocó a la misma altura, se alzó a pulso y alcanzó el techo del camión.

Ahora corría el riesgo de que lo vieran desde los coches que pasaban por la carretera o desde la tienda. Se tumbó bocabajo, despegó las dos ventosas y las adhirió al techo. Extrajo las otras dos de la mochila y las fijó a un metro de distancia de las anteriores. Cada una ocupaba una esquina de un rectángulo imaginario.

Tenía el rostro cubierto de sudor. Enganchó las cinchas de la mochila en las asas de las ventosas y las ajustó hasta que quedaron completamente tensas. Rodó sobre sí mismo, se colgó del borde de la caja y se dejó caer al suelo.

Caminó hasta el coche procurando no apresurarse. Abrió la puerta y se sentó al volante. Sólo entonces se atrevió a mirar hacia la tienda: Mustafá estaba pagando en la caja, pero no veía al camionero. De pronto, apareció por delante del camión, abrió la puerta y se encaramó en la cabina. El vehículo vibró y sus luces se encendieron. Rachid volvió la cabeza hacia la tienda: Mustafá se acercaba apretando el paso; en las manos llevaba una botella de Aquarius y un paquete de Marlboro.

—¡Te dije diez minutos! ¡Casi me pilla!

—Creí que tardaría más en los lavabos. Lo he retrasado en la caja tanto como he podido. Sólo me ha faltado ponerle una zancadilla.

El BMW arrancó y comenzó a seguir al camión, que salió de la gasolinera y se incorporó a la carretera. Mustafá encendió un cigarrillo, sacó el móvil y marcó un número.

—Ya estamos llegando. Es el que te dije... Blanco, sí... Hay que pararlo antes de que llegue al puerto... No, yo creo que este tío duerme en la cabina... *Uaja*. —Apagó el teléfono y se volvió hacia Rachid—: Me dejas a la entrada de la aduana y te olvidas. El Camaleón y yo nos ocupamos de retirar la mochila cuando entre en Ceuta.

Los pilotos rojos de freno del camión se encendieron. Un poco más adelante brillaban las luces del control marroquí.

—Déjame aquí —dijo Mustafá.

Antes de que el BMW se detuviera, ya había abierto la puerta; se bajó y echó a correr hacia el paso de peatones. Rachid metió la primera y avanzó hasta colocarse detrás del camión. Había pocos vehículos esperando para pasar de Marruecos a Ceuta, pero en sentido contrario aguardaban pacientemente decenas de coches de emigrantes que volvían a su país para pasar el verano.

Observó cómo el conductor saltaba del camión y se acercaba al control de la policía con varios documentos en la mano. Volvió al cabo de diez minutos, arrancó y se dirigió hacia la aduana. Allí tardó menos: a los cinco minutos estaba de nuevo al volante y se ponía en marcha hacia el control español.

Rachid se bajó de su coche y fue hacia la cabina de la policía. Mientras repetía las mismas gestiones que acababa de hacer el camionero, miraba con disimulo hacia la frontera de Ceuta. Distinguía a los guardias civiles acercándose al camión blanco. A

esa distancia era posible ver parte del bulto negro que llevaba adherido al techo: parecía una mosca posada en un pastel de nata. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Los agentes marroquíes apenas echaron un desganado vistazo a sus documentos antes de franquearle el paso. Una ligera brisa marina le refrescó el rostro mientras cruzaba en coche los cien metros de tierra de nadie. Cuando llegó al lado español, el camión todavía estaba allí. Un guardia civil animaba al pastor alemán que llevaba sujeto de una larga correa a que lo olisquease, pero el animal no se mostraba muy interesado en el vehículo. De repente se detuvo, como si hubiese olvidado algo. Alzó el hocico y miró hacia Rachid. Al agente no le pasó inadvertido el movimiento; dio un ligero tirón de la correa en dirección al BMW.

—Vamos, *Kun* —dijo. El perro se aproximó y comenzó a husmear el lateral del coche—. Abre la puerta —ordenó el agente. Rachid obedeció. El pastor alemán le olisqueó los vaqueros, metió la cabeza entre sus pies y se dirigió a la puerta trasera—. Quita el seguro. —En cuanto oyó el chasquido, el guardia la abrió y el perro entró de un salto. Enseguida comenzó a rastrear en las alfombrillas. Se subió al asiento y lo olfateó a conciencia—. ¿Qué llevas? —preguntó el agente.

Rachid abrió los brazos con perplejidad:

—¡Nada!

Delante de ellos, el camión arrancó. Rachid tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo mientras se alejaba por la carretera que, bordeando el mar, llevaba hasta la ciudad.

—Bájate —dijo el guardia. El joven descendió del BMW y se quedó quieto mientras el perro lo olisqueaba, pero pronto el animal perdió interés en él—. Abre el maletero. — Fue a la parte trasera y abrió el portón. El agente animó al perro a que lo inspeccionara. Como si lo hiciera sólo por contentar a su amo, el pastor alemán se introdujo en el habitáculo y arrugó la trufa en los rincones. Enseguida volvió a salir. El guardia civil parecía contrariado—. Adelante —le dijo a Rachid.

5

—Es un ruido muy desagradable. Mucha gente se lo ha dicho al almuédano, pero no hace caso. El hombre es mayor y está medio sordo. Es muy terco. —El muchacho se encogió de hombros—. Asegura que los altavoces pitan porque es voluntad de Alá.

El Saharaui alzó la vista hacia el minarete. El sol del mediodía hacía resplandecer la torre encalada de planta cuadrada. La terraza estaba a la altura de un cuarto piso.

—Intentaré hablar con él —dijo.

—Ojalá consigas convencerlo. —El chico se impulsó con la pierna izquierda y se alejó pedaleando en su vieja bicicleta.

La puerta de la mezquita estaba pintada de color azul celeste. Tenía un timbre y una aldaba: el Saharaui llamó a los dos. Transcurrió bastante tiempo antes de que del otro lado se oyera el ruido de un cerrojo y la puerta se entreabiera un par de dedos: por la rendija apareció un ojo velado por una catarata.

—La paz sea contigo —dijo el Saharaui—. Vengo a arreglar los altavoces.

El anciano intentó cerrar la puerta, pero el Saharaui se lo impidió apoyando un pie en la base. Empujó la hoja con la mano derecha y lo hizo retroceder.

—¡Si los altavoces pitan es porque Alá quiere que piten! —protestó el hombre. Era menudo y profundas arrugas horizontales y verticales surcaban su rostro. La barba blanca parecía flotar en torno a él como algodón de azúcar.

El Saharaui entró y cerró la puerta a su espalda:

—Es verdad —asintió—: Pitan porque Alá lo quiere, pero también ha sido Alá quien me ha hecho oírlos y llamar a tu puerta para arreglarlos.

El anciano lo observó con atención. Primero la cara, con el bigote rasurado y la barba negra y rizada; luego sus armas: el Kaláshnikov que llevaba en la mano y la pistola que portaba en la sobaquera.

—Eres un muyahidín —comentó casi para sí—. No quiero negarle nada a quien pone su vida a disposición del Islam, aunque haya entrado en mi casa a empujones.

—No te he empujado —dijo riendo el Saharaui—, sólo he evitado que me cerraras la puerta en la cara.

El hombre pareció no oírlo.

—Sígueme —dijo. Dio media vuelta y cruzó un pequeño patio. En el lado derecho había una puerta y, tras ella, una escalera de cemento. El viejo subió delante, apoyando las manos en las rodillas para impulsarse en cada escalón. Aspilleras situadas en los rellanos permitían la entrada de haces de luz. Se volvió y señaló una palmatoria que había en el suelo—: Cuidado, no la pises —avisó—. Hay una en cada

descansillo. Las dejo aquí para alumbrarme cuando tengo que subir por la noche. —La puerta de la azotea raspó el suelo cuando la empujó con fuerza. Un sol blanco y violento entró en la escalera y obligó al Saharaui a entornar los ojos. Antes de salir, apoyó el Kaláshnikov contra una pared y puso a su lado la pistola y la sobaquera—. ¿Por qué las dejas ahí? —preguntó el hombre.

—No quiero que nadie se asuste si me ve asomado con un arma en la mano.

—Si yo tuviera un arma como ésa —el viejo señaló el fusil de asalto—, nadie me separaría de ella.

El Saharaui se asomó al muro que rodeaba la terraza. A sus pies quedaban las azoteas de las casas del barrio: ropa tendida, bidones de agua, trastos viejos, cables de electricidad... Había algunos edificios de pisos, pero se hallaban a más de cien metros.

—Tienes una buena vista desde aquí —comentó. Su voz sonaba alegre y despreocupada, pero sus ojos negros recorrían con atención las casas de alrededor.

—¡Ra-ta-ta-ta-tá!

Se volvió, sobresaltado. El viejo había cogido el Kaláshnikov y apuntaba al cielo; sonreía como un niño con un juguete nuevo. El Saharaui se lo arrebató con tanta fuerza que el hombre cayó al suelo. Antes de ayudarlo a levantarse, comprobó que el seguro estaba puesto y que la pistola y la cartuchera seguían en su sitio.

—No vuelvas a tocar las armas —dijo sujetándolo por las axilas y poniéndolo bruscamente en pie—: no son para jugar.

El hombre temblaba, indignado.

—¡Me has tirado al suelo!

—Lo siento, pero me has dado un susto de muerte. Imagina que se te escapa un tiro y matas a alguien.

—¡Estaba apuntando al cielo! —el viejo hablaba cada vez más alto—. ¡Sólo podía haber matado un pájaro!

—Escucha —el Saharaui se dirigió a él en tono conciliador—: cuando aprietas el gatillo, el arma no se queda quieta, se mueve. Hay que estar muy entrenado para poder controlarla; si no, comienza a escupir las balas en todas las direcciones, ¿comprendes?

El hombre no respondió. Se sacudía el polvo de la camisa; tenía un pequeño desgarrón en el codo.

—Siento mucho haber hecho que te cayeras. No era mi intención, sólo pretendía quitarte el fusil antes de que se te disparara.

El viejo parecía a punto de llorar; señaló la puerta.

—Será mejor que te vayas.

El Saharaui dudó un momento. Miró hacia atrás, a las vistas del barrio más allá de la baranda de la terraza, y luego hacia delante, a la boca oscura de la escalera.

—Te voy a hacer un regalo —dijo.

Se sentó en el suelo y extrajo el cargador curvo del fusil. Presionó con el pulgar e hizo saltar un proyectil. Mordió el casquillo y lo movió hacia los lados para desprenderlo de la bala. El viejo lo observaba atentamente.

—Con los dientes no puedo —dijo sacándose el proyectil de la boca y mirándolo con desaliento—. ¿Tienes unos alicates?

—¿Qué vas a hacer?

—Es una sorpresa. Te gustará. Déjame unos alicates.

—Aquí no tengo. Están abajo.

—Esperaré —dijo el Saharaui, y volvió a meterse el casquillo en la boca y a forcejear con los dientes.

En cuanto el anciano desapareció por las escaleras, le gritó:

—¡Trae también un trozo de alambre!

Se guardó el proyectil en el bolsillo y volvió a asomarse a la terraza. Recorrió con la vista los edificios de alrededor lentamente, en sentido contrario a las agujas del reloj. Vio varias puertas de metal azules; parecía el color preferido de los habitantes del barrio. Y muros, también había muchos muros.

Ya se oían las pisadas del anciano en las escaleras cuando un destello llamó su atención hacia el este. Guiñó los ojos: algo que podía ser un trozo de cristal brillaba en lo alto de un muro. Las casas que lo rodeaban le impedían ver si tenía un portón azul.

—Espero que el regalo merezca la pena —dijo el anciano a su espalda, casi sin resuello.

El Saharaui se volvió y tomó los alicates. Se sentó en el suelo y los aplicó al casquillo, moviendo la muñeca hacia ambos lados hasta que logró separarlo de la bala. Sacó un mechero del bolsillo y lo dejó junto a él.

—¿Has traído el alambre?

El viejo se acuclilló y se lo tendió.

Cortó un trozo de unos cinco centímetros, lo dobló por la mitad y lo dejó junto al mechero. Cogió la bala y la sujetó con los alicates, con la afilada punta hacia abajo. Con la otra mano encendió el mechero y aplicó la llama a la punta. El anciano seguía todos sus movimientos con atención.

Cuando el plomo del interior de la bala estuvo suficientemente caliente, apagó el mechero, tomó el trozo de alambre, lo curvó e introdujo las dos puntas en el plomo.

—Hay que esperar a que se enfríe —dijo.

—¿Y qué haces luego con la bala?

—¿Ves la argolla que queda fuera? Podrás pasar un cordel por ella y hacer un colgante. —El hombre alzó las cejas, abrió la boca y asintió con admiración. El Saharaui se levantó y colocó los alicates en el borde del muro, de forma que la bala quedara en el aire, abrazada por ellos—. ¿Echamos un vistazo a los altavoces?

El viejo se levantó trabajosamente y se dirigió al centro de la terraza. Bajo un tejadillo había cuatro altavoces oxidados; cada uno apuntaba hacia un lado de la torre cuadrada. En el centro se levantaba un pequeño armario de obra. Lo abrió y se apartó. Dentro había una batería de coche conectada a un viejo radiocasete del que salían otros cables que iban a parar a los amplificadores.

El Saharaui se quitó el gorro afgano y se rascó la cabeza.

—Mientras todo esté junto, no hay forma de arreglarlo —dijo.

—¡Te lo dije!

—El sonido se acopla.

—Es porque Alá lo quiere así.

El Saharaui se encogió de hombros:

—Vamos a ver si la bala ya se ha enfriado. —Cogió los alicates con la mano izquierda y tocó el proyectil con la punta de los dedos de la derecha—. Listo —dijo. Abrió los alicates y dejó caer la bala en la palma de la mano. La limpió con la camisa antes de entregársela al anciano.

—Gracias. —El hombre sonrió: tenía un diente solitario en la mandíbula inferior—. Creo que a mi nieto le gustará. Que Alá te recompense con lo bueno.

—Que Él te mantenga siempre alegre. —El Saharaui recogió el casquillo, arrojó la pólvora por encima del muro y se lo guardó en el bolsillo. Se colgó del hombro la sobaquera, agarró el Kaláshnikov y comenzó a bajar las escaleras. A su espalda iba el anciano. Se volvió—: No hace falta que me acompañes, sé cómo salir.

El hombre pareció dudar.

—Bueno, si no te importa, estoy un poco cansado. Estas escaleras van a acabar conmigo. Te diré adiós desde la terraza.

El Saharaui alzó una mano en señal de despedida.

—¡Que Alá nos proteja!

Bajó las escaleras, cruzó el patiecillo y salió a la calle. Su expresión era concentrada. No se acordó de mirar hacia el minarete para saludar al viejo. Echó a andar calle abajo. Por el camino se cruzó con dos mujeres de la brigada Jansa, con un afilador de cuchillos y con un joven sin piernas que avanzaba impulsándose con dos tacos de madera que llevaba en las manos, pero no se fijó en ninguno de ellos.

Cuando llegó a su coche, arrojó el Kaláshnikov en el asiento del copiloto y arrancó. Condujo con cuidado, volvió a subir la calle que acababa de bajar y se dirigió hacia el este. Tomó la primera travesía a la derecha y recorrió unos cincuenta metros, pero sólo había casas bajas con cancelas. Torció por la primera bocacalle y enfiló la paralela en sentido inverso. Hacia la mitad vio el muro coronado de cristales y la puerta de hierro azul.

6

Un gran cartel de color rosa con la silueta de un niqab explicaba cómo debían vestir las mujeres: «El tejido debe ser grueso, no transparente. Debe ser holgado, debe cubrir todo el cuerpo, no debe llamar la atención...» El sol inclemente de mediodía había hecho desaparecer las sombras. Malika introdujo un dedo enguantado bajo uno de los tres velos que cubrían su cabeza y lo desplazó hacia un lado para aliviar la presión de la tela sobre la frente.

—No hagas eso —la reprendió la mujer que la acompañaba. Hablaba en el dialecto marroquí con una voz áspera que recordaba el graznido de un cuervo.

—El sudor se me mete en los ojos y me impide ver.

—Es por la humedad del río. Pronto te acostumbrarás.

Era la hora de la compra y las calles estaban pobladas de siluetas negras como las suyas. Los pocos hombres que se veían vestían ropas de colores pardos. Unas y otros daban la sensación de caminar a la deriva, como si no supieran con exactitud adónde dirigirse. Los edificios dañados por las bombas aumentaban la sensación de irrealidad.

—¿En Casablanca también llevabas el niqab? —preguntó Malika.

—Sólo el chador, para que la policía no se fijara en mí, pero estaba deseando venir a Siria para ponerme el niqab. Bajo el niqab las mujeres somos libres.

—¡Desde luego! —exclamó Malika, y su voz sonó fervorosa.

Su compañera se paró ante una tienda pequeña y oscura y se inclinó para observar los productos de cosmética expuestos en una vitrina. Los rostros de mujer que aparecían en los envases habían sido completamente tachados con bolígrafo azul.

—¿Tiene tinte rubio? —le preguntó al dependiente.

—Lo siento, no queda.

Echaron a andar de nuevo.

—Cuando te cases —dijo la marroquí—, tíñete el pelo de rubio. A los hombres les encanta.

—¿Te has casado alguna vez?

—Nueve veces.

—¡Nueve! —exclamó Malika con tono de asombro—. ¿Y qué pasó con tus maridos?

—Seis cayeron mártires. Otros dos no lo sé, fueron matrimonios de un mes. Es mejor así: el matrimonio corto evita muchos problemas. No hay tiempo para cansarse. Pero el noveno aún vive, *alhamdu-lilá*.

—¿Eran todos muyahidines?

—Todos.

—¿Alguno era emir?

—Los emires sólo se casan con las más jóvenes y guapas. —La marroquí la miró de reojo—. A lo mejor tienes suerte y alguno se fija en ti. —Se detuvo ante una puerta sobre la que colgaba un cartel descolorido: TELEBOUTIQUE—. Aquí es.

En la recepción sólo estaba un adolescente vestido con gorro de encaje, camisa larga y pantalones pesqueros. Llevaba el pelo largo, recogido detrás de las orejas, y lucía poco más que una sombra de barba en la quijada. A su derecha había una puerta tapada con una cortina azul marino; junto a ella, un cartel rezaba: HOMBRES. A su izquierda, la cortina era de color teja y otro cartel decía: MUJERES.

La marroquí se identificó como miembro de la brigada Jansa y le entregó un papel en el que estaba apuntado un número de Ceuta. El chico asintió y les indicó la cortina de color teja.

—Cabina tres —dijo.

Dentro de la habitación había una mesa larga y estrecha pegada a la pared. Unas tablas de contrachapado de unos cuarenta centímetros de altura, que pretendían ofrecer una mínima intimidad, la dividían en cuatro segmentos. En cada uno había un ordenador y, ante él, una silla de plástico. Junto a la cortina había dos sillones; en uno de ellos se sentó la marroquí.

Sólo había otra mujer hablando por teléfono. A pesar de que se esforzaba en hacerlo en voz baja, era imposible no oír lo que decía:

—*You know where I am. You certainly do.*

Uno de los ordenadores comenzó a emitir un timbrado sordo. Malika se sentó ante él. Sólo entonces se dio cuenta de que alguien había pintado el número tres en su carcasa.

—¿Mamá?

Por el altavoz se oía un timbre lejano a intervalos regulares. Esperó.

—Diga.

—Mamá, soy yo, Malika. —Al otro lado de la línea se escuchó un grito atroz, un alarido—. Mamá, mamá, escúchame. ¿Me oyes? —Un llanto torrencial fue toda la respuesta que obtuvo durante un buen rato. La mujer gemía, hipaba e intentaba articular algunas palabras, pero los sollozos las ahogaban—. Mamá, estoy bien. Estoy muy bien, ¿me oyes? Estoy en Siria, para ayudar en la yihad.

—¿Quién te ha llevado ahí? —La mujer pareció reponerse repentinamente.

—Nadie, he venido yo sola. El Estado Islámico necesita enfermeras...

—¿Te has casado?

—No.

—¿Y cómo puedes ir por ahí sin la protección de un hombre?

—No la necesito, vivo en una casa de huéspedes con amigas...

—¿Son lesbianas?

—No, mamá, no son lesbianas. Son mujeres que quieren ayudar al Estado Islámico...

—¡Ay, hijita! ¿Por qué no vuelves?

—Porque no quiero, mamá. Aquí me necesitan.

—¡También te necesito yo! Tengo un dolor en la cabeza que no sé qué será. Si estuvieras aquí, podrías cuidarme...

—Mamá...

—Vino la policía y registró toda la casa, hasta rasgaron los forros de tus vestidos para ver si habías metido algo dentro. Lo dejaron todo patas arriba y se llevaron tu ordenador.

—Mamá...

—Le dije a tu hermano que fuera a buscarte ¿y sabes qué me contestó? Que si pretendía que le cortaran el cuello...

—Escucha, mamá. No tengo mucho tiempo.

—¿No te queda batería en el móvil?

—No te estoy llamando desde el móvil, mamá. Te estoy llamando desde una tele... Desde un locutorio.

—¿Qué le ha pasado a tu móvil?

—Sólo quiero que sepas que estoy bien, que estoy muy contenta de estar aquí —tosió levemente—, en la casa de huéspedes que te he dicho. Y que mañana empiezo a trabajar en el hospital de Raqa, en pediatría. Además, me han dicho que, como hablo varios idiomas, les puedo ayudar a entenderse con enfermos que no hablan el fusha... Conmigo está una niña de Ceuta que...

—¡Una de ojos verdes! ¡La policía me preguntó por ella!

—Bueno, pues si ves a su familia dile que está bien...

—Hijita, ¿por qué no vuelves? Mira que aquí podemos buscarte un buen marido, también aquí puedes servir al Islam dándole muchos hijos...

Con el rabillo del ojo, Malika vio que la marroquí se levantaba de la silla y se acercaba a ella.

—Mamá, tengo que dejarte.

—¡Pero si no me has contado nada!

La marroquí la tocó en el hombro.

—Mamá, tengo que dejarte.

—¡No me digas...!

—Cuídate, mamá. Te quiero.

Cuando pinchó el botón rojo que aparecía en la pantalla estaba empapada en sudor. Miró a su alrededor: estaban solas. La mujer que hablaba por teléfono cuando ellas llegaron se había ido.

—Sécate las lágrimas —dijo la marroquí.

—No estoy llorando —respondió ella, desconcertada.

—¿No? ¿Y entonces qué es ese líquido que te sale de los ojos?

7

—*Chuf!* Titi va a mi lado como una buena esposa, sin maquillaje, bien tapada con su caftán y su hiyab. Vamos a unos cincuenta kilómetros por hora, justo delante del camión. Entonces el Camaleón me dice por el móvil: «Ahora», y le digo a Titi: «¡Agárrate!», me pego bien al respaldo y piso el freno tan fuerte que casi se me sale la zapatilla por debajo del coche. El camión intenta frenar, pero por el retrovisor veo acercarse sus faros... ¡Bum! —El joven de la barba de chivo dio una palmada en el aire y se echó a reír.

Rachid lo miró y luego miró a Titi, que llevaba el cuello enfundado en un collarín.

—Yo pensaba que ya se había acabado todo —dijo ella con una mueca de dolor—, pero en cuanto me relajé, el camión nos dio otro topetazo.

—Estás tan buena que todo el mundo quiere darte topetazos —bromeó Rachid.

—El Camaleón lo embistió por detrás. —Mustafá estrelló su puño derecho contra su palma izquierda—. Menos mal que habíamos revisado los airbags, porque si no me dejo la nariz en el parabrisas. En cuanto el coche se quedó quieto, el Gato saltó del asiento de atrás, se subió al capó con las ventosas en las manos y al momento ya estaba en el techo del camión. *Ualá!* ¡Parecía Spiderman! Nunca he visto agilidad semejante.

—El camionero estaba cagado de miedo —intervino el chivo—. No quería salir de la cabina, sólo abrió la ventanilla una cuarta. Decía que llamáramos a la policía... Estábamos discutiendo cuando veo al Gato pasar de largo con la mochila a la espalda. ¿Para qué íbamos a quedarnos allí? Lo mandé a la mierda y nos largamos.

—¿Y los coches? —preguntó Rachid—. ¿Qué habéis hecho con los coches?

El Camaleón expulsó el humo de su cigarrillo hacia el techo.

—Aún deben de estar ardiendo.

En el interior de la casa sonó el timbre del interfono. Titi se levantó muy recta debido al collarín y se apresuró a abrir.

—Titi, ahora caminas como una modelo —la despidió Rachid.

Cuando volvió, lo hizo enlazada por la cintura con un muchacho que llevaba el pelo rapado por los lados y un moño en lo alto de la cabeza.

Rachid se levantó para darle un abrazo.

—¡Gatito, ya me han contado que te subiste al camión como si fueras el puto Batman!

—Spiderman —precisó Mustafá.

El Camaleón le hizo sitio en el sofá.

—Siéntate aquí. Titi —ordenó a la muchacha—, tráenos unas cervezas. A ver, acercaos todos.

Mustafá y Ali arrastraron sus butacones hacia la mesa del centro. Rachid se sentó en la alfombra. Titi volvió enseguida con cinco latas de cerveza en una bandeja que dejó en la mesa baja. El Camaleón la miró con su ojo malo.

—Nena, ¿por qué no llamas a esas amigas tuyas de Castillejos y nos vamos esta noche a la discoteca?

—¿A cuál les digo?

—A Nouveau. —Agitó la mano en el aire—. Y ahora, piérdete.

Abrió su lata de cerveza, dio un trago largo y eructó. Los demás lo observaban expectantes.

—¿Alguien sabe cómo podemos pasar el polvo a la Península?

—Pensaba que nos lo ibas a contar tú —respondió Rachid.

El Camaleón dio otra calada:

—Imagina que tuvieras que pasarlo tú —le dijo a Rachid—. ¿Cómo lo harías?

Rachid respondió inmediatamente:

—Le preguntaría a Musta. —Guiñó un ojo y sonrió.

—Te lo estoy preguntando en serio —dijo el Camaleón con rostro inexpresivo.

Rachid se rascó la cabeza y se quedó pensativo. Las miradas de todos estaban fijas en él.

—Yo esperaré a finales de agosto, cuando los emigrantes vuelven a Europa —dijo al fin—. La Guardia Civil estará desbordada. Iría en un coche con matrícula francesa lleno de bultos y con un par de niños en el asiento de atrás. Y le echaría un poco de polvo a un coche que fuera delante, para entretener a los perros.

—¿Y tú? —preguntó el Camaleón a Mustafá—. ¿Qué harías?

—Contrataría culeros. Es la forma más segura. Puede caer alguno, pero la mayor parte del polvo pasa.

—Hussein.

—Yo también contrataría culeros.

—Gato.

—Yo se la colocaría a otro camión.

—No puedes —dijo Rachid—. La Guardia Civil ve desde lo alto de la escalerilla los techos de todos los vehículos que van en la bodega.

—No hablo de ponérsela en el techo, sino de metérsela en la caja.

—¿Y el precinto?

—A un camión de Ceuta, antes de que lo precinten.

El Camaleón encendió otro cigarrillo y se echó hacia atrás en el sofá.

—Me parece bien lo del camión. —El humo salió por su boca y su nariz al tiempo que sus palabras—. Pero no uno con precinto: necesitamos un camión de mudanzas que vaya a Algeciras y a un guardia civil amigo que lo deje pasar sin mirar dentro.

—¿Y de dónde los sacamos? —preguntó el Gato.

—El guardia ya lo tengo. —El Camaleón sonrió con suficiencia.

Los demás lo miraron con la sorpresa pintada en sus rostros.

—¿Quién es? —preguntó Rachid—. ¿El gordo ese que anda detrás de Titi...?

—No lo conocéis. Sólo lleva en Ceuta tres semanas.

—¿Cómo sabes que podemos fiarnos de él?

El Camaleón encendió otro cigarrillo:

—Porque he grabado nuestras conversaciones. Si yo voy a la trena, él me acompaña.

—*Chuf*, tengo un primo que trabaja en Mudanzas Méndez —intervino Mustafá—. Puedo preguntarle.

—¿Es de fiar?

—Puede que diga que no, pero no se va a ir de la lengua.

—*Uaja*. Dile que sólo se trata de llevar tres botes de pegamento industrial en el fondo del camión y que le daremos una buena recompensa.

—¿Cuánto le digo?

El Camaleón miró al techo mientras calculaba la cifra.

—Dos mil euros.

Titi tocó en la puerta y asomó la cabeza:

—¡Las chicas llegarán a las seis!

Rachid miró su reloj.

—Aún son las dos. —Levantó la vista hacia el de la cara de chivo—. Hussein, necesito que me ayudes a subir a Internet eso que te dije.

El otro puso los ojos en blanco.

—¿Ahora? Tío, ahora vamos a comer.

El Camaleón apagó el cigarrillo:

—Hussein, haz lo que te pide Rachid. —Su tono no dejó opción a réplica.

8

El Saharaui echó el pestillo de su habitación, abrió una rendija en las cortinas burdeos y espió la calle desde detrás de los visillos. Luego se agachó junto al ficus de plástico y escarbó con las manos en la tierra seca. Enseguida sacó un objeto rectangular, envuelto en una bolsa. La abrió y extrajo un teléfono móvil. Lo limpió con la manga de la camisa antes de pulsar el botón de encendido. Al cabo de unos segundos, en la pantalla apareció el logotipo de la manzana sobre el fondo negro. Introdujo la contraseña y esperó hasta que surgieron los iconos. La pila situada en el ángulo superior derecho le informó de que le quedaba la mitad de la batería.

En la lista de contactos telefónicos sólo había dos números: uno estaba a nombre de «Papá» y el otro de «Mamá». Abrió el primero y escribió en ruso: «Encontrado el nido del Ciempiés: es una casa rodeada de muros en el lado oeste de la ciudad. Ahora está vacía. Necesito GPS para fijar la localización.» Envío el mensaje.

Se acomodó en uno de los pufs y comprobó que el teléfono estaba en silencio. Entre las cortinas se filtraba la primera claridad del día. En ese momento, las luces de las mesillas se encendieron. De la bolsa del móvil sacó un cargador, lo enchufó y conectó el terminal.

—Vamos, vamos —musitó sin apartar los ojos del aparato.

Al cabo de diez minutos, el teléfono vibró. En la pantalla apareció un mensaje: «¿Puede confirmar que se trata del Ciempiés?»

«Al cien por cien», respondió.

«Dígame el número del Ciempiés.»

«Dos.»

El móvil quedó de nuevo en silencio. En la cocina se oían ruidos y voces femeninas: Muna debía de estar enseñándole a la nueva esclava a poner la lavadora. Sabía que pronto llamaría a su puerta para despertarlo.

El teléfono anunció que había entrado un nuevo mensaje:

«Entendido. Ponga un objeto a la venta en Internet. La leyenda debe decir: “Para millonarios con buen gusto.” Ofreceremos una cantidad muy alta. Usted debe lograr que podamos entrar en Raqa para inspeccionar el objeto. Confirme que comprende las instrucciones.»

«Confirmado.»

«El director le recuerda su promesa de enviar la lista de donantes.»

«Estoy en ello.»

«Los del otro lado han metido a una agente. Sólo sabemos que es española.»

«Recibido.»

«Apague el terminal. Alguien se pondrá en contacto con usted. A partir de ahora, use calzado cerrado.»

El Saharaui borró los mensajes antes de apagar el móvil. Lo guardó en la bolsa de plástico junto al cargador y volvió a enterrarlo en la maceta. Estaba recogiendo los últimos restos de tierra que habían caído en la alfombra cuando alguien intentó abrir la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es? —dijo fingiendo voz de sueño.

—Son las ocho —respondió la vocecita de Muna—. Arzán me ha ayudado a preparar el desayuno.

—Ahora voy.

El guardaespaldas lo esperaba dormitando en una de las butacas doradas del salón.

—Esta mañana no te voy a necesitar —le dijo el Saharaui—. Aprovecha para acercarte a preguntar cómo va tu petición de traslado.

Muisa bostezó y se desperezó.

—Mi petición de traslado está hecha, el problema es que no encuentran a nadie para sustituirme. Aunque no sé para qué necesitas a alguien, si últimamente nunca quieres que te acompañe.

—Vigila a las mujeres.

—Mi trabajo no consiste en vigilar a las mujeres.

El Saharaui lo señaló con el dedo, enfadado.

—Tú eres como el avestruz, que, si le dicen: «lleva bultos», contesta: «soy un ave»; y si le dicen: «vuela», contesta: «soy un camello».

El guardaespaldas torció el gesto.

—Todo se arreglaría con que compartieras a una de tus esclavas conmigo. No hace falta que sean las dos, con una bastaría. Esa chica de las tetas gordas...

—Basta, Muisa. Ese asunto está cerrado.

El Saharaui lo oyó rezongar a su espalda mientras se dirigía a la cocina y tomaba la taza de leche con migas de pan duro que Muna le había preparado. Luego recogió las armas y salió de la casa.

Llegó a la oficina a las nueve menos cuarto. El arqueólogo ya estaba esperándolo, sentado a la puerta de su despacho con una caja de cartón en las rodillas. Le sonrió, zalamero.

—La paz sea contigo.

El Saharaui entró en la estancia, dejó el Kaláshnikov sobre la mesa y colgó la cartuchera de la pistola del respaldo de su silla. Se sentó y señaló la caja que portaba el otro.

—¿Qué me traes ahí?

El arqueólogo extrajo con cuidado una estatuilla de unos treinta centímetros de alto.

—¡Un grifo! —exclamó—. ¡Cinco mil años!

—¿Cuánto podemos pedir por él?

—Cien mil dólares seguro.

El Saharaui parecía ausente.

—¿Te acuerdas del mosaico que me enseñaste? Aquel que tenía gacelas, pavos y

cebras...

—¡Y tigres! Claro que me acuerdo, es una joya que...

—Vamos a sacarlo a la venta.

Al hombre se le nubló el rostro.

—¡Pero ese mosaico es la pieza más valiosa que tenemos! —exclamó alterado—. Es un patrimonio del país... del Estado Islámico que no podemos... que no debemos enajenar. Las generaciones futuras...

—¿Cuánto podemos pedir por él?

—Además, ¿cómo lo iban a transportar? ¡Si la restauración aún no está terminada!

—Hace quince días me dijiste que sí lo estaba.

—Bueno, más o menos. Siempre quedan detalles...

—¿Cuánto podemos pedir por él?

El arqueólogo se sentó y hundió la cara en las manos.

—Por favor, jefe, no lo vendas —sollozó.

—Por última vez: ¿cuánto podemos pedir?

El hombre miró hacia una esquina de la mesa.

—Tres millones —musitó—, cuatro millones.

—¿Tres o cuatro?

—Cuatro. Cinco, pide cinco.

El Saharaui dio una palmada en la mesa.

—¡Sea! —exclamó con alegría—. ¡Vendido a quien ponga cinco millones sobre la mesa!

El arqueólogo se secó una lágrima con los dedos. Habló sin mirarlo a los ojos:

—¿Qué hacemos con el grifo?

—También lo vendemos.

El Saharaui se levantó, rodeó la mesa y abrió la puerta del despacho.

—¡Chej! —llamó.

Un muchacho pelirrojo de dientes saltones y barba puntiaguda se acercó a toda prisa con una libreta y un bolígrafo en las manos. Tenía un aire servicial y su mirada mostraba más entusiasmo que inteligencia.

—Chej, nuestro jefe de arqueología te va a enseñar un mosaico que queremos sacar a la venta por cinco millones de dólares. —El muchacho sonrió y sacudió la mano derecha en señal de admiración—. Sácale fotos y haz correr la voz entre los habituales de Turquía, Líbano y Jordania, pero ponlo también en las redes. En el reclamo debe decir: «Para millonarios con buen gusto», toma nota. ¿Lo has apuntado?

—Sí, señor: «Para millonarios con buen gusto.»

—Bien. Deja claro que quien lo quiera tendrá que venir a Raqa a buscarlo. ¿Alguna duda?

El muchacho negó con la cabeza.

—¡Ah!, y queremos vender también un grifo, ¿verdad, profesor?

El arqueólogo asintió, abatido.

—Por favor, dale a Chej los detalles.

9

—Los guantes de algodón son un depósito de gérmenes —dijo el médico—, es conveniente que los sustituyas por otros de látex.

La marroquí de la brigada Jansa, que había acompañado a Malika hasta el antiguo Hospital Nacional, intervino, tajante:

—Se puede cambiar los guantes, pero sólo los guantes. El velo debe conservarlo en todo momento.

—En ese caso no podrá ayudar en el quirófano. No queremos que los pacientes se nos mueran por una infección.

—La muerte está en manos de Alá y sólo llega si es su voluntad —respondió la marroquí con su voz áspera.

El médico se levantó. Era un hombre calvo, de gruesas cejas hirsutas. Llevaba una bata blanca sobre la ropa de calle: camisa Oxford, pantalones de pinzas y mocasines.

—Vamos —le dijo a Malika—, te mostraré la sección y te presentaré a tus compañeros.

Salieron del pequeño consultorio y echaron a andar por el pasillo. La marroquí fue tras ellos.

Las puertas de las habitaciones se hallaban abiertas para que la luz blanca que entraba por sus ventanas iluminara el pasillo. A pesar de ello, muchos lugares permanecían en penumbra. El médico sacó una linterna del bolsillo y la encendió. Las paredes estaban desconchadas. Olía a desinfectante.

—Ésta es la zona de pediatría, donde vas a trabajar —le explicó el doctor.

Dio un par de golpecitos con los nudillos en una puerta antes de abrirla. En el cuarto había una camilla, dos sillas y un aparador con frascos etiquetados y varias cajas de vendas. Tres personas conversaban animadamente: un médico y dos enfermeras. Una de las mujeres se había quitado el velo.

—¡Está descubierta en presencia de un hombre! —La marroquí señaló con un dedo iracundo a la joven.

La enfermera balbuceó algo. Temblaba tanto que no atinaba a colocarse la tela del niqab. Fue su compañera, que sí tenía el rostro tapado, quien intervino:

—Se lo quitó un momento porque estaba mareada. Él es médico —dijo señalando al de la bata, que asintió—, vino a ver qué le pasaba.

—Le ha dado un vahído y tiene el pulso acelerado —explicó el hombre—. Lo mejor es que se tumbe en la camilla mientras le tomamos la tensión.

—¿Me tomas por idiota? —Los ojos de la marroquí estaban encendidos de ira.

Malika, que había permanecido callada, se volvió hacia la culpable y alzó la voz con autoridad:

—¿Sabes cuál es el castigo por estar descubierta ante un hombre?

Alargó la mano hasta una cuña de plástico que había sobre la camilla y la golpeó con ella tres veces en la cabeza.

—Da gracias a que es mi primer día aquí; si no, te habría azotado con un látigo.

La mujer de la brigada Jansa asintió, satisfecha.

—Debéis andaros con cuidado —graznó—, porque ahora tenéis a una de nosotras vigilándoos. —Se volvió hacia Malika—: Vendremos a recogerte dentro de ocho horas.

Los médicos y las enfermeras cruzaron miradas significativas. El doctor que había acompañado a Malika hasta allí se dirigió a la enfermera que había salido en defensa de su compañera.

—Por favor, Fatima, dale un paseo por la sección para que se vaya familiarizando con el trabajo.

La aludida cogió del aparador un vaso en el que había varios termómetros con el extremo sumergido en un líquido transparente y se lo tendió con brusquedad.

—¿Sabes al menos poner un termómetro? —le espetó.

En el primer cuarto en el que entraron había tres niñas. Estaban en camas situadas muy juntas, en paralelo. La enfermera las fue señalando una por una.

—Neumonía, apendicitis y gastroenteritis. —Cogió la tablilla que había al pie de la primera cama y se la mostró—. Tienes que anotar aquí las temperaturas y la hora, luego le cambias el pañal a la pequeña y vacías y friegas los orinales de las otras dos en el baño que hay al final del pasillo. —Devolvió la tablilla a su sitio y le dio la espalda—. Avísame cuando termines.

10

La luz cambiante de los focos daba una apariencia fantasmal a la multitud que se aglomeraba ante la barra de la discoteca Nouveau. Rachid se abrió paso a empujones para recoger los dos cubalibres que le tendía el camarero y le entregó uno a la amiga marroquí de Titi. Era una chica llenita con la cara algo gatuna.

—¿Nos alejamos un poco? —le preguntó a gritos, acercando la boca a la oreja de ella para hacerse oír por encima de la música.

La muchacha se encogió de hombros, pero lo siguió hasta donde estaban el Camaleón, Mustafá, Titi y otra muchacha marroquí. Allí el estruendo llegaba un poco amortiguado. La de la cara de gato le dijo algo a Titi y ambas desaparecieron en dirección a los lavabos. En ese momento, el teléfono de Rachid vibró en su bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla, en la que aparecía un número largo. Se lo llevó a la oreja derecha mientras con la otra mano se tapaba la izquierda.

—¿Sí?... ¡No te oigo nada!... ¿Inglés? No, yo no hablo inglés. Te has equivocado de teléfono. —Colgó y se quedó mirando el número desde el que le habían llamado—. ¿De dónde es el prefijo ochenta y seis?

El Camaleón sacó su teléfono y buscó en Google.

—China —dijo.

Rachid arrugó la cara.

—¿China? *Ualá!* ¿Y qué hace un chino llamando a mi teléfono?

—A lo mejor es por lo que habéis subido a Internet.

—¡Claro! —convino Mustafá—. Es por la piedra esa.

—Joder, pues le he colgado.

—No hay problema —dijo Mustafá—. Envíale el número al Cojo y ya se encargará él de ponerse en contacto con quien haya llamado.

Titi y su amiga volvieron del baño toqueteándose la nariz. El Camaleón las miró con su ojo bueno.

—¿Podríais ser un poco más discretas y dejar de sobaros la trompa?

El móvil de Rachid volvió a vibrar. En la pantalla apareció otro número largo.

—¿Sí?... *I no speak English*, no hablo inglés... ¡Que no hablo inglés, tío!... Yo le digo a un amigo que le llame, no se preocupe... *Don't worry*, tronco. —Colgó y miró el teléfono—. ¿De dónde es el prefijo cero, cero, siete?

Las dos marroquíes cuchichearon algo a Titi, la arrastraron unos metros y comenzaron a bailar. La muchacha intentó seguirlas durante un rato, pero de pronto se llevó la mano al cuello, hizo un gesto de dolor y volvió donde estaban los jóvenes.

—Voy a relevarte, nena —le dijo Rachid—. Esas niñas no pueden estar ahí solas, que nos las va a levantar algún listo.

Se dirigió hacia las chicas saltando con los dos pies juntos como un guerrero masái. Luego se colocó detrás de la gatuna, puso las manos en sus caderas, se arrimó a ella y comenzó a moverse hacia los lados. Le habló en el dialecto marroquí con la boca pegada a su oreja:

—¿Qué vas a hacer esta noche, Hadiya?

—No me llamo Hadiya. Yo soy Djamila. Hadiya es mi amiga.

—Te equivocas —insistió él—. Esta noche, tú eres Hadiya y tu amiga es Djamila. Mañana ya veremos quién es quién.

Alguien le tocó en el hombro. Una mujer mayor que él, con una larga melena negra, le sonrió. Rachid frunció el ceño, confuso.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó ella a gritos, y cuando dijo «mí» se tocó el pecho con una larga uña pintada de rojo—. ¡Soy Amina, la amiga de tu hermana Malika!

—¡Ah!

La mujer se llevó teatralmente una mano a la frente y el joven recibió una bocanada de perfume.

—¡Cuando me enteré de que tu hermana se había ido a Siria...!

Él asintió.

—¿Sabes que yo estuve con ella en el barco el día que se fue?

—¿En el barco a Algeciras?

—En ése mismo. Me llamó la atención que fuera con hiyab, porque nunca había sido religiosa, pero como ahora tanta gente se da la vuelta como un calcetín... Y yo no iba a preguntarle por eso, claro: llevar o no llevar hiyab es una cosa muy personal.

—Claro.

—Me dijo que iba a Málaga para una entrevista de trabajo. ¿Cómo iba a imaginar yo...?

—Todos nos hemos llevado una sorpresa.

La luz estroboscópica hacía visajes en el rostro maquillado de la mujer. Sus pulseras doradas lanzaron destellos de colores cuando puso una mano en el brazo de Rachid.

—¿Cómo está tu madre?

El joven se encogió de hombros.

—Bueno...

—Pobrecilla, debe de estar pasándolo... ¡Ay! —Se sobresaltó cuando un individuo con bigote en forma de herradura la tomó por la cintura—. ¡Qué susto me has dado! —le dijo—. Mira, os presento: Rachid, éste es Vicente. Rachid es el hermano de Malika, la amiga que te conté que se había marchado a Siria.

—Qué hay —dijo el del bigote y se volvió hacia ella—. Estamos junto a la barra, no tardes.

Amina hizo un gesto hacia el hombre, que se alejaba entre la multitud.

—Es guardia civil, pero es majo. Le pregunté por tu hermana y me dijo que todo el asunto lo llevaba la Policía Nacional. ¿Os han contado algo?

Rachid cambió el peso de una pierna a la otra.

—Nada.

—¿Y tu hermana no os ha llamado?

—Llamó a mi madre. Le dijo que estaba bien y que trabajaba con niños en un hospital.

—¿Se ha casado con algún barbudo?

—No. Dijo que no.

La mujer meneó la cabeza y sacó su móvil.

—Mira, te voy a dar mi número por si necesitas algo. Apunta.

Rachid extrajo su teléfono del bolsillo. Al iluminarse, la pantalla mostró cuatro llamadas perdidas, todas ellas con más de nueve dígitos.

11

El canario cantó tres notas cuando el Saharaui entró en la casa. El sol de la tarde atravesaba la cristalera del balcón e iluminaba el salón desierto.

—¡Muna! —llamó mientras se descalzaba.

La puerta de la habitación del guardaespaldas estaba abierta; gran parte de sus pertenencias habían desaparecido. Extrañado, se dirigió hacia el pasillo.

—¡Muna!

En el cuarto de la niña las camas estaban revueltas y la alfombra del suelo arrugada, como si allí se hubiera librado una pelea. En el colchón de la otra esclava, Arzán, había manchas de sangre. El Saharaui quitó el seguro del Kaláshnikov y apuntó hacia la puerta cerrada de su dormitorio. Intentó abrirla, pero alguien había echado el pestillo. Acercó la oreja a la madera y reconoció los gemidos de la yazidí. Retrocedió dos pasos, alzó el pie y lo descargó contra la hoja, justo al lado de la cerradura. Se oyó un grito al tiempo que la puerta se abría con violencia. El Saharaui irrumpió en la alcoba con el dedo en el gatillo.

Por un instante quedó desconcertado: el dormitorio parecía vacío. Enseguida oyó gemir a la yazidí y rodeó la cama. Estaba encogida del otro lado, con la pequeña Muna en brazos. Tenía en la mano un trozo de tela ensangrentada con el que intentaba taponar la entrepierna desnuda de la niña.

El Saharaui arrojó el fusil sobre la cama y se precipitó junto a ellas.

—¿Qué ha pasado? —Su rostro estaba desencajado.

Muna tenía los ojos cerrados y el cuerpo exánime. Parecía una muñeca rota. El Saharaui la alzó en brazos y se sentó en la cama. Entonces vio que la tela ensangrentada era el pantalón del pijama de la pequeña.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

Arzán gimió más fuerte. Sus ojos azules lo miraban con terror. Tenía un hematoma en un pómulo y su ropa estaba desgarrada. Intentó decir algo, pero sólo logró emitir un extraño sonido, como el que produce el aire al pasar por un conducto muy estrecho.

El Saharaui arrancó la colcha de la cama, envolvió en ella a Muna y echó a correr por el pasillo con la niña en brazos. No se molestó en cerrar la puerta de la calle; cuando bajaba las escaleras se dio cuenta de que iba descalzo, pero siguió corriendo. Tumbó a la niña en el asiento trasero del Jeep Cherokee y condujo a gran velocidad haciendo sonar el claxon para que los otros vehículos se apartaran.

Aparcó ante la misma puerta del hospital, cogió a la pequeña en brazos y corrió con ella al interior del edificio sin preocuparse de cerrar las puertas ni de quitar la llave del contacto. Al enfermero que salió a su encuentro sólo pudo decirle:

—¡Sálvala!

Cuando se la llevaron, comenzó a caminar de un lado a otro del vestíbulo como un animal enjaulado. Tenía el rostro crispado y ojos de loco. Al cabo de un rato apareció un doctor. Era calvo y sus gruesas cejas parecían dos animalillos peludos.

—¿Cómo está? —le preguntó el Saharaui con ansiedad.

—Ha perdido mucha sangre. —El médico miró la pistola que llevaba en la funda sobaquera—. ¿Eres su padre?

—No.

—¿Cuál es tu relación con ella?

—Es mi... —El Saharaui apretó los labios y se llevó las manos a las sienes—. Es mi esclava.

—¿Le has hecho tú eso? —Había cansancio en el tono del médico.

—¡No! —Negó con la cabeza.

El otro le lanzó una rápida ojeada.

—Quien haya sido, la ha reventado por dentro, ¿entiendes?

—¿Saldrá adelante?

—Eso creo, lo que no sé es cómo.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a intentar reconstruir lo que podamos. Lo más probable es que, si sale adelante, no pueda tener hijos.

El Saharaui cerró los ojos y se apretó las sienes con las manos. Cuando se repuso, preguntó:

—¿Puedo verla?

—Ahora no. Si quieres, espera aquí y te informaremos cuando salga del quirófano.

Se sentó en una de las sillas alineadas junto a la pared, debajo de la bandera del Estado Islámico. Había otros dos hombres y tres mujeres que esperaban en ellas, inmóviles bajo el calor y las moscas. Un celador se acercó y preguntó de quién era el todoterreno que estaba delante de la puerta. El Saharaui no se dio cuenta de que se refería a su coche hasta que sintió la mirada de los otros. Salió y lo aparcó en batería frente al pequeño seto que había delante del hospital. Antes de bajarse del vehículo, se volvió hacia el asiento del copiloto para coger su Kaláshnikov: en los últimos días se había convertido en un gesto mecánico, pero el arma no estaba allí. La imagen del fusil sobre su cama lo asaltó de inmediato. Arrancó y aceleró haciendo rechinar las ruedas en el asfalto.

Cuando llegó a su casa, había varios coches de la policía y hombres armados en la calle. Aparcó en doble fila y corrió hacia ellos.

—Soy Haibala *el Saharaui*, del Departamento de Recursos Preciosos —le dijo al que le dio el alto—. Vivo aquí.

El hombre miró sus pies descalzos.

—Lo siento, no puedes pasar.

—¿Qué ha ocurrido?

El policía lo observó con suspicacia.

—¿En qué piso vives?

—En el cuarto.

El individuo se volvió y llamó:

—¡Brahim! Este hombre dice que vive en el cuarto.

Otro miliciano, que iba vestido de negro y parecía ser el jefe, se dirigió hacia ellos.

—¿Vives en el cuarto? —le preguntó, como si no bastara con lo que le había dicho su subordinado.

El Saharaui asintió.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar.

—Sígueme.

Los hombres que estaban en la cancela se apartaron. Cuando subía la escalera tras el policía, volvió a preguntarle qué había ocurrido, pero el otro no le contestó.

Había dos agentes más en la puerta de su piso. Lo primero que vio, por encima de sus cabezas, fue una mancha de sangre en las plumas del canario. El pájaro saltó desde su columpio y entonces él se dio cuenta de que había más manchas en la jaula. Los agentes se apartaron y quedó a la vista lo que sus cuerpos le habían ocultado.

Reconoció a Arzán por el caftán que llevaba puesto. Estaba sentada en uno de los sillones dorados. El balazo le había destrozado el rostro. A sus pies estaba el Kaláshnikov. En el techo podía verse el agujero donde había quedado alojado el proyectil.

—¿Quién es? —preguntó el policía.

—Arzán, una esclava. —El rostro del Saharaui parecía tallado en piedra. Las aletas de su nariz se abrían y cerraban al ritmo de su respiración.

—¿Una esclava tuya?

El Saharaui asintió.

—¿De dónde sacó el arma?

—Es mía. La olvidé en mi habitación.

—¿Dejaste tu arma al alcance de una esclava?

El Saharaui no respondió.

—¿Y si en vez de pegarse un tiro en la cabeza hubiera decidido salir a la calle y disparar a la gente? —gritó el policía.

El Saharaui se encaró con él.

—¡Se me olvidó el arma!

—¡Eso no es disculpa!

El Saharaui tragó saliva.

—Esta tarde, cuando volví a casa, mi guardaespaldas había desaparecido y esta muchacha estaba intentando contener la hemorragia que él le había provocado a mi otra esclava, una niña de nueve años, al penetrarla sin mi permiso. Dejé el fusil para poder cogerla en brazos y llevarla al hospital. —Su voz temblaba de ira.

El policía se encogió de hombros.

—Era una esclava. Dame el nombre del guardaespaldas y lo buscaremos. Si fue él y la niña muere, haremos que te restituya su valor. —Apuntó hacia el cuerpo de Arzán —: ¿Ésta era cristiana?

—Yazidí.

—¡Bah! Una adoradora de Satán.

El Saharaui señaló hacia el interior del piso. La voz salió de su boca con dificultad.

—¿Puedo mirar en el resto de la casa?

—Es tu casa —dijo el hombre. Luego se volvió hacia los demás agentes—: Era una

yazidí. Avisad para que se la lleven.

La habitación del guardaespaldas estaba como el Saharaui la había visto esa mañana. La de las dos esclavas tampoco había sido tocada. Entró en la suya y se puso en cuclillas donde Arzán había intentado salvar la vida de Muna. Una mancha de sangre señalaba el sitio exacto. Observó la maceta del ficus: no parecía que la tierra hubiera sido removida. Permaneció allí hasta que el policía entró para avisarle de que ya se habían llevado el cadáver.

Volvió al salón ensangrentado y se calzó. Descolgó la jaula del canario, la sacó al balcón y la abrió. No se quedó a ver qué hacía el pájaro.

De camino hacia el hospital estuvo a punto de chocar dos veces. Cuando aparcó delante del edificio, los almuédanos llamaban a la oración del ocaso.

12

Malika acarició los rizos de la pequeña y le habló con suavidad:

—Hay que despertarse.

La niña entreabrió los ojos durante unos segundos antes de volver a entornarlos. Se hallaba en una habitación con dos camas separadas por una cortina de nailon azul. Estaba tumbada, con una bolsa de suero y otra de sedante conectadas a la vía que tenía en su mano izquierda. Por el tubo transparente del drenaje, la sangre avanzaba lentamente hasta una botella sujeta al somier con una brida de plástico.

—Hay que despertarse —repitió Malika.

El médico de las cejas gruesas abrió la puerta de la habitación.

—¿Cómo está?

—Saliendo de la anestesia.

El doctor recogió la tablilla que Malika había dejado a los pies de la cama y le echó un vistazo.

—Ahí fuera —dijo— está el dueño de esta pequeña. Lo reconocerás enseguida porque lleva una pistola debajo del brazo. Por favor, dile que ya puede pasar a verla.

—¿Cómo se llama?

El médico frunció el ceño al hacer memoria.

—Creo que el Saharaui.

Un destello de interés brilló en el fondo de los ojos pardos de Malika.

—¿Voy yo sola?

El doctor miró alrededor. En la habitación no había nadie más.

—Ve —ordenó.

Malika no contestó. Salió al pasillo y se dirigió al vestíbulo. Distinguió enseguida al Saharaui porque era el único hombre que iba armado. Estaba sentado en una de las sillas de plástico, inmóvil como una estatua. Se acercó hasta él.

—La niña acaba de despertarse —dijo a través del velo—. Si quieres, puedes pasar a verla.

El Saharaui se puso en pie y echó a andar tras ella.

—¿Cómo se encuentra?

—Puedes preguntarle al doctor; ahora está con ella —se hizo a un lado para que él pasara el primero a la habitación.

Al ver a Muna rodeada de sondas, el rostro del Saharaui se contrajo en una mueca feroz. La niña tenía otra vez los ojos cerrados.

—¿Cómo se encuentra? —volvió a preguntar, y las palabras salieron estranguladas

de su boca.

—Si quieres —el médico le dirigió una mirada cargada de intención—, luego te pasas por mi consulta para que te muestre unas radiografías. —Antes de salir se dirigió a Malika—: Cinco minutos —le advirtió—. Quédate por si la enferma necesita algo.

El Saharaui se agachó junto a la cabecera de la pequeña. Con la punta de los dedos le apartó los cabellos que el sudor había adherido a su frente.

—Muna, soy yo —susurró—. ¿Cómo estás?

La niña balbuceó, pero no abrió los ojos.

—Soy yo —repitió el hombre.

La pequeña se agitó y comenzó a gemir. El Saharaui apretó los puños.

Malika se acercó por el lado contrario de la cama y acarició la mejilla de la niña con la mano enguantada en látex.

—Muna, qué nombre tan bonito tienes. Hay que despertarse, ¿eh? —Humedeció una gasa en alcohol y se la pasó por la frente.

La pequeña entreabrió los ojos y miró a Malika; luego se volvió hacia el Saharaui y su cuerpo comenzó a temblar violentamente, como si tiritara.

—Muna, voy a castigar a Muisa. Nunca más volverá a casa —dijo el hombre.

La pequeña gimió.

El Saharaui iba a decir algo, pero Malika lo interrumpió.

—La niña tiene que descansar. El doctor te está esperando.

Él asintió, más para sí mismo que para ella. Se inclinó sobre Muna.

—Ahora vuelvo —dijo, y le acarició el pelo. Cuando estaba en la puerta, se volvió y le preguntó a Malika por dónde se iba al despacho del médico.

—Toma el primer pasillo a la derecha, cruza la sala de curas y encontrarás dos pasillos más... —Negó con la cabeza—. Mejor te acompaño. —Se levantó y echó a andar delante de él. El vuelo de su niqab levantó una pequeña corriente de aire en el ambiente asfixiante de la habitación.

El doctor estaba estudiando unas radiografías a la luz de una linterna. Los invitó a entrar con un gesto. Malika se dio la vuelta para marcharse, pero él la retuvo.

—No te vayas. Por favor, sujeta así esta linterna. —La colocó de tal forma que enfocaba directamente su cara. Luego levantó una radiografía hasta que quedó delante de la luz—. Es de tu esclava —le dijo al Saharaui. Trazó un círculo en la placa con el dedo—. ¿Ves toda esta zona sombreada?

El Saharaui asintió. Parecía aturdido.

El médico juntó los puños y luego los separó como si tirara de los extremos de una tela.

—Eso es lo que ha sufrido ella. La vulva desgarrada, los labios, el perineo... Todo. —Recorrió con un dedo la zona sombreada—. Hemos detenido la hemorragia y reparado los daños más evidentes, pero esa niña nunca podrá ser penetrada. Toda la zona que te he mencionado está retraída y llena de heridas. Y tampoco podrá parir.

El Saharaui se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Qué se puede hacer?

El doctor meneó la cabeza con desaliento.

—El problema es que aquí carecemos de conocimientos y de medios para practicar intervenciones muy complicadas.

—¿En dónde existen esos medios?

—En Damasco, en Líbano, en Turquía, en Jordania... En muchos sitios, pero no aquí.

—¿Un buen cirujano podría apañárselas con uno de los quirófanos de aquí?

El médico se encogió de hombros y encendió una palmatoria.

—Éstos son muy elementales. Pero, en todo caso, eso debería valorarlo él.

El Saharaui se sentó en una silla y comenzó a tironearse de la barba. Alzó la vista al cabo de un rato.

—¿En cuánto tiempo hay que volver a operarla?

—Mejor esta semana que la siguiente.

13

A Rachid lo despertó la vibración de su móvil al anunciar la entrada de un nuevo mensaje. Se levantó con cuidado para no molestar a la joven que dormía a su lado y fue al baño. Al volver, miró la hora en el teléfono y volvió a meterse en la cama. La muchacha ronroneó cuando comenzó a acariciarla, pero el ruido insistente de un claxon los interrumpió.

Rachid se levantó desnudo y se asomó a la ventana. Desde abajo, el Camaleón le hizo señas para que le abriera la puerta.

—Más vale que te vistas, sultana —le dijo a la muchacha—. El Camaleón está a punto de subir.

Ella saltó de la cama, recogió su ropa del suelo y se encerró en el baño. El joven se puso los pantalones y una camiseta y, descalzo como estaba, bajó a abrir.

—Ya era hora, joder —protestó el Camaleón.

Rachid fingió un puchero e inclinó la cabeza.

—*Esmahli* —dijo.

—Ni perdón ni nada.

—Si yo te hubiera pillado haciendo lo que yo estaba haciendo, no me habrías abierto.

El Camaleón se detuvo a mitad de la escalera.

—¿Está Djamila arriba?

—Claro.

—Lárgala. Tenemos trabajo.

La muchacha todavía se hallaba en el baño cuando ellos entraron. Rachid abrió el frigorífico, sacó un tetrabrik de zumo de naranja y se lo mostró a su amigo.

—¿Quieres?

El Camaleón negó con la cabeza. En ese momento, Djamila salió del cuarto de baño. Se acercó a él y lo saludó con dos besos. El joven la miró apreciativamente con su ojo entornado.

—¿Me acercas a la frontera? —le preguntó la chica a Rachid.

—Imposible, sultana. Sólo puedo acercarte a la puerta. Este tío feo que acaba de llegar nos ha fastidiado el día. —Echó mano a la cartera, sacó un billete de veinte euros y se lo tendió—. Tendrás que pillarte un taxi.

Ella hizo un mohín de disgusto, pero el billete desapareció rápidamente en su bolsillo.

—Para que veas que soy un buen tío, te diré adiós por la ventana —dijo Rachid

antes de cerrar la puerta a su espalda. Cruzó la habitación, se sentó en el alféizar y agitó la mano—. *Baslama!* —le gritó.

—¿Por qué haces todas esas payasadas? —se impacientó el Camaleón—. Es una puta.

Rachid se bajó de la ventana y se sacudió el trasero.

—Para recoger hay que sembrar, *habibi*. —Alzó las cejas y se golpeó la sien con el índice en un cómico gesto de inteligencia—. ¿Qué es eso tan urgente que me ha obligado a interrumpir un polvo con esa preciosidad?

—He quedado esta tarde con el guardia civil en Tetuán. Necesito que me acompañes.

—¿Con el guardia civil que tiene que ayudarnos...?

—El mismo.

—¿En qué sitio de Tetuán?

—En una cafetería junto a la plaza de Hassan II.

Rachid lo miró con extrañeza.

—Allí está el Palacio Real. Ir allí es como salir en un anuncio. Mañana, toda Ceuta sabrá que hemos estado con él.

El Camaleón encendió un cigarrillo con deliberada calma.

—Estarán en una mesa y nosotros en otra. Al cabo de un rato nos levantaremos y nos iremos al zoco. Ellos vendrán detrás. Allí podremos hablar.

—¿Ellos? ¿Va a ir más de uno?

—Se ha empeñado en ir con un amigo.

—Joder, como si no fuese ya bastante chungo quedar con un solo guardia civil.

—No hay otra. Ese tío es la única forma segura de pasar el polvo a la Península.

Rachid llenó un vaso de zumo de naranja, se lo bebió sin respirar y lo dejó encima de la mesa.

—¿A qué hora quieres que salgamos?

El Camaleón tiró el cigarrillo en el vaso de zumo; la colilla se extinguió con un siseo.

—Ya —dijo al tiempo que se ponía en pie.

Rachid abrió mucho los ojos con incredulidad.

—¡Pero, cabrón, si son las diez y media de la mañana y has quedado por la tarde!

—Hay mucho tráfico en la frontera. Venga, ponte los zapatos y tira.

—Espera, que tengo que cambiarme.

El Camaleón volvió a sentarse.

—Eres más coqueto que una novia —bufó.

14

El Saharaui dejó sus zapatos en la puerta de la mezquita, junto a los de los demás fieles. Cuando terminó la oración del mediodía y fue a recogerlos, encontró una nota en su interior. Sin sacarla, se calzó y se montó en el coche. Cerca de su oficina, aparcó en una calle poco concurrida, extrajo el papel y lo leyó. Contenía una serie de números que no parecían guardar relación entre sí. Dobló el mensaje, lo ocultó en el dobladillo del pantalón y arrancó. Había recorrido una treintena de metros cuando un ciclomotor salió de entre dos coches aparcados y comenzó a seguirlo.

Como cada día, el arqueólogo estaba esperándolo a la puerta de su despacho. Tenía las manos vacías y el semblante sombrío.

—Han destruido dos yacimientos. Lo poco que no se han llevado lo han dejado hecho añicos.

—¿Quién ha sido?

—Buscadores de tesoros. Han picado en varias tumbas.

Mientras se despojaba de la funda sobaquera y la colgaba del respaldo de su silla, el Saharaui dio una voz a su secretario. El pelirrojo de dientes saltones apareció enseguida con una libreta y un bolígrafo en las manos.

—¿Hay noticias sobre el mosaico?

El chico blandió el cuaderno; una sonrisa de entusiasmo le iluminaba la cara.

—Unos rusos dicen que están dispuestos a pagar los cinco millones, pero quieren verlo antes personalmente.

—Lógico.

—Hay varias ofertas más, pero son a la baja.

—¿Cuánto?

—La más alta es de un millón.

El Saharaui apoyó un brazo en el respaldo de la silla y se tironeó de la barba. Miraba sin ver una esquina de la mesa.

—Dales largas —dijo al fin—. Si nos fallan los rusos, se lo colocamos a ellos. —Se sentó en el borde de su mesa y se frotó la cara con las manos. Tenía grandes bolsas oscuras bajo los ojos, surcados por una red de capilares rojos—. Esos rusos, ¿sabemos quiénes son?

—Los hemos investigado. Aparecen como una empresa de importación y exportación: la típica sociedad pantalla para ocultar la identidad del comprador real.

—¿Te han dicho cuándo estarían dispuestos a venir?

—Dicen que estarán listos en cuanto los llamemos, *inshalá*.

El Saharaui se volvió hacia el arqueólogo.

—¿Les podemos decir que vengan ya?

—Cuando tú digas —dijo con pesadumbre.

—Bien, lo hablaré con el Mauritano. —El Saharaui se dirigió al secretario—. Gracias, Chej.

Rodeó la mesa y observó el mapa clavado con chinchetas en la pared.

—¿Dónde han sido los saqueos?

El arqueólogo se acercó y señaló dos puntos con el índice.

—Aquí y aquí. Está todo destrozado. —Su voz estaba empañada por la emoción—. No hemos podido salvar ni una tablilla.

—¿Qué se han llevado?

—Es imposible decirlo, porque esos dos yacimientos no habían sido excavados.

—¿Cómo?

—Había rumores de que existían, pero no habíamos comenzado a trabajar en ellos. Hay muchos lugares así en la zona.

—Hablaré con la policía. Tal vez la gente de los alrededores haya visto algo...

—Eso si no ha sido esa misma gente la que lo ha hecho.

El Saharaui se dejó caer en su silla.

—¿Algo más? —preguntó mientras abría una de las carpetas que descansaban en su mesa.

—¿Puedo pedirte que reconsideres la venta del mosaico?

El Saharaui cerró la carpeta de golpe y dio un puñetazo en la mesa.

—¡No me vengas otra vez con esa historia! —tenía la cara desfigurada por la ira—. ¡Vete de aquí antes de que me enfade!

El arqueólogo bajó la cabeza.

—Perdona si te he molestado —musitó.

Abatido, abandonó el despacho. Los hombres que trabajaban en los escritorios lo observaron de reojo cuando cruzó el pasillo y se dirigió a la salida con rostro fúnebre.

El Saharaui comenzó a leer y a firmar varios documentos apilados en una bandeja verde y a dejarlos en otra bandeja roja. De repente, algo llamó su atención. Usando el índice y el pulgar como una pinza, extrajo de entre dos folios un largo cabello. Lo miró a la luz: sin duda era rojo. Con la mano libre, abrió un cajón lateral, sacó un sobre e introdujo el cabello en él, lo cerró y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Se levantó y se acercó a la ventana. Durante un rato miró a través del cristal con la vista perdida.

Unos golpecitos en la puerta reclamaron su atención. Se volvió y vio al muchacho pelirrojo en el umbral.

—Se me había olvidado —dijo Chej con gesto contrito—. El secretario del Mauritano preguntó por ti hace media hora. Dijo que Abu Lamín quería verte.

El Saharaui volvió a frotarse la cara y salió del despacho. Fue hasta el final del pasillo y se acercó a un hombre que trasegaba unos papeles en su mesa.

—¿Está libre ahora? —le preguntó al tiempo que, con un movimiento de cabeza, señalaba la puerta de doble hoja situada a la espalda del otro.

El hombre consultó su reloj de pulsera y le hizo un gesto con la mano para que esperara. Se levantó, entreabrió la puerta e introdujo la cabeza. No se oyó ni una palabra de lo que dijo. Enseguida se volvió, abrió la puerta del todo y le indicó que

entrara.

El Mauritano cerró una libreta verde que ponía: DONANTES (2) y dejó el bolígrafo encima. Echó una rápida ojeada a su izquierda y se apresuró a entornar las puertas de las cajas fuertes. Entonces se repantingó en su nuevo sillón de cuero blanco y sus ojos se achinaron al mirar al Saharaui. Habló en tono neutro:

—El jefe de policía me ha dicho esta mañana: «Abu Lamín, uno de tus hombres dejó su Kaláshnikov al alcance de una esclava y ella se ha pegado un tiro.» Yo le he respondido: «Si fuera como dices, yo ya lo sabría.» A lo que él ha respondido: «A lo mejor tu hombre teme informarte.»

El Saharaui asintió y humilló la cabeza:

—Te pido disculpas por no haberte avisado antes. La esclava que me regalaste se pegó ayer un tiro con mi propia arma, y mi guardaespaldas ha reventado a la otra esclava, la niña de nueve años.

El Mauritano no movió un músculo.

—¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente?

El Saharaui se llevó las manos a la cabeza para mostrar su aturdimiento.

—Te pido perdón.

El Mauritano cambió de postura y el cuero de su asiento crujió.

—El jefe de policía también me dijo: «Abu Lamín, ese hombre tuyo está acusando a su guardaespaldas de haber violado a las esclavas, pero el guardaespaldas es un buen musulmán y ayer mismo volvió al frente para luchar contra los impíos. ¿Qué significan un par de esclavas frente a ese sacrificio?» Y yo le respondí: «Si es como dices, ese hombre renunciará a sus acusaciones.»

—Desde luego —el Saharaui asintió con firmeza—. Mi cordura estaba dormida y mi pasión despierta. No tengo nada que reprocharle a mi antiguo guardaespaldas.

El Mauritano aprobó sus palabras con un movimiento de cabeza y su rostro se suavizó.

—Me alegra que pienses así —dijo—. Las esclavas son baratas, hay miles para elegir. En la próxima subasta te compraré una nueva, mucho más hermosa que la anterior. Y tal vez deberías pensar en casarte...

—Es una posibilidad —convino el Saharaui—, pero antes debo dejar resueltos varios asuntos que quería comentarte. Estoy negociando la venta de un mosaico por cinco millones de dólares...

Su jefe se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Tenía la mirada alerta.

—Cinco millones son mucho dinero.

—Los clientes son unos rusos que quieren verlo antes de cerrar el trato —prosiguió el Saharaui—. El director de arqueología afirma que se trata de un objeto muy delicado y aconseja que sean ellos quienes lo transporten desde aquí hasta Turquía, de modo que no puedan culparnos si sufre algún desperfecto. ¿Te parece bien que los invitemos?

—Por supuesto. Cuando tus camellas tengan leche, ordéñalas.

El Saharaui asintió.

—Estoy llevando ese negocio con ese chico de dientes prominentes... Chej, se llama. —Bajó el tono de voz—: Es saudí, ¿verdad?

—Eso me han dicho.

—¿Crees que es de confianza?

El Mauritano enarcó las cejas, perplejo.

—¿Por qué no iba a creerlo?

El Saharaui se encogió de hombros y se levantó de la silla.

—¿Hay algo que te haga sospechar...? —insistió el otro.

El Saharaui negó con la cabeza.

—Nada, supongo...

—¿Qué ha ocurrido? —el Mauritano estaba ahora muy serio.

—El otro día lo sorprendí mirando unos papeles en mi despacho. No eran nada importante, la verdad, pero se sobresaltó cuando entré...

—Vigíalo. —La voz de Abu Lamín se había transformado de repente en un látigo—. Ponlo a prueba. —El rostro afable se había afilado como el de un halcón—. Apártalo del negocio de los rusos, córtale el acceso a los temas importantes hasta que te asegures...

El Saharaui asintió con aire preocupado.

—Descuida. Lo haré —dijo a modo de despedida.

Fue a su despacho, recogió su pistola y comprobó que el papel con el mensaje seguía en el dobladillo de su pantalón. Llamó a Chej.

—Voy a comer algo —le dijo—. Volveré después de la oración.

Cuando salió a la calle, un joven que descansaba en cuclillas a la sombra de un muro se puso en pie, se montó en un ciclomotor y lo arrancó.

15

Malika caminaba por el centro de la ciudad en compañía de la marroquí y de otra mujer de la brigada Jansa. A izquierda y derecha había edificios destruidos. Eran esas horas del día que transcurren entre la oración de la tarde y la del ocaso, en las que todo parece visto a través de un cristal de color ámbar.

—¿Tú también eres de Marruecos? —le preguntó Malika a su nueva compañera.

—De Túnez —respondió ella. Tenía la voz atiplada y sus ojos sonreían con frecuencia.

—¿No me preguntabas el otro día por las mujeres de los emires? —intervino la marroquí—. Pues aquí tienes a una.

Malika se volvió rápidamente hacia la tunecina.

—¿Estás casada con un emir?

—Sí, gracias a Alá.

—¿De qué es emir?

—Trabaja en la seguridad del califato. —La voz de la tunecina bajó dos tonos y sus ojos dejaron de sonreír.

—¡En la seguridad del califato! —exclamó Malika con admiración—. Eso es muy importante.

La tunecina asintió con la cabeza.

—¿Trabaja con el Jordano?

—No sé... —La tunecina parecía incómoda.

—Me encantaría conocerlo, pero sobre todo me gustaría conocer a mi señor el califa. ¿Vive cerca? —preguntó Malika.

—Aquí no —respondió la tunecina—. Dicen que en Mosul...

—Nadie sabe dónde vive —la interrumpió la marroquí—. ¿Por qué te interesa?

—Porque es nuestro líder —repuso Malika—. Por admiración y por curiosidad.

—Guárdate tu admiración y tu curiosidad y concéntrate en tu tarea. Mira. —La marroquí señaló a tres mujeres que caminaban hacia ellas y se interpuso en su camino—. Que la paz sea con vosotras, hermanas —las saludó con su áspera voz—. En primer lugar —le dijo a la que iba en el centro—, cambia la tela del velo por otra más gruesa. En segundo lugar, no te subas el niqab, porque se ve lo que llevas debajo.

La mujer asintió repetidamente con la cabeza y respondió con un leve tartamudeo:

—M-muchas gracias. Lo siento m-mucho, no me había dado cuenta. En c-cuanto llegue a casa m-me cambio.

—Que Alá nos proteja.

Cuando se alejaron unos pasos, la marroquí le explicó a Malika:

—Al principio nuestro trabajo era muy fácil, porque las costumbres estaban muy relajadas. Pero ahora es más difícil. Debes prestar atención a los detalles. ¡Mira a esas dos que vienen de frente! ¡La de la izquierda!

—¿Qué le pasa? —preguntó Malika.

La marroquí cerró el paso a las dos mujeres.

—Que la paz sea con vosotras, hermanas. —Señaló a la de la izquierda—. Bájate el niqab porque se te ven las cejas.

La mujer recompuso su atuendo y murmuró una apurada disculpa.

—Que Alá nos proteja —dijo la marroquí. Luego se volvió hacia Malika—: ¿Ves? Hay que fijarse en los detalles para mantener la moral. Cuando llegamos a Raqa era muy sencillo.

—¿Por qué?

—Había muchas costumbres que ofendían a Alá. Un día vimos a una mujer dándole el pecho a su hijo en un parque, a la vista de todos...

—¿Y qué hicisteis?

—¡Tenía un pecho al aire! La llevamos a nuestra casa, la desnudamos y le pusimos ratoneras en los pezones. ¡Clac, clac! ¡Cómo chillaba! No creo que haya vuelto a hacerlo —rió con sorna.

—Esa mujer debía de estar loca. Ahora nadie se atrevería a hacer algo así.

—No, pero hay que observar con atención. Si nos despistamos, todas éstas — señaló alrededor— acabarán burlando las normas. ¡Mira lo que ha pasado en Irán! Al comienzo de su revolución, todas las mujeres iban cubiertas, pero ahora el hiyab sólo les tapa la mitad de la cabeza; lo usan como adorno.

Dos adolescentes las adelantaron corriendo. La marroquí ni siquiera los miró.

—También debes fijarte en las mujeres muy altas o fuertes, por si bajo el niqab se esconde un varón. Algunas veces nuestros enemigos se han infiltrado así en las ciudades.

Varios grupos de hombres se apresuraron a cruzar la calle.

—¿Adónde va corriendo toda esa gente? —preguntó Malika.

—Ahí delante hay un parque —dijo la tunecina—. Debe de haber una ejecución. Vamos, daos prisa o no llegaremos a tiempo.

Apretaron el paso hasta que desembocaron en un pequeño descampado adornado con algunos arbustos polvorientos. Entre la multitud alcanzaron a ver a dos hombres arrodillados, con las manos atadas a la espalda y las cabezas cubiertas por sacos de arpillera. Desde donde ellas estaban no podían oír lo que decían, pero sí distinguir el tono suplicante de sus palabras. Los mirones los contemplaban con curiosidad.

Dos individuos con los rostros ocultos por verdugos negros se situaron a la espalda de los que estaban arrodillados. Uno llevaba pantalones de camuflaje y chaleco militar; el otro iba vestido de civil. Todavía se demoraron un poco antes de disparar. Finalmente, extendieron los brazos y abrieron fuego al mismo tiempo. Cuando sus víctimas cayeron de bruces, siguieron disparando sobre ellas hasta vaciar los cargadores. La multitud empezó a disolverse, levantando una pequeña polvareda.

—¿Regaliz? ¿Quieres regaliz? —le ofreció a Malika un niño que empujaba un carrito.

16

Rachid y el Camaleón estaban sentados ante sendas Coca-Colas en el Happy Journey Cafe. Habían dejado el coche en un aparcamiento al aire libre. A su alrededor sólo había un par de mesas ocupadas por turistas; en otra, un grupo de adolescentes hablaba y reía ruidosamente. Rachid, vestido con una camiseta y unas bermudas negras de Adidas y unas zapatillas blancas de Nike, repasaba los mensajes de su móvil.

—Hay dos de China, uno de Rusia, tres de Líbano, uno de Jordania...

—Envíaselos al Cojo y bórralos. Cuanto antes lo hagas, mejor.

El Camaleón se había puesto unas gafas de sol tras las cuales escrutaba el local. Movía nerviosamente una pierna y trasladaba ese movimiento a la mesa, lo que hacía temblar la superficie de la Coca-Cola en los vasos.

Rachid guardó el teléfono.

—¿Cómo lo hacemos?

—Tú déjame hablar a mí. No digas ni media palabra.

—O sea, que sólo me has traído de guardaespaldas. —Se puso las gafas de sol, cruzó los brazos y mantuvo el rostro inexpresivo—. Me pongo así detrás de ti...

—Ahí vienen.

Rachid se giró rápidamente. Cuando volvió a mirar a su amigo, su cara había cambiado.

—Conozco a uno de ellos —le dijo—. Me lo presentaron ayer en Nouveau.

—¿Qué?

—Es el novio o el ligue de una amiga de mi hermana, una amiga de cuando estudiaba bachillerato.

—¿El del bigote de morsa?

—El mismo.

—Joder.

El Camaleón alzó la mano para llamar la atención del camarero y le pidió la cuenta.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Rachid—. De espaldas no veo nada.

—Acaban de servirles dos cafés con leche. En cuanto les den un par de sorbos, nos levantamos y salimos a la calle.

—¿No vas a esperar a que se los acaben?

Una de las adolescentes, una chica morena con una larga cabellera rizada, se levantó y pasó contoneándose junto a ellos, camino del servicio. Rachid la miró apreciativamente, pero el Camaleón le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Joder! —exclamó Rachid mientras se frotaba la espinilla. Sólo he mirado, no te pongas celoso.

El Camaleón no contestó. Estaba muy serio. Su tensión era visible en las mandíbulas apretadas y en los hombros rígidos. Con una uña raspaba el logotipo de la botella de Coca-Cola. Al cabo de cinco minutos se levantó de golpe.

—Vamos.

Rachid obedeció y ambos salieron al sofocante calor. Los almuédanos llamaban a la oración del mediodía, pero ellos no les hicieron el menor caso. El Camaleón encendió un cigarrillo y se quedó de espaldas a la entrada del café.

—Avísame cuando salgan —dijo.

—Hace un buen día para ir a la playa. ¿Por qué no les decimos: «Chicos, vamos al agua y hablamos mientras jugamos con las olas»?

—¿No puedes dejar de decir gilipolleces?

—Alguien tiene que relajar el ambiente. Por cierto, acaban de salir.

El Camaleón arrojó el cigarrillo a la acera.

—Vamos —dijo.

Cruzó la calle y echó a andar hacia la medina. Rachid fue tras él.

—No es por joder el ambiente —dijo—, pero esos dos tíos llevan riñoneras. Y juraría que dentro de ellas hay un par de pistolas.

17

El Saharaui abrió su ejemplar del Corán y buscó las aleyas que se correspondían con las cifras del mensaje que habían dejado en su zapato. En un papel fue anotando la primera letra de cada uno de los versículos. Había dos líneas de números; una vez descifrada, la primera decía: «¿Habéis tenido una avería?», y la segunda: «Se nos estropeó el reloj.» Repitió varias veces ambas frases en voz baja con los ojos cerrados y presionándose las sienes con los índices. Abrió los ojos, sacó un mechero de la gaveta de una de las mesillas, fue al cuarto de baño y quemó ambos papeles en el retrete. Tiró de la cisterna, pero no tenía agua, así que orinó encima de ellos para deshacerlos.

Se dirigió al salón y se detuvo en la puerta: el sillón dorado estaba teñido de sangre oscura; había más sangre en el suelo y salpicaduras en las paredes y en el techo. Su Kaláshnikov, apoyado contra la pared, estaba cubierto por una costra negra.

Iba a entrar en la cocina cuando oyó un trino: el canario estaba posado en el respaldo de una de las sillas de plástico de la terraza y lo miraba ora con el ojo izquierdo, ora con el derecho.

—Has decidido quedarte —le dijo.

Introdujo la mano en la jaula, sacó los recipientes del agua y del alpiste y los dejó junto a la puerta abierta. El pájaro dio un saltito, pero no abandonó el respaldo.

—Tú verás lo que haces.

Fue a la cocina y buscó algo que comer. En la nevera apagada halló varios yogures y un cuenco con aceitunas arrugadas. También había un par de manzanas y un tetrabrik de zumo. Lavó las manzanas con el agua que Muna había dejado en un cubo junto al fregadero y se sentó a almorzar en silencio.

Cuando terminó, recogió del suelo la manta en la que había dormido la noche anterior, la dobló mecánicamente y la colocó en una silla. Tiró las mondas de las manzanas, los huesos de las aceitunas y el tetrabrik vacío en una caja de cartón. Mientras lo hacía, repetía en voz baja:

—«¿Habéis tenido una avería? Se nos estropeó el reloj.»

Se sentó ante la mesa, sacó el sobre del bolsillo de su camisa, comprobó que el cabello rojo seguía en él y volvió a guardarlo. Durante un rato permaneció absorto dándose pequeños tirones de la barba. Los almuédanos comenzaron a llamar a la oración de la tarde, pero no les prestó atención.

Inspiró hondo, se levantó, fue a la cocina y cogió un trapo deshilachado que hacía las veces de paño para todo. Se dirigió al dormitorio y se arrodilló junto a la maceta del ficus. Sólo le hizo falta escarbar un poco para que apareciera una esquina de la bolsa

que contenía el teléfono móvil. La abrió, extrajo el aparato, lo envolvió en el trapo y se lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

Se enjugó el sudor de la cara con los faldones de la camisa y se acercó al armario. Pasó las yemas de los dedos por la parte trasera del mueble hasta que halló lo que buscaba. Rascó entonces con las uñas y retiró un esparadrapo en el que estaban pegadas una llave de tensión y una ganzúa. Se las guardó en el bolsillo izquierdo.

Fue al baño y se lavó las manos y la cara. Luego consultó su reloj de plástico y observó la calle tras los visillos. Cuando se llenó de hombres que habían terminado el rezo, respiró hondo y salió de la casa.

Media hora más tarde llegó al Departamento. Subió las escaleras y pasó ante el despacho del Mauritano. La puerta de doble hoja estaba cerrada y la mesa del secretario, recogida. Entró en su oficina y llamó a Chej. El sonriente muchacho pelirrojo apareció enseguida con su libreta y su bolígrafo en las manos.

—No hace falta que tomes nota. —El Saharaui hizo un gesto para que apartara la libreta—. Quiero que vayas a hablar con el director de arqueología y que prepares un informe sobre dos yacimientos que han sido saqueados. —Se acercó al mapa y trazó un círculo con el dedo—. Ha ocurrido en esta zona.

—¿Debo visitarlos?

—Hoy no. Debes entregarme el informe a las seis de la mañana.

El muchacho abrió los ojos con sorpresa.

—¿Mañana? ¿Tan temprano?

El Saharaui asintió.

—Si yo no estuviera, se lo dejarías al Mauritano encima de su escritorio. —Alzó un dedo ante la cara del chico—. Pero recuerda, se lo dejas a las seis de la mañana, no más tarde. Cuando él llegue, debe tenerlo en su escritorio.

El chico asintió varias veces.

—¿No estará cerrado el despacho?

—Suele estar abierto. Entras y lo dejas encima del escritorio —insistió el Saharaui con rostro severo—. Inmediatamente después te vas a los yacimientos y haces un segundo informe, sobre el terreno. Procura sacar fotografías. ¿Tienes cámara de fotos?

—No. —Chej se ruborizó—. Tengo un teléfono móvil, ¡aunque sin tarjeta SIM! Pero la cámara de fotos funciona.

—Llévatelo y saca cuantas fotos puedas. ¿Alguna duda?

—¿Puedo ir ya a hablar con el arqueólogo?

—No sé a qué estás esperando.

18

Lo primero que hizo Malika cuando volvieron a la casa de huéspedes fue dirigirse a la habitación que Alia compartía con una nigeriana, una chechena y una alemana. Era un cuarto con dos literas a cada lado y un ventanuco situado casi a la altura del techo, por el que entraba la luz de la tarde. Las camas estaban hechas, pero el aire tenía un fuerte olor a rancio.

La muchacha estaba sentada en el borde de su catre con las manos cruzadas en el regazo, la cabeza inclinada y la mirada perdida.

—¿Qué haces aquí encerrada? —le preguntó Malika—. ¿No sales a patrullar con las demás?

Alia levantó la vista y la miró con tristeza.

—Llevan toda la mañana buscándome un marido. —La cara se le descompuso y rompió a llorar.

Malika se quitó el velo, se sentó a su lado y la abrazó.

—Echo mucho de menos a Yusef —gimió Alia—. Preferiría ser yo la muerta.

—Estar triste no te devolverá el pasado —susurró Malika—. Hay montones de jóvenes guerreros que estarían encantados de llenarte de hijos y hacerte feliz. No puedes encerrarte en ti misma, no puedes negarles una oportunidad.

—Es que Yusef lo ocupa todo aquí. —Alia se tocó el corazón—. Y aquí. —Se llevó la mano a la cabeza.

—El tiempo aligerará ese peso y lo convertirá en un hermoso recuerdo.

La muchacha se pasó el dorso de las manos por los ojos enrojecidos.

—Hay un hombre mayor que quiere casarse conmigo.

Malika suspiró.

—¿Quién?

La chica se encogió de hombros.

—No sé cómo se llama, no han querido decírmelo.

—¿Has visto alguna foto suya?

—No, de ése no han querido enseñarme ninguna.

Hubo un instante de silencio. Después Malika dijo:

—Antes los reyes se casaban sin conocerse.

—Seguro que no me la enseñan porque es un viejo repelente —se quejó Alia.

—Algo han debido decirte, además de que es mayor —insistió Malika.

—Sólo que es muy importante.

Malika entornó los ojos y permaneció callada unos instantes. Abrazó a Alia más

fuerte y, cuando habló, su voz sonó alterada:

—Quiero que me prometas una cosa —le dijo—: que, nos casemos con quien nos casemos, siempre seguiremos siendo amigas y nos veremos al menos un día a la semana.

—Vale. —La muchacha suspiró—. ¿A ti no te están buscando un marido?

—No me han dicho nada —respondió Malika con aire ausente.

Permanecieron un rato más abrazadas en silencio. Un pájaro amarillo se posó en el ventanuco y comenzó a limpiarse el plumaje con el pico. Malika lo miró sin verlo. De repente, cayó sobre él un gato. Era un ejemplar grande y atigrado. El pájaro se agitó, desesperado, pero el gato lo había apresado con la boca y lo zarandeaba de un lado a otro. Lo dejó en el suelo y lo sujetó con una pata, mientras le daba zarpazos con la otra. El pájaro dejó de moverse enseguida. El gato comenzó entonces a jugar con él. Su sombra se proyectaba en la pared de la habitación. Malika lo miraba, pero Alia no podía verlo porque estaba de espaldas.

—Lo que te he dicho antes era en serio —insistió Malika con voz severa—. Júrame que no te irás de aquí sin decirme adónde y que no permitirás que nos mantengan separadas más de una semana.

—Lo juro por Alá.

—Yo también lo juro por Alá.

El gato desapareció del alféizar.

19

El guardia civil agitó una mano para espantar las avispas que se posaban en el borde de su vaso de té verde. Era alto y llevaba el pelo cortado a cepillo. Su compañero, el del bigote de herradura, miraba fijamente a Rachid.

—No hace falta que te enseñe lo que llevamos en las riñoneras, ¿verdad? —El alto esbozó una sonrisa que más parecía una mueca—. Como me huelo algo raro, te pego un tiro.

—No hay nada raro. Si queréis ir a otro sitio...

Estaban en el interior de un oscuro cafetín situado en una calle sin salida. Los demás clientes eran todos marroquíes y se hallaban sentados fuera, bajo un emparrado. El camarero entraba y salía, apresurado y sudoroso, llevando y trayendo vasos en una bandeja.

El guardia apartó su té y las avispas se fueron tras el vaso; señaló al Camaleón con la barbilla.

—¿Cuánto quieres pasar?

—Tres kilos. Irán en un camión de mudanzas, metidos en botes de pegamento industrial. Si no les echáis el perro encima, no habrá problemas para salir del puerto de Algeciras.

El guardia miró a su compañero, que asintió.

—¿Cuándo sería?

—Antes de fin de mes.

—Necesito la fecha y la hora exactas para ajustar nuestros turnos.

—Estamos en ello. En un par de días los tienes.

El guardia tamborileó con los dedos en la mesa.

—Cuánto.

El Camaleón encendió un cigarrillo y dejó la cajetilla y el mechero en la mesa.

—Tres mil.

El del bigote de herradura sonrió y meneó la cabeza como si hubiera oído un mal chiste. El otro puso los codos sobre la mesa y cruzó las manos bajo la barbilla. Miró fijamente al Camaleón.

—Diez —dijo.

—Imposible —respondió el joven—. Es muy poco polvo, me saldría a pagar.

—Tres kilos son cien mil euros, tirando por lo bajo —dijo el del bigote.

—No vamos a hacerlo por menos de diez —insistió su compañero.

El Camaleón dejó caer el cigarrillo en el suelo y lo pisó.

—Echa tú mismo la cuenta —explicó—. Los tres kilos de polvo me han costado cuarenta y cinco mil euros, que he tenido que pedir prestados. Además, tengo que pagaros a vosotros y a los del camión de mudanzas. Después de devolver el préstamo me quedarán, con suerte, cuarenta mil limpios, lo justo para comprar otros dos kilos y medio o tres.

—Me importan una mierda tus cuentas. Quiero diez.

El Camaleón encendió otro cigarrillo.

—Deberían importarte —prosiguió sin alterarse—, así podrías ir a porcentaje. Te estoy explicando que voy a emplear todos los beneficios en comprar más polvo. La próxima vez os pagaré diez mil, pero ahora no puedo. Pensad en que si esto sale bien vamos a ganar mucha pasta.

—Diez.

Rachid hizo ademán de levantarse.

—Vámonos, tío —le dijo a su amigo—. Vámonos de aquí. Hay otras formas de hacerlo.

—¿De verdad crees que hay otras formas? —el guardia dirigió una mirada burlona a Rachid.

—Tiene razón —dijo el Camaleón—. Si te doy diez, me sale más a cuenta enviar la mercancía con culeros, aunque pierdan parte por el camino.

—Nueve.

—Cuatro.

—Ocho.

—Cinco, y no puedo subir más.

—Siete.

—No puedo subir más. Cinco son más del diez por ciento de los beneficios.

El guardia miraba fijamente al Camaleón; tenía el rostro tenso y su boca parecía cortada a cuchillo. Una avispa se posó en su cabeza. Su compañero intervino:

—Dale una oportunidad al muchacho, hombre.

El otro meneó la cabeza con fastidio.

—Cinco y el diez por ciento de todos los alijos en el futuro —dijo.

El Camaleón le tendió la mano.

—Hecho.

—Sin jugarretas. Si yo acabo en la trena, tengo varios amigos que estarán encantados de meterte un par de balas en la cabeza.

—Yo soy uno de ellos —avisó su compañero.

El camarero se acercó a la mesa y señaló los vasos casi llenos.

—¿No les gusta el té?

—Demasiadas avispas —dijo el del bigote.

El camarero asintió:

—Hay que beberlo rápido; si no, se lo beben las avispas. ¿Les traigo otros cuatro?

—No, gracias —dijo el del pelo a cepillo—. Dele la cuenta a este señor. —Señaló al Camaleón.

—Veinte dírhams.

Rachid se adelantó a su amigo y le entregó dos euros al hombre.

Los guardias se pusieron en pie. Mientras se ajustaban las riñoneras, el alto apuntó

con el dedo al Camaleón.

—Espero tu llamada.

Salieron del cafetín haciendo oscilar el cuerpo al andar. Ya en la calle, se pusieron las gafas de sol y se alejaron.

—Menudo par de hijos de puta —murmuró Rachid—. ¿De verdad les vamos a pagar el diez por ciento?

El Camaleón encendió un cigarrillo y exhaló el humo antes de responder.

—Sólo mientras no supere los cinco mil euros.

—¿Y después?

—¿Después? Después ya veremos.

20

El Saharaui permaneció recluido en su despacho pasando las hojas de los mismos expedientes que había firmado por la mañana. La mayoría trataban sobre la llegada de los veinte mil uniformes al puerto de Mersin. Los repasó una y otra vez hasta que los almuédanos llamaron a la oración del ocaso. Ésa era la señal que esperaban los dos jóvenes que aún quedaban en la oficina: se apresuraron a recoger sus cosas y corrieron escaleras abajo. La planta quedó vacía.

El Saharaui salió de su despacho e inspeccionó las demás dependencias. Sólo cuando se hubo cerciorado de que en ellas no quedaba nadie se dirigió a la puerta del Mauritano. Hasta él llegaban, desde el piso de abajo, los rezos de los guardias del edificio.

Era una cerradura de cilindro. Introdujo la llave de tensión en la ranura y aplicó una ligera presión al tiempo que manipulaba el mecanismo interior con la ganzúa. En menos de un minuto lo había desbloqueado. Giró la llave hacia la derecha y la puerta se abrió suavemente. Entró en el despacho y cerró con cuidado.

Fue directamente a las cajas fuertes apiladas junto a la mesa. Eran iguales, con un teclado en el lado derecho, una cerradura oculta para la llave maestra en el centro y un picaporte a la izquierda.

Sacó el trapo que llevaba en el bolsillo y envolvió con él el fragmento de granada que el Mauritano había colocado en una esquina de su escritorio. Se arrodilló e intentó girar el picaporte de la caja que estaba situada más abajo: tenía medio centímetro de holgura, no más. Lo volvió a girar con la mano izquierda, tirando de él hacia fuera, al tiempo que con la derecha descargaba el proyectil de hierro sobre el marco superior de la puerta.

El cofre no se abrió.

El Saharaui aguzó el oído. Pudo percibir, amortiguados, los rezos en la planta baja. Se enjugó el sudor del rostro con la manga de la camisa. Tiró del picaporte y golpeó otra vez la granada contra el filo de la puerta.

La caja fuerte siguió incólume.

Escuchó otra vez: la oración estaba llegando a su fin. Alzó la granada sobre su cabeza y la descargó con desesperación al tiempo que, con la otra mano, tiraba del picaporte.

La puerta cedió.

El Saharaui respiraba agitadamente. Se envolvió la mano en el paño, la introdujo rápidamente en el cofre y sacó los cuatro cuadernos escolares con las listas de donantes. Eligió el titulado: DONANTES (1) y lo abrió por la primera página. De rodillas

en la alfombra, cuadró la imagen en la pantalla del móvil y pulsó el disparador. El flash estalló en la penumbra como un pequeño relámpago.

Hacia ya veinte minutos que había finalizado la oración cuando fotografió la última hoja del cuarto cuaderno, la más reciente. Sacó entonces el sobre de su camisa y, a la luz de su móvil, extrajo con cuidado el cabello rojo. Lo extendió sobre la página y cerró el cuaderno. Guardó los cuatro en la caja fuerte, entornó la puerta de acero y limpió las huellas con el trapo. También devolvió a su lugar el fragmento de proyectil.

Se aproximó a la puerta y la entreabrió con sigilo. El sol se había puesto y el pasillo estaba sumido en la oscuridad. Sólo al final se veía el resplandor de la luna que entraba por una ventana.

Salió del despacho del Mauritano y dejó la puerta entreabierta. En el piso de abajo, un guardia tosió y dijo algo. Otra voz le respondió.

El Saharaui avanzó de puntillas por el pasillo. Cuando llegó a la altura de la mesa de Chej, limpió la llave y la ganzúa con la camisa y las dejó caer en el suelo.

Entró en su oficina y respiró hondo. El sudor le había pegado la camisa al cuerpo. Comprobó que el teléfono estaba bien envuelto en su bolsillo, se colocó la funda sobaquera, salió y cerró la puerta con llave.

Lentamente, se asomó a la escalera. Una sola vela iluminaba el vestíbulo. Junto a ella se encontraba uno de los guardianes, tumbado en un sofá. La llama se reflejaba en el cañón del Kaláshnikov que tenía a su lado. Otro guardián se hallaba apoyado en el marco de la puerta de la calle, con su arma en bandolera y mirando hacia el exterior. No parecía haber más.

El Saharaui se sentó en el suelo y espió, protegido por la barandilla de la escalera. Durante cinco minutos no sucedió nada. Entonces el guardia que estaba en el sofá se levantó, cogió su fusil y fue hacia su compañero.

—Se está más fresco fuera que dentro —comentó en un inglés rudimentario.

—Hay estrellas fugaces —dijo el otro.

—¿Qué?

—Estrellas fugaces —repitió.

Ambos descendieron los escalones que daban al pequeño y polvoriento jardín.

—Estrellas fugaces —volvió a decir el miliciano—. ¿En Chechenia no hay estrellas fugaces?

El Saharaui descendió la escalera rápidamente. Iba encorvado y llevaba los zapatos en la mano para evitar hacer el menor ruido. Torció a la derecha, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Olía a cañería sucia. La luz de la luna que entraba por la ventana abierta al jardín dejaba ver un lavabo, un retrete y una ducha de plato en la que había un balde con agua y un cazo. En una esquina, tras la puerta, se amontonaban varias escobas, cubos y recogedores. Hecho un ovillo, se ocultó tras ellos.

Los almuédanos llamaron a la oración de la noche media hora más tarde. Casi inmediatamente se abrió la puerta del baño y uno de los guardianes entró para hacer sus abluciones. Su compañero lo iluminó desde el umbral con una linterna mientras él se lavaba, inclinado sobre la ducha, con la ayuda del cazo. Cuando terminó, salió, tomó la lámpara y alumbró a su compañero mientras éste se aseaba para el rezo.

El Saharaui no se movió en el momento en que abandonaron el baño: esperó hasta que los oyó orar en el vestíbulo. Apartó entonces uno a uno los útiles de limpieza y

abandonó su escondite. Se acercó a la ventana muy despacio, se colocó a horcajadas sobre el alféizar y salió al jardín. Se puso los zapatos, dio unos pasos y asomó la cabeza por la puerta del chalé para comprobar que los dos guardias se hallaban de espaldas a él, mirando en dirección a La Meca.

Echó un vistazo a la cancela que separaba el jardín de la calle: era de metal y estaba cerrada con un pasador. Se alejó hasta un extremo del muro pintado de negro, dio un pequeño salto y se aferró al borde. Se alzó a pulso y asomó la cabeza. La calle estaba desierta: todos los habitantes de la ciudad estaban rezando en sus casas o en las mezquitas. Trepó con agilidad y se descolgó del otro lado.

Su coche estaba aparcado en la primera bocacalle. Caminó hacia él a grandes zancadas, abrió la puerta y se encogió en el asiento. Cuando los vehículos comenzaron a circular, encendió el motor y se alejó conduciendo con mucha prudencia.

Nada más entrar en su casa y cerrar la puerta a sus espaldas, el Saharaui sacó su teléfono móvil del bolsillo. Apenas le quedaba un veinticinco por ciento de batería. Se sentó en el suelo y comenzó a enviar a «Papá» la lista de las setecientas cincuenta y dos personas de cuarenta y cuatro países que habían hecho donaciones al Estado Islámico.

21

—¡No! —exclamó Alia.

Las mujeres que estaban con ella hablaron a la vez:

—... un honor que no puedes...

—... le regaló un cinturón de explosivos...

—... más importante después de mi señor el califa...

La directora las interrumpió:

—Id a buscar a Malika, a ver si es que esta cría no entiende lo que le decimos. Creo que hoy le tocaba limpiar la cocina.

Malika apareció en la salita unos minutos más tarde. Olía a lejía y su cara sudorosa mostraba una expresión de desconcierto. Inmediatamente, Alia se levantó del sofá y corrió a abrazarla, sollozando. La directora las observó con disgusto.

—No sé si es sólo que no entiende bien el árabe o que se niega a obedecer —dijo con su fuerte acento inglés—. Dentro de media hora llegará un hombre muy importante para pedir su mano. No es un muyahidín cualquiera. Es muy muy importante. No se le puede desairar. Ella debe ir con nosotras a la sala grande para recibirlo.

Malika tomó la cara de Alia entre sus manos y la miró a los ojos.

—Viene un hombre muy importante para pedir tu mano —le dijo en español—. Quieren que vayas con ellas a recibirlo.

—No quiero casarme —respondió la muchacha entre hipidos.

Las otras mujeres, que no entendían lo que decían, estaban pendientes de sus gestos. Malika se volvió hacia la directora.

—¿Tienes alguna foto del pretendiente?

—¿Foto? ¡No existen fotos del Jordano, sería demasiado peligroso!

Los ojos de Malika se dilataron, pero logró controlar su emoción.

—No sé cómo es el Jordano —dijo con frialdad—. ¿Qué edad tiene?

—Eso no importa —replicó la directora—. El Jordano le hace un gran honor viniendo a pedir su mano. Podría haber ordenado que la lleváramos al juzgado de la sharía sin más.

—¿Pretendes convencerla de que se case con él y ni siquiera quieres revelarle la edad que tiene?

—Dile que tiene más de treinta y menos de cuarenta —repuso la otra secamente.

Malika se volvió hacia Alia y se sentó con ella en el canapé, cuidándose de que diera la espalda a las demás. Las lágrimas corrían por sus mejillas y empapaban el hiyab, atado bajo la barbilla.

—Nadie puede devolvete a Yusef —la voz de Malika sonaba persuasiva—. El hombre que va a venir es importante y no es un viejo, dicen que tiene poco más de treinta años...

—¡Eso es ser viejo! —la muchacha hizo un puchero.

—No, eso es ser un hombre joven, no un niño. Además, es un hombre importante, así que podrá protegerte y darte una buena vida. Recuerda el dicho: «Si no te toca lo que tú quieres, quiere lo que te toca.» —Le acarició la cara—. No llores, por favor. Yo te acompañaré a recibirlo y estaré a tu lado todo el tiempo. ¿De acuerdo?

—Malika... —dijo Alia con voz llorosa.

—Dime.

—¿Me prometes que nos vamos a ver todas las semanas?

—Por supuesto. Escúchame bien —le dijo mirándola fijamente a los ojos—. ¿Te acuerdas de lo que prometimos el otro día? ¿Que nos casáramos con quien nos casáramos, siempre seguiríamos siendo amigas? ¿Y que no nos iríamos de esta casa sin decirnos adónde íbamos, y que no permitiríamos que nos separaran más de una semana? Yo mantengo mi promesa. —Malika estrechó a Alia contra su pecho y le puso una mano sobre la cabeza en actitud protectora. Se dirigió en árabe a la directora—: Dice que sólo recibirá al pretendiente si voy con ella y que tenéis que decirle que quiere verme todas las semanas.

La mujer se levantó bruscamente.

—¡Hará lo que le ordene su marido! —Tenía la cara roja de ira—. ¡Esta niña está más consentida que la hijastra de un rey!

Por la ventana que daba al patio interior cubierto se asomó una joven muy alterada.

—¡Acaban de llegar tres coches!

La directora se colocó apresuradamente el velo mientras sus acólitas la imitaban.

—Ayúdala a ponerse el niqab —le ordenó a Malika.

—¿Qué le digo de lo que te ha pedido?

—Dile que sí. Puedes venir con nosotras.

—¿Y de lo otro?

—¿Qué otro?

—Verme cada semana.

—Eso lo tendrá que decidir su marido. ¿Cómo voy yo...?

—Quiere que tú se lo digas al pretendiente. Si él no está de acuerdo, ella...

—No podemos hacerlo esperar —dijo la directora muy nerviosa—, dile que sí a todo.

22

El Gato llevó a su primo a casa del Camaleón. Era un hombre corpulento: parecía capaz de reventar un melón apretándolo con una mano. Llevaba la cabeza rapada y la barba le llegaba hasta el pecho. De pie en el centro del salón, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Vaya jaima!

Se dejó caer en el sofá y la estructura crujió como si fuera a partirse. El Camaleón se sentó frente a él, de espaldas a la gran pantalla negra del televisor. Rachid, Mustafá, Hussein y el Gato se repartieron por los sillones y cojines de alrededor. Del interior de la casa llegaba una melodía latina.

—Tienes que colocar los botes al fondo, bien lejos de la puerta —le explicó el Camaleón—. Tú tranquilo, porque nadie te va a parar, y si lo hicieran tendrían que vaciar todo el camión antes de llegar a ellos, ¿comprendes?

—*Uaja*. ¿Y los perros de la aduana?

—Los restos de pegamento industrial despiden un olor tan fuerte que cogerán un buen colocón antes de dar con el polvo.

El grandullón asintió y echó una mirada de reojo al televisor.

—Cuando salgamos del puerto de Algeciras, ¿qué hacemos?

—Vais a donde tengáis que llevar los muebles.

—¿Aunque sea en Málaga o en Cádiz o...?

—Como si es en Barcelona. Nosotros estaremos esperándoos allí. Nos pasas los botes y te olvidas.

El tipo volvió a asentir, pensativo.

—¿Y qué les digo a los compañeros cuando me pregunten qué son?

—¿Cuántos van contigo en el camión?

—Normalmente voy yo solo o me acompaña uno, pero el jefe contrata a más en el punto de destino para que ayuden a descargar.

—Si vas solo, no hay problema. Quedamos en el camino de vuelta y nos das los botes. Si vas con otros, nos dejas abierta la puerta de atrás cuando os bajéis a tomar algo. Ya lo iremos viendo. Estaremos en contacto por el móvil.

El forzudo miró rápidamente el televisor y asintió de nuevo.

—¿Te gusta mi tele? —le preguntó el Camaleón con amabilidad.

El hombre sonrió.

—Es una Samsung —dijo con admiración.

—Ahora ha salido un modelo nuevo. —El Camaleón encendió un cigarrillo—. Con

los dos mil euros que vas a sacar de este viaje podrás comprártelo y aún te sobrará algo.

El teléfono de Rachid lo avisó con un pitido de que había entrado un mensaje. Lo sacó y comenzó a teclear. Enseguida sonó otro pitido y otro más. Alzó la vista y vio la mirada reprobadora de su amigo. Se levantó y salió del salón. Cuando volvió, al cabo de cinco minutos, el grandullón volvía asentir con la cabeza.

—Lo importante es saber la fecha y la hora lo antes posible, ¿comprendes? —le decía el Camaleón.

—¿Cuándo tienes la siguiente mudanza? —le preguntó el Gato.

—Creo que hay una el jueves de la semana que viene.

—Debes averiguar el día y la hora exactos a los que tenéis previsto coger el barco, ¿de acuerdo?

—Uaja.

El hombre se puso en pie con una agilidad sorprendente para su complexión.

—¿Cuándo me pagáis?

—Unos dos días después del viaje, en cuanto coloquemos la mercancía.

El calvo se rascó el cráneo como si le costara asimilar el dato.

—¿Hay trato? —le preguntó el Camaleón al tiempo que le tendía la mano.

El otro se la estrechó y luego hizo lo mismo con las de los demás.

El Gato lo acompañó hasta la salida. Al volver, preguntó:

—¿Qué os ha parecido?

—Parece buen tío —opinó Mustafá.

—Rachid —dijo el Camaleón irritado—, ¿puedes dejar de jugar con el teléfono un momento y decirnos qué te ha parecido el primo del Gato?

—Me ha parecido que le gustan las teles grandes —respondió con ironía—. Y no estoy jugando. Es el Cojo, que me está friendo a mensajes.

El Camaleón se acercó a mirar la pantalla sobre su hombro.

—¿Qué quiere?

—Que pongamos más cosas a la venta en Internet. Monedas y cacharros de barro.

—Levantó la vista—. Hussein, tenemos trabajo. Vamos a mi casa.

El joven de la cara de chivo bostezó y se estiró.

—Qué coñazo.

El calor empezaba a aflojar cuando salieron. Subieron por las empinadas cuestas del Príncipe hasta alcanzar la calle principal. Un grupo de niños pasó corriendo y gritando junto a ellos.

Hussein guiñó los ojos y miró hacia el otro lado de la calle.

—¿Aquella no es tu madre? —dijo.

La mujer no los había visto. Debía de volver de hacer la compra porque en cada mano llevaba una bolsa de nailon completamente llena. Avanzaba bamboleándose como el fiel de una balanza que no lograra estabilizarse.

Rachid ni siquiera se despidió de Hussein. Cruzó la calle a grandes zancadas y se inclinó para cogerle las bolsas, pero ella las retiró, enfadada.

—¡Quita de ahí! —le dijo—. No son las bolsas lo que me pesa, sino otra cosa que tú sabes muy bien.

—Por favor, déjame llevártelas —insistió él mientras caminaba a su lado.

—Con gusto llevaría un yunque en cada una de ellas si alguien me devolviera a mi hija. Pero tú estás muy ocupado con tus trapicheos para ir a recoger a tu hermana. Yo sé cómo va a acabar esto: con mi hija aplastada por una bomba y tú en la cárcel. —La voz se le quebró—. Y entonces yo me moriré de pena, que es la peor forma de morir.

—Escúchame...

—Tengo un dolor en el pecho...

—¿Quieres que te lleve al médico?

—¡No es un dolor que puedan quitar los médicos! Es un dolor de mi corazón de madre, un dolor que sólo cesará si alguien me trae de vuelta a Malika. Pero mi hijo no tiene compasión de su madre ni de su hermana, él sólo va a lo suyo. Por eso ofrezco los dos mil doscientos euros que tengo ahorrados a quien me traiga a mi hija.

—¿A quién le has ofrecido ese dinero? —preguntó alarmado Rachid.

—Eso a ti no te importa. Alá ha puesto en la tierra a gente buena que se conmueve ante el sufrimiento de una pobre vieja. Otros, sin embargo, tienen el corazón de piedra y sólo piensan en sí mismos.

Habían llegado a la puerta de la casa amarilla. La mujer dejó las bolsas en el suelo y sacó la llave del monedero. Una vecina que barría la acera delante de su casa interrumpió la tarea y se apoyó en el escobillón.

—¿Éste es tu hijo? —le preguntó sonriente.

—Sí —respondió ella—. ¡Te lo regalo!

Rachid recogió las bolsas e intentó meterlas en la casa, pero su madre le bloqueó el paso.

—Dámelas —le ordenó, y le tendió las manos.

—Mamá, escúchame... —empezó a decir Rachid.

La mujer tomó las bolsas y las dejó en el minúsculo vestíbulo. Intentó cerrar la puerta, pero Rachid sujetó la hoja con la mano.

—Mamá, escúchame...

—No tengo nada que escuchar —replicó ella forcejeando con el batiente.

De repente lo soltó, miró muy pálida a su hijo y se desplomó.

23

Ante el chalé pintado de negro estaban aparcados tres coches de la policía. Varios hombres con las armas en ristre montaban guardia en la puerta y en las esquinas del edificio. El Saharaui se identificó ante ellos y subió los escalones que daban al vestíbulo. En cuanto lo vio aparecer, el recepcionista manco se acercó a él y lo aferró del brazo.

—El Mauritano lleva una hora buscándote —dijo con voz alterada—. ¡Ha sucedido algo terrible!

El Saharaui subió las escaleras de dos en dos y se dirigió al despacho de su jefe. En el pasillo y en la puerta había más policías. Al pasar ante una de las estancias, vio a varios jóvenes cuchicheando.

—¿Dónde te habías metido? —le gritó el Mauritano en cuanto entró—. ¡Estamos en estado de emergencia y tú apareces a las diez de la mañana!

Él frunció el ceño y alzó las palmas de las manos con aparente desconcierto.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¡Ocurre que alguien se ha metido en mi despacho y ha reventado mi caja fuerte! —Se plantó ante él, puso los brazos en jarra y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Dónde has estado esta mañana?

El Saharaui se encogió de hombros.

—En el hospital, visitando a mi esclava.

El Mauritano se volvió hacia un policía calvo que estaba a su lado, escuchando la conversación.

—¡Manda a uno de tus hombres al hospital! ¡Que averigüe si Haibala *el Saharaui* ha estado allí esta mañana y, si estuvo, a qué hora llegó y a qué hora se marchó!

El hombre asintió y salió de la habitación.

—No entiendo nada —dijo el Saharaui mirando en torno.

Las tres cajas fuertes estaban cerradas. En el centro de la mesa había una carpeta azul rotulada con caligrafía algo infantil: INFORME SOBRE YACIMIENTOS SAQUEADOS. Sobre ella estaban la ganzúa y la llave de tensión.

El Mauritano cerró de un portazo. Temblaba como si tuviera fiebre.

—Han forzado la puerta y han abierto mi caja fuerte.

El Saharaui miró con alarma a una y otra.

—¿Se han llevado algo?

El Mauritano se tambaleó. El Saharaui lo sostuvo y lo ayudó a sentarse en el sillón blanco.

—¿Te traigo un vaso de agua?

Su jefe negó con la cabeza.

—¿Dónde está ese colaborador tuyo, el pelirrojo?

—Lo he enviado a investigar la destrucción de unos yacimientos...

—¿Cuándo lo enviaste?

—Ayer.

—¿A qué hora?

El Saharaui miró al techo, como si intentara recordar.

—Después de la oración de la tarde. Por la mañana le dije que hablara con el arqueólogo, que escribiera un informe y que, cuando lo terminara, lo dejara en mi mesa y fuera a hacer fotos sobre el terreno.

El Mauritano cogió la carpeta azul por un extremo y la levantó; la ganzúa y la llave de tensión resbalaron sobre ella y cayeron en la mesa.

—¿Este informe?

El Saharaui abrió la carpeta y pasó los folios apresuradamente. Eran una decena y estaban escritos con la misma caligrafía de la cubierta.

—Sí... Supongo —su voz mostraba confusión—. ¿Cómo es que lo tienes tú?

—¡Porque alguien, imagino que él mismo, lo dejó encima de mi mesa!

—¿Chej?

—Y la policía ha encontrado estas ganzúas junto a la suya.

—¡Chej! ¿Qué se ha llevado?

—Ha abierto la caja en la que estaban las listas de donantes.

El Saharaui abrió mucho los ojos.

—¿Se las ha llevado?

—¡No, pero ha podido copiarlas!

Desde el exterior llegaron ruidos de pasos y gritos. Alguien llamó a la puerta.

—¡Pasa! —gritó el Mauritano.

El policía calvo entreabrió la hoja y asomó la cabeza.

—Tenemos al chico —dijo.

24

Recibieron al Jordano en una sala amplia cuyo techo estaba decorado con coloridas molduras de escayola. Las alfombras habían sido sacudidas, y los cobertores de los canapés que recorrían tres de las cuatro paredes estaban recién planchados. A falta de luz eléctrica, habían iluminado la estancia con velas.

Los guardaespaldas se quedaron fuera. Un joven zalamero de gran nariz, al que la directora saludó como el emir de la casa, acompañó al Jordano hasta la estancia. Era un hombre de complexión fuerte y rostro hosco; aunque no tenía aspecto juvenil, su barba y su cabello rizados eran todavía completamente negros. Vestía una camisa azul marino, sobre la que llevaba un chaleco con varios cargadores de munición, pantalones que dejaban ver los tobillos y un gorro afgano. Tras el ritual de saludos, se acomodó en uno de los canapés y dejó a un lado su Kaláshnikov. Junto a él, a cierta distancia, se sentó el emir. Enfrente se situaron Alia, la directora y Malika. Tres mujeres más se instalaron al otro lado de la habitación. En una bandeja, sobre una mesita baja, había pasteles y refrescos. Sentada en una alfombra, otra mujer preparaba el té. La luz oscilante de las velas jugaba con las sombras y daba a la reunión un halo irreal.

El Jordano se dirigió a los tres pares de ojos que lo espiaban pudorosamente desde el canapé de enfrente. Sonreía, pero la frialdad de su mirada no había desaparecido.

—En primer lugar —dijo—, quiero dar las gracias al emir por avisarme de que en su casa habitaba una bellísima virgen de ojos verdes. Al principio me pareció que sus alabanzas eran exageradas. Ahora —dirigió una mirada penetrante a Alia— veo que se quedó corto. No os ofendáis —prosiguió— porque me presente solo. Carecería de sentido que me acompañara otra persona porque sólo mi señor el califa, que Alá esté complacido con él, puede responder por encima de mí, y sus graves deberes lo mantienen ocupado lejos de aquí. Disculpad también mi atuendo; sé que no es el adecuado para una petición de mano, pero soy un hombre de guerra. Mi vida consiste en luchar contra los impíos. No tengo mujer; tengo hijos, pero viven con sus madres. A mi futura esposa no le faltará de nada para ser feliz, *inshalá*. Os doy mi palabra.

La directora se dispuso a responder, pero Malika se adelantó y comenzó a traducirle a Alia las palabras del hombre. Cuando terminó, miró a la mujer, que carraspeó antes de hablar. Su voz temblaba de emoción mientras, con las manos enguantadas entrelazadas en el regazo, respondía a su interlocutor.

—Es un honor que un hombre con tus graves responsabilidades encuentre tiempo para visitar nuestra casa. Éste es un día que todos los que estamos aquí recordaremos durante el resto de nuestras vidas.

—Es cierto —convino el emir con una sonrisa.

—Alia es una mujer valerosa que ha cruzado medio mundo para incorporarse a nuestra yihad. Es una virgen humilde y trabajadora cuya mayor ambición es servir al Estado Islámico. Tiene mucha suerte de que un hombre como tú se haya fijado en ella —terminó con una risita nerviosa.

Malika tradujo a Alia lo que la mujer acaba de decir y añadió:

—No le ha dicho que quieres que nos veamos todas las semanas.

La muchacha, que hasta ese momento había permanecido callada y con la vista baja, miró con fiereza a la directora, cuyos ojos aún sonreían.

—Tiene que decírselo.

El Jordano la observó con interés.

Malika tradujo para la directora:

—Dice que se te ha olvidado decir algo fundamental.

La mujer se volvió hacia ella, sorprendida. De pronto pareció recordar, porque su mirada se endureció. Una gota de sudor apareció en su entrecejo.

—Hay una cosa, una tontería... —comenzó a decir en árabe.

—Hay una cosa, una tontería... —tradujo Malika al español.

El busto de la mujer subía y bajaba, agitado, mientras le decía al Jordano:

—Alia le ha cogido mucho cariño a Malika, para ella es como...

—Como una madre —se adelantó Malika—. Y ella para mí, como una hija.

—El caso —prosiguió la directora con voz tensa— es que, cuando se case, Alia querría ver a Malika todas las semanas. ¡Caprichos de niña! Al menos al principio...

El Jordano frunció el ceño entre extrañado y molesto.

—Lo procuraré.

—¿Qué dice? —preguntó Alia.

—Que procuraré que nos veamos.

La mujer que estaba sentada en la alfombra se incorporó y les ofreció una bandeja llena de vasos de té.

25

Metieron a Chej de un empujón en el despacho. Llevaba las manos esposadas a la espalda, el pelo rojo revuelto y la camisa hecha jirones. Su ojo izquierdo comenzaba a inflamarse. El Mauritano se acercó a él y lo abofeteó con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio; uno de los policías tuvo que sujetarlo para que no se cayera.

—¿Qué te llevaste de la caja, hijo de perra?

—¡No cogí nada! —gimoteó el muchacho—. ¡Sólo dejé el informe sobre la mesa!

El Mauritano volvió a golpearlo en el rostro, esta vez con el puño.

—¿Cómo entraste en mi despacho?

—¡Me lo dijo el Saharaui! —Buscó a su jefe con la vista—. ¡Díselo tú, por favor!

El Saharaui le sostuvo la mirada.

—No mientas —le dijo secamente—. Será mejor que digas la verdad.

Chej lo miró con la boca abierta, como si le costara comprender lo que el Saharaui acababa de decirle. De pronto, su rostro se desfiguró con una mueca de terror.

—¡Él me lo dijo! —gritó con la voz rota al tiempo que señalaba al Saharaui con la cabeza—. ¡Dijo que entrara a dejar el informe! ¡Que la puerta estaba abierta! ¡Yo no toqué nada! ¡Dejé el informe y me fui!

El Saharaui dio un paso al frente y se llevó la mano a la pistola, pero el Mauritano lo detuvo.

—Dices que no tocaste nada. ¿Qué hacía entonces un pelo tuyo dentro de la caja fuerte?

—¿Un pelo mío?

—Un cabello largo y rojo, como los que tienes en la cabeza.

El chico lo miró con los ojos desorbitados.

—¡Ese pelo no estaba ayer en mi cuaderno, hijo de perra viuda! —gritó el Mauritano fuera de sí.

Se inclinó como un boxeador y comenzó a golpear al muchacho con los puños mientras un policía lo sujetaba por los codos. Cuando se cansó, se apoyó en la mesa, agotado. Tenía los nudillos despellejados. La cara de Chej era una masa sanguinolenta. El policía le soltó los brazos y el muchacho cayó de rodillas. En la habitación sólo se oían sus sollozos.

—Tienes dos posibilidades —le dijo el Mauritano. Hablaba de forma entrecortada, entre jadeos—. Decirme la verdad ahora mismo y tener una muerte rápida o te juro que lamentarás amargamente cada segundo que pases en este mundo antes de que yo mismo te corte el cuello.

—Yo... no... he... hecho... nada.

—Di la verdad, Chej.

Al oír la voz del Saharaui, el muchacho giró la cabeza e intentó enfocarlo con la mirada. No podía verlo bien porque su jefe estaba situado de espaldas a la ventana: era una silueta oscura.

—Tú me ordenaste... —balbuceó.

—Di la verdad, Chej —repitió el Saharaui, y se acercó un poco más a la ventana—. Cuéntanos qué hiciste con los cuadernos de la caja fuerte. —Los ojos semiabiertos del chico se llenaron de odio. Consiguió poner la planta de un pie en el suelo y, tambaleándose, se irguió—. ¡Dinos para quién trabajas! —la voz del Saharaui sonó imperativa.

Chej agachó la cabeza y se abalanzó hacia él. El Saharaui sólo tuvo que apartarse: la cabeza del muchacho se estrelló contra el cristal, que se hizo añicos. Su cuello quedó atrapado entre los fragmentos afilados como cuchillos. El Saharaui lo sujetó por la nuca y en un solo movimiento tiró de él hacia atrás y hacia un lado. Fue un gesto muy rápido: la piel del cuello pasó sobre un triángulo cortante. El muchacho comenzó a expulsar sangre por la yugular abierta.

El Saharaui se rasgó la camisa y taponó la herida con uno de los trozos de tela, al tiempo que recostaba a Chej en la alfombra.

—¡Avisad a un médico! —gritó—. ¡Lo necesitamos vivo!

Hubo gritos y carreras por el pasillo mientras la sangre empapaba la alfombra y los ojos del muchacho se iban velando.

—¡Un médico! —se desgañitaba el Saharaui.

Un policía se agachó y comenzó a limpiar el rostro magullado del joven con un pañuelo. El Mauritano lo apartó de un empujón y acercó su cara a la del moribundo.

—¡El Paraíso se abrirá para ti si me dices qué hiciste con las listas de donantes! —le dijo—. ¡Es tu última oportunidad!

Acercó la oreja a la boca del muchacho, pero ni una palabra salió de ella.

Cuando llegó la ambulancia con el médico hacía tres cuartos de hora que Chej había muerto. Mientras los camilleros se lo llevaban, el policía calvo se acercó al Mauritano.

—Sobre lo que preguntaste antes...

El Mauritano lo miró con extrañeza, como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Qué?

—El Saharaui no se ha movido del hospital desde las ocho hasta las diez de la mañana. Estuvo visitando a una niña esclava enferma.

26

La mujer entreabrió los ojos. Miró perezosamente a la enfermera que estaba tomándole la tensión y luego al médico, pero en cuanto vio a Rachid los cerró de nuevo.

—Está despertándose —dijo el doctor—. ¡Vamos, señora, haga un esfuerzo por despertarse! —Se volvió hacia Rachid—. No permitas que se duerma: muévela un poco, dale palmaditas en la cara...

El médico abandonó la habitación. Rachid se inclinó hacia su madre. En cuanto le tocó la cara, la mujer reaccionó:

—¡Quita de ahí!

—Mamá, dice el médico que no puedes dormirte.

—Sé lo que ha dicho el médico, lo he oído perfectamente.

—Te desvaneciste en la puerta de casa...

—Cuando tú me empujaste.

—No te empujé, sólo intenté que no me cerraras la puerta.

La mujer se puso de costado y se dirigió a la enfermera.

—Es la tensión otra vez, ¿verdad?

—Estamos haciéndole pruebas, pero no se lo tome a broma. Una pérdida de conocimiento repentina como la que usted ha sufrido suele indicar una reducción del riego cerebral.

—¡Me voy a morir sin haber visto a mi hija! —sollozó.

—Señora, yo no le he dicho que se vaya a morir. Lo que le he dicho es que no se lo tome a broma.

—Tú descansa... —comenzó Rachid.

—¿Que descanse, con mi hija en peligro de muerte? ¿Me dices que descanse?

La enfermera intervino:

—Señora, no grite, que hay otra paciente en la habitación.

La mujer se incorporó a medias y recorrió el cuarto con la vista.

—¿Dónde está mi teléfono móvil? Necesito mi teléfono por si llama mi hija.

Rachid lo sacó de su bolsillo.

—No te preocupes, lo tengo yo.

—¿Y si llama tu hermana? ¡Dámelo ahora mismo! —Lo agarró y comprobó si tenía alguna llamada perdida.

Rachid dirigió a la enfermera una sonrisa de disculpa, pero ella le devolvió una mirada gélida y salió de la habitación.

—Mamá...

—No te sientes en la cama con ese pantalón, quién sabe en dónde has puesto el culo.

—Mamá, escúchame. Ahora tengo que irme para hacer un trabajo. En cuanto acabe, vuelvo. Para cualquier cosa, estoy en el móvil.

—Vete, vete. No te necesito para nada. Ya estoy acostumbrada a estar sola.

Rachid salió del hospital y se dirigió a la casa del Camaleón. Llevaba las manos en los bolsillos y la cabeza hundida entre los hombros. El aire olía a lejía y a comida. Al pasar por delante de un cafetín alguien lo llamó, pero él no hizo caso. Cuando pulsó el videoportero, le abrió la puerta su amigo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Pareces enfermo.

—Mi madre está en el hospital —dijo—. Se ha desvanecido y se ha caído al suelo delante de mí.

—Joder. Lo siento. ¿Es grave?

—Pensé que se había roto la cabeza, tío. A ella le han contado que ha sido por no sé qué del riego sanguíneo, pero la verdad es que ha sido un pequeño infarto en el cerebro o algo así. Me lo ha dicho el médico antes de que se despertara.

El Camaleón le dio unas palmaditas en la espalda.

—Dime lo que necesitas. Si es dinero...

Los ojos de Rachid se humedecieron.

—Desde que mi hermana se marchó, está cada vez peor. —Permaneció un rato callado, con la cabeza inclinada, mirando el suelo—. Tengo que ir a por Malika —dijo sin alzar la vista—. Lo que te pido es que hables con el Cojo para que me dejen entrar y salir.

—Pero ¿no te dijeron en Mauritania que debías ganarte la confianza del Estado Islámico?

Rachid asintió.

—Que si les ayudaba con lo de las antigüedades me dirían algo, pero he movido en Internet más de veinte pedruscos de esos tíos y le he rebotado al Cojo una pila de mensajes y de llamadas y no dice nada.

El Camaleón agarró una silla, le dio la vuelta y se sentó con los codos apoyados en el respaldo. Se rascó la cabeza durante un rato, luego suspiró y encendió un pitillo.

—No te equivoques con el Cojo —dijo—. Él no es del Estado Islámico, es un contrabandista. Siempre ha estado metido en los chanchullos del desierto: Marlboro, armas, drogas. Para dedicarse a eso hay que tener amigos en todos los sitios: hoy le hace un favor al presidente de Mauritania y mañana a los del Estado Islámico. —Miró a Rachid con el ojo malo—. ¿Comprendes?

—Uaja.

—El Cojo tenía un hermano que se creyó el cuento de la yihad y el califato... —Meneó la cabeza—. Se llamaba Yusef y se empeñó en ir a combatir a Siria. Hace sólo cuatro meses de eso. ¿Te acuerdas de Alia, la chica que dijeron que se había marchado con tu hermana a Turquía?

—¿La de los ojos verdes?

—Sí. Era su novia. Yo la conocía porque era amiga de mi hermana. El Cojo recibió una llamada y le dijeron que Yusef había muerto como un mártir, pero ella ya corría hacia Siria y era tarde para detenerla. —Se encogió de hombros—. La habrán casado con cualquier muyahidín que la llenará de hijos.

El Camaleón se frotó el ojo malo y miró a Rachid.

—Lo de Yusef fue una desgracia, pero el Cojo la aprovechó en su beneficio. Desde entonces tiene una relación privilegiada con el Estado Islámico. Le pasan polvo y antigüedades para que los venda y, a cambio, él se queda con un pellizco. Pero no tiene poder para meterte en Siria, tío. Tiene amigos a los que puede pedirles que te metan, pero él no decide.

—Pues hablaré con sus amigos —dijo Rachid—. Tengo que ir a buscar a mi hermana. No me queda otra: es por mi madre.

27

Cuando Malika salió del hospital, la marroquí y la tunecina ya estaban aguardándola.

—Tenemos que darnos prisa —urgió la marroquí con su voz rasposa—. Ésta — señaló a la tunecina con un gesto— tiene que llamar por teléfono antes de que corten la electricidad.

—¿Puedo aprovechar para llamar a mi madre? —preguntó Malika.

La marroquí la miró con suspicacia.

—¿Tienes permiso de tu directora?

—Sólo voy a preguntarle cómo se encuentra. No tardaré más de cinco minutos. Puedes sentarte a mi lado y escuchar lo que hablamos.

La marroquí pareció dudar un momento.

—De acuerdo —dijo—, pero habla en dialecto marroquí para que pueda entenderte.

Echaron a andar a paso vivo. La luz amarilla del sol hacía brillar las ventanas que aún permanecían intactas en los edificios y se había levantado una brisa leve que aplacaba un poco el calor. Mucha gente había aprovechado ese alivio para salir a la calle. Las bocinas de los coches entonaban un concierto estridente. Olía a gasolina mal quemada.

—Siempre vamos por el mismo camino —dijo Malika—. Alguna vez podríamos cambiar...

—¿Para qué? —preguntó la marroquí.

—Para ver otra parte de la ciudad. ¿No os gustaría pasear por un lugar más bonito que éste? Debe de haber zonas de chalés...

—Ésas son para los jefes del califato —dijo la tunecina—. No les gusta que la gente vaya por allí.

—¿No se puede pasear por sus barrios?

—No está prohibido, pero no es conveniente. Te paran continuamente para pedirte la documentación.

—Eso no es problema. Se la enseñamos y ya está.

—Allí no hay mujeres por las calles —intervino la marroquí—. Es aquí donde tenemos que vigilar que se comporten con decencia. —Le mostró una fusta de un dedo de grosor y medio metro de longitud hecha con tiras de plástico trenzadas—. Hoy he estrenado mi *sawt*.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una desvergonzada que llevaba un niqab rojo. No podrá sentarse durante una semana.

La tunecina se rió.

—¡Brincaba más que un saltamontes sobre el suelo caliente!

—El marido va a tener que sudar para pagar la multa que le han puesto.

—No entiendo a esos hombres que no velan por sus esposas —dijo Malika con una pesadumbre que sonó sincera—. Hay algo en su cabeza que no funciona. No les importa compartirlas con los demás.

Las otras dos asintieron con vehemencia. Un grupo de mujeres que iban en su dirección cambió de acera al verlas.

—Allí hay una teleboutique —anunció la marroquí.

El local estaba encajado entre una carnicería y una frutería, por lo que carecía de ventanas. En la penumbra del vestíbulo, un hombre diminuto se hallaba encaramado en un taburete.

—Faltan sólo diez minutos para que corten la luz —les advirtió.

El cuarto destinado a las mujeres tenía solamente dos ordenadores. Un tubo de neón parpadeaba en el techo. La tunecina se acomodó delante de una pantalla, mientras Malika y la marroquí se instalaron ante la otra. Malika marcó el número de su madre.

—¿Mamá?

—¡Malika, hijita! —exclamó la mujer nada más descolgar—. ¡Tenía un presentimiento! ¡Sabía que ibas a llamarme, por eso le dije a tu hermano que me devolviera el teléfono!

—Mamá, estoy con una amiga que quiere saludarte, pero no entiende el español, así que vamos a hablar en la *dariya*.

—Hola, señora —graznó la marroquí.

—Hola, hija. ¿Tú también eres enfermera?

—No.

—Mamá —la interrumpió Malika—, tenemos poco tiempo. Van a cortar la luz...

—¿Y por qué la van a cortar?

—Dime, ¿cómo estás?

—En el ambulatorio, hijita.

—¿Y eso? —la voz de Malika sonó alterada.

—Me he caído como un saco de patatas.

—¿Te has hecho daño?

—Me han dicho que tengo algo malo en la cabeza.

—¿Algo malo?

—Dicen que la sangre no me riega bien el cerebro. ¿Cuándo vuelves? Me gustaría verte antes de morirme.

—No digas eso, mamá. No te vas a morir. —Malika se bajó un guante y echó un vistazo al reloj Casio que llevaba en la muñeca. Marcaba las siete y veintisiete.

—Necesito que alguien me cuide...

—Mamá, tengo buenas noticias —la interrumpió Malika—. En el hospital han puesto a cinco niños a mi cargo. —Tosió—. Hay una niña que es la esclava del saharai que salió en las noticias el año pasado, cuando robaron un banco en Marrakech, ¿te acuerdas? —Volvió a toser—. Otra que...

La luz del techo lanzó su último destello y la pantalla del ordenador se apagó.

Cuando salieron a la calle, la marroquí dijo:

—No ver a nuestras madres es uno de los sacrificios que debemos hacer por el califato. ¡Que Alá las proteja! ¿Tiene tu madre algún familiar que pueda cuidar de ella hasta que se muera?

—Mi madre no se va a morir —dijo Malika como si tratara de convencerse a sí misma.

La marroquí se encogió de hombros y comenzó a otear entre los coches.

—Vamos a tomar un taxi, de lo contrario no llegaremos para la oración del ocaso.

Levantó el brazo y frente a ellas se detuvo un Skoda con la carrocería llena de bollos. Las tres se instalaron en el asiento trasero. La marroquí le dio la dirección al chófer y le ordenó que se apresurara. El hombre se incorporó al gran río de vehículos intercambiando bocinazos con otros conductores.

Cerca ya de la casa de huéspedes, el tráfico se detuvo para dejar pasar a tres todoterrenos oscuros; iban en fila india, prácticamente pegados unos a otros y a gran velocidad. A pesar de que aún no era de noche, llevaban los faros encendidos.

El conductor habló por primera vez:

—Debe de ser alguien muy importante para que le permitan correr así.

Dos minutos después, el taxi llegó a su destino. La marroquí pagó la carrera mientras las demás bajaban del vehículo y entraban en el edificio. Malika fue a su dormitorio, que era una réplica exacta del de Alia, salvo porque dos de los cuatro colchones estaban enrollados encima de los somieres desnudos. Se quitó el niqab y se lavó en la jofaina que había a los pies de su cama. En ese momento, los almuédanos comenzaron a llamar a la oración. Tras ponerse el hiyab, se apresuró a reunirse con las demás mujeres. Estaban en el patio cubierto, ocupando sus lugares para el rezo. Miró a su alrededor con extrañeza. Finalmente, se inclinó hacia una muchacha negra y le preguntó en francés si había visto a Alia.

La chica la miró sorprendida.

—¿No te has enterado? El novio se la ha llevado hace un rato para preparar la boda. La directora y otras dos compañeras se han ido con ella.

Malika palideció. Le temblaban los labios cuando volvió a hablar:

—Pero ¿volverán esta noche?

—No. El novio les ha buscado una casa para que se alojen en ella hasta la ceremonia.

28

Habían transcurrido dos horas desde la oración de la noche cuando el Saharaui detuvo su vehículo ante el hospital. El edificio estaba a oscuras. Descendió del coche, subió en dos zancadas los escalones de la entrada e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Acercó la cara al cristal y comenzó a golpearlo con los nudillos.

De repente, los faros de un coche lo iluminaron. La fuerte luz lo obligó a agachar la cabeza y a alzar una mano ante los ojos.

—¿Estás enfermo? —preguntó un hombre detrás de la luz.

—No. Vengo a ver a una persona.

—No son horas de visita.

—¡Apaga esa luz!

El tono terminante de las palabras del Saharaui surtió efecto: las luces largas del coche se apagaron, aunque las de cruce permanecieron encendidas. El todoterreno estaba aparcado a unos diez metros, junto a un pequeño seto. El conductor encendió el motor y el vehículo rodó hasta la puerta. Dentro iban dos milicianos muy jóvenes.

El que ocupaba el asiento del copiloto bajó la ventanilla y un soplo de aire acondicionado refrescó la cara del Saharaui.

—¿Qué te ha pasado en la camisa, hermano?

El Saharaui miró la prenda rasgada y ensangrentada como si la viera por primera vez.

—Un compañero tuvo un accidente —balbuceó—. La rompí para taponarle la herida.

—Déjame ver tus documentos.

El Saharaui sacó una cartera de plástico del bolsillo trasero del pantalón y se la entregó. El chico encendió la luz de la cabina para poder leerla. Era casi lampiño y sus delgados dedos se movían como las patas de una araña. Alzó la cabeza de golpe.

—¿Trabajas en el Departamento de Recursos Preciosos? —En su voz había sorpresa. Sin esperar respuesta, añadió—: Hoy ha habido allí un accidente. Ha muerto un amigo mío, Chej.

El Saharaui tendió la mano para que le devolviera la documentación.

—¿Estabas allí? —preguntó el otro—. ¿Te has roto la camisa para ayudarlo?

El Saharaui asintió y se metió la cartera en el bolsillo del pantalón.

—Dicen que se ha cortado en el cuello con el cristal de una ventana cuando...

—Perdona —le interrumpió el Saharaui—. Tengo que ver a una persona...

El conductor asintió e hizo sonar la bocina un par de veces. En el interior del

vestíbulo se encendió una luz. Enseguida se abrió la puerta y en ella apareció un hombre con una linterna. El Saharaui se apresuró hacia él y conversaron brevemente. Luego se volvió hacia la patrulla, alzó la mano a modo de despedida y desapareció en el interior del hospital.

El médico de guardia lo acompañó alumbrando el camino hasta una puerta que tenía atornillado un cartel: ALMACÉN. La abrió y apuntó la luz hacia los pies de la cama que ocupaba casi todo el cuarto. En ella dormía Muna.

—¿Por qué la habéis trasladado? —preguntó el Saharaui.

—La familia de la niña que estaba en la otra cama se quejó de sus gritos y, cuando se enteró de que era una esclava, exigió que la sacáramos de la habitación.

El Saharaui tomó aire y lo expulsó con fuerza.

—No te preocupes —dijo el médico—. Hemos limpiado este cuarto a fondo antes de instalarla. En realidad, creo que está mucho mejor aquí que allí.

Muna dejó escapar un quejido y farfulló algo que no se entendió.

—Está soñando —dijo el doctor.

El Saharaui entró en la angosta habitación y le rozó la cabeza con la punta de los dedos. La niña respiraba agitada, pero no abrió los ojos.

—¿Cómo está?

El otro se encogió de hombros.

—Creo que en una semana el doctor Abdeluahid la enviará a tu casa.

El Saharaui frunció el ceño.

—¿Tan pronto?

—Tendrás que traerla para que le hagamos las curas. Lo siento; necesitamos camas libres y aquí ya no podemos hacer más por ella.

El Saharaui observó a Muna mientras se tironeaba la barba.

—¿Podrías averiguar si alguna enfermera estaría dispuesta a hacerle las curas en mi casa? —preguntó—. Le pagaría bien.

29

—La directora nos dijo que fue una ceremonia muy rápida y sencilla —dijo la marroquí. Malika asintió.

—¿Comentó en dónde vive Alia ahora?

—Es un secreto —la marroquí bajó la voz—. El Jordano no quiere que se sepa, por si los infieles le tiran un misil.

—Es lógico —respondió Malika.

—La directora también dijo que a Alia se la veía muy feliz.

—Alia, que Alá esté complacido con ella, se merece lo mejor.

Una muchacha se recortó en la claridad que entraba por la puerta de la habitación y miró a Malika.

—La directora dice que vayas a su despacho.

Malika se levantó de la cama en la que se hallaba sentada y durante un momento permaneció de pie, ajustándose el hiyab. Estaba muy seria y tenía la mirada perdida en algún lugar situado más allá de la pared que tenía enfrente. La marroquí la miró con curiosidad.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—Ahora vuelvo —le contestó.

Caminó con paso rápido hasta el despacho de la directora, tocó en la puerta y la entreabrió.

—Me han dicho que quieres verme. —Sus ojos pardos tenían una expresión dura.

—Pasa.

Malika obedeció. Permaneció de pie mientras la mujer se reclinaba en su sillón.

—Imagino que ya te habrás enterado de que Alia se ha casado.

—Me lo ha dicho mi compañera de patrulla.

—Estaba feliz. —La directora sonrió sólo un instante, pero enseguida volvió a fruncir el ceño—. Me dijo que ya no hacía falta que os vierais. Ahora ella se debe a su marido y tiene obligaciones muy importantes.

—Me hago cargo —dijo Malika en tono neutro—. ¿Cuándo fue la boda?

—Ayer.

—Ah, entonces vive en Raqa.

—Yo no he dicho eso —replicó la mujer muy rápido.

—No, claro que no —Malika habló como si el asunto no tuviera la menor importancia—. Es que como la boda fue ayer y tú estabas aquí esta mañana, he

supuesto que la ceremonia debió de ser cerca.

El rostro de la directora enrojeció.

—Hay muchas ciudades en torno a Raqa... Además, éste es un asunto de seguridad, así que no quiero oír ningún comentario más al respecto.

—Por supuesto.

La directora carraspeó y movió unos papeles de sitio.

—Alia no me preocupa, está en manos de un hombre muy importante que ahora es responsable de ella, de su cuidado y de su manutención. Quien me preocupa eres tú.

Malika sintió cómo una oleada de calor subía por su cuerpo y teñía sus mejillas.

—Yo estoy perfectamente. Mi trabajo en el hospital, las patrullas con las hermanas de la brigada Jansa y las tareas de la casa colman mi tiempo. Al final del día caigo agotada en la cama.

La directora esbozó una sonrisa irónica.

—Todas las mujeres necesitamos un hombre, y tú no eres la excepción. Quiero que sepas que te he inscrito en la lista de disponibles para el matrimonio. No eres tan joven como Alia, así que tardarás un poco más en tener una oferta, pero siempre hay muyahidines dispuestos...

—Las personas que me invitaron a venir al califato estuvieron de acuerdo en que me dedicaría a trabajar como enfermera y no sería obligada a contraer matrimonio hasta que yo lo decidiera.

—El emir ha cambiado de opinión —dijo la directora con una sonrisa—. El matrimonio es un deber. «Casad a aquellos de vosotros que no estén casados...»

—No.

La directora dio un palmetazo en la mesa.

—¿Quién te has creído que eres? —Se puso en pie con tanta brusquedad que su silla se volcó hacia atrás—. ¡Te casarás con quien te ordenemos! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

30

El Saharaui entró en su despacho, se despojó de la pistolera y se dejó caer en la silla. El secretario del Mauritano entró tras él y cerró la puerta. Habló en un susurro:

—¿A ti también te han interrogado?

El Saharaui asintió con gesto cansado.

—Están interrogando a todos los que conocían al traidor. —El hombre miró furtivamente por encima del hombro—. A algunos les ponen una capucha, los meten en un coche y se los llevan. Nadie sabe a qué lugar. Hoy nos han devuelto a dos. Les he preguntado y no saben dónde han estado.

—¿Y el jefe?

—Desaparecido desde ayer.

—Voy a necesitar a uno de los que han liberado. Tengo pendiente una venta muy importante.

El secretario se encogió de hombros y salió del despacho con el mismo sigilo con que había entrado.

El Saharaui se apoyó en los brazos de la silla para levantarse. Fue hasta la puerta con andar fatigado y llamó a un muchacho pequeño y cetrino que estaba sentado ante un ordenador junto a la mesa que había ocupado Chej.

—¡Bujari!

El sonido de su nombre hizo que el chico diera un bote en el asiento. El Saharaui movió el índice para ordenarle que se acercara y volvió a acomodarse en su silla lentamente, como si le dolieran todos los huesos.

—Pasa y siéntate.

El muchacho se sentó en el borde de una silla de visita. Su nuez subía y bajaba continuamente.

—Eras amigo de Chej, ¿no?

—Sólo me sentaba a su lado —respondió rápidamente con voz temblorosa.

—Chej estaba trabajando en la venta de un mosaico. Lo había sacado a las redes sociales con un... lema, un texto que decía: «Para millonarios con buen gusto.» Antes de que se descubriera su terrible traición, me contó que unos rusos habían ofrecido cinco millones de dólares por él. Como ves, es un asunto importante para el califato. Quiero que localices esa oferta y averigües qué ha sucedido.

El muchacho no se movió.

—Eso estará en su email. Y se han llevado su ordenador.

La voz del Saharaui se endureció.

—No te he preguntado cómo vas a hacerlo, te he dicho que lo hagas. Esperaré aquí hasta que termines.

Una sombra de temor cruzó la cara del chico. Se levantó de un salto y salió del despacho. El Saharaui lo siguió con los ojos entrecerrados por el cansancio. Arrancó una hoja de un bloc, la estrujó y se la metió la boca. Cinco minutos más tarde estaba dormido.

Lo despertaron unos golpes suaves en la puerta. Extrajo la bola de papel de la boca, se frotó los ojos y le hizo un gesto a Bujari para que entrara. El muchacho llevaba unos folios en la mano.

—Perdona que te haya despertado, pero es que sólo falta media hora para que corten la corriente.

El Saharaui ahogó un bostezo y tendió la mano abierta.

—¿Qué traes ahí?

—La impresora no funciona. Son notas sobre la correspondencia de Chej con los rusos. —Bujari le entregó los papeles manuscritos—. No creo que entiendas mi letra.

El Saharaui parpadeó varias veces.

—No te enseñaron caligrafía en la escuela —comentó al tiempo que le devolvía los folios.

El muchacho comenzó a leer.

—Dos representantes de los rusos llegarán pasado mañana al puesto de Karkamis.

—¡Pasado mañana! ¿Seguro?

Bujari asintió y pasó varios folios.

—Son turcos. Los rusos dicen que son expertos de una galería de arte de Estambul y que gozan de toda su confianza. —Alzó su mirada temerosa—. He buscado la galería y es una de las más importantes de Turquía.

—Por Karkamis, ¿eh?

—Sí, está en el lado turco, frente a Yarábulus.

—Lo sé. ¿No dicen a qué hora estarán allí?

—Sólo que a mediodía.

El Saharaui se tironeó la barba.

—Habrá que pedir permiso para volver allá arriba...

31

El Camaleón sacó su teléfono del bolsillo, miró la pantalla para ver quién llamaba y se lo llevó a la oreja.

—Dime... Ha pasado la aduana... ¿Va solo?... Bien. Os esperamos allí... Sí, tengo la dirección, Jardín de la Abadía no sé qué, la tengo en el bolsillo... *Uaja*. —Colgó y se volvió hacia Rachid—. Tira para el Jardín de la Abadía, que el primo del Gato ya va para allá.

Rachid desbloqueó su móvil y abrió Google Maps. Una voz femenina dijo: «Siga recto hasta la próxima rotonda. Después, tome la primera salida.»

Lo dejó en el salpicadero y puso el coche en marcha. El Camaleón encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla, pero el viento ardiente le hizo volver a cerrarla. Se inclinó hacia delante y subió el aire acondicionado.

—Anoche hablé con el Cojo —dijo como si comentara algo sin importancia.

El rostro de Rachid se tensó.

—Dice que pedirá a sus amigos que tu hermana te llame. Nos avisará con lo que decidan. De momento, eso es todo lo que puede hacer. Más adelante...

Rachid meneó la cabeza con desesperación.

—Una llamada de teléfono, ¿eso es todo lo que consigue el amigo del Estado Islámico?

—Debes tomarlo como una primera gestión. Según lo que te diga tu hermana, podemos volver a hablar con él.

—Acabo antes si voy a la frontera siria y les digo que estoy dispuesto a ayudarles en su yihad.

—No digas tonterías. Te cortarían el cuello. No admiten a gente que no hayan investigado antes.

Rachid bufó y movió la cabeza con desesperación. No volvió a decir una palabra hasta que la voz del teléfono móvil anunció: «Ha llegado a su destino.» Aparcó en una plaza señalizada con una silla de ruedas.

—¿Cuándo podré hablar con mi hermana?

—¡Joder, tío, estas cosas no se hacen de un día para otro!

—Espero una semana. Si en una semana no me ha llamado, me piro a Siria.

—Esperamos una semana y, si no llama, ya veremos. Pero tranquilízate. —El Camaleón marcó un número en su teléfono—. ¿Por dónde vais?... Vale, ¿y eso, en tiempo, cuánto es?... ¿Una hora?... Estamos ya delante de la casa... —Bajó la ventanilla y movió el retrovisor para ver la calle a su espalda—. No, aquí todavía no ha

llegado nadie... Venga. —Colgó y le dijo a Rachid—: A éstos todavía les queda una hora. Aparca bien y nos tomamos una cerveza mientras esperamos.

Entraron en una cafetería que tenía asientos rojos de escay y las paredes decoradas con pósteres y fotos de futbolistas del Barcelona. Había una decena de parroquianos, pero estaban atentos a un partido en el televisor y no les prestaron atención cuando se instalaron en la barra. El camarero, un barrigudo con el pelo teñido, se acercó a preguntarles qué querían beber.

—¿Quién juega? —le preguntó el Camaleón.

—El Málaga y el Alavés. Es un partido antiguo.

El Camaleón asintió, como si sólo le hubiera consultado para confirmar lo que ya sabía.

—Dos cervezas.

El teléfono de Rachid pitó y él manipuló la pantalla.

—¿Quién es?

—Otro mensaje para el Cojo.

A los cinco minutos tenían delante dos botellas de cerveza y un platillo de boquerones. El tiempo transcurrió rápidamente mientras el Alavés derrotaba al Málaga en la pantalla y los clientes increpaban a los jugadores ante el televisor. Acababa de terminar el encuentro cuando el móvil del Camaleón volvió a sonar.

—Dime... *Uaja*. Yo lo llamo. —Colgó y marcó un número—. ¿Qué tal, amigo? Me dicen que ya estás llegando... Bien, a la vuelta debes seguir a un BMW rojo que estará aparcado casi en la misma puerta de la casa a la que vas... Eso es. Paramos en una gasolinera y nos das el paquete... Muy bien.

Diez minutos después, un camión con el rótulo MUDANZAS MÉNDEZ en la caja se detuvo en la calle. Uno de los hombres que habían estado viendo el partido se asomó a la puerta, se volvió y avisó:

—¡Eh, ya está aquí!

Otros tres individuos del grupo se levantaron.

—Me cago en Adán —dijo uno de ellos—, que por su culpa tengo yo que descargar ese camión, con el fresquito que hace.

Los cuatro salieron a la calle. El Camaleón fue tras ellos, se asomó, saludó a alguien con la mano y volvió a entrar.

—¿Este viento qué es? ¿Siroco? —preguntó al camarero.

—Esto es el terral, señor, un viento que viene de Portugal. Pero ahora mismo se va usted al Rincón de la Victoria y allí no se siente, ¿comprende usted? Es lo que se dice propiamente un viento mágico. ¿Otra cervecita?

—Una para mí. Para mi amigo, una Coca-Cola, que tiene que conducir.

El teléfono del Camaleón volvió a sonar.

—Dime... En un bar... No, vosotros quedaos en el coche. —Levantó la mano hacia el camarero—: ¡Jefe! —lo llamó—. ¡Dime cuánto te debo!

Pagaron y apuraron sus bebidas. A la salida del bar, el Camaleón le dijo a Rachid:

—Tío, cambia ya esa cara de funeral, que lo que te he dicho es un buen primer paso.

Rachid se instaló ante el volante mientras él se dirigía al Honda azul donde lo esperaban Mustafá y Hussein. Volvió a los cinco minutos y encendió un cigarrillo.

—Si no vas a hablar, pon al menos un poco de música —dijo.

—No lo entiendes —Rachid no hizo ademán de encender la radio—, la prisa no es por Malika, que si está en Siria es porque ha querido, ni por mí, que me apetece ir a buscarla lo mismo que sacarme un ojo... —Se volvió rápidamente hacia su amigo—: Perdona, tío, no quería decir...

—No pasa nada —replicó el Camaleón sin mirarlo.

—Es por mi madre —prosiguió Rachid—. Es que se puede morir en cualquier momento.

—Te entiendo —la voz del Camaleón sonó paciente—, pero estas cosas son muy complicadas. Hay que dar cada paso con cuidado. El Cojo no puede llamar a Siria y decir: Oye, que os mando a un amigo mío de excursión, para que le haga una visita a su hermana. Aquella gente mata y muere todos los días, tío.

Un claxon sonó dos veces. Rachid alzó la vista para mirar por el retrovisor.

—Nos vamos —dijo. Volvió a encender el móvil, escribió «Algeciras» y la voz femenina dijo: «A cincuenta metros, gire a la derecha.»

—Asegúrate de que no nos pierde —le advirtió el Camaleón—. Y para en la primera gasolinera que veas en la carretera.

32

El cuerpo del Saharaui se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Gimió y murmuró unas palabras sin sentido. Luego comenzó a hablar en ruso:

—A mi hermana no... Hago lo que queráis. —Movié la cabeza a izquierda y derecha—. ¡Sólo es una niña! ¡Dejadla! —Volvió a balbucear—... Los mato —dijo en árabe—. Los mato... Con la pistola, no; con el cuchillo... El cuchillo es mejor si me descubren —añadió en español—. Mi hermanita... —De pronto soltó un grito—: ¡No!

Se incorporó de golpe. A su alrededor todo estaba oscuro. Por la ventana llegaba el canto del almuédano llamando a la oración del alba. El ruido de las cañerías anunció que acababan de dar el agua.

Estaba empapado en sudor y podía oír su corazón latiendo fuertemente en el pecho. Palpó la manta sobre la que había estado echado hasta que encontró la linterna. Se puso en pie, aturdido, y la encendió.

La luz arrancó destellos en el metal recién abillantado del Kaláshnikov. Al lado había un frasco de nitro solvente, otro de aceite, un par de viejos cepillos de dientes y varios trapos sucios. La vela encajada en el gollete de una botella de Sprite se había consumido completamente. En ese momento, la bombilla del techo se encendió y el frigorífico comenzó a ronronear.

El Saharaui fue al baño, hizo las abluciones y rezó en su habitación. Luego recogió las sábanas de las camas, las metió en la lavadora y la puso en marcha. Abrió el grifo del fregadero y llenó todos los cubos y garrafas de plástico que encontró. Para entonces, la luz sonrosada de la aurora ya perfilaba los contornos de las azoteas. Se calzó los guantes de goma, cogió un cepillo y un recogedor, los llevó al salón y comenzó a limpiar.

Cuando terminó, el sol brillaba en lo alto y él estaba bañado en sudor. La casa olía a lejía. Bajó a la calle el sillón teñido de la sangre de Arzán, tendió las sábanas y se duchó. El reloj del salpicadero del coche marcaba las diez y veintidós cuando se sentó ante el volante y puso rumbo al hospital.

Un enfermero lo informó de que el médico de Muna estaba en el quirófano. Decidió esperarlo en la misma puerta. Lo abordó según salía, cuando el hombre ni siquiera había terminado de quitarse la mascarilla.

—Hay que aprovechar las horas de electricidad para operar —se disculpó el doctor—. Exportamos petróleo, pero tenemos racionada la luz.

El Saharaui no dio muestras de haber captado la ironía.

—Un colega tuyo me dijo anteanoche que ibas a dar de alta a Muna.

El médico asintió.

—Excuso decirte que no puede mantener relaciones sexuales.

—Por supuesto —lo interrumpió el Saharaui—. Te iba a pedir que la mantuvieras aquí todo el tiempo que pudieras. Ahora mismo, yo...

—Necesitamos todas las camas posibles para los heridos que nos traen del frente.

—Pero yo no sé qué hay que hacer para cuidarla. No soy médico.

—Te daré varios sedantes para combatir sus crisis nerviosas.

El Saharaui le interrumpió:

—Le pregunté a tu colega si hay alguna enfermera que pueda hacerle las curas en casa.

El doctor frunció el ceño.

—Lo consultaré con ellas...

—Estoy dispuesto a pagar bien —insistió el Saharaui—. ¿Puedo ver a la niña ahora?

—Claro.

Había camillas ocupadas en los pasillos. El Saharaui las sorteó hasta llegar al almacén. Golpeó la puerta con los nudillos y la abrió. Muna estaba despierta. Él apoyó el Kaláshnikov en la pared.

—Me ha dicho el médico que estás mucho mejor —le dijo con dulzura—. Tal vez dentro de dos o tres días puedas volver a casa.

La niña bajó la vista a las sábanas. No dijo nada.

—¿No quieres volver a casa? —le preguntó él.

Ella permaneció callada.

—¿No quieres hablar conmigo? —El Saharaui se aproximó, pero tuvo cuidado de no tocarla.

—¿Y Arzán? —preguntó Muna con voz pastosa sin alzar los ojos.

Él dudó unos instantes.

—Ha tenido que irse de viaje —dijo por fin—. Me ha dado muchos recuerdos para ti.

Ella lo miró de reojo. Él sonrió:

—Se ha ido a Rusia. Dicen que es un país muy bonito. ¿Te gustaría conocerlo?

Muna movió la cabeza de un lado a otro.

—No quiero ir —musitó.

—¿Adónde? ¿A Rusia?

Muna gimió.

—No quiero ir a casa. No quiero.

—No tengas miedo. En casa sólo vamos a estar tú y yo.

La puerta de la habitación se abrió y entró Malika. Se acercó a la cama por el lado opuesto al del Saharaui, comprobó los goteros e inyectó un sedante en uno de ellos.

Muna volvió a gemir. Los ojos empezaban a cerrársele.

—Mamá... —balbuceó.

—Muna, pequeña, tu madre está en el Paraíso —dijo el Saharaui.

—¿Qué hay que hacer para... ir al Paraíso? —dijo la niña con lengua torpe—. Quiero ir... al Paraíso... para... estar... con... mi... madre —balbuceó.

Malika le acarició la cabeza.

—Eres muy joven para ir al Paraíso —le dijo—. Antes tienes que vivir muchas cosas buenas. Sólo Alá decide cuándo una persona va al Paraíso.

Pero Muna se había dormido y ya no la oía.

El Saharaui se tironeó suavemente la barba y carraspeó antes de hablar.

—Me ha dicho el doctor que van a darle el alta. ¿Podrías venir a mi casa todos los días para hacerle las curas? —Rápidamente añadió—: Por supuesto, te pagaré.

Malika se encogió de hombros.

—Tendría que preguntarles a mis compañeras de la brigada Jansa.

—Por favor, hazlo. —Miró a la niña. Su cabeza se había vencido hacia un lado. Bajó la voz y repitió—: Te pagaré bien.

Ella asintió. El Saharaui se inclinó sobre Muna, la besó en la frente y abandonó la habitación.

Malika estiró las sábanas, apuntó algo en la tablilla que había a los pies de la cama y cerró la puerta con cuidado al salir del cuarto. Cruzó el pasillo y entró en la enfermería. El médico de Muna estaba de pie en el centro de la sala hablando con sus dos compañeras.

—El problema —dijo una de ellas— es que tendríamos que ir dos enfermeras: una para que le haga las curas y otra para que no vaya sola.

—¿Por qué no va Malika? —propuso la otra—. Pueden acompañarla sus amigas de la brigada Jansa. Además, se ha ocupado de la niña desde que llegó.

—Sería una solución. —El doctor se dirigió a Malika—: ¿Qué te parecería ir a casa de Muna todos los días a hacerle las curas? A la niña no le hará ningún bien estar yendo y viniendo de su casa al hospital.

Ella se volvió con un termómetro en una mano y un algodón en la otra. No dijo nada de la propuesta que ya le había hecho el Saharaui.

—¿Cuándo le darás el alta?

—Dentro de unos días. Necesitamos espacio para los heridos. —Y añadió—: Su dueño paga bien.

Malika dejó el termómetro desinfectado en un vaso limpio, en el que vertió un chorrito de alcohol.

—Tendría que consultarlo con mis compañeras... ¿Cuándo debo responder?

—No tiene que ser hoy. Mañana... Háblalo con el dueño... El Saharaui se llama, ¿no? Háblalo con él cuando venga.

33

La gasolinera tenía una torre que parecía un campanario, coronada por el logotipo de Repsol. Hacia ella dirigía Rachid el BMW por el carril de deceleración. En el interior del coche sólo se oía el tictac del intermitente. El Camaleón se había girado en el asiento del copiloto para no perder de vista el camión de la mudanza.

—Viene detrás —dijo—. Ya ha tomado el desvío.

Rachid entró en la gasolinera y detuvo el BMW en un costado. Sólo había dos vehículos repostando.

—No hay Guardia Civil —comentó.

—Sólo nos faltaba que aparecieran los *picos*.

El camión se detuvo detrás del BMW. El primo del Gato apagó el motor, descendió de la cabina y se aproximó a la ventanilla de Rachid. Una vaharada de calor entró en el coche cuando el joven la bajó y el rostro barbudo y sonriente del otro asomó por ella.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó el forzado.

El Camaleón se inclinó hacia él, lo que obligó a Rachid a echarse hacia atrás. Habló atropelladamente:

—¿Qué coño haces aquí, joder? Baja del camión los tres botes, déjalos junto al BMW y pírate. No nos conoces de nada, joder. —Como el tipo pareció titubear, lo apremió—: *Yahla, yahla!* Hay que hacerlo rápido.

Rachid subió la ventanilla mientras por el retrovisor observaba alejarse al camionero.

—Jodido idiota —masculló el Camaleón—. Y encima, con la pinta de terrorista que tiene. ¿Por qué coño se habrá dejado esa barba?

—No sé —Rachid se encogió de hombros—. Los calvos echan de menos su pelo, y si no les sale en la cabeza se lo dejan en otro sitio.

El Camaleón lo miró atentamente a través de las gafas de sol.

—¿Quién te ha dicho esa gilipollez?

Rachid volvió a encogerse de hombros.

—No sé, tío. Lo supongo.

—¿Tú harías eso?

—Tal vez.

Un golpe en la chapa del coche les hizo volverse. El gigante acababa de dejar los tres botes de pegamento industrial junto al vehículo y se alejaba hacia su camión. Rachid hizo ademán de ir a abrir la puerta, pero su amigo lo detuvo.

—Espera a que se marche.

Sonó una melodía y el Camaleón sacó su móvil del bolsillo del vaquero.

—¡Qué pasa!... En la gasolinera, recogiendo los paquetes... No, vosotros seguid hacia Algeciras. Esperadnos a la altura de Los Barrios. Llegaremos en un par de horas... Yo qué sé. En una cafetería. Os llamo cuando estemos llegando.

El camión de mudanzas salía ya de la estación de servicio. El Camaleón colgó el teléfono y, al tiempo que bajaba del coche, le ordenó a Rachid:

—Abre el maletero.

Se dirigió a la parte trasera, levantó el portón y metió los tres botes en el portaequipajes. Cerró con un golpe y volvió al asiento del copiloto.

—Vámonos.

—¿No vas a comprobar si está el polvo?

El Camaleón lo miró como si no comprendiera.

—¿Cómo no va a estar, si lo metimos nosotros mismos esta mañana?

Rachid alzó las cejas con perplejidad, pero no dijo nada. Arrancó y cruzó la gasolinera para reincorporarse a la carretera.

—Además —dijo su amigo—, el tío ese ha estado siempre vigilado. Mustafá y Hussein no han perdido de vista el camión hasta Málaga. Y luego nosotros hemos ido delante de él hasta la gasolinera. ¿Cuándo podría haber metido la mano en los botes, eh?

Rachid alzó la mano derecha en son de paz.

—Vale, vale. Yo sólo te lo decía porque imagínate que vamos a vender el polvo y por lo que sea ha desaparecido, o falta algo, o el barbas ese se equivocó de bote... Yo qué sé.

El Camaleón no contestó. Durante varios kilómetros viajaron en silencio. Rachid encendió la radio e intentó sintonizar una emisora sin perder de vista la carretera, pero las voces y la música aparecían y desaparecían rápidamente.

—Para en la próxima gasolinera —dijo el Camaleón.

—¿Para qué?

—Para en la próxima gasolinera, joder. Ya me has metido la duda en la cabeza y me has jodido. Ahora tengo que abrir los botes y ver si está todo ahí.

—Oye, por mí no...

—¡Que pares en la primera gasolinera que veas!

Unos kilómetros más adelante vieron otra estación de servicio. Rachid aparcó lejos de los surtidores y desbloqueó el maletero. El Camaleón se apeó y trasteó en él durante un rato. Por fin cerró el portón y volvió al asiento del copiloto.

—Vámonos —dijo.

—¿Estaba todo?

—Pues claro —rezongó el Camaleón mientras levantaba las gafas de sol para frotarse el ojo malo.

Manipuló el dial de la radio hasta que, de pronto, la voz poderosa de Rocío Jurado llenó la cabina. Al cabo de un rato, un cartel de la carretera anunció: LOS BARRIOS, 50 KILÓMETROS. Volvió a sacar el teléfono.

—¿Dónde estáis?... Vale, vamos para allá... En un cuarto de hora. Oye, os quiero a todos ahí. Esa gente ha quedado en llamar en cinco minutos... Vale.

—¿Dónde están? —preguntó Rachid.

—En el bar Rodeo, ese que está cerca del Patio.

—Ya sé cuál es. Podría venirnos bien, ¿no?

El Camaleón no contestó. Miraba fijamente al frente, como si estuviera pensando en otra cosa.

—En la terraza no creo que se atrevan a hacer nada, ¿no? —insistió Rachid.

El Camaleón habló sin cambiar de postura.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Casi las tres. Va siendo hora de comer algo.

El móvil del Camaleón volvió a emitir su melodía.

—Diga —contestó—... ¿Dónde dices?... ¿Qué?... ¿Por qué no quedamos en un sitio normal?... Vale... Cómo no voy a saber quién es... OK, de acuerdo, a las cinco... Oye, una cosa: tú sabes quién está detrás de mí, ¿no?... Vamos a procurar no hacernos daño... Eso espero.

Colgó el teléfono y se quedó mirándolo, pensativo.

—¿Qué? —lo interrogó Rachid.

—Quieren quedar en el cementerio de Algeciras.

34

Cuando salió de la mezquita, tras la oración del mediodía, el Saharaui halló un papel en el interior de uno de sus zapatos. No lo sacó: se calzó, subió al coche y se dirigió a una callejuela alejada. Entonces extrajo la nota y miró furtivamente hacia los lados antes de desdoblarla: «La española trabaja en el hospital», decía. Y añadía: «Te están siguiendo.» Esta vez el mensaje no estaba en clave; eso le hizo fruncir el ceño. Volvió a mirar por la ventanilla, pero no vio nada en la calle fuera de lo habitual. Arrancó y se dirigió al Departamento. Mientras conducía, iba echando continuas ojeadas al retrovisor. Tomó una calle a la derecha, fuera de su itinerario habitual, otra a la izquierda y otra más a la izquierda. Era una maniobra absurda porque suponía dar un gran rodeo para volver a la misma calle que había abandonado. Sin embargo, un ciclomotor la repitió.

—¿Quién eres? —murmuró entre dientes—. ¿Me estás vigilando? ¿Tratas de hacerme caer en una trampa?

Intentó demorarse para que el motorista se acercara y poder así verle la cara, pero también él redujo la velocidad. Cuando aparcó delante del Departamento, lo vio desaparecer entre los coches detenidos unos cincuenta metros atrás.

—Ya nos volveremos a encontrar en una situación menos favorable para ti —masculló.

El portero manco lo saludó al cruzar el vestíbulo. En el primer piso había vuelto la actividad: una veintena de jóvenes se afanaban otra vez sobre sus legajos. Ante el despacho del Mauritano, el secretario estaba atareado en la redacción de un documento.

—¿Ha vuelto el jefe? —le preguntó al tiempo que señalaba la puerta de doble hoja situada a la espalda del hombre.

El otro alzó la vista un momento.

—Está reunido.

—Cuando termine, recuérdale que he venido a verlo.

Se dirigió hacia su oficina, pero antes de que llegara lo abordó el arqueólogo. Tenía un pómulo amoratado y el labio superior inflamado.

—La policía se presentó en mi casa —dijo muy alterado mientras entraba tras el Saharaui en el despacho—. Han estado interrogándome durante toda la noche.

El Saharaui dejó las armas sobre la mesa.

—Nos han interrogado a todos. ¿Qué te preguntaron?

—De todo. Querían saber desde cuándo conocía a tu secretario, qué habíamos estado haciendo en los yacimientos, quiénes eran los rusos que van a venir a comprar

el mural, adónde pensábamos llevarlos...

—¿Qué les dijiste?

El hombre abrió los brazos con desesperación.

—¡Nada! ¿Qué les voy a decir, si apenas conocía a tu secretario y no sé quiénes son los rusos? —Hizo un gesto de dolor y se tocó el labio hinchado con la punta de los dedos. Continuó en voz más baja—: También me preguntaron por tus esclavas y si... ¿Cómo lo dijeron...? Si había visto algún comportamiento impropio...

—¿Mío? —La cara del Saharaui era ahora de asombro.

El hombre asintió con gesto avergonzado.

—Querían saber si eras... ya me entiendes.

—¿Gay? —El Saharaui se dejó caer en su sillón y lanzó una risotada.

En ese momento, el secretario del Mauritano se asomó a su puerta.

—Ahora —anunció.

El Saharaui posó una mano en el hombro del arqueólogo.

—No te vayas —dijo, y se marchó tras el secretario.

El Mauritano no alzó la cabeza del libro de firmas en el que estaba garabateando cuando entraron. Estampó la última rúbrica, el secretario cerró el cartapacio y se lo llevó. Entonces se echó hacia atrás en el sillón. A su lado había una aparatosa caja fuerte de color verde; tenía metro y medio de altura y cerradura manual.

—¿Cómo va la venta del mosaico? —su tono de voz era distante.

—De eso venía a hablarte. —El Saharaui se sentó en el borde de una silla y se inclinó hacia delante—. Los rusos no vienen personalmente. Nos envían a dos expertos turcos, que serán los encargados de valorarlo...

—Mejor que los rusos se queden en su casa.

—Desde luego. —El Saharaui sonrió—. Llegarán pasado mañana por Karkamis. Yo iré a recogerlos a Yarábulus. Necesitamos un permiso para que los dejen pasar sin problemas.

El Mauritano se acarició la barba.

—Esas cosas dependen del Jordano. ¿Cuándo dices que lo necesitas?

—Mañana por la noche como muy tarde. Debo salir pasado mañana tras la oración del alba.

El Mauritano gritó en dirección a la puerta abierta.

—¡Habib!

Enseguida entró el secretario.

—El Saharaui tiene que ir a recoger a unas personas en Yarábulus pasado mañana. Redacta ahora mismo una petición, me la pasas a la firma y se la llevas a la gente del Jordano.

Cuando el secretario salió y cerró la puerta, el Mauritano lo miró fijamente.

—¿Te han molestado mucho?

El Saharaui se encogió de hombros.

—Me han interrogado, como a todos. Les conté lo que sabía y me dejaron ir.

—Da gracias a Alá. A tres compañeros de piso de ese traidor los han decapitado.

El Saharaui no mostró la menor emoción.

—¿Eran cómplices?

—Si los han ejecutado, es que lo eran —zanjó el Mauritano.

El Saharaui asintió. Habló en tono neutro:

—El director de arqueología también ha sido interrogado. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su despacho—. Está ahí, esperándome. Acaba de contarme que querían que les dijera si yo era *hawal*.

La cara del Mauritano se ensombreció.

—Ésa es una acusación muy seria —dijo bajando la voz—. Te puede llevar al borde de una azotea. —Golpeó la mesa con el índice—. Mi consejo es que te cases cuanto antes, de esa manera alejarás a los calumniadores.

—Ya estoy buscando esposa. Creo que finalmente necesito una, sobre todo ahora que voy a deshacerme de la pequeña esclava...

—¿Y eso?

—El guardaespaldas la destrozó por dentro. Los médicos dicen que ya no puede estar con un hombre.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Venderla a quien quiera comprarla.

Tres golpes suaves en la puerta interrumpieron lo que el Mauritano iba a decir.

—Adelante.

El secretario entró con una carpeta de plástico que contenía un único folio escrito con primorosa caligrafía. El Mauritano lo firmó.

—Si te ponen alguna objeción —lo aleccionó—, debes decirles: «El hombre que ha firmado esta carta es quien os ha dado los coches que conducís, las armas que empuñáis, los uniformes que vestís y la comida que os lleváis a la boca. ¿Vais a desairarlo de esta manera? ¿Vais a obligarlo a hacerle una visita a vuestro jefe?» No vuelvas sin el permiso. —Y le tendió el papel.

El Saharaui alargó el brazo e interceptó el escrito.

—Si no te importa —dijo—, lo llevaré yo mismo.

El Mauritano frunció el ceño un instante; luego miró al secretario y se encogió de hombros. El hombre desapareció discretamente.

Cuando se cerró la puerta, se volvió hacia el Saharaui y, en voz baja otra vez, recitó:

—«Casad a aquellos de vosotros que no estén casados y a vuestros esclavos y esclavas honestos...»

—«Si son pobres, Alá los enriquecerá con su favor» —prosiguió el Saharaui—. «Alá es inmenso, omnisciente.»

35

Malika echó un chorro de lejía sobre la escobilla y frotó con ella la taza del váter. Cogió un trapo, lo empapó con desinfectante y limpió los azulejos de las paredes.

Estaba pálida cuando salió del retrete. Una mujer que se estaba lavando las manos la advirtió:

—En el siguiente te espera una sorpresa.

Malika empujó la puerta y el hedor la hizo retroceder.

—Es el cambio de alimentación —comentó la otra mujer—. A muchas les suelta la tripa.

Malika acercó un recogedor y, con una fregona casi desmochada, fue introduciendo en él las heces del piso y echándolas luego en un cubo. Sufrió una arcada, pero no se detuvo. Cuando hubo despejado el embaldosado, tomó un hierro terminado en forma de gancho y hurgó con él en el fondo de la taza. Poco a poco, el váter fue tragándose las inmundicias acumuladas.

—¿Otra vez te ha tocado limpiar a ti?

Malika se volvió. En la puerta estaba la instructora marroquí de la brigada Jansa.

Malika asintió. Se quitó los guantes de goma, abrió un grifo y se refrescó la cara.

—Sal a la puerta y siéntate —le dijo la marroquí—. Descansa un poco.

—No puedo —respondió Malika al tiempo que volvía a ponerse los guantes—, en una hora cortan el agua.

—No lo entiendo. Es la tercera vez que limpias los váteres esta semana.

La boca de Malika dibujó una sonrisa entre resignada y burlona.

—Parece que no soy la preferida de la directora.

—¿Qué te pasa con ella?

Malika miró hacia la puerta antes de responder. Habló en un tono más bajo.

—Pretende casarme con el primero que aparezca, y yo me niego.

—¿Por qué te niegas? El Profeta, que la paz y la bendición de Alá sean con él, dijo...

—Sé lo que dijo el Profeta. Olvida lo que te acabo de contar.

La marroquí se encogió de hombros y entró en uno de los retretes recién limpiados. Salió al cabo de un rato, se lavó las manos y se marchó sin despedirse.

Cuando terminó, Malika fue al patio trasero y metió los cubos, las fregonas y el gancho en un pilón alargado que tiempo antes debió de haber servido de abrevadero y comenzó a rociarlos con una manguera.

Una muchacha muy guapa que estaba tendiendo la ropa se le acercó.

—Tú eres la amiga de Alia, ¿verdad? —le preguntó. Tenía voz de niña.

—Sí —respondió Malika mientras vertía un generoso chorro de lejía en el agua.

—¿Sabes qué tal está?

—No tengo ni idea —respondió Malika con cautela—. No la veo desde que se marchó para casarse.

—Decía que quería hablar contigo, que no se iría sin verte, pero la directora tiene un carácter fuerte, es una mujer que siempre sabe lo que hay que hacer. —La muchacha hizo una pausa—. Pobrecita, ¡cómo lloraba!

—¿Vino su marido?

—No. Vinieron unos hombres vestidos de negro. Había uno muy alto y algo encorvado que era quien mandaba. Tenía un acento raro. ¿Cuándo vas a visitar a Alia?

—Cuando ella me diga.

—Cuando vayas a verla, que Alá esté complacido con ella, dale muchos recuerdos de parte de Buchra, la egipcia.

—Lo haré.

—Imagino que ahora estará muy ocupada —Buchra soltó una risita.

—Yo también lo pienso —dijo Malika con una sonrisa.

La egipcia le dijo adiós con la mano, como una cría, y continuó tendiendo la ropa. La ausencia de brisa mantenía las prendas inmóviles, como si fueran de cartón.

Media hora más tarde, Malika llamó con los nudillos a la puerta de la directora.

—Pasa.

La mujer se había puesto unas gafas de lectura cuya montura cubría parte de sus cejas. Estaba leyendo unos papeles. Alzó los ojos azules y, al verla, torció el gesto.

—¿Que quieres? —preguntó de forma desabrida.

—¿Cuándo me vas a llevar a casa de Alia, como prometiste?

La directora palideció.

—¿Que yo prometí...?

—Sí —dijo con seguridad Malika.

—Alia es una niña... —empezó a decir la directora.

—Alia es ahora la esposa de alguien muy importante. Ten por seguro que el Jordano la escucha.

—¿Me estás amenazando? —A la mujer le temblaban los labios de ira.

—No —dijo Malika con dulzura—. Te estoy pidiendo que no me castigues limpiando los retretes y que, durante quince días, me retires de la lista de disponibles para el matrimonio.

36

El Camaleón prendió un Marlboro con la colilla del anterior y apoyó los antebrazos en la verja del mausoleo. A través de las gafas de sol, observó la escultura de Paco de Lucía e intentó leer lo que ponía en la guitarra: «Aceptó siempre la tradición, pero...»

—¿Eres el Camaleón?

Se volvió con calma deliberada y colocó los codos en la verja, situada ahora a su espalda. Dio una larga calada y, con el índice y el pulgar, disparó el resto del cigarrillo. La colilla trazó una parábola, chocó contra una lápida y fue a parar a una jardinera. A unos treinta metros, Rachid miraba la inscripción de un nicho.

—¿Eres el Marino?

—El mismo —respondió el recién llegado.

Era un hombre de unos cincuenta años y rostro chupado. Vestía una camisa blanca remangada y unos pantalones negros, lo que le daba aspecto de camarero. Llevaba las manos en los bolsillos, en actitud despreocupada. Se situó junto al Camaleón y también apoyó la espalda en la verja.

—¿Tienes el dinero? —preguntó el Camaleón.

El Marino asintió.

—En mi coche, que está aparcado en la puerta del cementerio. —Tenía un fuerte acento de Cádiz—. Muy cerquita del tuyo, por cierto. —Las chicharras cantaban con furia alrededor. Como el Camaleón permanecía en silencio, el hombre añadió—: Te propongo un trato. Tú llamas a uno de tus amigos, al que está al volante del BMW rojo, y le dices que un chaval se va a acercar a él llevando una bolsa de El Corte Inglés con el dinero. Que se la dejará ver. Y que, a cambio, él le dejará ver la mercancía para que haga una pruebita con ella. ¿De acuerdo? Mientras —señaló hacia Rachid—, aquel pobre que tienes allí al fondo puede seguir aprendiéndose de memoria los epitafios de los nichos y tú y yo esperamos aquí. ¿Qué te parece?

El Camaleón encendió otro cigarrillo.

—¿Y luego qué?

—Si la mercancía es buena, el muchacho le da a tu amigo la bolsa de El Corte Inglés y tu amigo le da al muchacho la mercancía. Nos avisan, y tú y yo nos vamos juntos a la puerta del cementerio. Allí nos despedimos, tan amigos, hasta la próxima.

Un grupo de turistas rubias con la piel enrojecida por el sol se acercó al mausoleo y se detuvo a pocos pasos de ellos.

—*The greatest guitarist in the world is buried here* —anunció a las demás una que parecía ser la guía.

—Vale —dijo el Camaleón—. Llama a tu amigo mientras yo llamo al mío.

Ambos se alejaron unos pasos de las mujeres mientras se llevaban los móviles a la oreja. Cuando terminaron de hablar, el grupo de turistas se alejaba ya con aire bovino.

El Marino volvió a apoyar la espalda en la verja y miró en torno.

—Es bonito este cementerio —dijo tranquilamente—. ¿Sabes qué otro personaje importante está enterrado aquí? El legionario Antonio Mena Vicario. A ése no vienen a verlo las guiris, sino las viejas de la zona. Le dejan flores y le piden milagros. —Se volvió hacia el Camaleón—: ¿Los musulmanes creéis en los milagros?

—Yo no. —El Camaleón encendió otro cigarrillo.

—A veces es bueno creer en ellos —repuso el Marino al cabo de un rato—. Tengo un primo que nació sin brazos ni piernas. Si no fuera porque cree en los milagros, hace tiempo que se habría ido para el otro barrio. Y, sin embargo, ahí lo tienes: pintando cuadros con la boca. ¡Y lo hace bien, el jodido!

El timbre del teléfono interrumpió al Marino. Casi en el mismo instante comenzó a sonar el móvil del Camaleón. Se apartaron unos pasos el uno del otro, mirándose de reojo mientras hablaban con frases cortas.

El Marino fue el primero en apagar el terminal. Esperó a que el Camaleón hiciera lo mismo.

—Bueno, parece que está todo correcto, ¿no? —dijo con media sonrisa.

El Camaleón se subió las gafas oscuras.

—Ya te dije que soy el representante de un hombre muy poderoso —advirtió—, y que si hubiera algún problema lo ibas a pasar muy mal.

El Marino asintió.

—Por mi parte no hay ningún problema, pero si quieres deshacemos el trato ahora mismo.

El Camaleón pensó un momento antes de hablar.

—Seguimos.

—Bien.

Rachid contempló cómo los dos hombres echaban a andar entre las tumbas. Apretó el paso para alcanzarlos.

Cuando salió a la calle, oyó un silbido. Mustafá y el Camaleón le hicieron señas desde el BMW para que se apresurara. Por la calle se acercaba un coche fúnebre seguido de una hilera de vehículos.

37

El portero manco llamó la atención del Saharaui cuando cruzó el vestíbulo. Señaló a un hombre que estaba sentado en un sillón de la entrada.

—Te está esperando.

El Saharaui observó con desconfianza al individuo. Era bajo y rechoncho, con una barba escasa y llena de hebras blancas. Tenía un fusil cruzado en el regazo.

—¿Me buscabas? —le preguntó bruscamente cuando llegó a su altura.

El hombre se levantó de inmediato.

—¿Eres el Saharaui?

—Sí.

—Soy tu nuevo guardaespaldas.

El rostro del Saharaui se relajó. Esbozó una sonrisa y le tendió la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Mohamed.

El Saharaui miró alrededor y luego la carpeta de cartón que llevaba, como si dudara. Finalmente, sacó del bolsillo las llaves del coche y se las entregó al hombre.

—Llegas justo a tiempo —dijo a la vez que señalaba hacia la calle—. Nos vamos de viaje.

El guardaespaldas asintió y se adelantó para abrirle la puerta: cojeaba ostensiblemente.

—Es ese Jeep Cherokee azul —señaló el Saharaui—. Yo te iré guiando.

El termómetro del coche marcaba cincuenta y dos grados, y el sol daba de lleno en el salpicadero. Sin embargo, el hombre no pareció notarlo cuando aferró el volante con sus manos callosas. Manióbró con soltura, como si hubiera conducido ese mismo coche desde siempre.

—¿De dónde eres, Mohamed? —le preguntó el Saharaui.

—De Túnez.

—¿Cuándo te uniste al califato?

—Hace ocho meses.

—Gira a la izquierda. ¿Qué te pasó en el pie?

—Un blindado le pasó por encima. —Chasqueó la lengua—. Mala suerte.

El coche enfiló la carretera que llevaba hacia el oeste como si persiguiera al sol, que corría hacia el ocaso. Sólo se detuvieron una vez, para rezar la oración de la tarde. El calor era agobiante en aquel terreno amarillo y áspero. Hasta donde alcanzaba la vista sólo se divisaban, aquí y allá, algunas plantas raquíticas.

En medio de aquel paisaje, unos kilómetros más adelante, había a un lado de la carretera varios bidones alineados y un par de todoterrenos artillados. Tras ellos, a lo lejos, podían verse algunas tiendas de campaña. Se detuvieron junto a los cuatro por cuatro.

Un negro fuerte y esbelto, vestido con uniforme de camuflaje y tocado con un turbante azul, se aproximó. Tenía el rostro tan sudoroso que parecía que acabara de sacar la cabeza del agua.

El Saharaui le tendió su documentación a través de la ventanilla.

—La paz sea contigo —dijo—. Vengo a ver al emir.

Bajo un toldo situado a unos metros, varios milicianos observaban con recelo a los recién llegados. El negro abrió la cartera y estudió los papeles con calma.

—¡Lehebib! —llamó. Uno de los milicianos acudió a la carrera—. Sube al coche con ellos y llévalos a la plataforma. Que esperen allí hasta que vuelva el emir.

El miliciano se sentó en el asiento trasero y los guió a través de zanjas y lomas hasta una zona en la que estaban aparcados otros todoterrenos. Más abajo había una pista de entrenamiento.

—No os mováis de aquí —dijo con fuerte acento libio. Descendió del vehículo y se alejó a paso ligero hacia las tiendas de campaña.

El Saharaui también se bajó del coche para observar la pista de entrenamiento que quedaba a sus pies. Allí, una veintena de hombres se arrastraban por el terreno rugoso bajo una alambrada situada a sólo treinta centímetros del suelo mientras un miliciano disparaba ráfagas de Kaláshnikov sobre sus cabezas. Cuando llegaban al final del alambre de espino, cubiertos de sudor y sangrando por los desgarros, formaban en fila y un instructor les iba estampando violentamente la suela de sus botas de combate en el pecho; buena parte de ellos caían de espaldas y no se podían levantar sin ayuda.

Un muchacho que apenas tenía vello en la quijada llegó corriendo hasta donde estaba el Saharaui.

—El emir acaba de llegar —dijo casi sin aliento. Pequeños regueros de sudor surgían entre su pelo y le rodaban por el rostro—. Me ha ordenado que te acompañe a su tienda.

El Saharaui asintió y echó a andar junto a él.

El emir no aparentaba más de treinta y cinco años. Era alto y huesudo; la barba disimulaba su marcado prognatismo. Lo recibió efusivamente y lo hizo pasar delante de él a la tienda.

—Me habían comentado que estabas por aquí —hablaba muy alto, con acento argelino—, pero nadie pudo decirme dónde exactamente. —Con un gesto, invitó a su huésped a acomodarse en los cojines tendidos en la alfombra.

El Saharaui cogió el vaso de leche que el otro le ofrecía.

—¿Hace mucho tiempo que estás al mando de la instrucción?

—Después de la bomba, el Jordano decidió que mi sordera era un peligro para la seguridad de todos —dijo riendo—, así que me retiró del frente y me envió aquí.

—Es una alta responsabilidad —dijo el Saharaui, pero el otro no lo oyó.

—Ahora llegan muchos creyentes: de Francia, de Bélgica, de Inglaterra, de Alemania, de Chechenia... Cada uno habla en una lengua diferente. Es difícil entenderse con ellos. —Se encogió de hombros—. Confiamos en Alá.

—¿El Jordano viene mucho por aquí? —preguntó el Saharaui alzando la voz.

—No mucho. Nunca se sabe cuándo va a aparecer. —Cogió una galleta, se la introdujo en la boca y su barba se movió de adelante hacia atrás cuando comenzó a masticarla—. Se presenta de improviso y lo pone todo patas arriba. Luego se esfuma como si nunca hubiera estado.

—¿Sabes si vive ahora en Raqa?

El emir hizo con el brazo un gesto que pretendía abarcarlo todo.

—Es como el viento: va, viene, gira, vuelve, se aleja... ¡Sólo Alá lo sabe!

—Necesito su firma para esto. —El Saharaui abrió la carpeta de cartón y extrajo de ella el folio con la rúbrica del Mauritano.

El emir alcanzó la hoja de papel y la leyó.

—Con la mía te basta y te sobra. —Mientras hablaba, sacó un bolígrafo y firmó el documento. De una mesita baja cogió un tampón, lo humedeció en una almohadilla y lo estampó sobre su rúbrica—. Cualquiera muyahidín desde aquí a la frontera turca me conoce. —Le devolvió el folio—. ¿Me harás el honor de quedarte a comer?

El Saharaui guardó cuidadosamente el papel en la carpeta.

—No puedo —dijo mientras dejaba el vaso vacío en la bandeja—; debo estar en Raqa antes de que anochezca.

Ambos se pusieron en pie, se calzaron y salieron al exterior. Había varios hombres sentados en la tierra, comiendo a la sombra de una lona de camuflaje. El guardaespaldas del Saharaui estaba entre ellos. Se levantó precipitadamente, limpiándose la boca con la manga de la camisa, recogió su Kaláshnikov y se apresuró cojeando hacia el coche.

—A ése creo que lo conozco. —El emir lo siguió con la mirada, pensativo—. ¿Es tu guardaespaldas?

—Sí. Desde esta mañana.

—¿Cómo que desde esta mañana?

—Antes tenía otro, pero... No quiero aburrirte. Esta mañana se presentó éste.

El emir alzó un dedo para celebrar que había recordado algo.

—¡Mohamed, Mohamed *el Cuchillo*, lo llamaban! Era muy hábil en la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Aquí o en el frente? —preguntó el Saharaui.

—¿Eh?

—¿Aquí o en el frente? —repitió casi gritando.

—Aquí. El Jordano se lo llevó una de las veces que nos visitó. Suele hacer eso: se presenta, selecciona a un puñado de hombres y se los lleva con él. A éste se lo llevó hace medio año. Hum, pero veo que ahora cojea.

El Saharaui asintió.

—Me dijo que un blindado le había aplastado un pie.

El emir continuaba mirando con curiosidad hacia el todoterreno del Saharaui. El guardaespaldas había encendido el motor para conectar el aire acondicionado y refrescar el interior antes de que su jefe subiera.

—Éste era muy amigo de otro que también se llevó el Jordano. Un francés muy alto, algo encorvado. Siempre andaban juntos, ¡parecían la jirafa y el mono! —Se rió—. La jirafa es ahora el jefe de guardaespaldas del Jordano.

El rostro del Saharaui mostraba una sonrisa cuando el emir se volvió a mirarlo.

—¡La jirafa y el mono! —se apresuró a repetir, y soltó una carcajada.

38

La bebé puso cara de asco cuando Malika le apretó la nariz y le tapó la boca para hacerle tragar el jarabe.

—Con esto te vas a poner buena enseguida —le dijo.

Una enfermera se asomó a la puerta de la habitación.

—Te están buscando ahí fuera —con un gesto señaló la sala de espera.

Malika frunció el entrecejo, se asomó al pasillo y miró hacia el lugar que su compañera le había indicado. Por un instante pareció dudar. Finalmente, inspiró y avanzó con paso decidido hacia la entrada del hospital.

En el vestíbulo había unas quince personas, la mayoría mujeres. Paseó la vista por ellas hasta que la descubrió.

Alia estaba sentada en una esquina, con la cabeza inclinada y la libélula de papel entre las manos enguantadas. No vio a Malika hasta que llegó a su lado.

—¡Alia, qué alegría!

La muchacha se levantó de un salto y se abrazó a su amiga. Al mismo tiempo, comenzó a llorar.

—Me... he... escapado —hipó.

Malika abrió mucho los ojos.

—¿Te has escapado de la casa del Jordano? —dijo en español.

La muchacha volvió a abrazarse a ella.

—No quiero volver, no quiero volver.

Malika le echó hacia atrás la cabeza con las dos manos para poder mirarla a los ojos.

—Alia, por favor, tranquilízate. —Su voz era fría—. ¿Dónde está la casa del Jordano?

—Llévame... a... Ceuta.

Malika la agarró por los hombros y la zarandeo.

—Deben de estar buscándote por toda la ciudad. Tú dime en dónde está la casa —le ordenó— y luego pensamos qué podemos hacer.

Alia dio un paso atrás y golpeó el suelo con un pie.

—¡Quiero irme de aquí! —gritó con la voz rota y desesperada.

Malika la abrazó con fuerza y comenzó a acunarla contra su cuerpo mientras la muchacha rompía otra vez a llorar. Las personas que entraban y salían del hospital apenas les dedicaban una mirada.

—Alia, escúchame —dijo al fin Malika—. ¿Cómo te escapaste?

La muchacha se apartó, cogió un pañuelo de papel de las manos de su amiga y se sonó la nariz bajo el velo.

—Un... guardia... dejó... abierta... la... puerta... del... patio. No lo... pensé. —Miró a Malika con ojos espantados y añadió—: ¡Me va a matar!

—Nadie te va a matar —le aseguró Malika—, pero deben de estar buscándote. Seguro que ya han ido a la casa de invitados. Es sólo cuestión de tiempo que aparezcan aquí. —La miró a los ojos—. Tenemos que volver allí antes de que ellos te encuentren, ¿comprendes? De ese modo tu fuga quedará en una simple chiquillada.

Alia negó con la cabeza.

—¡No sé volver!

—Vamos a intentar hacer el camino al revés. —Malika le pasó un brazo por los hombros y la condujo al exterior del edificio—. Dime por dónde llegaste al hospital. —Señaló hacia el este—: ¿Por allí? —Apuntó hacia el oeste—: ¿Por allí?

Alia señaló hacia la derecha.

—Creo que vine por allí.

—Pues vamos.

Apenas habían caminado unos pasos cuando la muchacha se detuvo y se miró las manos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Malika.

—¡La libélula! —exclamó y echó a correr hacia el interior del hospital.

Salió enseguida con el insecto de papel pinzado entre dos dedos enguantados. No había comenzado a descender los escalones de la entrada cuando se quedó paralizada. Malika siguió su mirada y se volvió: un todoterreno negro avanzaba a gran velocidad hacia ellas.

El coche derrapó sobre el asfalto antes de detenerse. Del asiento del copiloto saltó un hombre enmascarado. Era alto y cargado de espaldas y en tres zancadas estuvo junto a Alia. Entonces la muchacha pegó los brazos al cuerpo, cerró los puños y comenzó a chillar.

Durante un momento, la expresión del individuo fue de desconcierto. Malika se apresuró a subir las escaleras y a abrazar a Alia, que seguía gritando.

—Tranquila, tranquila —le dijo—. Yo te acompañaré de vuelta a casa y le explicaremos todo a tu marido.

Varias personas se habían asomado a la puerta del hospital para ver qué ocurría. El enmascarado las miró de reojo.

—Al coche —urgió en árabe con acento francés—, al coche.

Malika acompañó a Alia hasta el vehículo mientras le repetía:

—Yo iré contigo y le explicaremos todo, verás como no pasa nada.

El hombre mantuvo abierta la puerta de atrás mientras Malika ayudaba a la muchacha a entrar en el vehículo, pero cuando ella iba a subir, el individuo le obstruyó el paso.

—Tú no —dijo, y cerró la portezuela.

Alia intentó abrirla desde dentro, pero había sido bloqueada. El enmascarado subió al asiento del copiloto y el coche arrancó derrapando. Malika tuvo tiempo de ver cómo Alia gritaba y golpeaba el cristal antes de que el coche se alejara.

39

—Así que tú eres amigo del guardaespaldas del Jordano —dijo el Saharaui.

—De Abu Hasán, sí —respondió Mohamed sin apartar la vista de la carretera—. Es el jefe de su escolta.

El sol poniente se hundía tras el todoterreno; el guardaespaldas movió el espejo retrovisor para evitar que su reflejo lo deslumbrara. Iluminado por aquella luz moribunda, el paisaje parecía aún más áspero que en el viaje de ida. No había un solo pájaro en el cielo. Pasaron junto a un grupo de vehículos quemados; en uno de ellos podían verse los restos de una silla de bebé.

—Me ha dicho el emir que en el campamento andabais siempre juntos. —La voz del Saharaui tenía un tono jovial—. Me ha contado que te llamaban el Cuchillo porque eras muy bueno en el combate cuerpo a cuerpo, y que Abu Hasán también era muy bueno.

Mohamed pareció pensar la respuesta antes de hablar.

—Abu Hasán era muy bueno en tiro, con pistola, con el Kaláshnikov y con el fusil de largo alcance. En lucha yo era mejor que él, pero eso fue antes del accidente. —Se dio una palmada en el muslo de la pierna mala.

Un roedor cruzó, afanoso, la carretera delante de ellos.

—Una rata —señaló el Saharaui.

—Es un jerbo —le corrigió Mohamed—. Con la guerra quedan pocos.

El guardaespaldas encendió los faros. A lo lejos, entre el polvo que flotaba en el aire, se divisaba la silueta de la ciudad difuminada por la calima. Parecía abandonada: ni una luz brillaba en ella.

—¿Aún os veis, Abu Hasán y tú?

—De vez en cuando. Tiene mucho trabajo. Y yo ahora también —añadió rápidamente.

Un insecto se estrelló contra el parabrisas y dejó una gran mancha parda en el cristal.

El Saharaui adoptó un amable tono paternal:

—«Si tienes un amigo, visítalo con frecuencia, pues las malas hierbas y las espinas invaden el camino por donde nadie pasa» —recitó—. Yo siempre procuro buscar tiempo para ver a mis amigos, deberías hacer lo mismo. —Fingió un bostezo—. ¿Abu Hasán está en Raqa?

—No sé dónde está.

—Si averiguas dónde vive y quieres verlo, me avisas. No te preocupes por el trabajo.

—*Shukran*, eres muy generoso.

A un centenar de metros, un hombre armado había alzado el brazo para que se detuvieran. Tras él, un vehículo cortaba la carretera. El guardaespaldas redujo la velocidad.

—¿Dónde te estás alojando ahora? —preguntó el Saharaui mientras se acercaban al control.

—Estoy en una casa con dos compañeros.

—¿También son guardaespaldas?

—Heridos de guerra.

Un miliciano se acercó a la ventanilla. El Saharaui bajó el cristal, lo saludó y le entregó la documentación. El hombre se alejó unos pasos para examinarla a la luz de los faros.

—Durante un tiempo vas a tener que quedarte con ellos —dijo el Saharaui.

Mohamed asintió mirando al salpicadero.

—No hay problema.

El miliciano le devolvió la documentación al Saharaui y les recomendó que siguieran despacio porque había más controles antes de llegar a Raqa. Él le dio las gracias y volvió a subir la ventanilla para retener el aire acondicionado. Mohamed arrancó. Delante del coche, la ciudad era ahora una masa oscura perfilada por la luz de la luna.

40

Era noche cerrada cuando llegó el coche. Malika oyó el frenazo y se encogió en la cama. Alguien golpeó la puerta repetidamente. Enseguida respondió la mujer de guardia. Hubo ruido de cerrojos y luego sonó la voz grave de un hombre. De la respuesta de la guardiana, Malika sólo entendió la palabra «directora». Luego vio pasar el resplandor de una linterna ante su puerta.

Al cabo de cinco minutos, la directora irrumpió en la habitación completamente vestida y con la linterna encendida.

—¡Malika, levántate! —Le enfocó la cara con la luz.

Ella se incorporó al tiempo que trataba de protegerse los ojos con una mano.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz débil, como si estuviera medio dormida.

Su compañera de cuarto, una francesa de quince años que descansaba en la litera de enfrente, se volvió hacia la pared.

—Ponte el niqab y ven a mi despacho. —El acento inglés de la mujer parecía más marcado que nunca—. Ponte el niqab —repitió—, hay un hombre.

Salió del cuarto y cerró la puerta. Malika oyó sus pasos alejarse y la escuchó hablar con el recién llegado.

Encendió su linterna y se vistió en el estrecho espacio que había entre las camas. A pesar del calor, un escalofrío estremeció su cuerpo. Sacó de su maleta una bolsa roja de plástico y la escondió bajo el niqab.

Cuando entró en el despacho de la directora, ésta se hallaba sentada tras su mesa. La llama de la vela que iluminaba la estancia osciló y se reflejó en sus ojos azules. Frente a ella y de espaldas a la puerta estaba, también sentado, un hombre alto y cargado de espaldas con la cabeza cubierta por un verdugo negro. Se puso en pie de inmediato. Malika y él cruzaron una breve mirada de reconocimiento.

—El Jordano quiere que vayamos a verlo ahora mismo —dijo la directora con voz algo destemplada.

—Pero yo...

El guardaespaldas la interrumpió:

—Ahora.

Hizo un gesto con la mano para indicarle que saliera delante de él. La directora encendió la linterna, apagó la vela y se apresuró a seguirlos. Al llegar junto al coche, el hombre abrió la puerta del copiloto y sacó lo que a la luz de la luna parecían dos bolsas rectangulares de fieltro negro como las que usan algunas tiendas elegantes para empaquetar bolsos o zapatos. Abrió una y cubrió con ella la cabeza de Malika. Cuando

ella empezó a protestar, el hombre ya estaba ajustando los cordones del cierre en torno a su cuello.

—Ayúdala a subir al coche —le ordenó a la directora.

Una vez acomodada Malika, le mandó que se sentara junto a ella y que se pusiera la otra bolsa en la cabeza. Enseguida le apretó los cordones, cerró la puerta trasera y se subió delante, junto al conductor. El todoterreno negro arrancó de inmediato.

La voz del guardaespaldas llegó hasta ellas:

—No toquéis las capuchas —les advirtió—. Os estoy vigilando.

Las siluetas negras de las mujeres se mecían en la oscuridad, a merced de las bruscas maniobras del coche. El conductor recorrió varias calles desiertas y oscuras aumentando la velocidad, girando y frenando a capricho. Durante un trecho, se metió por un descampado. Luego volvió al asfalto, deshizo en línea recta el camino que había hecho en zigzag y se dirigió, dando un rodeo, hacia el sector oeste de la ciudad.

Media hora más tarde se detuvo frente a un portón azul de hierro. Enseguida un hombre lo abrió y le indicó con la mano que entrase. Luego volvió a cerrarlo.

El jefe de los guardaespaldas bajó del coche y ayudó a descender a las dos encapuchadas. A la luz de una linterna, las condujo hasta lo que parecía un garaje. Dentro olía a petróleo. Un generador eléctrico de gasoil situado al fondo de la estancia alimentaba la bombilla solitaria que pendía del techo. Bajo ella, alguien había dispuesto cuatro sillas de cocina enfrentadas. El hombre alto sentó a las dos mujeres juntas. No les quitó las capuchas.

Ambas permanecieron en silencio. Al cabo de un rato, la directora se agitó en su asiento y preguntó:

—¿Puedo quitarme la capucha?

El estrépito de la puerta del garaje al cerrarse le hizo dar un respingo. El Jordano cruzó lentamente la estancia y se sentó en una de las dos sillas que había frente a las mujeres. Las miró con desdén mientras se golpeaba suavemente la pierna con una fusta.

—¿Puedo quitarme la capucha? —repitió la directora con voz temblorosa.

—¿Cuál de las dos es Malika? —preguntó el hombre.

—Yo.

Hizo un gesto al guardaespaldas para que le quitara la capucha a la directora. Le habló a Malika:

—¿Por qué mi mujer fue a verte esta tarde al hospital?

—¿Tu mujer es Alia? Me echaba de menos. —Las palabras de Malika llegaban ahogadas por el fieltro que cubría el niqab—. Las dos somos de Ceuta.

El Jordano se levantó, se colocó detrás de ella y la golpeó en la espalda con la fusta. No fue un golpe fuerte, sino una especie de aviso. Malika dio un respingo.

—¡Mientes! ¡Quería que la ayudaras a huir del califato!

—No es verdad —se defendió Malika. Su voz sonaba entrecortada, como si le costara respirar bajo la tela—. Te juro que sólo vino porque me echaba de menos.

—¡Estás mintiendo! —La golpeó en la cabeza con la mano abierta—. ¡Me lo confesó ella misma!

—Juro por Alá que sólo quería verme. Somos del mismo barrio. Nos hicimos muy amigas durante el largo viaje al califato. Es mucho más joven que yo. Para mí es como una hija. También me duele no poder verla.

—¡Qué cuento más tierno! —Volvió a golpearla en la cabeza.

—No es un cuento. La directora lo sabe: Alía le pidió que me llevara a verla y ella le prometió que lo haría.

El Jordano se volvió hacia la otra mujer.

—¿Es cierto?

La directora carraspeó antes de hablar.

—Bueno, no es exactamente así...

—Le prometiste que tú misma me llevarías a su nueva casa —la cortó Malika.

—Fue una chiquillada. Le dio una rabieta y le dije que tal vez... Lo hice para calmarla.

El Jordano miró a la mujer con desagrado.

—No debiste mentirle a mi esposa. —Los golpecitos de la fusta en la pierna se hicieron más rápidos.

—Bueno, en aquel momento todavía no lo era...

—¡Era mi prometida, idiota! —descargó la fusta con violencia sobre los muslos de la mujer, que cerró fuertemente los ojos de dolor—. ¿Crees que necesitaba de tus mentiras para conquistarla?

Dio dos vueltas en torno a las mujeres. Su pecho subía y bajaba con violencia y su boca era sólo una línea. Volvió a detenerse detrás de Malika y le tocó el hombro con la fusta.

—La Alía que conociste en el viaje era una niña. Ahora es una mujer casada. Es mi mujer. Escapándose de casa ha cometido un grave error por el que está siendo castigada, pero tú también has cometido un error al alentar su desobediencia.

—Le expliqué que lo que había hecho estaba mal. Cuando llegaron tus guardaespaldas, estábamos saliendo del hospital para volver a tu casa.

La voz del Jordano adoptó un registro más bajo.

—¿Te dijo ella dónde vivía?

—Le pregunté y me dijo que no lo sabía —respondió Malika con rapidez.

—Entonces ¿cómo pensabais volver?

—Tenía la esperanza de que recordara detalles del camino para hacerlo al revés.

—¿Y recordó alguno?

—Sólo que había llegado por la calle de la izquierda. Y ni siquiera de eso estaba segura.

Durante un par de minutos, el Jordano se mantuvo en silencio dándose golpecitos con la fusta. Cuando habló, su voz sonó contenida:

—Lo que ha ocurrido hoy no puede repetirse. Tal vez en el futuro mi esposa y tú podáis veros, pero será como decida yo. Hasta entonces, abstente de acercarte a ella o sufrirás las consecuencias. —Se volvió hacia la directora y colocó su cara a escasos centímetros de la de ella—. En cuanto a ti, tu engaño ha sido el causante de todo este despropósito, mujer estúpida. ¡Si vuelvo a tener otra queja de ti, haré que te lapiden!

Se volvió y derribó una silla de una patada.

—¡Llévatelas de aquí! —le ordenó al guardaespaldas—. ¡A las dos! ¡Llévatelas antes de que la empresa a latigazos contra ellas!

Se oyó un fuerte pitido y enseguida la voz de un almuédano llamando a la oración del alba.

41

—Cinco mil —dijo el Camaleón—, ni uno más ni uno menos.

El guardia civil del pelo a cepillo hizo desaparecer el sobre en la riñonera.

—Voy a mear —anunció al tiempo que se ponía en pie—. Primo, cuida de ellos.

El del bigote de herradura asintió.

—Aquí estaremos todos cuando vuelvas: nosotros y las avispas.

El cafetín del zoco de Tetuán estaba vacío: la inestable mesa de plástico blanco en torno a la que se sentaban los dos guardias con el Camaleón y Rachid era la única ocupada. Fuera, bajo el emparrado, había varios parroquianos en otras tres mesas. En una de ellas, cuatro hombres jugaban al dominó.

El camarero se acercó y retiró los vasos sin prestar atención a los insectos que se paseaban por su interior.

—¿Les pongo otros cuatro?

—Vale, pero esta vez sin avispas —bromeó Rachid—. Los de antes estaban un poco picantes.

El camarero sonrió.

—Hay que beberlo rápido, antes de que ellas lo huelan.

—Localiza el avispero y rocíalo con agua y jabón —propuso el guardia.

—Es verdad —ironizó Rachid—. No las matarás, pero al menos se habrán duchado antes de meterse en los vasos de la gente.

El camarero se alejó riendo, pero el del bigote miró con dureza a Rachid.

—¿Te crees muy gracioso? ¿A que te pego una hostia?

El Camaleón pisó el pie de su amigo para advertirle de que se callara. En ese momento, el del pelo a cepillo salió del baño y volvió a sentarse.

—Acabamos de pedir otra ronda —lo informó su compañero—. ¿Todo bien?

—Que sea la última vez que me das billetes de quinientos —advirtió al Camaleón. Se había inclinado hacia él y habló con los dientes apretados—. ¿Qué coño te crees que soy? ¿Un banco? ¿Dónde hostias los cambio yo en Ceuta?

—Así ocupan menos.

—Pues la próxima vez me lo das en billetes de cincuenta.

—¿Los has comprobado? —le preguntó el del bigote.

El otro asintió.

—Son buenos.

El camarero dejó cuatro vasos de té humeante sobre la mesa y corrió a atender a los clientes de la terraza.

—¿Cuándo queréis hacer el próximo pase? —preguntó el del pelo a cepillo.

El Camaleón hizo un gesto de pesadumbre.

—Todavía no tenemos el polvo.

—¿Cuándo crees que lo tendréis?

El Camaleón se encogió de hombros.

—Puede que en quince días, puede que en un mes... no depende sólo de nosotros.

—¿De quién más depende?

El Camaleón encendió un cigarrillo y expulsó el humo antes de responder:

—Eso no te lo puedo decir.

—Pero yo me lo puedo imaginar.

El Camaleón alzó la vista y se encontró con los ojos penetrantes del guardia clavados en los suyos. Ambos se sostuvieron la mirada.

El del pelo a cepillo dijo entonces:

—¡Bah! Da igual.

Dio un sorbo a su té y se levantó. Su compañero lo imitó.

—Acuérdate —señaló al Camaleón con el dedo—: el diez por ciento.

El Camaleón asintió.

—No me olvido.

42

—Esta mañana ha caído un cohete —dijo Muna, somnolienta.

Tenía los labios resecaos y la voz ronca. Malika le levantó los brazos con cuidado para introducirse los en el caftán.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído —Señaló con el índice tembloroso hacia la pared de su derecha—. Unos explotan y otros no, pero éste ha explotado.

—Tiene muy buen oído —dijo el Saharai. Se hallaba apoyado en la puerta de la habitación. La bombilla del techo estaba encendida y en torno a ella daban vueltas varias moscas.

Malika alzó a la niña a pulso y la colocó de pie en la cama para estirarle la túnica. Luego la sentó en el borde con cuidado, se agachó y comenzó a calzarla.

—Todos los días —dijo—, cuando termine de trabajar, iré a tu casa para curarte y jugar un rato. —Tomó su cara con las dos manos, la acercó a la suya y la besó en la frente a través del velo del niqab. Muna se tumbó de lado y se quedó adormilada.

—Te lo agradezco mucho —dijo el Saharai—, a ti y a tus compañeras.

Malika se puso en pie, se encogió de hombros y desvió los ojos pardos al hablar:

—Al principio no querían, pero cuando se enteraron de quién eras cambiaron de opinión.

Tomó a la niña dormida en brazos y se la entregó al Saharai, que la recibió con delicadeza.

—Recuerda —le dijo, y ahora sí lo miró a los ojos antes de añadir—: hay que revisarle las gasas a menudo y cambiárselas cuando estén mojadas, y tomarle la temperatura tres veces al día. Y debes seguir dándole los antibióticos y los calmantes. Nosotras iremos a hacerle la cura después de la oración de la tarde.

El Saharai asintió. Con una mano bajó el hiyab de Muna hasta que le tapó los ojos, para preservarlos de la luz del exterior. Abandonó la habitación con la cabeza de la niña apoyada en su hombro. De la boca abierta de la pequeña colgaba un hilo de baba.

Al verlos salir del hospital, el guardaespaldas bajó del todoterreno, lo rodeó renqueando y les abrió la puerta trasera. Muna gimió cuando el Saharai subió al vehículo y se acomodó con ella en sus rodillas. Mohamed cerró despacio para no despertarla y fue a sentarse ante el volante.

—Conduce con suavidad —le ordenó el Saharai.

La niña no se despertó durante el trayecto. Cuando el coche se detuvo ante la casa, el Saharai le habló al guardaespaldas en voz baja:

—Puedes irte. No te necesito hasta mañana.

Mohamed asintió, recogió su Kaláshnikov, cerró el todoterreno y le entregó la llave.

—Te espero tras la oración del alba —dijo el Saharaui. A continuación, entró en el portal y subió con la pequeña al piso.

La habitación de Muna estaba limpia y ordenada: no quedaba rastro de lo que allí había sucedido. La dejó sobre la cama, le quitó el hiyab y el caftán empapados de sudor y la vistió con un camisón fino que aún tenía la etiqueta del fabricante. Durante todo ese tiempo, la niña no se despertó.

El Saharaui fue a la cocina, preparó unos huevos revueltos, apartó una parte y comenzó a comerse el resto. De repente, un grito desgarrador le hizo soltar el tenedor y correr a la habitación de la pequeña.

Muna estaba acurrucada en una esquina de la cama. Con las manos se tapaba la cara congestionada. Cuando el Saharaui se acercó, gritó aún con más fuerza.

—¿Qué pasa, Muna? Estamos en casa, en tu habitación.

La niña seguía gritando. De repente, comenzó a toser: intentaba gritar, pero la tos no se lo permitía. Con una de las toses expulsó saliva rosácea.

—Te has hecho daño en la garganta por gritar —le dijo el Saharaui—. No te muevas; voy a traerte un poco de agua.

El Saharaui se apresuró hacia el baño. Del armario que había encima del lavabo sacó un sobrecito verde que rasgó con los dientes. Llenó medio vaso de agua, vertió el contenido del sobre y lo removió con el mango de un peine.

—Ahora tienes que beber un poco de agua para que se te cure la garganta —le dijo a la niña cuando volvió al dormitorio.

Intentó acercarle el vaso a la boca, pero ella movió la cabeza con los labios apretados y vertió parte de su contenido.

—¡Basta ya, Muna!

Se sentó en la cama con ella en su regazo. Le echó la cabeza hacia atrás, le inmovilizó los brazos y le tapó la nariz; cuando la niña abrió la boca para respirar, vertió un poco de líquido en ella y le cerró la mandíbula para obligarla a tragar. Repitió la operación varias veces, hasta que logró que la pequeña acabara el último resto del somnífero. Luego comenzó a acunarla.

—Yo tenía una hermana pequeña que se parecía mucho a ti —susurró—. Se llamaba Fatima. Le gustaba jugar al sol de invierno y cantar *Tilifun*. «El teléfono hace llegar el lenguaje que se entiende...» —comenzó a canturrear.

Muna tardó todavía media hora en quedarse dormida. Cuando lo hizo, el Saharaui la dejó en la cama y enterró la cara en las manos con desesperación.

43

A través del ventanal del restaurante, la bahía de Ceuta parecía una brillante joya tirada en el mar. Aunque estaban en el interior del local, el Camaleón llevaba puestas las gafas de sol. Habló sin alzar la vista del plato.

—Hay que ir de compras a Mauritania.

En la cara de Rachid se dibujó una expresión de alerta.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana. ¿Quieres ir?

—*Uaja!*

El Camaleón alzó la cabeza, pero sus ojos permanecieron ocultos tras los cristales de espejo.

—Irás con Musta y el Gato.

Rachid miró hacia ellos: parecían concentrados en su comida. Sólo Hussein mostraba interés en la conversación.

—¿Vamos los tres? —En la voz de Rachid había sorpresa.

El Camaleón detuvo el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Algún problema con eso?

—Por mi parte, ninguno —Rachid se encogió de hombros—. Al revés, cuantos más seamos, mejor. Eso sí, ya te digo que voy a apretar al Cojo y a su amigo para que me den una respuesta sobre mi hermana.

El Camaleón asintió.

—He hablado con el Cojo y está de acuerdo.

Los ojos oscuros de Rachid se iluminaron.

—¿Qué te ha dicho?

—Que él también quiere hablar de eso contigo.

—Pero ¿te ha dicho si me van a dejar entrar en Siria?

—Sólo me ha contado que tiene una propuesta que hacerte. No sé más.

Rachid se llenó los pulmones de aire y lo expulsó de golpe, produciendo un sonoro suspiro.

—¿Por qué son tan gilipollas esos tíos? ¿Por qué no pueden decir sí o no de una vez?

El Camaleón volvió a mirarlo.

—¿Quieres ir o no?

—Sí, sí. —Rachid alzó las manos en señal de rendición—. Claro que quiero ir.

—Bien. Musta y el Gato irán en un coche y tú en otro.

—¿Y eso? —saltó Rachid.

El Camaleón lo miró con paciencia.

—Te lo explico. —Habló con exagerada lentitud, como si estuviera dirigiéndose a un niño—: Imagina que cerráis el trato y compráis el polvo, pero resulta que tú necesitas quedarte uno o dos días más para resolver lo tuyo. ¿Lo entiendes?

Rachid se encogió de hombros.

—Me esperan y ya está.

—Ni de coña. En cuanto cerréis el trato, os volvéis echando leches. Y si tú tienes que esperar por tu asunto, se vuelven ellos y tú ya vendrás en tu coche cuando te venga bien. ¿Lo entiendes ahora o te lo repito?

Rachid bajó la vista.

—El Cojo puede ser para nosotros una mina de oro si no metemos la pata al pasar el polvo. —El Camaleón encendió un cigarrillo con la colilla del anterior—. Podemos hacernos ricos en un año.

—¿Cuánto vamos a comprar? —preguntó Rachid.

El Camaleón apoyó los codos en la mesa, echó la cabeza hacia delante y bajó la voz.

—Apostaremos todos los beneficios. Tú le devolverás sus diez mil euros a tu amigo el de las piedras y con los treinta y ocho mil restantes compraréis más polvo.

—Al precio de la vez anterior, eso serán otros tres kilos, y nos sobrarán tres mil euros —calculó Mustafá.

—Y al precio de la vez anterior serán cien mil euros de ganancias —añadió el Camaleón.

—Entonces nos subió el precio en el último momento —dijo Mustafá—. No me extrañaría que volviera a hacerlo.

—Si pasa eso, dadme un toque y lo hablamos. Si no podéis llamarme, comprad sólo lo que os alcance con el dinero. Esta vez no pidáis créditos.

—¿Les vas a pagar a los *picos* el diez por ciento? —Rachid guiñó los ojos—. ¡Eso son diez mil, tío!

—De momento, vamos a hacer la compra y a meter la mercancía en Ceuta. Después veremos cómo nos lo montamos para pasarla a la Península.

44

Malika golpeó la puerta con los nudillos enguantados y dio un paso atrás. Junto a ella, la marroquí y la tunecina permanecían firmes como estatuas con sus Kaláshnikovs al hombro. Cuando el Saharaui abrió, las tres murmuraron al unísono:

—*Assalamu alaikum*.

—*Wa alaikum assalam* —respondió el Saharaui con gravedad al tiempo que abría completamente la hoja—. Por favor, pasad.

Las guió hasta la habitación de Muna. El ruido de pasos hizo que la pequeña cerrara con fuerza los ojos y se tapara con la sábana.

—¿Necesitáis que os traiga algo? —preguntó el Saharaui.

Malika se sentó en el borde del colchón, sobre el que dejó una bolsa de plástico.

—Soy yo, Muna. Soy Malika, la enfermera —dijo destapando la cara de la niña. Luego se volvió hacia el Saharaui—: Necesito una palangana, agua, jabón y dos toallas. —Señaló la bolsa—. He traído del hospital el resto de las cosas.

El Saharaui asintió y salió del cuarto. Cuando volvió, la marroquí apoyó su Kaláshnikov en la pared y cogió la botella de agua, la palangana y las dos toallas que él le tendía. Luego le hizo un gesto para que se alejara.

—Fuera, fuera —graznó. Y cerró la puerta.

Malika le retiró el pañal a Muna. Intentó abrirle las piernas, pero ella las mantuvo juntas y rígidas.

—Déjame, por favor —le dijo—. No voy a hacerte daño.

La niña aflojó las piernas al tiempo que comenzaba a temblar. La tunecina, que se había acercado a mirar, se apartó rápidamente.

—¡Qué horror! —exclamó.

Malika puso una de las toallas bajo el trasero de Muna. La pequeña gritó.

—¡Muna, soy yo! —Malika retiró los velos que cubrían su rostro y le sonrió. Había adelgazado en las últimas semanas y bajo sus ojos se habían formado unos cercos oscuros, pero la ternura iluminaba su cara.

Por un momento, la niña pareció dudar. Luego dirigió la mirada hacia las otras dos mujeres y reanudó sus gritos.

—¿Os importa salir de aquí? —les pidió Malika alzando el tono para hacerse oír por encima de los chillidos—. Grita porque no os conoce.

—Gritar limpia los pulmones —dijo la marroquí con su voz áspera.

Malika no respondió. Se despojó de los guantes y liberó del niqab los antebrazos. Sacó un pequeño recipiente de la bolsa de plástico, vertió un poco de alcohol en sus

manos y las frotó con energía.

—¡Mira, Muna! —mostró las palmas a la niña—. ¡Sin guantes!

—¿Quieres que te la sujete? —se ofreció la marroquí.

La niña gritó más fuerte y la tunecina recogió su Kaláshnikov.

—Yo espero fuera. No lo soporto.

La marroquí también tomó su arma.

—Llámame si necesitas algo —dijo antes de cerrar tras ella.

Malika acarició la mejilla de Muna y señaló la puerta.

—Mira, se han ido. Ya estamos solas.

Muna tenía la cara congestionada y temblaba como si tuviera fiebre. Malika le puso una mano en la frente y frunció el ceño.

—Ahora hay que curarte, Muna. Si me prometes no llorar, termino enseguida y te cuento un cuento.

Retiró la tela que cubría su cabeza y apartó un mechón de cabello de su frente húmeda. Tumbó con delicadeza a la niña y comenzó la cura. Muna, muy pálida, miraba el techo mientras gemía de forma casi inaudible. Cuando terminó, Malika tomó un pañal que el Saharai había dejado sobre la cómoda y se lo puso a la pequeña. Luego le dio un calmante, se tumbó junto a ella y la abrazó.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos, pero Malika no se movió. La hoja se abrió entonces y entró el Saharai. Ella no se cubrió. El hombre observó con detenimiento el rostro desnudo de la mujer, su denso cabello castaño. Ninguno de los dos desvió la mirada. El Saharai se acercó y acarició la cabeza de Muna, que ya dormía. Al hacerlo, rozó la mano de Malika, que no la retiró. El Saharai se dio la vuelta y salió del cuarto en silencio. Apenas había estado dentro unos minutos.

Al cabo de un rato, Malika se incorporó lentamente, guardó los botes de alcohol y desinfectante en la bolsa de plástico, se cubrió el rostro, se calzó los guantes y abandonó la habitación. Al verla aparecer en el salón, sus dos compañeras se pusieron en pie. La marroquí miró su reloj de pulsera.

—Falta una hora y media para la oración del ocaso —le recriminó.

—La cura lleva tiempo —respondió Malika.

El Saharai se asomó desde la cocina.

—¿Le has tomado la temperatura?

—Tiene unas décimas. Treinta y siete y medio —dijo ella como si nada hubiera sucedido en la habitación—. Dale una de las pastillas rojas si la fiebre le sube a treinta y ocho. Mañana volveremos a la misma hora.

—Pero estaremos menos tiempo —intervino la marroquí—. No podemos perder aquí toda la tarde. Tenemos que patrullar las calles.

El Saharai introdujo la mano en el bolsillo, sacó un billete y varias monedas y se los tendió a Malika.

—Espero que esto ayude a compensaros por las molestias.

Malika tomó el dinero y, sin contarlo, se lo entregó a la marroquí, que lo hizo desaparecer en un pliegue del niqab.

Las tres mujeres abandonaron la casa en fila india. Ya en la calle, la tunecina se volvió hacia la marroquí.

—¿No se lo vas a decir?

—¿Decirme qué? —preguntó Malika.

—Ese hombre —dijo de mala gana la marroquí— quería saber de dónde eras y si estabas casada.



AGOSTO

1

El Saharaui se incorporó con cuidado en la alfombra para no despertar a Muna. Encendió la linterna y la mantuvo apuntando hacia el suelo. Fue hasta la mesilla, recogió el vaso con posos blancos que había en ella y contempló a la niña, que parecía dormir en paz en su cama. La besó en la frente húmeda y murmuró:

—*Uhebbuka kazirán.*

El guardaespaldas lo esperaba en el salón. Junto a él, sobre uno de los sillones amarillos, estaban las armas y una gran mochila.

—Ya está todo listo —le anunció.

El Saharaui se calzó las botas, encajó su pistola en la sobaquera y recogió su Kaláshnikov mientras Mohamed se echaba la mochila a la espalda y se colgaba del hombro el fusil de asalto.

—Vamos.

Cerró la puerta de la calle con dos vueltas de llave para que no se pudiera abrir desde dentro.

—¿La esclava ha dormido bien? —preguntó Mohamed.

—El narcótico que le he dado debería hacerla dormir al menos doce horas. Espero que para entonces estemos de vuelta. —Mientras bajaban las escaleras, añadió—: Tengo que deshacerme de ella. Es imposible seguir así. Tal vez a esos turcos les interese comprarla, *inshalá.*

Hacía una temperatura agradable y la luz del amanecer apenas se presentía en el cielo cuando salieron a la calle. El guardaespaldas depositó la mochila en el asiento trasero del todoterreno y encendió el motor mientras el Saharaui se acomodaba. Arrancó suavemente y se dirigió hacia el noroeste.

Un control los detuvo en la salida de la ciudad, pero cuando los milicianos vieron el salvoconducto les abrieron paso inmediatamente. A ambos lados de la carretera, los faros alumbraban la tierra calcinada llena de hierros retorcidos. El guardaespaldas conducía despacio, atento a los cráteres del asfalto. A la derecha apareció, intacta, una señal de tráfico que advertía de la existencia de gacelas en la zona.

—Ten cuidado —ironizó el Saharaui—, no vayamos a chocar contra una gacela.

—Ya no quedan gacelas, ni pájaros, ni chacales ni hienas —se lamentó el conductor—. Cuando termine la guerra con la victoria del Estado Islámico, *inshalá*, habrá que traer animales de otros lugares para soltarlos aquí.

La aurora comenzaba a iluminar el cielo cuando llegaron a un control de carretera. Un guerrillero embozado con un turbante les ordenó que apagaran el motor, se acercó a la ventanilla del guardaespaldas y echó un vistazo rápido al interior del coche.

—¿Adónde vais?

—A Yarábulus —respondió el Saharaui al tiempo que le tendía la autorización—. Tenemos que estar allí a las diez de la mañana.

El hombre tomó el papel y lo leyó con detenimiento.

—Tú puedes pasar —dijo al devolvérselo—, pero éste —señaló al guardaespaldas— no. Al menos hasta que salude a sus amigos.

El miliciano se bajó la tela del turbante y dejó al descubierto su rostro, en el que resplandecía una sonrisa. El chófer, que había fruncido el ceño al oír sus palabras, también se echó a reír. Los dos hombres se abrazaron a través de la ventanilla. Durante unos minutos intercambiaron novedades y anécdotas. Antes de despedirse, el guerrillero los informó:

—El camino es seguro hasta Yarábulus. Toda la zona está controlada por nuestra gente, pero tened cuidado los próximos veinte kilómetros porque la carretera está en mal estado. Después ya podéis pisar el acelerador.

El guardaespaldas mantenía la sonrisa cuando volvieron a ponerse en marcha.

—¿De qué os conocéis? —le preguntó el Saharaui.

—Del campamento.

—¿También a él lo eligió el Jordano?

El chófer negó con la cabeza.

—En lo único que éste destacaba era en hablar: estaba todo el día contando chistes. Esas cosas no le gustan al Jordano. —Unos kilómetros más adelante añadió pensativamente—: Pero es un buen musulmán.

Llegaron a Yarábulus a las diez de la mañana. La ciudad era un conjunto de casas bajas y cuadradas como dados blancos que alguien hubiera echado a rodar sobre la tierra agostada.

Aparcaron junto al puesto fronterizo. En un muro, alguien había escrito: «Hola y bienvenido a la revolución siria.» El Saharaui cogió su Kaláshnikov y abrió la puerta.

—Espera aquí mientras yo hablo con el responsable del puesto —dijo.

Echó a andar hacia el edificio de la aduana. Pasó ante decenas de personas que aguardaban a la sombra de sus muros, acosadas por las moscas; la mayoría eran ancianos, mujeres y niños. Cerca de la puerta, un miliciano le cerró el paso; el calor le había cubierto el rostro con una película de sudor y sus cabellos parecían mojados. El Saharaui le mostró la autorización. El guerrillero, que no debía de haber cumplido los veinte años, le echó un vistazo.

—Guarda con ellos —dijo al tiempo que señalaba a la pequeña multitud que se apiñaba a la sombra. Dio media vuelta y se dirigió hacia el interior del puesto.

El Saharaui lo alcanzó en dos zancadas.

—Puedes leer el papel, pero no llevártelo. Donde vaya él, allí voy yo.

El joven señaló a la gente que esperaba.

—Esas personas llevan aquí toda la noche.

—Lo siento, pero estoy aquí para cumplir una misión personal del Mauritano con autorización de la oficina del Jordano. No vengo a mendigar nada, este asunto tiene prioridad.

El muchacho dudó un momento. Finalmente, le hizo un gesto para que lo acompañara.

El interior del edificio estaba en penumbra. Una gran bandera negra cubría la pared

de la derecha. Junto a ella, en una mesa larga, un par de hombres trajinaban papeles. Había otra mesa, más pequeña, ante una puerta abierta. El joven golpeó la jamba con los nudillos. Inmediatamente salió un hombre vestido con una americana de raya diplomática y unos pantalones de camuflaje y calzado con sandalias; bajo el brazo llevaba varias carpetas. Cerró con cuidado la puerta a sus espaldas y depositó las carpetas en la mesa. El miliciano le mostró la autorización y señaló al Saharaui. El individuo de la americana la leyó con atención y volvió a la habitación de la que acababa de salir. Tardó apenas un minuto en reaparecer. Le hizo señas al Saharaui para que entrara.

Tras la mesa del despacho y bajo otra bandera negra, un hombre de barba rizada leía el documento. Sobre su mesa reposaban un candil, un ejemplar del Corán, un walkie-talkie y un Kaláshnikov. Alzó la vista y preguntó con voz ronca:

—¿A qué hora llegarán esas personas?

—A las doce.

El hombre miró su reloj y asintió. Señaló una silla.

—Puedes esperar aquí, si quieres.

—Te lo agradezco.

2

Malika abrió un cajón del archivador y con la punta de los dedos fue pasando rápidamente las carpetas que contenían los expedientes de los pacientes. A veces se detenía ante un nombre que le llamaba la atención, abría la carpeta y hojeaba su contenido, pero enseguida la devolvía a su sitio y continuaba buscando. De vez en cuando echaba miradas furtivas a la puerta cerrada que se hallaba a su espalda. La parte del niqab que le cubría la cabeza estaba empapada en sudor.

Se hallaba en una habitación pequeña. Además del archivador, un mueble metálico de color gris, había en ella una vieja mesa de oficina y una silla con la tapicería rota. Un termómetro colgado junto a la ventana marcaba cuarenta y cinco grados. Cerró el cajón y abrió otro. En ese momento, la puerta se abrió.

—¿Qué estás haciendo?

Malika no se volvió. Siguió pasando carpetas al tiempo que decía con voz de hartazgo:

—Estoy buscando el expediente de Muna.

—¿De quién?

—De Muna. Mañana tengo que ir a hacerle las curas.

—Ésos no son los expedientes de pediatría.

Malika se volvió. Frente a ella estaba la enfermera a la cual había golpeado en su primer día de trabajo.

—Ya lo veo. ¿Puedes decirme dónde están?

Durante unos segundos, ambas mujeres se sostuvieron la mirada. Finalmente, la enfermera que acababa de entrar desvió la vista.

—Te buscan ahí fuera —dijo.

—¿Quién?

—Tus amigas de la brigada Jansa.

Malika consultó su reloj con extrañeza. Salió del despacho tras su compañera y echó a andar hacia la entrada. La puerta principal estaba abierta y por ella entraba un aliento ardiente. Todas las sillas del vestíbulo estaban ocupadas; varios hombres que no habían encontrado asiento esperaban en cucullas con las espaldas apoyadas en la pared.

Cuando llegó Malika, la marroquí y la tunecina se pusieron en pie y la miraron con ojos severos; las telas de sus velos se movían al compás de su respiración. Ella señaló el reloj que colgaba de la pared.

—Faltan cuatro horas para que termine.

—Tienes que venir ahora mismo con nosotras —dijo la marroquí con su voz áspera—. El emir te está esperando.

Malika frunció el ceño.

—¿Qué emir?

—El emir de la casa de huéspedes, y la directora también.

Los ojos pardos de Malika se abrieron con alarma. Aunque buscó disimularlo, el temblor de sus manos era evidente.

—¿Sabéis qué quieren? —preguntó.

—Sólo nos han dicho: id a buscar a Malika y traedla ahora mismo, esté haciendo lo que esté haciendo —respondió la marroquí con tono neutro.

—¿No podéis esperar a que termine? —dijo con voz insegura—. Hay una niña que...

—Tienes que venir ahora mismo. Quitate esos guantes y ponte los negros.

Malika giró sobre sus talones y se dirigió a la zona de quirófanos. Dos enfermeros conversaban a la puerta de uno de ellos.

—¿Está dentro el doctor Abdeluahid? —les preguntó.

—Está operando.

En ese momento la puerta se abrió con violencia y salió el médico. Se arrancó la mascarilla y el gorro y los arrojó al suelo mientras se dirigía a su consultorio a grandes zancadas. Se metió y cerró dando un portazo que hizo temblar los cristales de alrededor.

Enseguida salió otro doctor quitándose la mascarilla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Malika.

—Ha muerto —dijo mientras echaba a andar hacia el despacho de su colega.

Malika se acercó a la pared y apoyó la frente en ella. Uno de los enfermeros le preguntó si se encontraba bien. Ella asintió confusamente y le pidió que, cuando el doctor Abdeluahid saliera de su despacho, le comunicara que había tenido que marcharse. Fue a la enfermería, se cambió los guantes que llevaba por los de algodón y recogió su bolso. Miró en torno como si intentara grabar en su memoria cada objeto de la habitación. Salió y fue al encuentro de la marroquí y de la tunecina.

3

Rachid se puso la sudadera y se miró en el espejo. Tiró de los puños, cerró la cremallera, subió la capucha y se colocó de perfil.

—¿No me queda un poco justa?

La dependienta, una muchacha teñida de rubio y vestida con unos pantalones cortos elásticos y una camiseta sin mangas, negó con la cabeza.

—Te queda perfecta —dijo—. Además, te combina de maravilla con los pantalones azules de Nike.

—Es que me gusta la ropa amplia —insistió Rachid—. La ropa ajustada me parece de maricas.

Ella se encogió de hombros.

—Esta sudadera no te queda ajustada. Si quieres una talla más, la tengo.

Rachid se bajó la cremallera, se despojó de la prenda y se la tendió a la chica.

—Me has convencido.

—Entonces —dijo ella— te llevas las dos sudaderas, los pantalones negros, los blancos y los azules...

—Y los dos pares de zapatillas —concluyó él.

Salió de la tienda con dos grandes bolsas en las manos, las guardó en el maletero del BMW rojo y rodeó el vehículo para abrir la puerta del conductor. Un Peugeot verde se detuvo a su altura.

—Rachid —lo llamó el hombre que iba en el asiento del copiloto. Él se volvió y su semblante afable se oscureció al momento.

—El inspector jefe Burón quiere tener una charla contigo. ¿Prefieres que te llevemos o nos sigues en tu coche?

Rachid resopló y apoyó el trasero en el BMW.

—Es que ahora he quedado con una amiga, tíos. ¿No puede ser en otro momento?

El policía de paisano sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Si te quiere, te esperará.

Rachid se dio la vuelta y abrió la puerta de su coche. Habló por encima del hombro:

—No hace falta que me acompañéis, sé dónde queda la comisaría.

El inspector jefe estaba en la puerta del edificio encendiendo un cigarrillo. Vio aparcar a Rachid y se acercó a él expulsando el humo.

—Vamos a dar una vuelta mientras acabo el pitillo —le dijo.

Rachid se detuvo y levantó las manos.

—Oiga, inspector, no se ofenda, pero prefiero que la gente no piense que somos

amigos.

—Como quieras. —Dio al cigarrillo tres chupadas rápidas que alargaron la brasa un centímetro, lo tiró al suelo y lo pisó—. Sígueme.

Llevó a Rachid al mismo despacho vacío de la primera planta en el que lo había interrogado dos meses antes. Se acomodó en el sillón giratorio y, con un gesto, invitó al joven a sentarse en la silla del otro lado de la mesa. Rachid miró su reloj de pulsera e hizo una mueca de fastidio.

—¿Nos podemos dar un poco de prisa, por favor?

Burón dio una palmada en la mesa.

—¿Te apetece ir a la cárcel, Rachid?

El joven hizo un gesto de extrañeza.

—¿De qué hablas, tío?

El policía tenía los ojos clavados en los de Rachid y no los movió ni pestañeó durante un buen rato.

—¿Qué hacíais tú y tus amigos en el cementerio de Algeciras hace dos viernes? —dijo sin apartar la mirada.

Rachid dudó un instante.

—Fue... fue una excursión para ver la tumba de Paco de Lucía. ¿Está prohibido ir allí?

En torno a los ojos del inspector jefe se desplegó un abanico de arrugas.

—Dime el nombre de un tema de Paco de Lucía.

—*Entre dos aguas*.

—Dime otro.

Rachid frunció el ceño y se incorporó en la silla.

—¿Esto qué es, un examen de flamenco?

—No, es un examen de leyes. ¿Sabes cuál es la pena por tráfico de cocaína?

—¡Eh, eh! —Rachid alzó una mano como si rechazara con ella las palabras del otro—. Yo no he traficado con drogas.

—Entre nueve y doce años.

—¿Qué?

—¿Estás dispuesto a pasar doce años en la trena?

Rachid se puso en pie.

—¡Yo no he traficado con nada! —exclamó.

—¡Siéntate, imbécil, o hago que te esposen! —El inspector jefe puso las palmas de las manos sobre la mesa como si fuera a incorporarse de la silla. Rachid volvió a sentarse—. Te tengo cogido por los huevos —prosiguió—. Tres kilos de coca, el camión de Mudanzas Méndez, la venta en el cementerio... lo sé todo. Ahora te pregunto: ¿estás dispuesto a colaborar conmigo o te encierro doce años en la cárcel?

Rachid inclinó la cabeza y se tapó la cara con las manos. Permaneció así unos cuatro minutos, durante los cuales lo único que se oyó en el despacho fue su respiración pesada. Cuando alzó el rostro tenía los ojos empañados.

—Son mis amigos —su voz sonó como un sollozo.

—No te necesito para empapelar a tus amigos. Tengo pruebas contra ellos para hacer que celebren su cuarenta cumpleaños en la cárcel. —El inspector jefe Burón miró fijamente a Rachid—. Lo que quiero es tu colaboración para trincar a ese hijo de puta

mauritano que se hace llamar el Cojo.

4

A las doce y cinco, un todoterreno Toyota de color blanco salió de la aduana turca y rodó lentamente hacia el puesto del Estado Islámico. El sol caía en vertical y el sonido de las chicharras era ensordecedor. Dos milicianos que se hallaban bajo el dintel del edificio abandonaron la sombra e hicieron señas al conductor para que detuviera el vehículo y apagara el motor. Uno de ellos se acercó a la ventanilla mientras el otro se mantenía a unos pasos en actitud vigilante, con el Kaláshnikov firmemente asido con ambas manos.

El Saharaui salió del puesto por la puerta que daba a la barrera y se acercó al coche haciendo visera con una mano.

—¿Son ellos? —le preguntó al que estaba junto a la ventanilla.

El miliciano terminó de leer uno de los documentos que tenía en las manos y asintió.

—Parece que sí. —Se dirigió a los dos ocupantes del Toyota—: Esperad aquí.

Con los papeles en la mano, echó a andar hacia el puesto. El Saharaui se acercó a la ventanilla.

—¿Quién os envía?

—No hablamos árabe —respondió en inglés el copiloto.

El Saharaui repitió la pregunta en inglés.

—Somos tasadores de la casa de subastas Iskander —dijo entonces el individuo—. Venimos por cuenta de un cliente extranjero a inspeccionar un mosaico que el califato ha puesto en venta.

—Yo soy el Saharaui. —Mientras les estrechaba la mano, preguntó en voz más baja —: ¿Habéis tenido una avería?

—Se nos estropeó el reloj —respondió el conductor en el mismo tono.

El Saharaui miró a su alrededor. Luego señaló al cielo, como si fuera a hablar del calor, pero lo que dijo fue:

—¿Traéis un GPS?

—Sí.

—¿Cuánto dinero lleváis encima?

—En el bolsillo, unos quinientos dólares. Pero hay otros cien mil ocultos en el coche.

—¿Cuál de vosotros dos es el jefe?

Los dos hombres se miraron. El conductor dijo:

—Estamos al mismo nivel.

—Tendremos poco tiempo para hablar a solas los tres, así que lo que le diga a uno

de vosotros debe comunicárselo al otro.

—Eso no está en lo que...

—Es fundamental. No admito réplicas —le interrumpió el Saharaui mostrando sus dientes blancos como si hubiera oído algo gracioso—. Disimulad, alegrad las caras.

La puerta del puesto se abrió y salió el miliciano. Se acercó con la cabeza inclinada y los ojos entornados para protegerse del resol y se dirigió al Saharaui:

—Son ellos, ¿verdad?

—Sí.

Hizo un gesto con la mano para que lo siguieran.

—Tenéis que venir todos conmigo para firmar unos papeles —dijo—. Podéis dejar el coche ahí mismo.

El Saharaui les tradujo lo que el miliciano acababa de decir. Los turcos bajaron del Toyota y, junto a él, se dirigieron hacia el puesto. Tenían entre treinta y cinco y cuarenta años y eran altos y fuertes. Uno de ellos llevaba la cabeza rasurada y lucía un espeso bigote negro; el otro llevaba el cabello peinado hacia atrás y tenía la cara afeitada. Ambos vestían camisas de manga larga, pantalones chinos y zapatos de cordones. Al entrar en la penumbra del edificio, se quitaron las gafas de sol.

El secretario de la americana de rayas y los pantalones de camuflaje les puso delante sendos documentos escritos en árabe para que los firmaran. El del bigote se volvió hacia el Saharaui y le preguntó en inglés:

—¿Qué pone aquí?

—Que no transportas armas ni mercancías de contrabando —le contestó en turco el funcionario—, y que te comprometes a no circular por las calles sin la compañía de este hermano —señaló al Saharaui—: él responde por vosotros mientras estéis en el califato.

Ambos estamparon sus rúbricas y el individuo les entregó sus pasaportes. El Saharaui firmó otro documento en el que asumía la responsabilidad por los dos visitantes. Señaló con la cabeza hacia el despacho.

—Me gustaría despedirme.

El secretario se levantó rápidamente y desapareció tras la puerta. Se le oyó murmurar y al momento reapareció y lo invitó a pasar con un gesto de la mano.

El jefe del puesto le tendió la mano, sonriente.

—¿Todo bien? —le preguntó—. ¿Están ya listos los documentos de los visitantes?

—Todo listo. Muchas gracias por la rapidez.

—Procuramos ser eficientes, con la ayuda de Alá.

—Espero poder devolverte el favor algún día.

El otro alzó las manos y negó con la cabeza inclinada para expresar su humildad.

Cuando el Saharaui salió del edificio, los turcos ya habían vuelto al coche. Subió al asiento trasero y les dijo, muy rápido:

—Tres cosas. Una: os ofrecerán alojaros en una casa de huéspedes. Decid que preferís quedaros en la mía. Dos: mañana, al volver del yacimiento donde está el mosaico, nos detendremos en una mezquita para la oración de la tarde. La casa de nuestro amigo está al lado. Cuando pasemos ante ella, yo diré que me he equivocado de dirección. Sólo tendréis esa oportunidad para fijar su localización. Y tres: dentro de unas horas os mostraré a una niña esclava que ha sido violada. Me ofreceréis mil dólares por ella; aceptaré y os la llevaréis cuando volváis a Turquía. Necesita asistencia

médica y psicológica urgentes. ¿Todo entendido? —Los dos individuos asintieron—. Ahora —ordenó al conductor— sigue recto hasta la esquina y tuerce a la izquierda. ¿Ves aquel todoterreno? Es mi coche, y el que está al volante es mi guardaespaldas. Tened cuidado con él: no es de confianza.

5

Malika iba sentada en el asiento trasero del taxi entre la marroquí y la tunecina. El aire caliente que entraba por las ventanillas abiertas aplastaba el velo del niqab contra su rostro. Observó el brillo mate de los Kaláshnikovs de sus compañeras. Se clavó los dedos en las piernas y respiró hondo varias veces. La marroquí la miró de reojo.

—Si no has hecho nada malo, nada tienes que temer —graznó.

La tunecina posó una mano enguantada sobre las suyas.

—Tranquila —le dijo con su voz aflautada.

Cuando el coche se detuvo ante la casa de huéspedes, Malika había dejado de temblar y su mirada parecía serena. Cruzó la puerta con paso firme y se dirigió directamente al lavabo. Se quitó el niqab y se echó el cabello castaño hacia atrás con los dedos: en el espejo se reflejó el atribulado rostro de una mujer joven con unas oscuras ojeras.

El grifo expulsó un chorro de agua parda. Malika esperó a que se aclarara, se lavó la cara y se refrescó la nuca. Luego se secó con su niqab y fue a su cuarto. Sentada en una cama baja se hallaba la guapa egipcia dando de mamar a su hijo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sobresaltada. Rápidamente echó una ojeada en torno para comprobar que sus escasas pertenencias seguían en su sitio.

—Me han trasladado con mi bebé —repuso la egipcia con su animosa voz de niña—. Sólo unos pocos días, hasta que el muyahidín que me ha elegido vuelva del frente, *inshalá*. Espero que el niño no te moleste mucho.

—No te preocupes.

Malika extendió el niqab sobre su cama para que se secara y se despojó del caftán que llevaba debajo. En sujetador y bragas, su cuerpo parecía el de una bailarina.

—Estás muy delgada —le dijo la egipcia—, tienes que engordar.

Malika no respondió. Se puso un caftán limpio y se envolvió en otro niqab. Se despidió con un gesto y cruzó el patio cubierto.

La directora estaba en la cocina. Llevaba unas gafas de lectura en la punta de la nariz y repasaba con un lápiz las cuentas del mercado. También ella se había vestido con un niqab.

—Me han dicho que me buscabas.

—Ya era hora. —La mujer apartó las facturas, se quitó las gafas y la miró severamente con sus ojos azules—. Tápate las cejas. —Mientras Malika se ajustaba el niqab, la directora se levantó y la agarró por el brazo—. Vamos —dijo—. El emir tiene una noticia que darte.

—¿Qué noticia?

—No puedo adelantar nada —respondió la mujer—. Está en mi despacho.

Las suelas de goma de sus zapatillas negras chirriaron en el embaldosado mientras caminaban por el pasillo. La directora llamó suavemente a la puerta de su oficina. Una voz de hombre le indicó que podía pasar. Abrió una rendija y asomó la cabeza como para volver a pedir permiso. Debió de obtenerlo, porque se decidió a entrar. Lo hizo inclinada hacia delante, en actitud servicial.

—Aquí está —anunció e hizo un gesto con la mano para presentar a Malika, que entró tras ella.

El emir se hallaba repantingado en el sillón de la directora con los pies descansando en un cajón abierto a medias. Era el mismo joven de gran nariz que había asistido a la petición de mano de Alia, pero su expresión amable de entonces había cambiado. Inspeccionó a Malika con los ojos cargados de sueño.

—¿Seguro que es ésta?

—Sí, ésta es Malika.

El emir bostezó y se rascó la prominente nariz antes de hablar.

—Te casas mañana —anunció—. Has tenido suerte, te ha elegido un hombre importante: el jefe de los guardaespaldas del Jordano.

Malika pestañeó varias veces.

—No sé quién es —dijo con voz débil.

—Sí lo sabes —intervino la directora—: el que vino a buscarnos para llevarnos a la casa... —desvió la vista.

—¿Aquél alto, un poco encorvado? —preguntó casi sin aliento.

—Parece que le has gustado mucho —dijo el emir—, porque se ha divorciado esta misma mañana.

—¿Cómo se llama? —preguntó con voz entrecortada.

—Abu Hasán.

Malika miró a su alrededor con desesperación, como si buscara algo a lo que aferrarse.

—¿Qué pasará con el hospital? Las personas que me invitaron...

—Todo eso dependerá de tu marido a partir de ahora.

Malika se retorció las manos.

—Me gustaría llamar a mi madre para anunciarle que me caso.

6

El Saharaui abrió las cortinas y el salón se llenó de luz. Había pasado una hora desde la oración de la tarde; los rayos del sol comenzaban a debilitarse y tenían ya el tono amarillo que precede al ocaso. No obstante, el calor era agobiante.

—Cuando anochece, la temperatura baja hasta los treinta y cinco grados —explicó en inglés a los turcos—. Tenemos un ventilador, pero ahora mismo no hay electricidad. —Los dos hombres asintieron con cara de circunstancias. Uno de ellos le pidió permiso para asomarse a la terraza—. *Please* —le respondió—, *feel at home*. —Al otro le señaló los sillones dorados invitándolo a sentarse—. Ahora mismo vuelvo —dijo, y desapareció en el interior de la casa.

Muna no estaba en su cuarto. El Saharaui fue a su alcoba, pero allí tampoco había rastro de ella. Alarmado, miró en el baño y en la antigua habitación de Muisa, sin resultado. Tenía el rostro desencajado cuando entró en la cocina, donde Mohamed preparaba el té.

—¿Has visto a la niña? —le preguntó.

El hombre negó con la cabeza, sorprendido.

El Saharaui volvió en dos zancadas a la habitación de Muna, comprobó que la ventana estaba cerrada por dentro y abrió el armario, pero sólo encontró las escasas prendas de la pequeña. Luego se agachó para mirar debajo de la cama.

Muna estaba en la oscuridad, hecha un ovillo. Sus ojos, muy abiertos, expresaban pavor.

—No pasa nada —le dijo él con dulzura—, son amigos. —Se arrodilló en el suelo y le tendió la mano, pero ella huyó hacia el lado opuesto de la cama arrastrándose como un reptil—. Voy a cerrar la puerta para que veas que nadie va a entrar aquí. —El Saharaui se levantó e hizo lo que había dicho; luego volvió a agacharse—. ¿Ves? Estamos solos, tú y yo. Anda, sal de ahí, ¿no te das cuenta de que eso está lleno de polvo? —La niña retrocedió aún más. Sólo se oía su respiración agitada. El Saharaui suspiró, se tumbó en el suelo y se arrastró debajo de la cama. A pesar de sus gritos y su llanto, la abrazó—. No pasa nada, no pasa nada.

Cuando se calmó, fue con ella en brazos al salón. La niña se aferraba con tanta fuerza a su cuello que sus manos estaban blancas. Llevaba la cara sucia y llena de churretes y de su pelo y su camión pendían bolas de polvo.

—Ésta es Muna, la princesa de la casa —les dijo el Saharaui a los turcos en inglés.

Mohamed entró en el salón con una gran bandeja dorada presidida por una tetera de plata rodeada de vasos labrados. También contenía una jarra de leche y un plato con frutos secos. La depositó sobre la mesa e hizo ademán de retirarse, pero el

Saharai lo retuvo.

—Siéntate con nosotros —lo invitó.

—*Shukran* —respondió el hombre, y cogió la tetera por el asa para comenzar a servir la infusión.

Uno de los turcos, el de la cabeza afeitada y el bigote negro, se acercó sonriente a la niña, pero se detuvo cuando ella comenzó a gritar.

—Ahora está un poco enferma, por eso se muestra tan arisca —le dijo el Saharai —, pero cuando se cure volverá a ser un placer para la vista. ¿Te gusta? —le preguntó —. Te la vendo.

—¿Por cuánto? —El turco sonrió.

—En cuanto he visto cómo la mirabas, he dicho: a éste le gustan las niñas.

El otro turco dejó escapar una risa.

—No voy a engañarte —siguió el Saharai—. No es virgen. Hace un mes, mi anterior guardaespaldas la violó y le hizo un poco de daño. Tendrás que llevarla a un médico antes de poder disfrutarla. ¿Cuánto ofreces?

Muna comenzó a llorar.

—La niña se ha meado —advirtió Mohamed.

El Saharai inclinó la cabeza para mirar la mancha húmeda que se extendía por su camisa y su pantalón. Masculló algo y desapareció con la niña por el pasillo, hacia su cuarto. Sin soltarla, abrió el cajón de la mesilla y sacó un pequeño sobre verde. Lo rasgó con el pulgar y dejó caer su contenido en el vaso que estaba junto a una jarra de agua. Lo llenó hasta la mitad, lo removió con el índice y lo acercó a la boca de Muna. La niña apretó los labios y echó la cabeza hacia atrás.

—Si te lo bebes, los echo a todos de casa.

La obligó a tragar hasta la última gota. Luego la dejó en la cama mientras se quitaba el pantalón y la camisa mojados y se ponía otros secos. Cuando terminó, la cogió en brazos, le quitó el camisón y se lo cambió por otro que sacó del armario.

—¿Prefieres quedarte aquí sola o ir conmigo al salón?

—Aquí —hipó la pequeña.

—Pero esta vez —le dijo el Saharai agitando el índice ante su cara morena— no te metas debajo de la cama. En cuanto termine de hablar con esos amigos vengo a darte de cenar, ¿de acuerdo?

La niña no contestó.

Cuando el Saharai entró en el salón, los turcos y el guardaespaldas bebían de sus vasos en silencio.

—¡Tiene mucho carácter! —exclamó en inglés, en tono desenfadado—. Ésas son las mejores. ¡Oh, el placer de domarlas! ¿Cuánto dijiste que me ofrecías por ella? —le preguntó al calvo del bigote—. ¿Dos mil dólares?

El guardaespaldas levantó la vista al oír la palabra «dólares».

—Mil —dijo el turco.

—¿Qué te parece, Mohamed? —El Saharai se dirigió a él en árabe—. Este turco vicioso ofrece mil dólares por la niña. ¿Se la vendo?

El guardaespaldas se encogió de hombros.

—Parece un buen precio, teniendo en cuenta su estado.

El Saharai se volvió hacia el turco:

—Acepto —le dijo en inglés—. ¿Llevas el dinero encima?

El del bigote asintió.

—En el coche...

—Bien. Mañana me lo das cuando salgamos hacia el yacimiento.

La llamada del almúédano interrumpió la conversación:

«¡Alá es inconmensurable! ¡Alá es inconmensurable!», proclamaban los altavoces de las mezquitas de Raqa.

7

Malika se sentó ante la pantalla del ordenador. Al cabo de tres timbrazos respondió una voz de mujer.

—¿Quién es? —El tono era desconfiado.

—Mamá, soy yo.

Al otro lado, la línea se quedó un instante en silencio. Luego, de los altavoces del ordenador brotó un grito desgarrado.

—¡Hijita mía!

—Mamá, escúchame. No tengo mucho tiempo.

—¿Dónde estás? ¿Has vuelto de Siria?

—No, mamá, sigo aquí.

—No te preocupes, hijita, que tu hermano me ha prometido que va a ir a por ti.

—¿Rachid? ¡No, mamá, no debe venir! ¡Dile que no se le ocurra! Yo estoy muy bien aquí. —Tosió—. Me voy a casar.

La mujer lanzó otro grito.

—¿Con quién?

—Con un buen hombre. Es el jefe de seguridad de alguien muy importante. Con él estaré más cerca de Alá. —Volvió a toser.

—¿Cómo se llama?

Malika tosió una vez más.

—Abu Hasán. —Volvió a toser.

—¿Abu? ¿Tiene hijos?

—No... ¿eso qué importa?

—Importa mucho, hijita. ¿Tiene otras esposas?

—No, mamá. Escucha...

—¿Es muy viejo?

—No, mamá, sólo me lleva unos pocos años.

—Ganará buen dinero, supongo...

—Lo suficiente, mamá.

—¡Hija, entonces te felicito! Yo ya pensaba que ibas a tener que casarte con un viejo pobre. Ahora debes aprovechar para tener muchos hijos antes de que se te retire la regla.

Malika tosió.

—Creo que es de Jordania, como su jefe.

—Hijita, ¿estás enferma? No paras de toser.

—No, estoy bien. Es el polvo.

—Yo no sé dónde queda Jordania, sólo que tiene una reina muy guapa.

—El único problema es que debe viajar mucho con su jefe. Lo acompaña siempre, de día y de noche. Nunca sabré dónde está.

—Llámalo al móvil.

—Ya no lo tengo. Aquí están prohibidos los teléfonos móviles. Pero, ahora que lo dices, él tiene uno por satélite.

Malika volvió a toser.

—¿Quién los ha prohibido?

—Las autoridades, mamá.

—¿Por qué?

—Había muchos abusos...

—De la telefónica, claro. En todas partes es igual. ¿Te acuerdas de que aquí siempre se cortaban las llamadas? Pues hace un par de meses vinieron unos empleados de la compañía y montaron una antena larguísima en el tejado de los Yadali. La mujer me dijo que el marido les había sacado ¡dos mil euros al año! por dejarles ponerla en su casa. Ahora mi teléfono funciona de maravilla.

—¿Qué tal estás tú? —preguntó Malika.

—Mal, yo estoy mal. Creo que ya me queda poco. Los médicos me han hecho toda clase de perrerías. Análisis de sangre, de orina, ventosas y cables en el pecho, radiografías... ¡Tres días me tuvieron ingresada!

—¡Mamá! ¿Y qué te han dicho? —la voz de Malika sonó intranquila.

—Ya te lo dije: que la sangre me riega mal el cerebro. Alá está soplando la vela de mi vida, hijita. Me voy apagando. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Qué medicamentos te han mandado, mamá?

—Una ristra de pastillas que me ocupan toda la mesilla de noche. Y tengo que ir todos los miércoles al hospital a que me hagan una revisión. Pero nada de eso importa porque pronto nos veremos. ¿Dónde os vais a casar?

—Aquí, en Raqa.

—¿Por qué no os casáis en Ceuta?

—Porque él tiene que trabajar.

—¡Pero le darán al menos quince días de vacaciones por la boda! Es lo que dice la ley.

—La ley aquí es distinta, mamá.

—Bueno, qué se le va a hacer. Yo soy una vieja enferma que no ha salido nunca de Ceuta y de Marruecos. Pero no te preocupes, que si hay que ir a Siria, voy. ¿Cómo has dicho que se llama la ciudad?

Malika tosió.

—Mamá, me caso mañana —volvió a toser.

—¡Mañana! —exclamó escandalizada—. ¿Y no me lo dices hasta la víspera?

—Ha sido todo muy repentino.

—¿No será que no quieres que vaya a tu boda con ese señor tan importante? Te avergüenzas de tu madre, di la verdad.

—No me avergüenzo, mamá. Es que ha sido todo muy repentino, ya te lo he dicho.

—Pero ¿por qué no lo retrasáis unos días y os casáis en Ceuta? Seguro que tu prometido encontraba trabajo aquí, en la comisaría. He conocido a unos policías...

—No es posible, mamá. Él ya tiene su trabajo aquí.

—Pues dicen que en la policía municipal pagan bien.

—Mamá.

—Dime, hijita.

—Dile a Rachid que no venga. Bajo ningún concepto quiero que venga, ¿me has entendido?

—Rachid me hará caso cuando el cielo se desplome sobre la tierra. Si él se empeña en ir, yo...

—Mamá: las dos sabemos que Rachid no querría venir si tú no lo empujaras. Que no venga, ¿me has entendido? Debe quedarse ahí para cuidarte.

—¿Cuidarme Rachid? ¿No conoces a tu hermano?

—¡Mamá!

—Vale, vale, hijita. Se lo diré.

8

—No puedo —dijo Rachid y se apartó de la muchacha.

Ella se quedó tumbada bocarriba en la cama, respirando agitadamente. Un sol deslumbrante entraba por la ventana, cruzaba la habitación y calentaba las sábanas. En el suelo había una bolsa de viaje a medio hacer.

La chica se incorporó sobre los codos. Tenía el rostro sudoroso.

—¿Quieres que te la chupe? —le preguntó.

—He dicho que no puedo.

Ella se sentó en la cama y le acarició el pelo.

—A veces pasa.

—A mí no. —Rachid le apartó la mano de su cabeza—. No me había pasado en la puta vida.

Permanecieron callados durante varios minutos. De repente, Rachid se levantó, fue al baño y cerró la puerta a su espalda. Cuando salió ya no llevaba puesto el condón.

Ella suspiró y se levantó. Tenía los pezones grandes y muy oscuros.

—Espero que no sea por mi culpa.

Él no respondió: comenzó a vestirse con gestos bruscos.

—A lo mejor es que algo te preocupa. A mí me pasa: cuando estoy rayada, me cuesta correrme.

Rachid terminó de atarse las Adidas blancas.

—Date prisa, que te acerco a la frontera.

Ella entró en el baño. Rachid oyó correr el agua. Se sentó en una silla y comenzó a morderse la uña del pulgar. Tenía la mirada perdida. Se levantó, abrió la bolsa de viaje y metió en ella cuatro camisetas, varios calzoncillos y un puñado de calcetines. Luego miró a su alrededor como si le faltase algo.

La puerta del baño se abrió y salió la muchacha envuelta en una toalla. Se la quitó, la arrojó sobre la cama y comenzó a ponerse las bragas.

—No hace falta que me lleves —dijo—. Si me das veinte euros cojo un taxi hasta la frontera.

Rachid sacó un billete de la cartera y lo dejó encima de la cama. Ella lo cogió y lo guardó rápidamente en un bolsillo de los vaqueros.

—Venga, lárgate ya —dijo él.

La chica se colgó del hombro un bolso con unas grandes letras doradas: CH. Hizo ademán de darle un beso, pero el gesto hosco de Rachid la disuadió.

Cuando se quedó solo, cogió el teléfono y buscó el número del inspector jefe Burón.

Dudó unos momentos antes de marcar. Finalmente, cerró los ojos y tocó el botón verde. El policía descolgó al primer timbrado.

—¡El niño perdido y hallado en el templo! —exclamó.

—Bajamos mañana.

—¿Adónde?

—A Nuadibú. Vamos tres.

—¿Quiénes?

—Mustafá, el Gato y yo.

—El cabrón del Camaleón se queda en casita, ¿eh?

—Le llamaré si averiguo algo.

—¿Cómo?! Te doy setenta y dos horas para decirme dónde guarda la droga ese hijoputa del Cojo. ¡Setenta y dos horas que empiezan a contar desde ya!

En el auricular comenzó a sonar una llamada entrante. Rachid lo apartó rápidamente de la oreja para ver la pantalla. Decía: «Mamá.»

—Vale, vale —asintió—. Haré lo que pueda.

Cortó la llamada y activó la de su madre.

—Dime, mamá.

—Me ha llamado tu hermana para decirme que se casa mañana.

—¿Qué dices! ¿En Siria?

—Sí, en la ciudad esa donde está, nunca me acuerdo del nombre. Se casa con un hombre joven y muy rico que no tiene más mujeres ni hijos.

—Estará contenta.

—No. Está triste porque nadie de su familia va a acudir a la ceremonia.

Rachid se pasó una mano por el pelo.

—Oye, mamá...

—Si hubieras ido cuando te dije podrías haberlos convencido para que se casaran en Ceuta.

—Mamá, ya te expliqué que viajar a Siria es complicado. Estoy intentando que unas personas me ayuden a entrar y salir...

—Ya sabía yo que me defraudarías.

—Mamá, te dije que iría...

—Sí, cuando encanezca el cuervo. Está claro que me voy a morir sin ver a mi hijita querida. ¡Qué final más triste me ha reservado Alá!

—La vas a ver muy pronto, mamá.

—Está enferma del pecho.

—¿Cómo?

—No quiere hablar de ello, pero no para de toser.

—Tendrá un catarro.

—No, es grave: se lo noté por la forma de toser.

—Mira, mamá. Es enfermera y sabe cuidarse. Además, trabaja en un hospital. Estará bien atendida.

—Tú tranquiliza tu conciencia como puedas, que yo voy a rezar para que Alá proteja a mi niña. Adiós.

Rachid se quedó mirando la pantalla del teléfono. Se acercó a la cama, de la que se había alejado mientras hablaba, y se dejó caer en ella. Permaneció diez minutos

tumbado bocarriba. Se incorporó y respiró profundamente varias veces, luego se puso unas gafas de sol y salió a la calle.

Caminó hasta una tetería de la que salía música marroquí. Varios adolescentes estaban sentados en las sillas de plástico de la entrada.

—¿Has visto al Doctor? —le preguntó a uno de ellos.

El chico alzó la cabeza y lo miró guiñando los ojos.

—Ha dicho que volvería enseguida.

—¿Cuánto hace de eso?

—Una hora y media más o menos.

Rachid se sentó en otra silla, llamó al camarero y le pidió un té verde. Al cabo de un rato, el hombre depositó el vaso en la mesa. Intentó cogerlo, pero las manos le temblaban tanto que tuvo que dejarlo donde estaba.

Hacía mucho que el té se había enfriado cuando vio el Mercedes negro del Doctor subir por la calle. Echó a andar hacia él y le hizo una seña para que se detuviera. El Doctor, un joven gordo con barba, bajó la ventanilla.

—Estoy muy nervioso —le dijo Rachid—. El corazón me late muy deprisa. No consigo dormir.

El gordo desbloqueó el cierre de las puertas.

—Sube —le dijo.

En cuanto Rachid se hubo instalado en el asiento del copiloto, el Mercedes arrancó.

—¿Desde cuándo te pasa? —le preguntó el Doctor.

—Dos días.

—¿Tienes problemas?

—Sí.

El coche se detuvo en el límite de un descampado. El gordo se bajó, abrió el maletero y rebuscó unos minutos en su interior. Lo cerró de un golpe, volvió a su asiento y le entregó a Rachid una caja azul y blanca.

—Empieza por una cápsula —le dijo—. Si no te hace nada, toma dos, y si no, tres. Te calmará y te dará sueño. Son cincuenta euros.

9

La cabaña estaba hecha con tablones de contrachapado y cartones de tetrabrik. Delante de ella podían verse los restos de una hoguera y sobre ellos, apoyada en cuatro piedras, una cazuela tiznada. Alrededor, el suelo estaba salpicado de latas de refrescos y botellas de plástico. Más lejos, a unos cincuenta metros, se levantaba un montículo en el que trabajaban varios hombres.

El Saharaui abrió la puerta del Jeep Cherokee y una ola de calor entró en el coche. Al mismo tiempo que él descendieron los dos turcos. El guardaespaldas permaneció al volante.

—Ahí estaba la villa romana. —El Saharaui se echó el Kaláshnikov al hombro y señaló hacia la colina—. Era muy grande. Tuvo que pertenecer a un hombre muy rico, porque se han encontrado tipos de piedra que sólo pudieron ser traídos hasta aquí desde Italia, desde España y desde Grecia. Debió de pagar una fortuna para transportarlas. Por algún motivo que ignoramos, el edificio se vino abajo, y ésa es la razón de que el mosaico esté en tan excelente estado de conservación. Las piedras que lo cubrieron lo preservaron de la erosión del viento, la arena y el agua. —Hizo visera con la mano para observar una figura que se acercaba—. Ése que viene es el arqueólogo. Cuidado con lo que decís: es un hombre competente.

El turco del bigote se caló una gorra de béisbol y habló en voz baja:

—No te preocupes.

—*Assalamu alaikum!* —gritó el Saharaui en dirección al arqueólogo.

—*Wa alaikum assalam!*

El hombre llevaba la cabeza y parte de la cara cubiertas por un turbante. Se detuvo a un paso de ellos y le tendió al Saharaui una mano manchada de tierra. Estaba muy serio.

—Estos dos caballeros —dijo el Saharaui volviéndose a medias hacia los turcos— son los clientes de los que te hablé. Quiero que les muestres el mosaico y les informes sobre su estado. Ellos no hablan árabe, ¿qué tal es tu inglés?

—*Not bad.*

El Saharaui asintió y señaló a los turcos.

—El señor Osmán y el señor Kerem —dijo en inglés—. Éste es nuestro jefe de arqueología, el señor Abbud. Debo advertirles de algo —sonrió un poco forzosamente—: el señor Abbud no es partidario de que nos deshagamos del mosaico, así que no esperen que les regale los oídos como un vendedor de alfombras. En todo caso, los datos que les dará serán absolutamente fiables.

Los turcos asintieron con una sonrisa cortés. El arqueólogo hizo un gesto con la

mano para invitarles a caminar a su lado.

—El mosaico tiene doscientos cincuenta y dos metros cuadrados —dijo mientras se dirigían hacia el montículo—, veintiuno de largo por doce de ancho, lo que lo convierte en uno de los mayores del mundo. Y, desde luego, en uno de los mejor conservados. En él están representados numerosos animales...

—No tiene figuras humanas —recalcó el Saharaui.

—... en estado salvaje, conviviendo en aparente armonía. Algunos de los animales son propios de esta zona, como las gacelas, pero otros, como los tigres o los elefantes, eran desconocidos en estos parajes. Esto que están pisando —dijo mientras ascendían por el montículo— son los restos de la villa, prensados con la tierra y el agua de siglos.

El turco lampiño se puso unas gafas de sol.

—En su anuncio decía que la villa era del siglo primero de la era cristiana —comentó.

—De hace dos mil años, es verdad. El mosaico ha permanecido aquí durante dos mil años, hasta ahora.

—¿Es de la época de Vespasiano?

—Probablemente el dueño de esta villa cobró caro su apoyo al ascenso de Vespasiano; encontramos muchas monedas y joyas de oro.

Habían llegado a la cima. En un espacio rodeado por restos de muros y fragmentos de columnas y estatuas, destellaba el mosaico. Cuatro hombres estaban arrodillados echando agua sobre las teselas y frotándolas con cepillos de limpiabotas. Ninguno mostró interés por los visitantes. El turco lampiño comenzó a montar la cámara en el trípode.

—¿Ven lo que les decía? —señaló el arqueólogo—. Los animales comparten el territorio en armonía.

El turco del bigote se encogió de hombros.

—Sí, es curioso.

El arqueólogo lo observó con recelo.

—No sabe de qué le estoy hablando, ¿verdad?

—No entiendo bien su inglés —replicó el otro. La tensión en sus mandíbulas era evidente.

Por un momento sólo se oyeron los chasquidos del disparador de la cámara que manejaba su compañero.

—Explícale cómo haríamos el traslado —intervino el Saharaui.

El arqueólogo se demoró en apartar la vista del turco. Masculló algo para sí y luego dijo:

—Recortaríamos el mosaico a unos diez centímetros de profundidad. Luego utilizaríamos cola de carpintero. Pegaríamos en las teselas tiras de tela de unos cinco centímetros de ancho. Es el procedimiento habitual, seguro que lo conocen mejor que yo —añadió con ironía.

—Arpillera sería mejor —dijo el turco del bigote.

Como obedeciendo a una señal, los cuatro trabajadores dejaron sus cepillos. Se inclinaron sobre los cubos de agua y comenzaron a lavarse.

—La oración del mediodía —explicó el Saharaui.

—Tengo ahí un cubo de agua —dijo el arqueólogo. Luego añadió—: ¿Los señores rezan?

—Por supuesto —dijo el turco lampiño.

—Pues entonces también están invitados a lavarse con mi cubo.

El Saharaui oteó hacia donde estaba el guardaespaldas. El hombre había bajado del coche y extendía su alfombra en la tierra. Le hizo un gesto con la mano, pero Mohamed no lo vio. Mientras realizaban las abluciones, el arqueólogo le habló en árabe al Saharaui.

—Estos hombres no son quienes dicen ser.

—¿Qué quieres decir? —la voz del Saharaui sonó serena, pero las aletas de su nariz se dilataron.

—No son expertos, no tienen ni idea de mosaicos.

—¿Ya estás otra vez con tus maniobras para que no lo vendamos? —respondió con tono irritado el Saharaui.

—No es eso. —El otro negó con la cabeza—. Si ellos son expertos en arte, yo soy el rey de Jordania.

—El rey de Jordania no va a pagar cinco millones de dólares por este puñado de piedras. Otro comentario como ése y hago que te envíen al frente.

10

Cuando la directora fue a buscarla, Malika estaba sola en la habitación. Había doblado sus sábanas y había enrollado el colchón sobre el somier. Se hallaba sentada en la cama inferior de la litera con la maleta a un lado y tenía la cara muy pálida, aunque sus ojos mostraban serenidad. Se levantó, se envolvió en el niqab, se calzó los guantes negros y echó a andar tras ella. A mitad de camino, la marroquí salió a su encuentro y le dio varios besos en ambas mejillas a través de la tela.

—Ya verás cómo vas a tener muchos hijos para la yihad —dijo con su voz áspera.

Malika asintió distraída.

—Esa niña a la que vamos a hacerle las curas...

—¿La esclava?

—Habíamos quedado esta tarde en la casa de su dueño. ¿Podrías ir con otra enfermera del hospital?

—¡Es una esclava!

—La niña sí, pero su dueño es un hombre importante. Dile que a partir de mañana tendrá que llevarla al hospital.

La marroquí suspiró.

—De acuerdo. Considéralo mi regalo de boda.

Frente a la puerta esperaba el mismo todoterreno negro en el que unos días antes la habían llevado a la casa del Jordano. De él descendió el guardaespaldas alto y cargado de hombros. Era la primera vez que veía a Abu Hasán sin pasamontañas.

Nadie habría dicho que era un hombre guapo, pero tampoco que era feo. Tenía la frente alta y una nariz regular; sin embargo, los incisivos superiores grandes y separados daban a su rostro un aire equino. En lugar de sus ropas negras, llevaba una larga camisa blanca sobre unos pantalones del mismo color. No sonrió a Malika ni se ofreció a cargar su maleta; se limitó a abrir la puerta del vehículo. Ella colocó el equipaje en el asiento trasero y se sentó al lado sin dirigir una mirada a la directora, que permanecía de pie ante la casa de huéspedes. El guardaespaldas se limitó a hacerle un parco saludo con la mano cuando arrancó el coche. No pronunció una palabra durante el trayecto hasta los juzgados de la sharía.

—La maleta... —empezó a decir Malika cuando él le abrió la puerta para que bajara del vehículo.

—No te preocupes, nadie va a tocarla.

A pesar de que apenas eran las diez de la mañana, el calor apretaba cuando entraron en el edificio. Abu Hasán echó a andar dando por seguro que ella le seguiría a

unos pasos de distancia. Se adentró por un pasillo en el que hombres y mujeres hacían cola ante una serie de despachos numerados. Frente al número cinco se volvió y le hizo una seña para que lo esperara. Abrió la puerta y desapareció en el interior. Enseguida salió una pareja: el chico era muy joven, tenía la melena rizada y la barba rala; los ojos de la muchacha eran azules. El guardaespaldas se asomó tras ellos y, con un movimiento del índice de la mano derecha, le indicó a Malika que entrara.

El despacho era amplio y luminoso. Estaba presidido por una mesa sobre la cual reposaban un Corán y una carpeta verde de cartón. Tras ella, un hombre de rostro arrugado y afable la miró con indiferencia. Su mano derecha jugaba con un rosario musulmán. Alzó la vista hacia el guardaespaldas, que permanecía de pie, y le preguntó:

—¿Es ésta? —Abu Hasán asintió—. ¿Los testigos?

El guardaespaldas farfulló una disculpa y se asomó a la puerta.

—Necesito dos testigos —dijo a los que esperaban.

Dos hombres se adelantaron y él se apartó para dejarlos entrar. Se situaron detrás de los contrayentes.

El juez tomó el Corán y lo abrió.

—¡En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso! —comenzó a recitar—. Alabado sea Alá, señor del universo, y la paz y las bendiciones de Alá sean con su profeta Mahoma. Alá dice: «Y entre sus signos está el haber creado esposas nacidas entre vosotros, para que os sirvan de quietud, y el haber suscitado entre vosotros el afecto y la bondad. Ciertamente, hay en ellos signos para gente que reflexiona.» —En el haz de luz que entraba por la ventana situada a su espalda volaban varias moscas—. Todos los profetas han tenido esposas y descendientes —prosiguió el hombre—. Alá dice: «Mandamos a otros enviados antes de ti, y les dimos esposas y descendientes. Ningún enviado, empero, puede traer un signo si no es con permiso de Alá. Cada época tiene su Escritura.» —Una de las moscas abandonó la luz y se posó en una oreja del juez, que la espantó con la mano. La mosca, terca, rodeó su cabeza y volvió a posarse en el mismo sitio. El hombre volvió a espantarla y el insecto fue a detenerse sobre el libro—. Descúbrete el rostro —ordenó el juez a Malika. Ella apartó los tres velos que lo cubrían. Abu Hasán giró la cabeza para mirarla, pero mantuvo el semblante serio—. Quieres casarte con este hombre —dijo el juez. No lo preguntó, lo afirmó.

—*Kama tara* —respondió ella en un susurro.

—Más alto.

—Como tú ordenes —repitió Malika.

El juez se volvió hacia el guardaespaldas y le preguntó lo mismo.

—*Nam* —asintió él.

El juez cerró el Corán y dijo:

—Que Alá os otorgue el éxito.

Abu Hasán le tendió la mano y murmuró unas palabras de agradecimiento; se volvió hacia los testigos e hizo lo mismo mientras ellos le daban la enhorabuena.

Miró entonces a Malika, que terminaba de ajustarse los velos, y le ordenó que lo siguiera. Cuando llegaron al coche, ella se dirigió a la puerta trasera, pero él le dijo que se sentara delante, a su lado. Malika se puso el cinturón de seguridad y cruzó las manos en el regazo. Él extrajo su Kaláshnikov de debajo del asiento y lo encajó entre éste y la portezuela del vehículo. También sacó un teléfono Thuraya y lo colocó entre

sus piernas. No se puso el cinturón de seguridad.

Cruzaron la ciudad en silencio. Abu Hasán condujo con aparente concentración en medio del caos de coches y pitidos. No tocó el claxon ni una sola vez. Los controles del salpicadero marcaban las once y siete minutos y treinta y ocho grados de temperatura cuando se detuvieron ante un inmueble de tres alturas. A izquierda y derecha, la calle estaba flanqueada por chalés protegidos con altos muros.

Abu Hasán se echó el Kaláshnikov al hombro, enganchó el teléfono satelital en su cinturón y levantó la maleta como si fuera una pluma. Con la mano libre, abrió el portal y subió hasta el primer piso. Sólo una vez volvió la cabeza para comprobar que Malika le seguía.

Cuando introdujo la llave en la cerradura, ella se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared del descansillo, pero él no se dio cuenta. Dejó la maleta en el pequeño recibidor y se dirigió al pasillo. Era tan alto que tenía que inclinar la cabeza para no golpearse en los dinteles de las puertas. Se volvió hacia Malika, que se había asomado al salón: una estancia amplia, alfombrada, amueblada con un canapé cubierto de cojines que se prolongaba a lo largo de tres de las cuatro paredes y frente al cual había un gran televisor de plasma.

—Ven —le dijo.

Malika fue tras él y entró en un dormitorio de muebles lacados en blanco. Abu Hasán dejó el fusil y el teléfono satelital sobre la cómoda, se volvió y puso los brazos en jarra.

—Quítatelo todo —dijo.

Malika dudó un momento. Se despojó de los guantes y comenzó a apartar los velos. De repente se detuvo y miró hacia la puerta de la habitación.

—¿Dónde está el baño?

Abu Hasán frunció el ceño.

—¿Tienes la regla?

—No, es que necesito...

Él alzó una mano.

—Luego. Ahora desnúdate.

Malika asintió. Los dedos le temblaban tanto que le costó despojarse del niqab. Cuando se quitó el hiyab y la melena castaña cayó como una cortina sobre sus hombros, en el rostro del hombre apareció un esbozo de sonrisa. Ella intentó desabrocharse el caftán, pero el temblor se hizo aún más violento y dos botones cayeron al suelo. Lo dejó sobre la cama, junto a las otras prendas, y se volvió hacia Abu Hasán. Todavía llevaba puestas las bragas, el sujetador, los calcetines y los zapatos. Por su espalda y por su pecho se deslizaban gotas de sudor.

—He dicho todo —dijo él con voz neutra. —Malika se agachó y se quitó los zapatos y los calcetines. Con rápidos movimientos se deshizo de las dos prendas que le quedaban e intentó cubrirse con las manos, pero Abu Hasán se lo impidió sujetándola por las muñecas. La miró de arriba abajo, despacio—. Parece que ha merecido la pena —murmuró con una sonrisa que dejó ver sus incisivos grandes y separados.

Más tarde, cuando él descansaba tumbado en la cama y ella, sentada en el retrete, se lavaba entre las piernas con el rostro demudado, se oyó un chirrido en la calle. A continuación, el almuédano de una mezquita cercana comenzó a llamar a los fieles a la oración del mediodía.

11

Rachid detuvo el coche en el control de entrada a El Aaiún. Era una caseta encalada, de unos cinco metros de lado y llena de desconchones, sobre cuya puerta colgaba una bandera marroquí. En el suelo, sujeta con piedras, había una señal de tráfico en árabe y francés: HAUTE POLICE.

Un agente vestido con un uniforme demasiado grande se acercó sonriente a la ventanilla. Rachid se subió las gafas de sol a la frente y le entregó su documentación, acompañada de un billete de diez euros que desapareció rápidamente en un bolsillo del otro. El policía habló mientras ojeaba los documentos del joven:

—¿A qué vienes a El Aaiún?

—A comer. —Rachid ahogó un bostezo—. Luego sigo hacia Nuadibú.

El agente lo señaló con el dedo.

—Estás cansado. Es mejor que duermas. Puedo recomendarte un hotel...

—No, gracias. Dormiré en el camino, más adelante.

—No hay hoteles hasta Dajla.

—Dormiré en el coche.

El policía dio un paso atrás y contempló el BMW rojo.

—¿Cuántos kilómetros tiene? —preguntó.

—Noventa mil.

—¿Vas a venderlo allí abajo?

—Si me pagan lo que pido, sí.

—¿Cuánto pides?

—Ciento cuarenta mil dirhams.

El policía lo miró con suspicacia.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Si no me dan lo que pido, me vuelvo con él a Ceuta.

El agente se rió y le devolvió la documentación.

—Tal vez en Mauritania encuentres a algún tonto que te pague ese dinero. En Marruecos no, te lo aseguro.

Todavía riendo, le hizo un gesto con la mano para que siguiera su camino. Rachid aceleró, bajó una cuesta y cruzó un puente sobre un cauce ancho y fangoso. Entró en una calle recta de casas muy pobres, algunas de las cuales habían sido transformadas en pequeñas tiendas. Echó el coche a un lado, tomó el móvil y marcó un número.

—¿Dónde estáis?... En la entrada. Acabo de cruzar el puente... ¿Y eso por dónde es?... Sí... sí... si no lo encuentro, vuelvo a llamaros... Id pidiéndome una cerveza muy

fría... Bueno, pues una Fanta.

Rachid sacó de la guantera la caja blanca y azul que le había vendido el Doctor. La abrió y contó las cápsulas que contenía. Extrajo una, la guardó en el bolsillo del pantalón y devolvió el resto a la guantera. Luego arrancó y se adentró en la ciudad conduciendo muy despacio. Al cabo de diez minutos divisó el Honda azul de Mustafá y el Gato aparcado ante la puerta de un restaurante. Todavía no había llegado a su altura cuando sonó el teléfono. Se lo llevó a la oreja mientras arrimaba el vehículo a la acera.

—Hola, amigo. ¿Dónde estás? —dijo el Cojo.

Rachid alejó el móvil y, antes de responder, comprobó que la voz se correspondía con el nombre que aparecía en la pantalla.

—En El Aaiún —respondió. Había una nota de recelo en su tono—. Hemos parado para comer algo.

—¿Todo bien?

—Sí, bien. —El Cojo se mantuvo en silencio. Rachid añadió—: Un poco cansados.

—Claro, claro. Es un viaje muy largo. —El Cojo hizo otra pausa incómoda—. ¿Venís en un solo coche?

—No, en dos.

—Mejor. Quiero que hagamos una excursión a casa de un amigo para que conozcas a unas personas.

—¿Es sobre mi hermana?

—Bueno, es un poco de esto y un poco de aquello. Te conviene.

—Pero ¿está solucionado lo de mi hermana?

—Cuando vengas haremos esa excursión.

—¿Adónde?

—Cerca. Iremos a tomar el té. Hablaremos de cosas importantes. Adiós.

Rachid se quedó mirando el teléfono. Apagó el motor y echó el freno de mano. Inspiró y espiró varias veces. Luego introdujo una mano en el bolsillo del pantalón, sacó la cápsula y se la tragó.

12

El Saharaui sorteó a la multitud que comenzaba a reunirse en la plaza del Reloj y enfiló con el Jeep Cherokee la primera calle que vio a su derecha.

—¿Adónde va toda esa gente? —le preguntó el turco del bigote.

—Es una ejecución.

El guardaespaldas estaba a su lado, en el asiento del copiloto; detrás iban los dos turcos. Tras una hora de viaje desde el yacimiento arqueológico, acababan de entrar en Raqa.

—¿Quieres que ahora conduzca yo? —preguntó Mohamed.

—No.

—Creo que te equivocas: por aquí no se va a tu casa.

—Tengo que hacer antes un recado —repuso el Saharaui.

El todoterreno se adentró en la zona occidental de la ciudad. Los edificios fueron haciéndose más bajos y los muros fueron creciendo en torno a ellos. Pronto apareció el minarete encalado. El Saharaui se detuvo ante la puerta azul celeste de la mezquita.

—Voy a saludar a un amigo —le dijo a Mohamed en árabe. Y añadió en inglés, para los turcos—: Es sólo un momento.

La puerta del templo estaba abierta. Los tres pasajeros vieron desaparecer por ella al Saharaui y un silencio incómodo se instaló en el interior del vehículo. El turco lampiño abrió la mochila que llevaba entre las piernas, pero su compañero le hizo un gesto con la mano para que esperase.

No habían pasado cinco minutos cuando el Saharaui volvió a aparecer en la puerta en compañía de un anciano de barba blanca. Mohamed y los turcos los vieron conversar animadamente y despedirse con un abrazo.

—Ahora sí nos vamos a casa —dijo con alegría el Saharaui mientras se sentaba ante el volante y acomodaba su Kaláshnikov junto a la puerta del vehículo.

Arrancó y siguió calle adelante. Cuando tomó la primera travesía a la derecha, Mohamed se removió en su asiento.

—Era recto —dijo.

—Tienes razón —respondió el Saharaui. Giró en la primera bocacalle y tomó la paralela en sentido inverso. Se detuvo ante la puerta de hierro azul, a la sombra del muro coronado con cristales y alzó las manos en señal de rendición—. ¡Me he equivocado! —exclamó en inglés. Dirigiéndose a Mohamed, añadió—: Será mejor que conduzcas tú.

Mientras ambos intercambiaban sus asientos, en la parte de atrás del todoterreno el

turco lampiño manipuló un pequeño aparato que enseguida volvió a guardar en la mochila.

El guardaespaldas arrancó el coche y comenzó a deshacer el recorrido.

—¡Mohamed tiene el mapa del califato grabado en el cerebro! —exclamó en inglés el Saharaui y enseguida se lo tradujo al hombre, que esbozó una sonrisa cortés.

Diez minutos más tarde entraron en la estrecha calle donde estaba la casa del Saharaui. Delante de la cancela, junto a otros enseres apilados, se hallaba todavía el sillón dorado manchado por la sangre de Arzán.

Los cuatro hombres bajaron del Jeep Cherokee, rodearon el montón de basura y se dirigieron al portal. Mientras subían las escaleras, el Saharaui les dijo a los turcos:

—Mañana por la mañana salimos para Yarábulus.

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó el lampiño.

—Esta tarde tienen que hacerle una cura a la niña.

El turco no replicó, pero el disgusto se reflejó en su cara.

El Saharaui fue directamente al cuarto de Muna. La niña estaba tumbada bocabajo en la cama. Su respiración era profunda. La sábana estaba empapada de sudor en torno a su cabeza. El Saharaui posó una mano en su frente y suspiró; luego salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

El salón estaba vacío: los turcos se habían encerrado en la antigua habitación de Muisa y Mohamed trasteaba en la cocina, preparando la comida. En ese momento llamaron a la puerta.

En el descansillo había tres mujeres. Como en su visita anterior, dos de ellas llevaban sendos Kaláshnikovs al hombro y la tercera cargaba con una bolsa de plástico. El Saharaui abrió la puerta completamente y se hizo a un lado.

—Creía que habíamos quedado más tarde —dijo extrañado.

—Es la última vez que venimos —graznó la marroquí—. A partir de ahora tendrás que llevar a tu esclava al hospital.

—¿Qué ha ocurrido?

—La enfermera Malika, que Alá esté complacido con ella, se ha casado.

Los ojos del Saharaui se abrieron con sorpresa. Observó entonces a la mujer que llevaba la bolsa de plástico y se dio cuenta de que era más baja y ancha que Malika.

—¿Se ha casado?

—Con el jefe de los guardaespaldas del Jordano —precisó la tunecina con su aguda voz.

—Nos pidió que hoy trajéramos a una compañera suya para que hiciera la cura, pero esto se ha acabado: mañana tienes que llevarla al hospital —insistió la marroquí.

—Por supuesto —el Saharaui asintió. Parecía desconcertado—. Muna está durmiendo —dijo—. Os acompañaré a su habitación.

La niña continuaba en la misma postura en que la había dejado unos minutos antes. El Saharaui habló en voz baja:

—¿Necesitáis algo? ¿Os traigo una palangana, como la otra vez?

—Una palangana, agua y dos toallas —dijo la nueva enfermera. Se sentó en el borde de la cama y de la bolsa de plástico sacó un par de frascos, algodón, esparadrapo y unas tijeras.

El Saharaui desapareció y volvió al cabo de un momento con lo que le habían

pedido. La enfermera estaba desvistiendo a Muna. La tunecina se había sentado en el suelo; tenía el fusil cruzado en el regazo, los ojos cerrados y se tapaba los oídos con las manos. Eso fue todo lo que él vio antes de que la marroquí le ordenara salir de la habitación.

Oyó los primeros gritos de Muna antes de llegar al salón, donde Mohamed estaba sirviendo una serie de platillos con todo lo que había podido encontrar en la despensa.

—Si saliéramos en treinta minutos, ¿a qué hora podríamos estar en la frontera?

El guardaespaldas consultó su reloj.

—Sin parar, podemos estar en Yarábulus para la oración del ocaso.

—Prepárate, nos vamos en cuanto acabe la enfermera.

Fue a la habitación de los turcos y golpeó en la puerta con los nudillos. Le abrió el bigotudo.

—Lo tenéis todo, ¿no?

—Sí.

—Recoged vuestras cosas, nos vamos en media hora.

El lampiño apareció detrás de su compañero.

—¿Ha pasado algo?

—Están haciéndole la cura a la niña. En cuanto terminen, le doy un somnífero y salimos hacia la frontera. Mohamed calcula que estaremos allí para la oración del ocaso.

Los dos hombres miraron sus relojes.

—A propósito —dijo el del bigote. Se agachó y de su mochila sacó un rollo de billetes envuelto con una goma—. Los mil dólares por la esclava.

—No. Dámelo luego, delante del guardaespaldas.

Un grito de Muna, más fuerte que los anteriores, hizo palidecer al Saharaui.

13

La cocina del piso era amplia y luminosa, y tenía en el centro una mesa cuadrada cubierta con un hule de círculos rojos y negros.

Malika abrió el frigorífico. En el interior había dos lechugas que comenzaban a ponerse negras, un pollo y tres botellas de naranjada. Miró en los armarios y encontró una lata de atún y otra de maíz dulce. Encendió el horno y, mientras se calentaba, fue al fregadero y comenzó a apartar las hojas marchitas de las lechugas. Luego lavó las que estaban en buen estado, las partió y las echó en el cuenco más grande que pudo encontrar. Cuando Abu Hasán entró en la cocina con el largo torso desnudo, la ensalada estaba hecha, el pollo empezaba a dorarse en el horno y Malika pelaba unas patatas.

—Huele bien —comentó el hombre. Llenó de naranjada un vaso y se lo bebió sin respirar. Luego se secó la boca con el dorso de una mano enorme—. Hay una vecina que está casada con un amigo mío —dijo—. Esta tarde te la presentaré. Podréis ir juntas al mercado.

Malika no contestó.

—¿Me estás oyendo? —dijo él.

—Sí —repuso ella sin alzar la cabeza de las patatas.

—Pues contesta cuando te hablo.

Se sirvió otro vaso de naranjada y volvió a vaciarlo de un tirón.

—¿Cómo conociste a la esposa del Jordano?

—Somos del mismo barrio de Ceuta.

—Ya. Oí la historia que le contaste a él la noche que te interrogó, pero lo que te pregunto ahora son los detalles.

Malika abrió el armario situado sobre el fregadero. Sacó platos, vasos y cubiertos y empezó a poner la mesa.

—La conocía de vista. Un día coincidimos esperando a que pasara una procesión de los cristianos. Ella los insultó y eso me llamó la atención.

—¿Qué les dijo?

Malika frunció el ceño, como si tratara de hacer memoria.

—«Hijos de puta. Sólo vienen al barrio para hacer procesiones.» O algo parecido.

—¿Qué hicieron los cristianos?

—No la oyeron. Todos los que estábamos alrededor de ella éramos musulmanes.

—¿Y qué hiciste tú?

—Le sonreí.

—¿Eso fue todo? ¿Una sonrisa y os hicisteis amigas?

—Nos hicimos amigas en Turquía, cuando veníamos al califato. Ella esperaba reunirse con su novio, pero al poco de llegar se enteró de que se había convertido en un mártir. Fue un golpe muy fuerte.

—De Alá somos y a Él hemos de volver —recitó Abú Hasán—. Pero entonces vuestra amistad es muy reciente. Y, sin embargo, estáis más cerca una de la otra que un cojo de su bastón.

Malika alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—El viaje fue muy duro. Luego, en la casa de invitados, nos hicimos compañía y nos apoyamos en los malos momentos. La quiero como a una hija. No tener noticias tuyas me llena de angustia. ¿Cómo está?

Abú Hasán curvó la boca hacia abajo y enarcó una ceja, poniendo una nota de escepticismo en lo que iba a decir:

—Parece que está un poco deprimida.

Malika frunció el ceño, confusa. Había en sus ojos una expresión de alarma.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé muy bien, porque está en otro piso de la casa del Jordano. Dicen que no quiere levantarse de la cama y que cuando la obligan a hacerlo se queda en el sofá sin hacer nada.

—¡Pobrecita! —exclamó Malika—. ¡Si pudiera hablar con ella!

Abu Hasán la contempló unos instantes.

—Para eso estás aquí —dijo.

—¿Cómo?

—El Jordano me ordenó que me casara contigo para que su mujer pudiera verte a menudo. Yo tenía otra esposa, más joven que tú. —Señaló el horno—. Ella compró ese pollo. Pero no pasa nada. —Hizo un gesto con la mano, como si apartara algo molesto—. Tú eres más guapa. Aunque tendrás que esforzarte un poco en la cama. Yo te enseñaré.

La voz de Malika tembló ligeramente al preguntar:

—¿Cuándo me vas a llevar a ver a Alia?

Abu Hasán respondió mientras llenaba un tercer vaso de naranjada.

—Tú no irás a su casa, vendrá ella a verte aquí.

—¿Cuándo?

—Pronto. Mañana, *inshalá*.

En ese momento se oyó un pitido estridente y la voz del almuédano comenzó a llamar a los fieles a la oración del mediodía.

14

—El Cojo me ha dicho que quiere hacer una excursión conmigo —dijo Rachid en voz baja.

—¿Adónde? —se extrañó Mustafá.

—¡Yo qué sé! Sólo me ha dicho que quiere que conozca a unas personas. Joder, ese tío es más raro que un perro verde.

—A lo mejor te presenta a los que te pueden pasar a Siria —dijo el Gato.

Sonó una campanilla, Rachid sacó el móvil del bolsillo y comenzó a teclear.

Mustafá se encogió de hombros.

—Disfrutemos mientras podamos —dijo. Se metió en la boca un trozo de cigala y puso los ojos en blanco.

El Gato se echó a reír.

—Esto no lo hay en Ceuta, ¿eh, Musta?

—Algo bueno tenía que haber en esta mierda de desierto, tío.

El Gato dio un trago a su Fanta de naranja.

—Un pariente mío vivió aquí dos años. Trabajaba en una mina y echaba pestes de los saharauis. Decía que el Gobierno les pagaba un sueldo sin necesidad de que fueran a trabajar, sólo para tenerlos contentos. «Si los independentistas del Frente Polisario desaparecieran», decía, «esa gente se moriría de hambre porque no sabe hacer nada».

Algunos comensales de otras mesas se volvieron para mirarlos.

—Habla más bajo, tío —susurró Mustafá—: lo último que necesitamos es tener un problema con toda la pasta que llevamos en el coche.

Rachid permanecía inclinado, tecleando en la pantalla. En su plato había una enorme dorada casi intacta. El Gato se inclinó hacia él.

—¿Qué haces?

—Enviándole más mensajes al Cojo. No paran de entrar.

—Déjame ver.

El Gato alargó el brazo para coger el teléfono. Rachid se lo entregó. En ese instante comenzó a sonar.

—Número oculto —anunció el Gato.

Rachid le arrebató el móvil, se levantó de la mesa y se alejó hacia la puerta del restaurante al tiempo que se llevaba el terminal a la oreja. Mustafá y el Gato se miraron con asombro.

—¿Qué noticias tienes para mí? —dijo el inspector jefe Burón.

—Aún no hemos llegado, estamos en El Aaiún.

—Rachid, no intentes jugármela.

—El Cojo me ha llamado por teléfono y me ha dicho que me va a llevar de excursión para conocer a unas personas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No tengo ni idea.

—Tú nunca me engañarías, ¿verdad, Rachid?

—No.

—Por si te entra la tentación de jugármela, te diré que tengo vigilada a tu madre.

—¡Mi madre no tiene nada que ver con esto!

—Claro que no, pero, por si acaso, yo la tengo vigilada. Sé cuándo va al mercado, cuándo va al hospital, lo que les dice a las vecinas sobre tu hermana... A propósito, de ti no habla muy bien.

—Deja en paz a mi madre o lo mando todo a la mierda.

—No me amenazas, Rachid. Tú no vas a mandar nada a la mierda porque serías el principal perjudicado. ¿Qué piensas que harían el Cojo y el Camaleón si supieran que has estado hablando conmigo?

—Deja en paz a mi madre...

—Nadie va a molestar a tu madre mientras tú te portes bien. Llámame en cuanto lleguéis a Nuadibú. —El inspector jefe cortó la comunicación.

Rachid inspiró y espiró varias veces antes de decidirse a volver al restaurante. Sus amigos lo observaron mientras caminaba hacia la mesa y se acomodaba en la silla.

—¿Qué? —dijo Mustafá.

—¿Qué de qué? —fingió sorprenderse él. Trató de sonreír, pero le temblaban los labios y el intento se quedó en una mueca.

—¿Quién era?

—Es un secreto —se llevó el índice a los labios en señal de silencio.

—¿Hombre o mujer?

—Venga, vamos a pagar, que tenemos mucha carretera por delante.

—¡Pero si no has probado la dorada!

—No tengo hambre.

15

Todavía era de día cuando los dos coches llegaron al puesto de Yarábulus. En el Toyota viajaban los turcos, el Saharaui y la pequeña Muna, que iba dormida en sus brazos. En el Jeep sólo iba el guardaespaldas.

El Saharaui acostó a la niña en el asiento trasero del Toyota.

—Cuidadla mientras voy a hablar con el jefe del puesto —dijo. Bajó del coche y cerró la puerta con sigilo.

El sol poniente teñía de naranja los muros de la aduana. La multitud que por las mañanas acampaba junto a ellos se había reducido a esa hora a un puñado de familias que se aprestaban a pasar la noche bajo toldos improvisados con plásticos.

La puerta del puesto estaba cerrada por dentro. El Saharaui dio la vuelta al edificio, hasta la zona por la que pasaban los vehículos. Allí, tres milicianos hacían guardia apoyados en la barrera que bloqueaba el paso. Cuando lo vieron acercarse, le gritaron que la frontera estaba cerrada, pero él continuó caminando.

—No se puede pasar —le dijo uno de ellos—. Vuelve después de la oración del alba.

El Saharaui extrajo del bolsillo de su camisa los permisos de estancia de los turcos y los agitó ante él.

—Traigo a unos invitados turcos del Mauritano. Tienen autorización del Jordano. No pueden esperar a mañana, es necesario que pasen ahora.

El miliciano tomó los documentos y los hojeó rápidamente. Sus compañeros se acercaron para mirarlos por encima de su hombro.

—¿Eres Haibala *el Saharaui*? —preguntó uno de ellos. El Saharaui asintió—. Aquí sólo pone que los turcos pueden circular contigo por el territorio del califato. No dice que puedan salir de él.

El Saharaui le quitó los papeles de las manos.

—Quiero hablar con el jefe de la aduana —dijo.

El miliciano se encogió de hombros.

—Espera aquí.

Entró en el edificio por la puerta lateral. Al cabo de un rato se asomó y le indicó al Saharaui que lo siguiera.

En el interior umbrío había otros hombres, que interrumpieron su conversación cuando aparecieron ellos. La mesa del secretario estaba vacía. El miliciano se apartó para que el Saharaui entrara delante de él en el despacho.

El individuo que se hallaba sentado ante la mesa no era el que conocía el Saharaui. Tenía unos cuarenta años, barba rala y llevaba la cabeza cubierta por un turbante.

Abrió un cajón, sacó un mechero y prendió el candil situado a su izquierda. Luego tendió la mano.

—A ver esos papeles. —Movié los dedos urgiéndole a entregárselos.

Los leyó rápidamente a la luz del candil.

—¿Eres el Saharai? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Sí.

—Por favor, siéntate.

Cuando terminó, le devolvió los documentos.

—No hay problema —dijo. Se volvió hacia el miliciano, que seguía de pie junto a la puerta—. Los documentos son válidos. Echadle un ojo al coche antes de dejarlo salir.

—A propósito —intervino el Saharai—, les he vendido una esclava. La llevan en el vehículo. Imagino que eso no será un problema.

El jefe de la aduana frunció el ceño.

—Los documentos no hablan de ninguna esclava.

—El Mauritano está enterado de la venta. No consideró necesario mencionarla.

El hombre se rascó la barba por debajo de la mandíbula.

—¿Tienes la factura de la compra de la esclava?

—No. Fue un regalo.

—¿Qué edad tiene?

—Nueve años.

El hombre volvió a rascarse.

—Son caras, las de nueve años.

—Ésta no. En realidad está reventada por dentro. No puede mantener relaciones sexuales. No sirve para nada, por eso la he vendido.

—¿Ellos saben que está estropeada?

—No. Te confieso que los he engañado.

El jefe de la aduana echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—¡Quieres echarlos del califato antes de que descubran el engaño!

El Saharai sonrió y negó con la cabeza, pero el otro se puso en pie.

—Vamos a echarle un vistazo a esa esclava.

Los dos hombres salieron al exterior y se dirigieron hacia el Toyota blanco. El turco lampiño se había bajado del vehículo para abrir el maletero mientras un miliciano lo registraba. El jefe de la aduana miró hacia el oeste, donde el sol parecía explotar entre nubes púrpuras, rojas y amarillas.

—Ya falta poco para la oración —comentó.

Muna estaba tumbada en la misma postura que la había dejado el Saharai: de lado, ligeramente encogida, y se había llevado un pulgar a la boca. No se movió cuando las luces de la cabina se encendieron al abrirse la puerta del coche.

—Es el jefe de la aduana —le dijo el Saharai en inglés al turco del bigote, que estaba al volante—. Está todo solucionado, sólo quiere ver a la esclava.

El hombre adelantó su mano gruesa, cogió la cara de Muna por los mofletes y la giró para verla mejor.

—Todavía puede hacer bastantes cosas por un hombre —dijo. La niña se quejó y entreabrió los ojos. El Saharai trató de volver a colocarla de lado, pero ya era tarde: la pequeña se había despertado y comenzó a gritar despavorida—. Tiene buena voz —

dijo jocosamente el jefe de la aduana y, dirigiéndose a los dos turcos en su idioma, añadió—: Espero que os haga muy felices. —Y soltó una estruendosa carcajada. Palmeó la espalda del Saharaui y se dirigió a los milicianos que custodiaban la barrera —: ¡Dejadlos pasar!

Los turcos cerraron las puertas del coche, lo que amortiguó los gritos de Muna, pero la niña se había arrodillado en el asiento y, a través del cristal trasero del Toyota, el Saharaui vio el pánico y la desesperación que expresaban sus ojos negros. Mientras el coche se alejaba, ella se arañaba la cara con ambas manos.

16

Malika oyó la llave en la puerta y cerró los ojos. Escuchó los pasos del hombre por el pasillo, acercándose. Abu Hasán entró en la habitación y su alta silueta negra se recortó contra el resplandor de la luna en la ventana. Entreabrió los ojos y lo vio dejar el Kaláshnikov sobre la cómoda, desengancharse el Thuraya del cinturón y depositarlo en la mesilla de noche.

La cama se inclinó cuando se sentó en ella y comenzó a desnudarse. Aún se hundió más cuando se tendió y bajó la sábana que cubría a Malika. Ella abrió los ojos con fingido sobresalto, como si la hubiera despertado.

—Quítate esto —dijo él tirando del camisón.

—¿Qué hora es? —preguntó Malika con voz somnolienta.

—Las cuatro. Quítate esto.

—Estaba preocupada. ¿En dónde has estado?

—Trabajando —le levantó el camisón hasta la cintura y le bajó los tirantes hasta que dejó sus senos al descubierto.

—¿Has visto a Alia?

Él le chupó los pezones, le abrió las piernas y se colocó sobre ella.

—Muévete —le ordenó mientras comenzaba a embestirla.

Hasta que terminó, Malika mantuvo la cara crispada y los ojos abiertos mirando la oscuridad del techo. Luego el hombre se apartó y se tumbó de espaldas con un suspiro.

—¿Has visto a Alia? —insistió ella mientras volvía a subirse los tirantes.

—Tu amiga Alia, la pequeña Alia —dijo él en tono burlón—. Sí, la he visto.

—¿Cómo está?

—Sólo sale de su habitación para ir a la cocina.

—¿Va a venir mañana?

—Quiero dormir —refunfuñó él.

A los cinco minutos estaba roncando con la boca abierta. Malika se levantó y fue al cuarto de baño. Vertió agua de una botella sobre una toalla, la enjabonó y se frotó el sexo con ella. Se enjuagó y permaneció un rato allí sentada, temblando y con el vello erizado a pesar del calor. Al salir, miró a Abu Hasán: parecía un cachalote varado en la arena y boqueando en busca de oxígeno. Fue al salón y se tumbó en el sofá. Permaneció despierta hasta la oración del alba.

Después de rezar, no volvió a la cama. Cuando el ruido de las cañerías anunció que habían dado el agua, se duchó. Luego fue a la cocina, preparó el desayuno y despertó

a su marido. Abu Hasán se levantó y entró en el baño tambaleándose de sueño. En cuanto oyó la ducha, ella rodeó la cama y se inclinó sobre el Thuraya que estaba sobre la mesilla de noche. Era un modelo SatSleeve, una especie de carcasa en la cual su marido había acoplado un iPhone.

Pulsó el botón, la pantalla se iluminó y aparecieron los iconos. Tecleó rápidamente el número de su madre y se llevó el terminal a la oreja. Cuando oyó el primer timbrado, colgó. Fue al registro de llamadas y borró la que acaba de hacer. En ese momento cesó el ruido del agua en el baño. Cerró la aplicación y comenzó a hacer la cama.

Abu Hasán entró en la alcoba con una toalla atada a la cintura y su mirada fue directa al teléfono. Malika lo miró de reojo y vio que la pantalla estaba encendida. Había cerrado la aplicación, pero se había olvidado de apagar el terminal. Se colocó de espaldas a su marido para que no viera la alarma en su rostro; su pecho subía y bajaba agitadamente mientras estiraba las sábanas. Abu Muisa cogió el Thuraya y observó con el ceño fruncido cómo la pantalla iba oscureciéndose.

—¿Has tocado el teléfono? —preguntó.

Ella se volvió y miró el aparato que él sostenía en la mano.

—¿Eh? Ah, el cable del cargador se me ha enganchado en la pierna y se ha desenchufado, pero no te preocupes, que el teléfono no se ha caído —dijo en tono indiferente. Se agachó y comenzó a remeter las sábanas bajo el colchón.

Abu Hasán encendió el terminal y chequeó rápidamente las aplicaciones. Malika ahuecó las almohadas y las colocó en la cama. Mientras abandonaba la habitación, dijo:

—Tienes el desayuno en la cocina.

17

El Cojo detuvo el Jeep, cogió una botella de agua mineral y bajó del coche. Rachid lo observó alejarse unos pasos, remangarse la túnica blanca y ponerse en cuclillas. Cuando terminó de orinar, se lavó el pene, se ajustó los zaragüelles y volvió al vehículo. Colocó la botella en la bandeja situada junto al cambio de marchas y arrancó.

La brisa elevaba la arena en pequeños remolinos sobre la carretera; más lejos, el asfalto parecía temblar por efecto del calor. Rachid observó los buques varados en la costa, situada a su izquierda. En un rápido vistazo pudo contar hasta diez enormes cascos oxidados en el agua mansa.

El Cojo lo miró de soslayo.

—¿Quieres un yate? —bromeó—. ¡Llévate el que quieras!

—¿Qué hacen aquí?

—Cuando los barcos ya no sirven, sus dueños los traen y los abandonan. Les sale mucho más barato que llevarlos al desguace. Está prohibido, porque contamina mucho, pero en Mauritania todo es posible —dijo con ironía.

Pasaron junto a un indicador de carretera que decía: CANSADO 2 KM. Cinco minutos después entraron en un pequeño pueblo de edificios de una sola planta y aire colonial.

El Cojo giró a la izquierda, se introdujo por una callejuela polvorienta y se detuvo junto al muro blanco de una casa. Descendió del coche y se dirigió renqueando hacia la puerta abierta de la vivienda. Rachid fue tras él.

—*Assalamu alaikum!*

Desde el interior les respondió una perezosa voz masculina:

—*Wa alaikum assalam.*

El Cojo se deshizo de sus sandalias en el pasillo; Rachid se agachó y se quitó rápidamente las Adidas blancas que llevaba. Cuando alcanzó al Cojo, éste se hallaba en una sala saludando a un individuo muy delgado, de unos cincuenta años, que se recolocaba la túnica y cuya cara mostraba claramente las huellas del sueño. No le preguntó a Rachid quién era, se limitó a recibirlo con una fórmula de cortesía y a señalarle el canapé situado junto a las paredes de la habitación. Enseguida apareció un niño negro muy serio que se sentó en la alfombra y comenzó a preparar el té.

El Cojo y el anfitrión se acomodaron y comenzaron una desganada conversación sobre la escasez de agua que pronto derivó en otra sobre el escandaloso precio del azúcar pilón. Rachid intentó distraerse con el móvil, pero vio que carecía de cobertura. Se dedicó a observar el trabajo del niño con la tetera y los pequeños vasos.

Desde fuera llegaron unas voces y al poco aparecieron en la puerta dos individuos.

Rachid reconoció a uno de ellos: era Sidati, el mismo que el mes anterior le había encargado vender el sello de piedra en Internet por veinte mil dólares. El otro era bajo y gordo, y estaba casi calvo. Ambos saludaron a los presentes y se sentaron en el canapé de enfrente. El niño negro desapareció un momento y volvió con más vasos.

El Cojo cambió de postura para acomodar su pierna mala, sacó un palito del bolsillo y comenzó a frotarse los dientes con él. La conversación se apagó durante un rato, mientras el niño ofrecía los vasos de té en la bandeja.

Rachid acababa de dar el primer sorbo cuando Sidati le preguntó:

—¿Ha ido a verte la policía?

—No. Desde que mi hermana se fue, no.

—¿Nadie te ha preguntado por las cosas que has estado vendiendo en Internet?

Rachid negó con la cabeza.

—Me envían las ofertas y yo os las reboto a vosotros. —Miró al Cojo—. ¿Cuántos mensajes os he rebotado? ¿Noventa, cien?

El gordo lo miró de arriba abajo como si valorara un camello antes de comprarlo.

—Así que tú eres el que quiere ir a Siria para ver a su hermana —dijo. Su voz era muy aguda.

Rachid asintió.

—Seguro que ella está feliz allí, pero mi madre quiere que intente convencerla de que vuelva. Hace dos días la llamó para decirle que se casa, y mi madre...

—Si se va a casar, tendrá que pedirle permiso a su marido.

Rachid apretó las mandíbulas, que se marcaron en su cara. Habló lentamente.

—No voy a engañaros: ir a Siria me apetece lo mismo que comerme un cuscús con arena, pero desde que Malika se fue, mi madre no es la misma. Hace tres semanas sufrió un infarto cerebral. Siento en mi corazón que debo hacer algo por intentar que mi hermana se reúna con ella. Si luego Malika decide quedarse allí, eso ya es cosa suya.

—Debes entender que tu madre no es la única musulmana que lo está pasando mal estos días... —comenzó el hombre gordo.

Rachid lo interrumpió:

—No lo entiendo —dijo destempladamente—, ¿tan difícil es entrar en Siria?

El hombre tamborileó en su rodilla.

—No —dijo—. Entrar es muy fácil. Yo puedo hacerte entrar mañana mismo. El problema es salir.

—Haremos una cosa —intervino Sidati—. De momento, nosotros le diremos a tu hermana que te llame. Espera a que te llame y luego, si no te satisface lo que te dice y quieres ir a Siria, nosotros te preparamos el viaje. ¿De acuerdo?

Rachid negó con la cabeza desesperadamente.

—¿Cuándo me llamaría?

—Intentaremos que sea la próxima semana. No podemos adelantarte el día ni la hora, pero sí que llamará a tu móvil.

—La próxima semana. Si no me llama la próxima semana, me voy a Siria.

—Mientras tanto —dijo el gordo con su voz aflautada—, sería conveniente que te quedaras en Mauritania.

Rachid abrió los ojos con asombro.

—¿Aquí? ¡Imposible! Si acabo de comprar... —se detuvo—. Tengo que llevarle al

Camaleón...

Con el índice y el pulgar, el Cojo se quitó una brizna de la punta de la lengua.

—No te preocupes —dijo tajante—, ya he hablado con él. No hay ningún problema. Serás mi invitado. Pasarás aquí una semana de vacaciones.

Lo miró con sus ojos de viejo y en aquel instante Rachid comprendió por qué Mustafá había dicho que aquel hombre le daba miedo.

18

El Saharaui no durmió en toda la noche. Tras la oración del alba se duchó, se vistió y se asomó al balcón: la calle estaba vacía y silenciosa. Cogió varias bolsas de plástico, fue a la habitación de Muna y las llenó con las cosas de la niña. Bajó a la calle y las depositó en la pila de trastos acumulados junto a la cancela, sobre el sillón dorado con manchas de la sangre de Arzán. Su cara parecía una máscara cuando subió al todoterreno y condujo hasta el Departamento.

El edificio estaba vacío salvo por los dos milicianos que lo guardaban. Subió directamente a su despacho, dejó las armas a un lado y repasó la documentación que se había acumulado en los últimos dos días. Hacia las siete y media, el secretario del Mauritano asomó la cabeza por la puerta.

—El jefe ha estado buscándote —le dijo.

El Saharaui lo miró con los ojos enrojecidos.

—Le dije que estaría intentando cerrar la venta de un mosaico.

—Pues se le habrá olvidado.

El Saharaui suspiró.

—¿Sabes qué quería?

—Mejor se lo preguntas a él. Acaba de llegar.

El Saharaui asintió, se levantó, rodeó la mesa y fue tras el secretario. El hombre recorrió el pasillo y golpeó con suavidad la puerta abierta del despacho del Mauritano. Enseguida se apartó y le hizo un gesto para que entrara.

—¿Dónde estabas? —El Mauritano estaba sentado tras su mesa. Su tono era impaciente—. Llevo dos días buscándote.

—Intentando vender el mosaico que te dije. —Mientras hablaba, el Saharaui se sentó en una de las sillas de visita—. Tuve que ir a buscar a los turcos a Yarábulus, llevarlos a verlo...

—¿Lo han comprado?

—De momento lo han visto y les ha parecido bien. Ahora tienen que hablar con los rusos...

El Mauritano señaló la puerta del despacho.

—Ciérrala —ordenó.

El Saharaui obedeció y volvió a sentarse.

—Están liquidando a los de la lista. —El Mauritano se echó hacia atrás en su sillón blanco—. Ya van siete.

El Saharaui frunció el ceño.

—¿Qué lista?

—La de los donantes. La que robó el pelirrojo malnacido. Ese hijo de perra viuda la sacó de aquí y ahora los están matando uno a uno como si fueran gorriones.

—¿A quiénes han matado?

El Mauritano comenzó a contar con los dedos.

—A Osmán, de Estambul, lo han tirado desde el sexto piso de un edificio en obras. A Alisalem, de Rabat, le han echado encima un camión cerca de Casablanca. A Hussein, de Doha, lo han envenenado. A Mohamed, de El Cairo, le han pegado un tiro en la cabeza. Ahmed, de Argel, estaba en el hospital, convaleciendo de una operación, cuando entraron tres hombres disfrazados de enfermeros y lo cosieron a puñaladas. A Ibrahim, de Pakistán, le dispararon en el ascensor de su casa. El último ha sido Yadali, de Líbano: le pusieron una bomba en el coche.

El Saharaui comenzó a tironearse la barba al tiempo que miraba hacia el fragmento de granada colocado sobre una pila de folios.

—Lo hacen para asustar a los demás —murmuró.

—¡Claro!

—Quiero decir que eligen a un hombre de cada país para que las muertes tengan el mayor eco posible. Como no pueden matar a los setecientos de la lista, se han propuesto asustarlos. No creo que haya muchos más asesinatos.

—La pregunta es quién está detrás de estos crímenes.

—Parece evidente —dijo el Saharaui.

—¿Ah, sí?

—Si hubieran sido los occidentales, habrían atentado contra algún contribuyente en su territorio: en Francia, en Alemania, en Gran Bretaña... Pero a éstos no los han molestado. Sólo han podido ser los rusos: son los únicos que tienen medios para hacer un despliegue como ése.

El Mauritano se rascó la barba con nerviosismo.

—Tenemos que contraatacar o nos abandonarán todos nuestros simpatizantes. Piensa en algo.

Durante unos minutos, la estancia quedó sumida en el silencio. Los dos hombres tenían la vista perdida en algún lugar de la mesa. El Saharaui se mesaba la barba mientras que el Mauritano se mordía una uña.

—Podríamos atentar contra su personal diplomático —dijo el Saharaui—, pero dudo que eso nos llevara a algún sitio. Creo que sería más efectivo hablar con los donantes y tranquilizarlos. Uno por uno.

—¿Tranquilizarlos? ¡Si los están matando!

—Podemos decirles que hemos tenido una fuga de información. Que los rusos se han hecho con una veintena de nombres y que ya hemos avisado a los afectados para que adopten medidas de seguridad extraordinarias. De ese modo, si eliminan a otro, los demás pensarán que ha sido porque estaba en el grupo de los veinte.

El Mauritano abrió mucho los ojos y movió la cabeza arriba y abajo. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso podría funcionar —dijo—. Todos se sentirían a salvo.

El Saharaui asintió.

—Habría que enviar emisarios para hacer correr la noticia —añadió el Mauritano—. Tú no, es demasiado riesgo, pero sí deberías instruirlos acerca de lo que han de decir.

—Estoy a tu disposición.

El Mauritano se puso en pie y se acercó a la ventana con las manos a la espalda.

—Los fallos de seguridad son cada vez más frecuentes —se lamentó—, y eso es responsabilidad del Jordano. Ahora me han dicho: «Abu Lamín, los occidentales han infiltrado una espía.»

Una luz de alerta se encendió en los ojos del Saharaui.

—¿Una espía?

—Todo lo que sabemos es que se llama Malika. ¡Malika! ¿Tú sabes cuántas Malikas hay en el califato? ¡Tantas como granos de arena en el desierto! ¡Casi doscientas! ¡Puede ser cualquiera de ellas, suponiendo que ése sea su nombre y no un alias! Mañana empezarán a interrogarlas una por una. ¡Malika! —repitió, y negó con la cabeza apesadumbrado.

19

Malika acercó una silla a la ventana y observó la calle a través de los visillos. Tres pisos más abajo, decenas de coches intentaban avanzar haciendo sonar sus bocinas con impaciencia. En la terraza del café de enfrente, una docena de parroquianos mataban el tiempo mirando el atasco. De vez en cuando pasaban dos o tres mujeres cargadas con bolsas, de vuelta del mercado.

Enseguida divisó el todoterreno negro. Venía de la derecha, donde se alzaba el minarete de la mezquita. Lo vio detenerse frente al café. De él bajaron Abu Hasán y dos mujeres; una de ellas llevaba un Kaláshnikov en bandolera. Cruzaron la calle y entraron en su edificio.

Malika retiró la silla de la ventana y la puso junto a la mesa, con las demás. Encendió el televisor: estaban emitiendo un vídeo de propaganda sobre la voladura de Palmira. Subió el volumen y se sentó ante la pantalla.

Abu Hasán abrió la puerta y se apartó para dejar pasar a las mujeres. Malika se puso entonces en pie. Alia entró la primera, cruzó la habitación corriendo y se echó en sus brazos. Permanecieron abrazadas, muy quietas. El hombre y la otra mujer las observaron en silencio. Aún ceñidas en el abrazo, comenzaron a hablar. Fueron unas pocas frases. Los sollozos y el volumen del televisor impidieron que se entendieran bien sus palabras.

Cuando deshicieron el abrazo, Abu Hasán anunció que se marchaba.

—Dentro de una hora vendré a recogeros. Por favor, estad preparadas —les dijo a Alia y a su acompañante y cerró la puerta a su espalda.

Malika miró a la mujer del Kaláshnikov.

—Yo me llamo Malika —le dijo en español alzando la voz sobre el sonido del televisor—, ¿y tú?

—Fatima.

—Siéntate aquí, Fatima —señaló el sillón que había frente al televisor—. ¿Qué prefieres, té o café?

—Té, por favor.

—Ponte cómoda, ahora te lo traigo.

La mujer se sentó y colocó el arma en su regazo. Alia se despojó de su niqab y lo colgó del perchero que había junto a la puerta de la calle. Había adelgazado mucho: el caftán le quedaba ancho y se le había afilado la cara. Sus ojos verdes parecían más grandes.

—Vamos a preparar el té —le dijo Malika, y lanzó una mirada significativa hacia la cocina.

Alia fue tras ella.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó Malika en cuanto se hallaron a solas.

—Una empleada de mi marido. Es de Castillejos. Se supone que está para cuidarme, pero lo que en realidad hace es vigilarme. Le va con el cuento de cuánto duermo y cuánto como. También se ocupa de un niño, el hijo de una antigua esclava que dicen que murió hace poco.

—¿Habla español?

—Un poco, pero si le hablas rápido apenas entiende un poco.

—Con el volumen al que le he puesto el televisor, dudo que pueda oír algo, pero no hay que arriesgarse. —Puso a calentar el agua y sacó una lata de té—. Estás muy delgada, Alia.

De repente, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas y rompió a llorar con desconsuelo. Malika la abrazó sin apartar la vista de la puerta.

—No lo soporto más. —Alia tenía una expresión de rabia. En sus ojos había un punto demencial—. Todas las noches me coge y me... Me da asco, odio su voz, odio su olor. Cuando oigo sus pasos me entran ganas de vomitar. Lo odio todo de él. Quiero volver a Ceuta. Prefiero que me pillen intentando huir a soportar esta tortura. —Se dejó caer en una silla, se abrazó el vientre y se dobló hacia delante.

—¿Estás embarazada?

—No sé... Si me quedo embarazada, me suicido —dijo con decisión.

Malika le hizo una seña para que hablara más bajo.

—Por favor, ayúdame a volver a Ceuta —imploró Alia.

—Baja la voz —dijo Malika.

Se acercó a la ventana de la cocina. El todoterreno negro seguía aparcado frente al café, donde ahora estaba sentado Abu Hasán. Se volvió hacia la muchacha, puso las manos en sus hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Sabes lo que les hacen a las mujeres que son sorprendidas escapando.

—A mí no me cogerán con vida.

Malika frunció el ceño.

—¿Sabes cuándo te dejarán volver a verme?

—Supongo que dependerá de cómo me porte.

—Tienes que aprenderte bien el camino desde tu casa hasta aquí. ¿Podrás hacerlo?

—Eso está chupado. La casa del Jordano está a cinco calles. Es bajar una cuestecita, torcer a la izquierda y seguir en línea recta hasta tu portal. Chupado —repitió.

—¿Puedes averiguar cuándo va a estar tu marido varios días fuera de casa?

El rostro de Alia se iluminó.

—¡Claro!

Malika asintió.

—Te diré lo que vamos a hacer. —Se aproximó a la chica y le susurró al oído—: Esta noche tratarás a tu marido con dulzura y harás lo que tengas que hacer para que él se sienta feliz. A partir de ahora te mostrarás alegre y comerás todo lo que te pongan en el plato. Harás todas esas cosas y más para que el Jordano te permita volver a verme cuanto antes. Y cuando nos volvamos a ver me dirás, con la máxima antelación

posible, cuándo piensa irse de viaje. Y el día que lo haga, *inshalá*, nos marcharemos a Ceuta.

Alia abrazó a Malika y la cubrió de besos.

—Vamos, vamos —dijo ella mientras se zafaba del abrazo de la muchacha—, tenemos que atender a tu amiga. Quién sabe lo que estará pensando sola delante del televisor.

Malika puso la tetera y los vasos en una bandeja. Añadió un plato con galletas y lo llevó todo al salón.

20

Rachid estaba acostado en el canapé, delante del televisor sin sonido. Se hallaba solo en el salón de la casa de Cansado donde el Cojo lo había invitado a recluirse tres días antes. Tenía los párpados entornados y a veces su respiración profunda parecía indicar que estaba durmiendo, pero la mayor parte del tiempo miraba a través de las pestañas las imágenes que aparecían en la pantalla.

Oyó toses y roce de telas. Por la rendija que dejaban sus párpados vio entrar dos sombras por la puerta. Se acomodaron en el canapé, al otro lado de la estancia.

—¿Quién es? —preguntó una voz desconocida.

—Uno de Ceuta —respondió Mojtar, el dueño de la casa—. Lo ha dejado aquí el Cojo. Tiene una hermana en Siria.

—¿La hermana está metida en el azúcar pilón?

—No, no. Él y sus amigos sí. Le compran al Cojo. —El dueño de la casa dio un par de palmadas y llamó—: ¡Ali!

Enseguida se presentó el niño negro. Sin decir una palabra, se sentó en la alfombra y comenzó a preparar el té. Rachid apenas distinguía su silueta.

—¿Cuándo viene el avión? —dijo el desconocido.

—El jueves, *inshalá*. Si no se levanta el *irifi*. ¿Cómo piensas llevarlo? —añadió.

—En un cayuco hasta el barco, luego en el barco hasta Las Palmas.

Se oyó el ruido del té hirviendo al caer en los vasos.

—Eso es difícil. El puerto de Las Palmas...

—No debería haber problema. El barco viene de Guinea.

—Es tu dinero.

El niño se incorporó y acercó la bandeja con los vasos de té a los dos hombres. Enseguida se les oyó sorber ruidosamente.

Rachid se estiró, fingió un bostezo y se frotó los ojos.

—No hay Dios excepto Alá —murmuró.

Se sentó en el borde del canapé y volvió a bostezar. El niño fue a buscar otro vaso.

—No, no —lo detuvo Rachid—. *Shukran*, pero no quiero más té. —Se puso en pie—. Voy a dar una vuelta.

Los dos hombres lo siguieron con la mirada mientras cruzaba ante ellos y salía del salón. En la puerta de la calle se calzó sus Adidas blancas. Hacia el oeste, el sol se hundía en el Atlántico entre violentos resplandores azules y violetas. Pronto llamarían a la oración del ocaso.

Introdujo las manos en los bolsillos y echó a andar en torno a la casa. Era un

cuadrado de treinta metros de lado sin una sola ventana al exterior. La habitación que le había adjudicado el dueño estaba a la entrada, junto al salón, y tenía un ventanuco que daba a un patiecillo en el que no había más que arena acumulada por el viento.

Sacó el móvil del bolsillo, se acuclilló en la calle y apoyó la espalda en el muro blanco. Miró a ambos lados con recelo antes de decidirse a marcar un número. La voz carrasposa del inspector jefe Burón contestó al primer timbrado:

—Cuenta.

—Me he enterado de tres cosas —dijo muy deprisa—. A la coca le llaman azúcar pilón.

—¿Y a mí qué coño me importa eso?

—El jueves un avión hará una descarga de droga.

—¿Dónde?

—En el desierto, ¡yo qué sé dónde!

—Tienes tres días para averiguarlo.

—¡No tengo manera...!

—Tres días. ¿Cuál es la tercera cosa?

—Un barco de Guinea llevará parte de la coca al puerto de Las Palmas.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Después del jueves.

El inspector jefe permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

—Recuerda: tienes tres días para averiguar dónde va a ser la descarga. —Y colgó.

Rachid borró la llamada, se levantó, guardó el teléfono en el bolsillo y echó a andar. Al doblar la esquina se encontró con una niña negra que se dirigía hacia la puerta principal con una garrafa de agua en cada mano.

—¿Te ayudo? —le preguntó.

La niña negó con la cabeza y siguió andando, pero Rachid le arrebató las dos garrafas y le hizo un gesto para que ella caminara delante. Cuando entraron en la casa, la pequeña se volvió y tendió las manos para que le entregara las garrafas, pero él las apartó.

—Las llevo yo —dijo—. Voy detrás de ti.

La niña pasó por delante del salón y del dormitorio de Rachid, enfiló un pequeño pasillo, abrió una puerta de tabloncillos mal encajada y salió a un patio de cemento. Sentada en el suelo, una mujer negra removía el contenido de una olla colocada sobre un fuego de leña.

—*Assalamu alaikum* —saludó Rachid.

La mujer se volvió y respondió al saludo. Tenía los dientes muy grandes y su piel gruesa y cuarteada recordaba la de los elefantes.

Del otro lado del patio había dos puertas. Por la primera de ellas, Rachid entrevió una habitación con un colchón de matrimonio sobre una alfombra barata. La segunda daba a una pequeña cocina. Entró y dejó las garrafas en una esquina.

—¡Es grande esta casa! —exclamó sin dirigirse a nadie en particular. Miró a la chica, que se había sentado junto a la mujer y había comenzado a pelar unas zanahorias raquíticas—. ¿Cuántas personas vivimos ahora mismo aquí?

—*Sitt* —la mujer desplegó los cinco dedos de una mano y el pulgar de la otra.

Rachid se colocó en cuclillas e inspiró sobre la olla.

—Huele muy bien. ¿Qué es, cordero?

—Pescado —dijo la niña en el tono de quien le habla a un idiota.

—Pescado, claro. —La mujer se rió—. Huele muy bien —repitió Rachid—. Entonces ahora vivimos aquí nosotros tres, el pequeño que sirve el té, el señor Mojtar ¿y quién más?

—La esposa del señor Mojtar —dijo la niña.

—¿En qué parte de la casa viven?

La niña hizo un gesto vago.

—Por dentro.

La puerta de tablones se abrió de golpe. Rachid se volvió: bajo el dintel estaba el dueño de la casa. La mujer y la niña también lo vieron y parecieron encogerse sobre sí mismas.

El hombre sonrió a Rachid.

—Ven al salón —le dijo—, deja que las mujeres hagan la cena.

El hombre sonreía con la boca, pero sus ojos expresaban ira.

21

El Saharaui bajó el parasol del copiloto y lo movió hasta que en el espejo se reflejaron los vehículos que los seguían. Entre ellos culebreaba el ciclomotor que tan bien conocía.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mohamed.

—Nada.

El Saharaui cerró el parasol y se acomodó en su asiento.

El conductor de un viejo Mercedes hizo sonar la bocina un buen rato. Asomó medio cuerpo por la ventanilla y le gritó algo al que iba en el coche de delante.

—Se parece a tu amigo el guardaespaldas del Jordano —dijo el Saharaui.

Mohamed miró al otro conductor con atención.

—Es más bajo —dijo—, y no tiene... —Se señaló la espalda...

—El otro día me enteré de que se había casado —comentó el Saharaui sin darle importancia.

—Ya estaba casado —se extrañó Mohamed.

—Pues ahora se ha casado con la enfermera que venía a mi casa a hacerle las curas a la esclava.

—Vaya.

—Deberías felicitarlo.

—No sé si sigue viviendo en la misma casa. Una vez estuve allí. Estaba en un edificio de tres pisos situado frente a un café... Londres o París, se llamaba.

—¿Eso está en la parte occidental?

—Sí, cerca de la mezquita donde te paraste el otro día, cuando volvíamos del yacimiento con los turcos...

—Es un buen barrio.

—Sí.

Mohamed detuvo el coche frente al Departamento. El Saharaui sacó unos billetes del bolsillo de la camisa y se los entregó.

—Tenemos la despensa vacía —le dijo—. Por favor, compra algo de comer. —Recogió el Kaláshnikov y ya estaba en la acera, aún con la puerta del coche abierta, cuando pareció recordar una cosa—: Ve al mercado que hay aquí al lado, tiene la verdura más fresca.

—Como quieras.

En cuanto el Saharaui cerró la puerta, el guardaespaldas arrancó y se alejó entre el tráfico. El Saharaui esperó hasta que el todoterreno hubo desaparecido. Entonces

cruzó la calle, paró un taxi que iba en el sentido opuesto y le dio la dirección de la mezquita.

Poco antes de llegar divisó un café con los restos de un rótulo dorado sobre la puerta: CA E D PA IS. Ordenó al taxista que se detuviera, le pagó y se bajó. Miró alrededor: enfrente del local había un edificio blanco de tres plantas. Se dirigió al fondo de la terraza, pidió un café con leche y se dispuso a esperar.

Dos horas más tarde, en la acera de enfrente se detuvo un todoterreno negro y de él descendió Abu Hasán. El guardaespaldas del Jordano desapareció en el interior del edificio blanco. Durante veinte minutos nadie más entró ni salió del portal.

El Saharaui iba por el cuarto café cuando Abu Hasán salió a la calle en compañía de dos mujeres. Una de ellas era gruesa y muy alta, la otra era delgada y más baja. El guardaespaldas del Jordano les dijo algo mientras señalaba hacia el mercado que se hallaba a espaldas del café. Luego se subió al coche y se alejó.

El Saharaui llamó al camarero, pagó los cafés y echó a andar tras las mujeres.

Pronto llegaron al zoco. Estaba formado por cuatro calles en las cuales se alternaban los puestos de hortalizas y especias con las carnicerías y las tiendas de ropa. Hombres y mujeres hormigueaban entre unos y otras.

El Saharaui dio un rodeo entre el gentío para situarse frente a las mujeres. Al principio vaciló: no estaba seguro de si la más delgada era Malika, pero cuando ella alzó los ojos y sus miradas se cruzaron no tuvo duda alguna. Los ojos pardos de Malika mostraron primero sorpresa y luego alarma. Miró rápidamente a su alrededor con desconfianza. Entonces la otra mujer llamó su atención sobre unos tomates. Cuando volvió a levantar la cabeza, el Saharaui había rasgado un trozo de papel de envolver marrón y escribía en él. Luego lo dobló varias veces hasta dejarlo reducido a un cuadrado diminuto.

Se acercó a un niño que vendía agua de regaliz en un carrito y le compró un vaso. Con discreción, extrajo un billete de diez dólares del bolsillo y lo sostuvo en la mano de modo que el muchacho pudiera verlo. No debía de tener más de diez años, pero por el modo en que abrió los ojos estaba al tanto del valor de la moneda americana.

—¿Me harías un favor? —le preguntó el Saharaui.

El muchacho asintió sin apartar la mirada del billete.

—¿Ves a aquella mujer que está en el puesto de especias? La más delgada, la que lleva una bolsa blanca.

—Sí.

En ese momento, Malika miró hacia ellos.

—Quiero que le entregues este papel —abrió la palma de la mano y le mostró el pequeño cuadrado.

El niño dio un paso atrás.

—Eso es muy peligroso —dijo.

—Por eso te ofrezco diez dólares. Sólo tienes que acercarte a ella y poner este papel en su mano. Seguro que lo has hecho otras veces.

Con un rápido movimiento, el niño le arrebató el billete y se lo guardó en el bolsillo. Luego cogió el cuadrado de papel y empujó su carrito mientras gritaba:

—¡Agua de regaliz! ¡Agua de regaliz!

El Saharaui lo observó de reojo. El pequeño dio un rodeo y aún vendió dos vasos mientras se acercaba a Malika. Cuando llegó a su lado, tiró de su niqab y le ofreció un

vaso. La mujer alta y gruesa le gritó que se fuera, pero Malika se inclinó hacia ella y le dijo algo que la hizo encogerse de hombros. El niño rebuscó entonces en su carrito y sacó una lata redonda que llenó con un cucharón. Luego le encajó una tapa y se la entregó. Malika guardó el recipiente en su bolsa blanca, sacó un monedero y le dio al niño unas monedas. Todo sucedió muy rápido: al mismo tiempo que las cogía, el chico puso en su mano el cuadrado marrón. Malika cerró el puño y miró hacia donde debía estar el Saharaui, pero éste había desaparecido.

22

Malika volvió a leer el papel marrón que le había entregado el muchacho: «Saben quién eres.». Espió la calle tras los visillos mientras se mordisqueaba las uñas con nerviosismo. Su cara estaba tensa y pálida. Cuando vio a su marido aparcar frente al portal, rompió el papel en trozos pequeños, lo arrojó al cubo de la basura, cogió un cepillo y comenzó a barrer. Al poco, Abu Hasán abrió la puerta de la calle, cruzó el pasillo, entró en el salón y dejó las armas sobre el canapé.

—¿Qué tal en el mercado? —le preguntó.

—Muy bien. —Había un leve temblor en la voz de Malika—. La vecina es muy amable.

Abu Hasán se acercó a ella y apoyó un hombro contra la jamba de la puerta del salón.

—¿Conoces a uno al que llaman el Mauritano?

Malika negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Me ha enviado un recado: quiere que llames a tu hermano.

Ella lo miró con expresión de alarma.

—¿A Rachid? —dijo casi en un grito—. ¿Qué ha pasado?

—Al parecer, es amigo de un amigo del Mauritano y ha pedido hablar contigo. Quiere convencerte de que abandones el califato y vuelvas a España.

Malika miró a su marido con la boca abierta.

—Pero ¿le ha pasado algo a mi madre?

Él negó con la cabeza.

—Sólo me han dicho que tu hermano quiere hablar contigo para pedirte que vuelvas a España.

Ella tendió la mano.

—Déjame el teléfono —dijo—, lo llamo ahora mismo.

Abu Hasán apartó el Thuraya.

—Te he dicho que es sólo para trabajo.

—¡Qué más da! —insistió ella. Movié la mano para urgirlo a que se lo entregara—. Es sólo una llamada. Necesito saber si le ha ocurrido algo a mi madre.

—Tranquilízate.

—¿Cómo que me tranquilice? ¡Tengo que hablar con él!

Abu Hasán la miró con disgusto y se separó de la puerta.

—Vístete —dijo—, te llevo al locutorio.

Malika se apresuró hacia el dormitorio. Volvió enseguida, envuelta en el niqab. Su marido se echó el Kaláshnikov al hombro.

—¿Qué le vas a decir cuando te pida que vuelvas a España? —le preguntó cuando bajaban las escaleras.

—Lo sabes de sobra —repuso ella.

Abu Hasán condujo hasta el primer locutorio al que la había llevado la marroquí semanas atrás. Entró con ella y autorizó la llamada ante el muchacho imberbe que se ocupaba del negocio, pero no traspasó la cortina de color teja que marcaba la frontera de la zona de mujeres.

—Te espero aquí —le dijo.

Malika entró. En uno de los sillones que había junto a la cortina se hallaba sentada una señora gruesa que la miró con severidad. No estaba esperando turno, porque sólo uno de los cuatro ordenadores se encontraba ocupado. Malika buscó el que tenía el número dos pintado en la carcasa y se sentó ante la pantalla. Enseguida comenzó a oírse el timbrazo sordo.

—¿Qué ha pasado? —dijo en cuanto Rachid descolgó.

—¿Malika? ¿Eres Malika? —la voz de su hermano parecía embotada.

—¿Le ha pasado algo a mamá?

—Tuvo una especie de pequeño infarto cerebral, pero ahora está mejor. Oye...

—¿Qué han dicho los médicos?

—Le han mandado tomar varias pastillas al día y hacerse revisiones todas las semanas, pero está bien dentro de lo que cabe.

—¿Cómo que dentro de lo que cabe?

—*Chuf*, Malika. Ella te necesita. Te echa muchísimo de menos. Yo también...

—Rachid, me he casado.

—Lo sé, lo sé. Me lo dijo ella. Felicidades. Pero mira, todo tiene arreglo. Tengo unos amigos que tal vez puedan conseguirme un permiso para que salgas de ahí...

—Mamá te ha dicho que me llames.

—Bueno, sí...

—Dile a mamá que me has llamado y que te he dicho que estoy perfectamente, que acabo de casarme con un hombre del que estoy enamorada, que soy feliz en el Estado Islámico y que vosotros deberíais estar felices de que yo sea feliz.

—Vale, muy bien, tía. —El tono de voz de Rachid cambió—. El problema es que mamá quiere que yo vaya a por ti.

—Ni se te ocurra. Si vienes, yo misma le diré a mi marido que te corte el cuello.

—Muy amable. ¿Te importaría, si no es mucha molestia, llamar a mamá y decirle que he hablado contigo y que te he pedido de todas las formas posibles que volvieras y tú te has negado? ¡Es que me culpa a mí de que te hayas ido! ¡Tiene cojones!

—Yo hablaré con ella, pero a ti no se te ocurra asomarte por aquí.

—*Chuf*, hermanita. Tú me conoces. ¿Crees que yo tengo algún interés en ir a un sitio en el que no te dejan beber, fumar ni follar a menos que estés casado? ¿Que a ti te mola ese rollo? ¡Perfecto! Pero dile a mamá que me he dejado la lengua en carne viva intentando convencerte.

—Lo haré a cambio de que no vuelvas a molestarme por tonterías.

Malika cortó la comunicación, pero no se movió de la silla de plástico. Permaneció

pensativa, mirando la pantalla negra. De golpe, echó la silla hacia atrás, se levantó y alzó la cortina. Abu Hasán estaba hablando con el chico de la recepción.

—Ya que estamos aquí —le dijo—, ¿te importa que llame a mi madre?

Él puso cara de fastidio y miró su reloj.

—Date prisa.

—Será un momento.

Malika le recitó el número al muchacho y corrió a sentarse ante el mismo ordenador. La mujer que estaba en el sillón de la entrada la siguió con la mirada.

Su madre descolgó al tercer timbrado. Antes de que hablara, ella tosió y dijo atropelladamente:

—Hola, mamá. Creía que no lo cogieras. Pensaba: «He hecho una llamada perdida y vuelvo a casa.» —Volvió a toser y añadió—: ¿Cómo te encuentras?

23

La llegada de varios coches despertó a Rachid. Miró su reloj: marcaba las dos y veinte de la madrugada. En la calle se oyeron portazos y voces de hombres. Rachid se levantó, entreabrió la puerta de su habitación y espió por la rendija. Las luces del pasillo estaban encendidas, así que pudo ver cómo los recién llegados iban y venían introduciendo en la casa grandes paquetes forrados con cinta de embalar.

Rachid cerró la puerta, se tapó la cabeza con su ropa para evitar que alguien pudiera ver el resplandor de su teléfono móvil por la ventana y marcó un número. El inspector jefe Burón respondió con un gruñido.

—Acaban de hacer la descarga —le susurró Rachid.

La voz de Burón sonó adormilada.

—¿No iba a ser mañana?

—Ya es mañana.

—¿Cómo?

—Son las dos y veinticinco de la madrugada.

—¡Me cago en la leche!

—Están guardando los fardos en la casa donde estoy.

—¿Qué casa?

—En la casa de Cansado. Le dije que me habían traído a una casa de Cansado.

—¿Estás seguro de que es la droga?

—Sólo me ha faltado probarla.

—Buen trabajo. Escucha: te llamará un compañero que está ahí, en Mauritania, para que le precises el lugar en el que está la casa. Buen trabajo —repitió y colgó.

Rachid eliminó el sonido del móvil y se tumbó de lado con el aparato pegado a su mejilla. Cuando lo sintió vibrar hacía ya rato que los hombres de fuera habían terminado de guardar los fardos y los coches se habían ido.

—Rachid. —La voz tenía un deje chulesco—. Llamo de parte de Burón. Dime dónde estás.

—En una casa de Cansado —contestó en voz muy baja.

—¿En cuál?

—Una grande, de muros blancos sin ventanas.

—Hay muchas casas así en Cansado. Tienes que darme algún dato que me permita identificarla.

—¿Sabes dónde está ese hotel de cuando estaban aquí los franceses?

—¿El de la SNIM? Perfectamente.

—Enfrente, en la parte de abajo, hay unas tiendas pequeñas...

—Las conozco.

—Bueno, pues la casa es la que queda detrás de la que está enfrente de las tiendas.

—No será la casa de Mojtar.

—Esa misma: así se llama el dueño.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó el hombre—. Escúchame bien: lárgate de ahí cuanto antes. Vete a Nuadibú y compra un billete de avión. ¿Tienes dinero?

—Algo. Pero no puedo irme en avión, tengo que recoger mi coche.

—¡Olvídate del coche! Lárgate ya y coge plaza en el avión de por la tarde.

Rachid estaba vistiéndose cuando oyó la voz del almuédano convocando a la oración del alba. Miró el reloj: las seis menos veinte. Al salir de la habitación coincidió con el dueño de la casa, que llegaba de los aposentos del fondo. Ambos se dirigieron al cuarto de baño para hacer sus abluciones y rezaron juntos en el salón. Cuando terminaron, Mojtar le preguntó, como si fuera una mera fórmula de cortesía:

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—¿No ha habido nada que te haya molestado?

Rachid dudó.

—Me pareció oír unos coches, pero no sé si era un sueño.

—Seguro que era un sueño.

Justo en el momento en que salían de la habitación, Rachid comentó:

—Yo ya he hablado con mi hermana en Siria, así que voy a tomar un taxi a Nuadibú para recoger mi BMW.

—No te preocupes por eso. El Cojo estará aquí a las ocho de la mañana. —Echó un vistazo a su reloj—. Te llevará él mismo.

Rachid volvió a su habitación y comprobó la lista de llamadas de su móvil. La última había sido hecha desde un número oculto. Lanzó una imprecación por lo bajo. Llamó a Burón, pero el inspector jefe le cortó la llamada. Salió entonces de la habitación y fue a la cocina, donde la mujer negra estaba preparando el desayuno. Bebió un vaso de leche de camella y comió un par de tortas de pan. Luego fue a la puerta de la casa, se calzó las Adidas blancas y echó a andar lentamente en dirección al mar, como si estuviera dando un paseo. Cuando se había alejado un centenar de metros, volvió la cabeza y vio a Mojtar observándolo desde la puerta. Entonces vibró su teléfono. Era el inspector jefe.

—¿Qué pasa?

—El hombre que me llamó me dijo que me fuera de la casa, que me largara a Nuadibú y allí tomara el avión, pero no puedo hacerlo: me están vigilando y me han dicho que el Cojo llega a las ocho. —Miró su reloj—. Dentro de media hora.

Burón permaneció callado unos instantes.

—No te preocupes —le dijo al fin—. Confía en mí. Pase lo que pase, te estaré protegiendo.

Rachid colgó, pero no borró la llamada.

24

Había transcurrido una hora desde la oración de la noche cuando el Jeep Cherokee se detuvo frente a la casa del Saharaui.

—Llévate el coche —le dijo a Mohamed— y pasa a recogerme mañana a las ocho.

Mientras cruzaba la cancela, oyó al guardaespaldas arrancar y alejarse por la tranquila calle. Se acomodó la correa del Kaláshnikov en el hombro y bostezó. Atravesó el jardincillo y entró en el portal.

Alguien se abalanzó sobre él en el momento en que encendía la linterna. Notó un golpe en el costado, y la luz cayó de su mano y comenzó a rodar por el suelo y a jugar con las sombras de los dos hombres, que parecían bailar abrazados. Sólo se oían sus respiraciones agitadas y los chirridos de las suelas de su calzado en las baldosas.

La linterna le había permitido al Saharaui ver el cuchillo que su atacante blandía en la mano derecha. Había logrado inmovilizarlo sujetándole la muñeca mientras intentaba evitar que le arrebatara la pistola que llevaba en la sobaquera. El Kaláshnikov entorpecía sus movimientos.

De repente, el atacante trabó un pie entre sus tobillos y lo empujó con fuerza. El Saharaui cayó recto como un árbol; sólo el gorro afgano que llevaba puesto evitó que perdiera el conocimiento al golpear su cabeza contra el suelo.

Tenía la punta del cuchillo a un centímetro de su cuello cuando una tercera sombra se inclinó sobre el agresor y le dio un fuerte golpe en la cabeza con la culata de un fusil. El individuo salió proyectado hacia un lado. Entonces el Saharaui vio a su guardaespaldas recoger el cuchillo del suelo y clavárselo en el pecho.

Alcanzó la linterna y enfocó al herido primero y a Mohamed después. Se puso en pie y, tambaleándose, se acercó a su atacante. Era un muchacho: aún no debía de haber cumplido los veinte años. Tenía las manos crispadas en torno al mango del cuchillo que sobresalía del lado derecho de su pecho.

—¿Quién eres? —le preguntó el Saharaui.

El joven hizo una mueca de dolor y comenzó a jadear. Mohamed le dio una patada en una pierna.

—¿Quién eres? —repitió el Saharaui.

El muchacho movió la cabeza a uno y otro lado, tosió y escupió un poco de sangre.

Mohamed se agachó, tomó el cuchillo por el mango y lo movió ligeramente. El otro lanzó un grito de dolor.

—Contéstale —dijo el guardaespaldas.

El muchacho volvió a toser y dijo algo que no se entendió. El Saharaui acercó la

oreja a su boca.

—¿Qué has dicho?

—Veinte... mil...

—¿Veinte mil? ¿Veinte mil qué?

La garganta del joven emitió un sonido acuoso, como si estuviera haciendo gárgaras.

—Tu cabeza. Pagan... veinte... mil... dólares...

—¿Quién paga veinte mil dólares por mi cabeza?

El muchacho comenzó a jadear más rápido. Mohamed alargó la mano para volver a manipular el mango del cuchillo, pero el Saharaui se lo impidió con un gesto.

—¿Quién te iba a pagar los veinte mil dólares?

El herido dejó de jadear y pareció expulsar todo el aire que contenía su cuerpo. Se quedó inmóvil, como una marioneta rota.

En un piso se oyó un portazo y al poco rato bajaron por la escalera dos hombres con sendas linternas y los fusiles en ristre.

—¿Qué pasa aquí? —dijo uno de ellos en francés.

—Un ladrón. —El Saharaui apoyó una mano en la pared—. Id a buscar a la policía.

El otro individuo lo enfocó con la linterna y exclamó en árabe:

—¡Está herido!

El Saharaui miró hacia abajo y vio que tenía el costado cubierto de sangre.

—Debió de ser el golpe que sentí —dijo con asombro.

Mohamed lo ayudó a sentarse en el suelo y recostarse contra la puerta del ascensor. Le rasgó la camisa y observó la herida. Luego le habló con calma:

—Creo que no es grave, pero sangra bastante. No podemos esperar a que llegue una ambulancia. Te voy a coger en brazos y te voy a llevar al hospital en el coche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El guardaespaldas dejó su Kaláshnikov en el suelo y alzó en brazos a su jefe. Cuando salieron a la calle, el Saharaui vio algo que antes le había pasado inadvertido.

—El ciclomotor —musitó—. Era el chico del ciclomotor.

Mohamed lo acomodó en el asiento del copiloto. Le arrancó la camisa y con los jirones hizo una especie de compresa que aplicó sobre la herida. Luego le tomó una mano y la puso sobre ella.

—Aprieta aquí —le dijo mientras echaba hacia atrás el respaldo del asiento.

Cerró la portezuela y corrió al portal a recoger las armas. Los dos vecinos permanecían todavía allí, intentando entenderse.

—Decidle a la policía que estamos en el hospital —les dijo Mohamed. Volvió de prisa al coche, arrojó las armas en el asiento trasero, se sentó al volante y arrancó.

Cuando estaban a punto de llegar al hospital, el Saharaui le preguntó:

—Te habías ido. He oído marcharse el coche. ¿Por qué has vuelto?

—La compra. Se me había olvidado darte la compra que me encargaste esta mañana.

25

Malika cerró la puerta de su casa y llamó a la de la vecina. Oyó pasos del otro lado y una cabeza ocultó la luz de la mirilla. Hubo un ruido de cerrojos y enseguida asomó por la abertura el rostro grueso y sonriente de la mujer.

—¡Pasa, pasa! —le dijo—. Estoy preparando la comida.

—Tengo prisa. Es que necesito bajar a comprar huevos. ¿Podrías acompañarme?

La mujer extendió el brazo hacia el interior del piso, de donde procedía un fuerte olor a frituras.

—Yo te presto los huevos. ¿Cuántos quieres?

—Es que son muchos. Quiero prepararle un bizcocho a mi marido. Necesito al menos doce.

La cara de la mujer se ensombreció.

—No tengo tantos —dijo—. ¿Te arreglarías con cuatro?

—Lo siento, no.

La mujer asintió, como para sí misma. Luego dijo:

—Espera que apague el fuego y me ponga el niqab.

Mientras aguardaba, Malika sacó de entre los pliegues de su túnica una bolsa roja de plástico, la desdobló y la planchó con una mano.

La mujer salió ajustándose el niqab, cerró con llave los tres pasadores de la puerta y luego la empujó varias veces para asegurarse de que estaba bloqueada.

—Te lo agradezco mucho... —empezó a decir Malika.

—No te preocupes, voy a aprovechar para ir a comprar una lechuga.

Salieron a la calle y se detuvieron para dejar pasar varios coches. Malika cambió la bolsa roja de mano para que se viera mejor. Mientras caminaban por la travesía que desembocaba en el mercado, sus ojos pardos estuvieron atentos a las personas con las que se cruzaban, pero ninguna pareció mostrar interés por la bolsa.

Fueron directamente al puesto de los pollos. El tendero cogió un cartón de doce huevos y se los fue mostrando uno a uno para que viera que no estaban rotos. Malika le estaba pagando cuando una mujer ataviada con un burka se detuvo a su lado. Mientras ella metía los huevos en la bolsa, la mujer dijo en árabe:

—Es una bolsa roja muy bonita.

La vecina de Malika se había alejado unos pasos e inspeccionaba varias lechugas en otro puesto. Malika dudó. Entonces la mujer le dijo en voz baja:

—Dile que soy Buchra, del hospital, y que yo te acompañaré a casa.

Malika asintió y ambas se apartaron del puesto.

—Necesito un plan de huida para activarlo mañana o pasado —dijo Malika hablando muy rápido.

La vecina se acercó con su lechuga y observó con extrañeza a la del burka.

—¡Mira qué casualidad! —exclamó Malika—. Ésta es Buchra, una amiga de cuando yo trabajaba en el hospital.

Ambas mujeres se saludaron.

—Si queréis os acercamos a vuestras casas. —La del burka señaló a un hombre de barba entrecana que conversaba con un vendedor de especias—. Mi marido tiene coche.

—No es necesario —dijo la vecina—, vivimos aquí al lado.

—¿Cómo van las cosas en el hospital? —preguntó Malika.

La del burka suspiró.

—Cada día hay más trabajo. Llegan heridos del frente. Pero el califato prevalecerá, *inshalá*.

Las otras dos mujeres asintieron con vehemencia.

—Vamos caminando a vuestra casa.

—¿Y tu marido? —preguntó la vecina, sorprendida.

—¡Oh, él viene detrás!

—¿Qué tal está el doctor... el de las cejas gruesas? —preguntó Malika.

—¡Muy bien! Con mucho trabajo, pero muy contento de poder servir al califato.

—Me acuerdo mucho de la sección de pediatría...

—Está igual que siempre: niños enfermos y revoltosos.

La vecina se volvió para comprobar que el marido de la del burka las seguía. El hombre se hallaba a unos diez metros, aparentemente interesado en un hormiguero que había en el suelo.

Se hallaban ya frente a su casa, a un costado del café de París.

—Tengo que subir —dijo la vecina—, he dejado la comida a medias.

—Yo subo ahora mismo —dijo Malika—, ¿no te importa?

—Los amigos son lo mejor, después de la familia —repuso la otra a modo de despedida antes de cruzar la calle y entrar en el portal.

—Seremos dos —le dijo Malika en voz baja a la del burka.

—Eso complica las cosas. ¿Hombre o mujer?

—Mujer. Es una adolescente que llegó conmigo desde Ceuta.

—¿La de los ojos verdes?

—¿La conocéis?

—Conocemos a todas las personas con las que te has visto en la calle.

Malika asintió.

—¿Cómo lo haremos?

La del burka volvió la cabeza con rapidez hacia ambos lados.

—¿Hay felpudo delante de tu puerta?

Malika frunció el ceño.

—Sí...

—Escribe en un papel el día y la hora a los que quieres salir y ponlo debajo del felpudo. Nosotros te responderemos con otro mensaje en el mismo sitio.

—¿Cómo haréis para...?

—Eso es cosa nuestra.

26

A las ocho de la mañana se detuvieron ante la casa de Nuadibú dos todoterrenos Toyota. El primero era un *pickup*, y de él se bajaron el Cojo y un individuo fornido. El segundo era un viejo Land Cruiser con cuatro hombres; dos de ellos llevaban Kaláshnikovs en las manos.

Mojtar, el dueño de la casa, se adelantó para saludar a su huésped. Rachid, en cambio, lo esperó junto a la puerta. Cuando el Cojo se acercó renqueando hasta él, le tendió la mano.

—*Assalamu alaikum*.

—*Wa alaikum assalam*. —El Cojo le sonrió—. ¿Has visto qué mañana? Ni una nube en el cielo ni un grano de arena fuera de su lugar en el suelo. —Y añadió—: ¿Qué tal fue la llamada a tu hermana? ¿Ha quedado todo solucionado?

Rachid se encogió de hombros.

—No hay forma de convencerla. Quiere quedarse en Siria. Le he dicho que llame a mi madre y se lo explique. Yo no puedo hacer nada más.

—Confía en Alá. —El Cojo le dio una palmada en la espalda y entró en la casa. Rachid lo hizo tras él.

—Como ya no tengo nada que hacer aquí —le dijo por encima del hombro—, voy a tomar un taxi hasta Nuadibú para recoger mi coche y salir hacia Ceuta.

—A esta hora no hay taxis —respondió el Cojo—, yo te llevo en media hora.

—Eres muy amable, pero cuanto menos tiempo...

—Espera media hora. Tomamos un té y nos vamos a Nuadibú.

El Cojo se sentó en el canapé, cruzó la pierna derecha y dejó colgar la otra, inerte. Mojtar se sentó a su izquierda y cuatro hombres se situaron en el lado opuesto. Los otros dos se quedaron fuera, vigilando la casa. El niño negro puso su bandeja en el suelo y comenzó a preparar el té.

La única luz de la amplia estancia era la que entraba por la puerta, que daba a un pequeño patio de arena. Rachid se había situado en un extremo alejado de ella, en la penumbra. De la conversación entre Mojtar y el Cojo sólo le llegaban retazos.

—Treinta y dos paquetes de azúcar pilón —dijo Mojtar.

—¿Alguno roto?

—Perfecto todo...

El Cojo tomó uno de los vasos de la bandeja que le tendía el niño. Antes de probarlo, se inclinó hacia Mojtar y le habló en voz muy baja. El otro miró un segundo hacia Rachid y le respondió con un cuchicheo. Luego ambos sorbieron su té.

—Muy bien las ventas de las antigüedades, Rachid —dijo el Cojo—. Esta noche cenaremos para celebrarlo.

—Me gustaría, pero ya te dije que tengo que volver a Ceuta cuanto antes porque mi madre sigue enferma...

—Confía en Alá —le dijo con una sonrisa—, confía en Alá.

En ese momento entró en la estancia uno de los hombres que montaban guardia en el exterior. Tenía prisa: ni siquiera se descalzó. Cruzó la alfombra en dos zancadas y se inclinó junto al Cojo, que escuchó atentamente lo que le dijo.

—Esconded las armas —ordenó, y él mismo sacó una gran pistola plateada que llevaba oculta en su túnica y la introdujo debajo del cojín en el que se hallaba sentado—. Vienen unos gendarmes, tratadlos como amigos.

Enseguida llegó desde fuera el sonido de varios vehículos al detenerse; luego se oyó el ruido de sus puertas al cerrarse, una voz de mando y carreras en torno a la casa. Mojtar hizo ademán de levantarse, pero el Cojo lo sujetó por un brazo.

—Más té —le dijo al niño. Estaba serio, pero no había en su cara un solo músculo que indicase que estaba nervioso.

Al acercarse a la puerta, el oficial de la gendarmería tapó la luz. Se quedó parado en el umbral, a contraluz, intentando adaptar su vista a la penumbra del salón.

—La paz sea contigo, Abdelaziz —dijo el Cojo con voz serena.

El oficial guiñó los ojos para intentar identificar a quien había hablado. Cuando lo logró, su rostro adusto se dulcificó. Se agachó, se quitó las botas y se acercó al Cojo con la mano tendida.

—Y la paz sea contigo, Ahmed —respondió. A continuación, saludó al resto de los presentes uno a uno.

—Siéntate aquí, hermano. —El Cojo dio una palmada al cojín que estaba a su lado y el niño acercó al recién llegado un vaso de té—. ¿Qué te trae por aquí?

El hombre miró el vaso antes de vaciarlo de un prolongado sorbo y devolverlo a la bandeja.

—Los españoles nos han dicho que alguien de esta zona ha guardado un alijo de droga. —Se encogió de hombros—. Probablemente no sea cierto, como en otras ocasiones, pero tenemos que comprobarlo.

—Bueno, yo no sé nada de eso —dijo el Cojo—. Ésta es la casa de mi amigo Mojtar, es él quien tiene que decirte si guarda o no un montón de droga.

Al oír su nombre, Mojtar se sobresaltó.

—¿Drogas aquí? ¡Jamás!

El oficial asintió tristemente mientras se miraba un pie envuelto en un calcetín remendado.

—¿Sabes? —dijo—. Personalmente entiendo a la gente que se dedica a pasar drogas. Es un trabajo arriesgado, pero deja un buen beneficio. El de gendarme, en cambio, aunque también es muy arriesgado, no deja más que miseria.

El Cojo asintió. Introdujo una mano en el bolsillo de la túnica y sacó un grueso sobre marrón que puso entre ellos, en el canapé. Dejó la mano sobre el sobre.

—Eres un buen hombre, Abdelaziz —le dijo al oficial con una voz sin inflexiones—. En este sobre hay cien mil euros, coge lo que consideres justo. —Entonces retiró la mano.

El oficial asintió. Todos en la sala lo estaban mirando, incluso el niño que preparaba

el té le lanzaba rápidas ojeadas. Finalmente, el hombre tomó el sobre, lo abrió y sacó la mitad de su contenido. Dobló el fajo y lo guardó en el bolsillo de la guerrera. Luego se levantó, fue hasta la entrada y se calzó las botas. Antes de irse, aún se volvió un instante.

—En mí siempre tendréis a un amigo.

La estancia quedó en silencio mientras fuera se oían otra vez las órdenes, las carreras, los portazos y los coches alejándose. El niño acercó al Cojo y a Mojtar una bandeja con dos vasos. El Cojo cogió el suyo con la punta de los dedos. Miró el sobre enflaquecido que aún estaba sobre el canapé. Luego alzó la cabeza y clavó en Rachid sus ojos de viejo.

—Déjame ver tu teléfono —le dijo.

27

El médico de las cejas gruesas señaló con el índice el vendaje del costado derecho del Saharaui.

—El cuchillo entró por aquí y resbaló sobre la costilla —dijo—. Ha hecho una buena herida, pero no ha afectado al pulmón. Lo que necesitas ahora es reposo. Por supuesto, el brazo debe estar inmovilizado. —Le ayudó a ponerse la camisa y se la abotonó.

—Por favor, los puños también —le pidió el Saharaui. Luego colocó con cuidado el brazo en el cabestrillo que el médico le había fabricado con una venda.

—¿Cómo sigue la niña? —preguntó el doctor sin mirarlo a los ojos.

—Espero que mejor. La envié a Turquía con unos amigos.

El médico asintió.

—Allí hay buenos especialistas. —Cuando terminó de abotonarle los puños, le tomó la punta de los dedos de la mano derecha en un remedo de apretón de manos. Ambos sonrieron. Ya en la puerta de la consulta, le recordó—: Debes volver dentro de quince días para que te quitemos los puntos.

Mohamed lo esperaba en el coche ante la puerta del hospital. Bajó a abrirle, pero el Saharaui le dijo que no era necesario. En el interior del vehículo, el aire acondicionado había creado una burbuja de frescor. El Saharaui suspiró con alivio.

—Somos pobres, pero tenemos la bendición del aire acondicionado. Vamos al Departamento; haz que el viaje sea lento para disfrutar de esta temperatura.

El guardaespaldas sonrió y asintió.

—Esta mañana he ido allí para decirle a tu jefe lo que había ocurrido. —Apartó las dos manos del volante para componer un gesto de disculpa—. Es mi obligación.

—Desde luego.

—También estaba allí la policía.

—¿Sabes qué ha dicho?

—No.

Mohamed aparcó al sol, cerró el coche y acompañó al Saharaui hasta el vestíbulo.

—Te esperaré por aquí —le informó.

Cuando vio aparecer al Saharaui al fondo del pasillo, el secretario del Mauritano se levantó con rapidez, asomó la cabeza en el despacho de su jefe, volvió a sacarla y le hizo señas para que se acercara. Entró tras él en la estancia y ya iba a cerrar la puerta por dentro cuando el Mauritano le dijo:

—Lehebib, no hace falta que te quedes.

Con la mirada baja, el secretario salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿Cómo estás? —el Mauritano señaló con la cabeza el brazo en cabestrillo del Saharaui.

—Bien, pero me ha dicho el médico que no podré moverlo en unos días.

El Mauritano suspiró.

—Esta mañana se presentaron aquí dos policías: un checheno y un inglés. Deben de estar aprendiendo árabe. «Abu Lamín», me dijeron, «hemos detenido al asesino de uno de tus hombres». «¿De qué hombre me habláis?», les pregunté. «De uno que se llama Haibala *el Saharaui*.» «¿El Saharaui está muerto?», les pregunté alarmado. Y ellos me contestaron: «No, el que está muerto es el asesino. El Saharaui está en el hospital.»

El Saharaui sonrió.

—Menos mal que enseguida llegó tu guardaespaldas y me aclaró lo que había ocurrido —dijo el Mauritano.

—Mohamed. Ese hombre me salvó la vida.

—Él no lo expresó así, pero yo lo deduje de sus palabras. ¿Sabes quién era tu asesino?

—No tengo ni idea.

—Yo te lo voy a explicar. Se llamaba... —Acercó un papel garabateado que había sobre la mesa—... Mulay Hussein. Tenía veintidós años, era marroquí, de Larache, y hacía dos años que se había incorporado al califato. Hasta ahí, todo normal. Lo que la gente del Jordano ha averiguado ahora es que al menos tres personas murieron de forma extraña en otros tantos lugares donde él estuvo destinado.

—Era un psicópata.

—No parece. Los del Jordano creen que era un cazarrecompensas.

—¿Un cazarrecompensas? —En la cara del Saharaui se dibujó un gesto de extrañeza.

—Varios países enemigos están fomentando la codicia entre nuestros muyahidines. Les ofrecen fuertes sumas en metálico para que asesinen a ciertos compañeros a quienes no quieren volver a ver vivos.

—No lo entiendo.

—Francia, por ejemplo. No tiene pena de muerte. Si las decenas de muyahidines franceses que están en el califato volvieran a casa, ¿qué podría hacer el presidente francés? Nada. No han cometido ningún delito allí. El Estado tendría que invertir grandes sumas en vigilarlos y aun así cualquier día podría despertarse con la noticia de que habían atacado en su propia casa. La solución que han ideado es matarlos aquí. Ellos mismos, con sus drones, o utilizando a gente sin escrúpulos.

—¿Y quién...?

—¿Quién quiere matarte a ti? Eso debes averiguarlo tú mismo. Viniste del Sáhara, ¿no es así?... ¿Argelia? ¿Marruecos? ¡Piensa! Veinte mil dólares son un cebo muy apetitoso.

El Saharaui se llevó la mano izquierda a la frente como si estuviera abrumado.

—Cazarrecompensas, espías... ¿Cómo va la investigación sobre la espía esa, Fatima?

—Malika, no Fatima. De momento han interrogado a medio centenar. Aún les quedan unas ciento cincuenta Malikas.

28

—Se va pasado mañana —susurró Alia en cuanto se quedaron solas—, y tu marido lo acompañará.

—¿A qué hora?

—Después de la oración del alba. ¿No te lo ha dicho Abu Hasán?

Malika negó con la cabeza.

—¿Sabes cuánto tiempo van a estar fuera?

—Ni idea, pero más de dos días seguro.

El ruido de la puerta del baño al abrirse interrumpió la conversación. Enseguida apareció en el salón la acompañante de Alia. Antes de sentarse en el sillón situado frente al televisor, agarró el Kaláshnikov y se lo puso en el regazo. Cogió un vaso de té y le dio un sorbo.

—¿Más azúcar? —le preguntó Malika.

—No, así está bueno. —Al sonreír, la mujer mostró unos dientes largos manchados de color naranja—. No tan bueno como en Marruecos, pero... —Se encogió de hombros.

—El té verde de Marruecos es el más rico que he probado en mi vida.

—Rico, rico —asintió ella. Alia la miró con repulsión.

Malika se levantó.

—Voy a ver si ya está el bizcocho. Alia, ¿me ayudas?

La marroquí dejó su vaso en el borde de la mesa e hizo ademán de incorporarse, pero Malika le puso una mano en el hombro y presionó hacia abajo.

—No, tú descansa. —Tomó el mando a distancia y encendió el televisor. En la pantalla aparecieron imágenes de propaganda del Estado Islámico. Malika subió el volumen y se fue a la cocina seguida de Alia.

Cogió una aguja de calceta que estaba sobre la mesa de círculos rojos y negros, abrió el horno y la clavó en el bizcocho; luego la retiró y achinó los ojos para inspeccionarla.

—¿Podrás escaparte pasado mañana por la noche? —susurró.

Alia dudó.

—Habrá un vigilante, además de ésa —señaló con el mentón hacia el salón—. Tendría que ser durante la oración.

Malika apagó el horno y lo abrió. El calor subió varios grados en la cocina.

—Pero tendrás que estar rezando con ella, ¿no?

—Le diré que tengo la regla y no puedo.

Malika vaciló un momento, se encogió de hombros y dijo en tono muy bajo, echando miradas de reojo hacia la puerta:

—Bien. Durante la oración de la noche. A esa hora habrá un coche aparcado delante de la puerta de esta casa.

—¿De qué color?

—No lo sé. Debes venir hasta aquí y entrar en él. Tampoco sé quién estará al volante, pero habrá alguien. Nos llevará hasta un lugar en el que estemos a salvo.

En la cara de Alia se dibujó una sonrisa radiante.

—Y de allí, a Ceuta —dijo.

—Y de allí, a Ceuta, *inshalá*.

Malika puso el bizcocho en una fuente, partió seis rebanadas y las trasladó a un plato.

—¿Puedo llevar una bolsa con mis cosas? —le preguntó Alia.

Malika pensó un momento.

—Mejor no. Escucha —le tomó una mano entre las suyas—, ¿estás segura de que te sabes el camino desde tu casa hasta aquí?

—Podría hacerlo con los ojos cerrados —dijo la muchacha.

—Recuerda: tienes que ser puntual, es muy importante.

Ella asintió al tiempo que ponía los ojos en blanco:

—Que sí...

Malika entró en el salón con el plato lleno de rebanadas de bizcocho y lo acercó a la nariz de la mujer de Castillejos.

—¡Mira cómo huele! —le dijo alegremente.

La otra movió la nariz como un chucho.

—Rico, rico.

Alia se puso detrás de ella y le sacó la lengua para hacer reír a Malika, pero ésta se mantuvo serena. Cogió la tetera y la acercó.

—¿Te sirvo más té?

29

Rachid estaba tirado en el suelo de una habitación casi vacía. Se hallaba bocarriba. La nariz aplastada le obligaba a respirar por la boca. Tenía un ojo del tamaño de una pelota de pimpón, y el rostro tumefacto. Era difícil creer que lograra ver algo por las rendijas de sus párpados inflamados. En torno a él se hallaban Mojtar y varios hombres del Cojo. Este último hablaba por teléfono sentado en una silla un poco alejada.

—Quedó con un policía de Ceuta, un tal Burón, en pasarle toda la información... Es lo que me ha dicho... No, según él, el policía tiene pruebas contra todos vosotros. Le faltaban las pruebas contra mí, por eso le dijo que lo avisara cuando hubiera una entrega... Eso está muy bien, pero si el inspector ese os aprieta le daréis todo lo que os pida sobre mí. Por eso te digo que vengáis inmediatamente a Nuadibú. Yo os esconderé en el desierto...

Rachid gimió y movió un brazo; uno de los hombres se lo pisó con saña. El joven trató de toser, pero su intento se transformó en una arcada. Al respirar emitía una especie de silbido.

—¿Tú qué crees que voy a hacer con él? Lo he tratado bien, lo he ayudado en lo de su hermana y él me ha traicionado. ¿Qué harías tú?... Primero le voy a sacar hasta la última gota de información que tenga y luego lo voy a enterrar en el sitio más alejado del desierto. No lo encontrarán hasta dentro de varias generaciones y su esqueleto estará tan destrozado que los arqueólogos no sabrán a qué especie perteneció.

Rachid intentó darse la vuelta y colocarse bocabajo. Con un gesto, Mojtar detuvo a los hombres para que no le golpearan más. Se rieron cuando logró ponerse a cuatro patas y estuvo a punto de caerse de bruces. Luego se colocó de rodillas y se sentó en sus talones. Entonces empezó a sollozar.

—Os quiero aquí pasado mañana como muy tarde —siguió diciendo el Cojo—. Camaleón, tú me conoces. Sabes que si no venís, iremos nosotros... Me alegra que digas eso, llámame cuando estéis llegando.

Colgó y encendió un cigarrillo. Permaneció ensimismado mientras el tabaco se consumía entre sus dedos. Pareció despertar, dio una larga calada y tiró la colilla al suelo de cemento. Se levantó y el círculo de hombres se abrió para hacerle sitio.

—La has cagado bien —le dijo a Rachid, que estaba arrodillado frente a él.

Rachid murmuró algo y el Cojo se inclinó hacia delante para oírlo.

—¿Qué dices?

—Acaba con esto. Mátame ya. —Cuando terminó de hablar, escupió un diente.

El Cojo se incorporó y miró hacia el techo. En el centro había un pequeño ventanuco sellado con un cristal y dos barrotes en forma de cruz. Al hablar, no se

dirigió a nadie en particular.

—Atadlo bien a una silla y ponédla aquí. —Con el pie, señaló un punto del suelo en el que caía el haz de luz.

Mientras los hombres cumplían sus órdenes, encendió otro cigarrillo y volvió a sentarse en su silla. Al cabo de un rato, Mojtar se acercó hasta él.

—Ya está —le dijo.

El Cojo se levantó y arrastró su silla hasta colocarla frente a la de Rachid, a quien el sol le daba en la cara.

—Explícamelo otra vez desde el principio —le ordenó.

—Ya... te lo he... explicado.

—Otra vez.

—Mátame.

El Cojo sonrió.

—Te mataré, pero sólo un poquito —dijo.

Hizo un gesto a uno de sus hombres y le tendió la mano. El hombre sacó un cuchillo y se lo entregó. El Cojo lo giró en el aire y lo clavó en el muslo de Rachid. Se oyó un alarido y el joven se inclinó hacia delante. Al mismo tiempo, el aire se llenó de un olor fétido.

—Otra vez —dijo Mojtar, y se tapó la nariz con la punta del turbante.

—Te he matado un poquito y a cambio tú me cuentas un poquito —dijo el Cojo—. Al final, cuando me hayas contado hasta la última palabra, te mato del todo.

—Me llamó a su despacho —jadeó Rachid.

—¿Quién?

—Burón, el inspector jefe... de Ceuta... Me dijo que sabía... todo lo que habíamos hecho: comprar... el polvo aquí y venderlo... en Cádiz. Sabía detalles... que sólo podía haberle dado... alguien que estuviera... presente en la operación.

—¿Qué detalles?

En el ojo menos dañado de Rachid brilló un destello de astucia.

—Lo sabía todo... dónde habíamos estado... cómo íbamos vestidos... qué habíamos dicho.

—¿Y de mí qué sabía?

—Todo... de ti, de Sidati, de Mojtar... Sabía... dónde estaba tu casa y dónde quedaba ésta. Cuando me mates... tendrás que buscar al que le contó todo eso. No va a librarte de Burón un sobre lleno de euros.

30

Aunque estaba solo en casa, el Saharaui bloqueó con una silla la puerta de su dormitorio antes de sentarse junto al ficus de plástico. Miró el reloj: eran las siete y cinco de la mañana. Pulsó el interruptor de la luz, pero las luces permanecieron apagadas. Se sentó en un puf, sacó la mano derecha del cabestrillo y removió la tierra hasta que encontró la bolsa de plástico en la que guardaba el móvil. Lo montó y lo encendió. Miró la batería: le quedaba un cuarenta por ciento. Abrió el contacto identificado como «Papá» y envió el primer SMS en ruso: «He sufrido un atentado.»

Tuvo que esperar diez minutos hasta que llegó la respuesta: «Especifique.»

«Un hombre con un cuchillo», escribió. «Un mercenario.»

Esta vez la respuesta se demoró quince minutos: «¿Cómo se encuentra?»

El Saharaui tecleó: «Una puñalada en el costado. ¿Quién pagó al asesino?»

Esta vez, el retraso de la respuesta fue de sólo cuatro minutos: «La DGED de Marruecos es el candidato más probable. Lo investigaremos.»

El Saharaui volvió a mirar su reloj: marcaba las ocho menos veinticinco. «Infórmeme sobre el estado de la menor que envié con los turcos.»

«Este departamento no se ocupa de cuestiones humanitarias.»

La ira contrajo el rostro del Saharaui: «¿Dónde está la pequeña ahora?»

«En un hospicio, bien atendida.»

El Saharaui dio un puñetazo en el suelo. Inmediatamente hizo un gesto de dolor y se llevó la mano izquierda al costado derecho. Cuando la retiró, estaba manchada de sangre.

«Llévenla al mejor hospital. Es urgente. Tiene gravísimas heridas. Pueden disponer de mi sueldo para los gastos. Si hace falta más dinero, se lo haré llegar. Insisto, este asunto es de MÁXIMA PRIORIDAD Y MÁXIMO INTERÉS para mí.»

Cinco minutos más tarde, la campanilla del teléfono le alertó de la respuesta: «Lo consultaré con el director.»

El Saharaui escribió rápidamente, apretando las mandíbulas: «Si en quince minutos no recibo una respuesta afirmativa, no contarán más conmigo. O se ocupan de esa niña o envían a otro asesino para que me mate.»

En el mismo momento en que mandó el mensaje, se encendieron las luces de la casa. Eran ya las ocho de la mañana. Acababa de enchufar el móvil para cargar la batería cuando oyó que alguien llamaba en la puerta de la calle. Silenció el teléfono y lo cubrió con una camisa que colgaba de una esquina del espejo. Retiró la silla de la puerta, fue hasta el salón y observó a su visitante por la mirilla. Abrió la puerta de la

calle y se apartó para dejar pasar a Mohamed.

—*Assalamu alaikum.*

—*Wa alaikum assalam.*

El guardaespaldas señaló el costado de su camisa.

—Estás sangrando.

—No es nada —dijo el Saharaui—, he hecho un movimiento y...

—Yo te lo curo. —Miró hacia el interior de la casa—. ¿Dónde tienes alcohol y gasas?

—Te los traigo ahora mismo. Mientras tanto, prepara algo para desayunar, por favor.

El Saharaui fue al baño, abrió el armario que había sobre el espejo y sacó una botella de alcohol, un paquete de algodón, un rollo de gasa y esparadrapo. Fue a la cocina y los dejó sobre la mesa. Olía a café. Mohamed pasaba sobre el fuego un trozo de pan pinchado en un tenedor. Lo puso en un platillo donde había otros pedazos tostados y apagó el fuego.

El Saharaui se quitó la camisa y alzó el brazo para que el otro pudiera trabajar. Mohamed retiró la venda y dejó al aire la herida, de la que nacía un hilo de sangre que llegaba hasta la cintura. Partió un trozo de algodón, lo empapó en alcohol y lo aplicó sobre la línea de puntos que corría bajo la axila de su jefe como si fuera una cremallera. Con las tijeras de la cocina cortó un buen trozo de venda que dobló varias veces, lo puso sobre la herida y lo aseguró con dos tiras de esparadrapo que cortó con los dientes.

—Ya está —dijo—. Creo que no volverá a sangrar.

El Saharaui bajó el brazo y recogió la camisa y las cosas que había llevado desde el cuarto de baño.

—Me has salvado la vida por segunda vez —bromeó.

El guardaespaldas esbozó una sonrisa.

El Saharaui fue al baño, dejó el alcohol, las vendas y el esparadrapo en el armario, y luego se dirigió a su habitación. Volvió a bloquear la puerta con la silla y echó una ojeada al reloj: marcaba las ocho y veinticinco. Se sentó en el puf, retiró la camisa que cubría el teléfono y lo encendió.

No había respuesta.

Llenó los pulmones de aire y lo soltó de golpe. Apagó el móvil y lo devolvió a la bolsa de plástico. Con la mano izquierda, cavó en la maceta y lo enterró. Recogió la tierra seca que había caído al suelo hasta que no quedó ni una mota sobre las baldosas. Finalmente, se puso una camisa limpia, abrió la puerta de la habitación y fue al baño para lavarse las manos. Estaba pálido.

Cuando entró en la cocina parecía otro hombre.

—¡Café, tostadas y mermelada! —dijo con expresión jovial.

—Se ha quedado frío —dijo Mohamed—. Como has tardado un poco...

El Saharaui untó una rebanada y le dio un mordisco.

—¡Maravilloso! —exclamó cerrando los ojos—. ¿Sabes cuál es nuestro problema, Mohamed? ¡Nuestro orgullo! El orgullo herido de un solo hombre es capaz de desatar una guerra.

Mohamed lo miraba con cara de no entender.

—¡No me refiero a la nuestra! ¡Nuestra guerra es una yihad! Aquí no cabe el orgullo,

sólo mandan el deber y el sacrificio. Me refiero a las decenas de pequeñas y miserables guerras que libramos cada día... —Se golpeó la barriga con la mano abierta y exclamó—: Mohamed, vámonos a trabajar.

31

Malika se asomó tras los visillos y vio el coche aparcado delante del portal: era un Volkswagen Golf con la carrocería llena de parches de pintura en varios tonos de marrón. Desde donde estaba no podía divisar si había alguien al volante.

Se apartó de la ventana y cogió de la mesa una botella de agua de litro y medio. Se sentó frente a la puerta de la calle mirando hacia un punto indefinido situado delante de ella. Estaba vestida con el niqab y en los pies llevaba unas zapatillas deportivas teñidas de negro.

En ese momento se oyó el pitido estridente en la mezquita cercana y la voz del almuédano comenzó a llamar a los fieles a la oración de la noche. Malika inspiró profundamente, fue hasta la ventana, comprobó que el coche seguía abajo y que la calle se había quedado desierta. Sólo la luna casi llena iluminaba el asfalto. Aguardó a que la llamada del almuédano cesara, abrió la puerta de la casa y la cerró con cuidado. Bajó los escalones de puntillas, evitando hacer el menor ruido. A través de las puertas de los dos pisos ante los que pasó le llegó el rezo de los vecinos.

Al volante del coche estaba el marido de la mujer del burka. Ella se hallaba sentada detrás. Malika abrió la puerta trasera, entró en el vehículo y la cerró procurando hacer el menor ruido posible.

—¿En dónde está la de los ojos verdes? —preguntó la mujer del burka.

—Viene desde su casa. No te preocupes: me dijo que estaría aquí antes de que terminara la oración.

—En cuanto la gente termine de rezar, comenzarán a circular los coches. No podemos perder un minuto.

Malika se volvió para mirar por el cristal trasero.

—Llegará a tiempo.

Un silencio expectante se instaló en el vehículo durante varios minutos. El conductor pasaba la vista del espejo a los laterales y de éstos al frente. Malika se volvió otra vez, pero la calle continuaba desierta. De pronto, las luces de un vehículo giraron en la curva delante de ellos y desaparecieron por una calle lateral. El hombre dijo algo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Malika.

—Ya ha terminado la oración, deberíamos marcharnos ahora.

Por la calle comenzaron a circular los coches.

—Un minuto, por favor —le pidió Malika y volvió a mirar hacia atrás. Una figura avanzaba corriendo hacia ellos por la acera—. ¡Allí viene!

El hombre miró por el retrovisor y dijo:

—Está muy lejos, no podemos esperarla.

—Sí podemos.

—Tú no eres la única que está en peligro —dijo la mujer del burka en tono sereno—. También él —señaló con una mano enguantada a su marido— y yo, y otras personas que no conoces, estamos en peligro. Si ahora mismo pasa un coche de la policía y se pregunta qué hacemos aquí parados...

Malika seguía mirando por el cristal trasero. Se volvió e imploró:

—¡Pero si ya está a sólo cien metros!

El hombre, que seguía mirando por el retrovisor, dijo entonces:

—Se ha caído.

Al tiempo que lo decía, giró la llave de contacto y el motor comenzó a ronronear. Malika miró otra vez por el cristal trasero: Alia estaba a gatas, buscando algo en el suelo. El hombre metió la primera marcha y comenzó a separarse del bordillo. Alia entonces se puso en pie y reanudó la carrera. Las luces de un coche se detuvieron a su altura.

—¡La policía! —exclamó el conductor del Golf y pisó el acelerador.

Antes de que la distancia y una curva le impidieran la visión, Malika vio a un hombre bajar del coche que se había parado y agarrar a Alia por los brazos. Ella entonces cayó o se arrojó al suelo.

Malika emitió un sollozo. La mujer del burka le tomó una mano enguantada y se la acarició.

—Tranquila —le dijo—, no había otra solución.

—Le advertí que debía ser puntual —gimió Malika—. Tal vez no se lo recalqué lo suficiente. O tal vez la pobrecita tuvo problemas para abandonar la casa.

El hombre echó una mirada rápida al retrovisor.

—Ahora debemos darnos más prisa —masculló—. Cuando la interroguen les hablará de nosotros.

—No sabe nada de vosotros —replicó Malika con rabia—, sólo que la esperaba un coche para huir.

La mujer del burka le pasó un brazo por los hombros.

—No debemos hablar ahora de eso.

—¡Es que es verdad! —dijo el hombre, enfadado—. Ahora deberemos darnos más prisa, y cuanta más prisa nos demos más posibilidades tendremos de que nos paren. ¡No debimos admitir a una segunda persona en el plan de evacuación!

Malika se revolvió, furiosa.

—¡Esa chica no tiene más que catorce años! —le gritó.

—No debimos admitir a otra persona —repitió él.

—¿Qué sabrás tú de que te viole un cerdo todas las noches, cabrón? Y ahora la van a torturar y, finalmente, la lapidarán. ¡No vuelvas a hablar de ella!

La mujer del burka intervino:

—Cállate, Mohamed. Ni una palabra más: es una orden.

32

La caravana de coches rodaba a gran velocidad por el desierto del Sáhara en dirección a la frontera con Mali. Eran cuatro vehículos: el *pickup* del Cojo y tres Toyota Land Cruiser. Iban con los parachoques casi pegados, levantando una espesa nube de polvo. Millones de granos de arena en suspensión ocultaban el sol y presagiaban un fuerte viento para el día siguiente.

Continuaron su ruta hasta el ocaso. Entonces se detuvieron al abrigo de unos montes desmochados y horadados por cuevas. Debía de ser un lugar de parada habitual porque, desperdigadas por el suelo, había numerosas latas de bebidas, colillas y cajetillas vacías de Marlboro, y algunos casquillos de bala. El viento llevaba de un lado a otro bolsas de plástico que se movían como medusas.

El Cojo bajó de la camioneta y ordenó que los vehículos formaran un círculo. Los hombres obedecieron y comenzaron a descender de los todoterrenos. Eran diez individuos y todos llevaban las cabezas envueltas en turbantes azules o negros.

—Es la hora de la oración —dijo uno de ellos.

Los demás comenzaron a extender sus esterillas en el suelo. Mientras rezaban, se oyeron gritos y uno de los Land Cruiser comenzó a bascular, pero ellos no se inmutaron. Sólo cuando concluyó la oración, el Cojo consultó su reloj y dijo:

—A esta hora ya no vendrá nadie. Podéis bajarlo.

Dos hombres se acercaron al todoterreno del cual procedían los gritos, dejaron sus esterillas sobre la capota y abrieron la puerta trasera. Una patada procedente del interior del vehículo estuvo a punto de alcanzar a uno de ellos en la cara. Ambos se agacharon y sacaron del coche a Rachid.

En cuanto lo pusieron de pie, exclamó:

—¡Cojo, ten huevos y pelea conmigo! —Intentó lanzarle un mordisco a uno de los que lo custodiaban y recibió a cambio un puñetazo en la boca.

La noche había caído de repente. El Cojo encendió una linterna y le enfocó la cara: tenía el rostro cerúleo e inflamado, la camiseta negra de la selección alemana de fútbol hecha jirones, y había perdido una de sus zapatillas blancas; la otra estaba cubierta de salpicaduras de sangre seca.

—Aquí termina tu viaje, traidor.

Del ojo más abierto de Rachid brotó una lágrima, resbaló por su mejilla hinchada y rodeó la boca desfigurada.

—Venga, Cojo —dijo con voz ronca—, ten huevos.

El Cojo le dio la espalda y ordenó a sus hombres que clavaran cuatro anillas en el suelo para sujetar a Rachid por las muñecas y por los tobillos.

—¡Eres un cobarde, Cojo de mierda! —le gritó Rachid.

El Cojo se volvió, iracundo.

—¡Antes de una hora volverás a suplicarme que te quite la vida!

En ese instante, el desierto se iluminó. En las bocas de las cuevas situadas sobre sus cabezas se encendieron seis potentes focos y una voz amplificadora exclamó en árabe:

—¡Habla la Gendarmería! ¡Tirad las armas al suelo! ¡No os mováis! ¡Estáis completamente rodeados! —El motor de un helicóptero comenzó a oírse cada vez más cerca.

Uno de los contrabandistas se echó el Kaláshnikov a la cara y apuntó a los reflectores, pero cayó con la cabeza reventada antes de poder apretar el gatillo. El eco del disparo reverberó en el valle una fracción de segundo más tarde.

—¡Me tienen secuestrado! ¡Me van a matar! —gritó Rachid hacia las cuevas.

—¡Todos al suelo, bocabajo! —dijo la voz desde la oscuridad—. ¡Todos al suelo, bocabajo!

Rachid miró hacia los reflectores sin saber qué hacer; todo su cuerpo temblaba.

—¡Soy Rachid!

—¡Tranquilo! —dijo otra voz en español por el megáfono—. ¡Da dos pasos atrás y échate bocabajo!

Rachid obedeció. El helicóptero encendió un cañón de luz y lo enfocó sobre él.

No pasó mucho tiempo antes de que varios todoterrenos se acercaran al grupo desde el norte y desde el sur. Se oyeron pasos de botas en la arena y los gendarmes entraron en el círculo de luz. Eran más de veinte. Alejaron las armas de los traficantes, los registraron y les ataron las manos con bridas a la espalda. Cuando le llegó el turno al Cojo, dijo:

—¿Sabéis quién soy yo? —pero los gendarmes no le respondieron.

Entonces en el círculo de luz entraron cuatro personas más. Una era un general de la Gendarmería; otra, un coronel del ejército mauritano; la tercera y la cuarta vestían uniformes de la Guardia Civil. Estas últimas se acercaron a Rachid.

—¡Eh, Rachid, muchacho! —dijo una de ellas al tiempo que lo ayudaba a incorporarse—. ¿Cómo estás?

Rachid miró el rostro que se acercaba a él a contraluz.

—¿Te acuerdas de mí?

Se giró para obligar al otro a que hiciera lo mismo y poder verle así la cara. Entonces distinguió el bigote de herradura e intentó sonreír, pero sólo le salió una mueca.

—Uno al que le gusta el té con avispas.

El guardia civil dejó escapar una sonora carcajada. Su compañero tomó a Rachid por el brazo y lo llevó hasta uno de los Toyota. Apoyó la espalda del muchacho en la puerta del todoterreno y dejó sobre el capó un maletín del que extrajo una ampolla. La rompió y llenó en ella una jeringuilla.

—¿Qué es eso? —preguntó Rachid.

—Un calmante, para aliviarte el dolor.

—No quiero calmantes —se apartó del coche—, quiero estar bien despierto para ver qué les hacen ahora a esos hijos de puta.

33

El hombre detuvo el Volkswagen Golf y dio luces largas tres veces; luego apagó los faros, aunque mantuvo el motor encendido. Alrededor, el monte bajo, iluminado por la luna, tenía un aspecto siniestro. A derecha e izquierda cantaban los grillos.

—¿A qué esperamos ahora? —preguntó Malika.

La mujer del burka chistó para que se callara.

Durante veinte minutos no pasó nada. Entonces se oyó un silbido y, poco después, vieron un destello entre los matorrales.

—Ahí está —dijo el conductor y bajó la ventanilla.

Primero se fueron callando los grillos, luego se oyeron pasos aproximándose y al poco tiempo un hombre apareció junto al coche. No era alto ni bajo, pero sí de complexión fuerte. Tenía barba de cuatro o cinco días y llevaba una Beretta negra y un cuchillo de monte en la cintura.

—¿Cómo está el paso? —le preguntó el conductor.

—Complicado —respondió él—. Hay demasiada luna. ¿Has visto algo por la carretera?

—Estaba desierta.

Miró hacia el asiento trasero.

—¿Cuál de las dos es?

—Ella —dijo la mujer del burka al tiempo que posaba una mano en el hombro de Malika.

—El niqab, fuera —ordenó el hombre—. ¿Qué llevas debajo?

—Un caftán —Malika se despojó del niqab.

—¿Y debajo del caftán, no llevarás unos pantalones?

—No.

El hombre lanzó una maldición.

—Procura que el caftán no se te enganche en las zarzas. ¿Qué calzado llevas?

—Unas Nike.

—¿Tienes catarro?

—No, ¿por qué?

—No quiero toses durante el recorrido. Haz exactamente lo que yo te diga y habla en tono muy bajo y sólo en caso de que sea imprescindible. ¿Lo has entendido bien?

—Sí.

La mujer del burka tendió una mano con un abultado fajo de dólares. El hombre lo cogió y se lo guardó en un bolsillo de la camisa.

—Venga, vamos.

La puerta emitió un ligero chirrido cuando Malika la abrió. Descendió del Golf y echó a andar tras el hombre. Al cabo de dos minutos oyó que el coche se alejaba, pero no se volvió.

Caminaron durante dos horas, a veces en línea recta y otras dando rodeos aparentemente absurdos. Iban encorvados para resultar menos visibles. Las zarzas se enganchaban en la parte inferior del caftán de Malika, que tuvo que recogerse. Aunque los pinchos le arañaban las piernas, no se quejó. Cuando una nube pasaba sobre la luna, apretaban la marcha. A su paso callaban los grillos y los roedores huían haciendo crujir la maleza.

De repente, el hombre se agachó y la obligó a hacer lo mismo. Se tumbaron en la tierra y permanecieron así durante un buen rato. Entonces oyeron una voz; más tarde, pasos.

La luna descubrió la patrulla. Estaba formada por dos milicianos armados con sendos Kaláshnikovs. Malika se fijó en que su guía tenía el cuchillo en la mano y el cuerpo tenso, listo para saltar sobre ellos. Pasaron a cuatro metros, sin verlos. El hombre no reanudó la marcha hasta mucho después de que dejaron de oírse los pasos de la patrulla.

Una hora más tarde, Malika comenzó a retrasarse. El guía lo notó y se paró; le cogió una mano y la obligó a agarrarse de la parte trasera de su cinturón. Entonces echó a andar de nuevo.

La aurora se presentía en el cielo cuando el hombre volvió a detenerse. Miró alrededor mientras Malika jadeaba a su lado. Entonces silbó: fue un silbido fino y corto. Tuvo que esperar poco tiempo para que unos metros más adelante sonara otro silbido igual. Lanzó con la linterna un destello que fue respondido por otro.

—Vamos —dijo. Siguió caminando hasta que se toparon con un nido de ametralladora. Era un hoyo circular, rodeado de matojos. Dos mujeres ayudaron a Malika a introducirse en él. El hombre saltó detrás.

Durante un rato, los tres hablaron en un idioma que Malika supuso que sería kurdo. Una de las mujeres le sonrió y le indicó una manta en la que podía sentarse. La otra sacó un teléfono satelital e hizo una llamada. Cuando colgó, le habló brevemente al guía.

—Dice que enseguida vienen a recogerte —le comunicó el hombre.

—¿Son milicianas kurdas? —le preguntó Malika.

—Más bravas que muchos hombres. Los del Estado Islámico las temen con razón.

Una de las mujeres dijo algo que hizo reír quedamente al guía, quien replicó llevándose la mano al pecho. La mujer también rió, pero su compañera dio una orden y ambos callaron.

Al rato se oyeron pasos que procedían de la parte de detrás del nido. Las mujeres y el guía desenfundaron sus pistolas, pero cuando vieron quiénes eran volvieron a guardarlas. Los recién llegados eran dos hombres. Se agacharon en el borde del hoyo y saludaron a las milicianas. Uno de ellos, el de piel más clara, tendió la mano a Malika.

—Sam Walker —dijo en inglés—. Será mejor que nos vayamos ya, antes de que amanezca. No se preocupe, el coche está a menos de doscientos metros, al otro lado de esa loma.

El todoterreno olía a nuevo. El hombre de piel más oscura se sentó al volante,

mientras que el otro lo hizo en el asiento del copiloto. Malika se instaló detrás. Se pasó una mano por los tobillos rasguñados. Cuando se la acercó a los ojos vio que estaba manchada de sangre.

—¿Qué distancia hay hasta el campamento? —preguntó.

—En veinte minutos estaremos allí.

—¿Se sabe ya qué ha ocurrido con el Jordano?

Walker alzó las cejas.

—No sé si debo ser yo quien se lo diga... —vaciló—. En fin, da igual: fue anulado cerca de Alepo.

—¡Que se pudran todos en el infierno! —masculló Malika.

Walker se giró para mirarla.

—Lo curioso —dijo— es que casi al mismo tiempo los rusos bombardearon su casa de Raqa.

IV

2 DE SEPTIEMBRE

El Mauritano volvió la cabeza hacia el Saharaui cuando el coche arrancó.

—Me lo dijo el Beirutí: «Abu Lamín, la perra cantó de plano. La otra perra, esa amiga con la que vino al califato, era una espía de los americanos. La convenció para que le diera toda la información sobre el Jordano, luego le pidió que hiciera que su guardaespaldas se casara con ella; de ese modo tenía acceso a toda la información.» ¡A saber cuánto le contó el guardaespaldas en sus dulces noches!

—Ya lo dijo el Profeta: «La mayoría de los habitantes del Infierno son mujeres» — exclamó el Saharaui.

—La mujer del Jordano traicionó a su marido, al califato y al Islam. «Abu Lamín», me dijo el Beirutí, «el Jordano acudió a ella de buena fe, atraído por los elogios que el emir de la casa de huéspedes hizo de su discreción y de su belleza. ¿Cómo iba él a figurarse...? Un hombre tan religioso, tan recto, tan justo. Nada más casarse con el Jordano, comenzó a intrigar para que la americana...»

—Perdona, pero ¿cómo sabe todo eso el Beirutí? Los ocho miembros de la escolta del Jordano, incluido el marido de la espía americana, murieron. Y el bombardeo ruso acabó con todos los que vivían en la casa...

—¡La perra lo confesó todo! Y tampoco hacía falta, porque había sido detenida cuando huía de la casa una hora antes de que cayeran las bombas.

—¿Por qué no huyó con la otra espía?

—Eso no se lo pregunté al Beirutí. Hablamos de las grandes líneas de la operación, esos pequeños detalles son cosa del servicio de inteligencia. —El Mauritano se inclinó y ordenó al conductor que se diera prisa—. Debemos estar atentos para desenmascarar a los espías —dijo con gesto preocupado—. Nadie está libre de sospecha: puede serlo éste —señaló al chófer—, puedes serlo tú, puedo serlo yo. Los tres que viajamos en este coche podemos ser espías. ¡O mercenarios! Acuérdate del marroquí que intentó asesinarte.

El Saharaui se tocó la axila e hizo un gesto de dolor.

—Esta mañana he ido al médico —dijo—. Me ha dicho que se me ha reabierto la herida y que no debo hacer ni el menor esfuerzo.

—Hazle caso, te necesitamos.

El coche se detuvo y el Mauritano y el Saharaui bajaron. El sol se mezclaba con el polvo y proyectaba una luz sucia sobre una explanada situada en una ligera depresión del terreno. En el centro había una pequeña figura enterrada casi hasta los hombros que gritaba con desesperación y, alrededor de ella, un amplio círculo de hombres. La frontera entre ambos estaba marcada por montones de piedras de las que se proveían los asistentes a la ceremonia.

—Vamos a darnos prisa —dijo el Mauritano—, creo que nos están esperando.

—Ve tú —respondió el Saharaui—, yo te espero aquí.

—¿Y eso? —La cara del Mauritano mostró auténtica sorpresa.

El Saharaui se llevó la mano a la axila derecha.

—Ya te lo he dicho: el médico me ha prohibido hacer movimientos bruscos con este brazo.

—¿Y con el izquierdo? ¿No puedes lanzar con el izquierdo?

—Abu Lamín —dijo el Saharaui con una sonrisa—, si yo lanzara con la izquierda, lo más probable es que mi piedra le diera a cualquiera menos a esa muchacha.

—Esa perra, ¡no la llames muchacha!

—Como quieras. ¿Te espero en el coche?

—Haz lo que te parezca.

El Saharaui lo vio acercarse al círculo. Los que estaban allí le abrían paso. Algunos le aplaudían, a varios les dio la mano.

Luego un mulá lanzó una perorata. Inmediatamente comenzaron a oírse las pedradas: sonaban cuando impactaban en la cabeza de Alia. Los gritos de la muchacha se iban haciendo cada vez más débiles.

El Saharaui se dio la vuelta. Con el brazo en cabestrillo y el rostro inclinado hacia el suelo, parecía un hombre condenado.



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon



Índice

VÍRGENES Y VERDUGOS	2
I	7
1	8
2	10
3	13
4	15
5	17
6	20
7	22
8	24
9	27
10	29
11	32
12	34
13	36
14	38
15	40
16	42
17	44
18	47
19	49
20	51
21	53
22	55
23	58
24	60
25	63
26	66
27	68
28	70
29	72
30	74
31	78
32	80
33	82
34	85
35	88
36	91
37	95
38	97

II	99
1	100
2	103
3	106
4	109
5	112
6	116
7	119
8	122
9	125
10	127
11	130
12	134
13	137
14	139
15	143
16	145
17	147
18	149
19	151
20	154
21	157
22	159
23	162
24	164
25	166
26	168
27	171
28	174
29	176
30	178
31	180
32	183
33	186
34	189
35	192
36	194
37	196
38	200
39	202
40	204
41	207
42	209

43	211
44	213
III	216
1	217
2	220
3	222
4	225
5	228
6	230
7	233
8	236
9	239
10	242
11	245
12	247
13	250
14	252
15	254
16	257
17	259
18	262
19	265
20	268
21	271
22	274
23	277
24	279
25	281
26	284
27	287
28	289
29	291
30	293
31	296
32	298
33	300
IV	303